

PEPE COLUBI



Lectulandia

En esta novela encontraremos a Pipi, el inocente pipiolo protagonista de las descacharrantes hazañas de *California 83*, convertido en un estudiante de los últimos cursos de Filología Inglesa en una ciudad universitaria de provincias. Aunque su obligación es encontrar un trabajo con el que mantenerse y poder escapar por fin del nido familiar, Pipi se dejará enredar en tres trampas fascinantes: las chicas, los bares y el rock & roll.

Lectulandia

Pepe Colubi

Chorromoco 91

Pipi - 2

ePub r1.0

Maki 08.02.14

Título original: *Chorromoco 91*
Pepe Colubi, 2014

Editor digital: Maki
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

... and in their eyes, I would be strange and ragged like
the Prophet who has walked across the land to bring
the dark Word, and the only Word I had was «Wow!».

... y me verían extraño y harapiento como el Profeta
que ha recorrido la tierra para traer la oscura Palabra,
y la única Palabra que tenía era «¡Guau!».

JACK KEROUAC, *On The Road*

California Über Alles **NOVIEMBRE, 1989**

Supongo que el chorromoco, limpio y espeso, salió disparado desde mi glande, trazó una parábola perfecta y aterrizó en la sonrosada mejilla de la alemana dormida. El segundo ímpetu, menos blanco y más aguado, resbaló tímidamente por el capullo, como dejándose caer hasta alcanzarme los dedos furiosos con los que aún meneaba mi ya trémula polla. Había cerrado los ojos por la inercia del placer justo antes de correrme, pero al abrirlos observé el pegote de lefa que ahora descansaba en su cara. Ella, inmutable, continuó traspuesta, ajena al boceto de Pollock que le había dibujado en el rostro, y yo, con un ligero temblor en las piernas, recordé la borrachuca sucesión de esa tarde; los vinos en el bar de la facultad, las cervezas en El Mundo y los cubatas en la zona. No podía precisar en qué momento se nos había unido aquella Erasmus regordeta, pero sí era consciente del orden y culpa de las iniciativas: ella me había morreado por sorpresa y yo insistí en acompañarla a casa. Nada más entrar en su habitación, la chica se desplomó sobre la cama roncando como un pequeño jabalí. Mis intentos por reanimarla con besos torpes o toscos magreos no surgieron efecto y el euforizante nivel de alcohol en sangre hizo el resto para decidir que cascármela frente a su cara compensaría mi anhelo sin lesionar su involuntaria negativa.

Pero ahora mismo, debido a un erróneo cálculo en la trayectoria de mi eyección, veía el viscoso reguero de mi propia esencia sobre su piel. La borrachera perdía intensidad, aunque no del todo. Pensé que la temperatura de mi secreción no desentonaría mucho con la de su acalorado moflete e incluso llegué a preguntarme a cuántos grados habría salido el semen. La sordidez del momento me devolvió de golpe a la realidad. Hice uso higiénico de la previsora caja de Kleenex que la chica tenía sobre la mesilla, me subí los pantalones y abandoné el piso con tanta premura como silencio. Fuera llovía con la impertinencia propia de un 9 de noviembre. Esquivando charcos de manera automática, repetí para mis adentros: «Me he corrido en la cara de una guiri».

En ese momento parecía un resumen válido de la noche.

Técnicamente, era la pura verdad.

Mientras tanto, muy lejos de allí, miles de compatriotas suyos derribaban el Muro de Berlín a patadas.

El remordimiento apareció al día siguiente, casi antes de despertar, en ese infinitesimal santiamén en el que, al recuperar la consciencia tras una juerga, aún no sabes si tienes resaca o no. Sí la tenía, y bien gorda. Todas las posibles secuelas del alcohol ingerido habían acudido a la llamada: boca seca, lengua de trapo y paladar

agrietado unido a un dolor intenso vagamente localizado en la cabeza, párpados punzantes y un estómago revuelto al borde de la arcada. Si cada uno de esos síntomas votara de uno a diez en mi malestar, yo tenía la Nadia Comaneci de las resacas.

Las desgracias físicas eran claras, definibles y caducas, todo lo contrario que el arrepentimiento, esa incomodidad grisácea e intangible que me nublaba sin llegar a nada. Como en tantas otras resacas, asumí la absurda inevitabilidad que me lleva a caer una y otra vez en lo patético. Lo malo es que, mientras me entregaba a la metafísica de la autohumillación, se me dibujó una sonrisilla imaginando el despertar de la alemana con ese rastro seco y pegajoso en la mejilla.

Su cara era el muro de mi vergüenza.

Sentado en la mesa de la cocina, desayunando unas Campurrianas con un resto de leche que caducaba ese mismo día, repasé el estado de mi vida. Habían pasado cinco años desde aquel COU en California; en ese tiempo, el brillante futuro que me auguraba un dominio casi bilingüe del inglés se había diluido poco a poco en favor de una incertidumbre cada vez más espesa. Al volver de Estados Unidos me matriculé en Filología Inglesa; creía que con lo que sabía me regalarían el título, pero la incómoda presencia en el temario de lenguas muertas, literaturas pretéritas y gramáticas complejas minaron mi entusiasmo académico, tan parco y disperso desde niño que ya lo consideraba más un acto de coherencia que una tara irreversible. En resumen, debería haber terminado la carrera antes del último verano, y aún tenía asignaturas pendientes para rato.

No sentía la urgencia de licenciarme porque la salida natural de la docencia me motivaba menos que masticar chinchetas: no me veía dando clases. Estaba a gusto con esa certeza porque siempre me he sentido aliviado al librarme de responsabilidades, incluso antes de adquirirlas. También era verdad que mis ímpetus académicos se habían relajado porque mis padres pagaban el alquiler de los sucesivos pisos de estudiantes que iba ocupando. Hacía ya tres años que Jandro, un gallego menudo y fibroso que preparaba oposiciones, me alquilaba una de las tres habitaciones de su casa. Era un tipo maniático, estricto con las normas de convivencia, pero muy cordial cuando había confianza. Este curso compartíamos piso con Christoph, un alemán alto, con entradas en la cabellera y gafas redondas que, a pesar de ser sensiblemente mayor que nosotros, venía becado por el programa Erasmus.

Mi consuelo ético era que tampoco abusaba demasiado de mi familia gracias a trabajitos como dar clases particulares de inglés o escribir aburridos publisreportajes para todo tipo de publicaciones. Cada una de esas tareas me proporcionaba una cantidad de dinero miserable, pero juntas formaban un salario indigno que gastaba en juegas de andar por casa. La vida no parecía llevarme a ningún sitio concreto. Yo a

ella tampoco. Estábamos en paz.

Permanecí enfrascado en las musarañas, en este caso, en el enorme calendario de 1989 abierto en noviembre. A su lado, el segundero de un cutre reloj de pared marca Saiko dividía los minutos en sesenta martillazos. Como tantas otras veces, me pregunté por qué el fabricante se había molestado en inventar una marca falsa; esa impostora A usurpando el lugar de la genuina E era una desafiante llamada de atención sobre su propio fraude.

—¡La Letra Escarlata! —exclamé en voz alta, buscándome en el reflejo de la ventana.

Mi sonrisa contenía trazas de idiotéz.

El espeso barro de Campurrianas y leche que forraba mi maltrecho estómago me permitiría afrontar el día, que no era poca cosa. Aproveché que estaba solo en casa para poner música mientras me duchaba: enjabonarme con la versión que los Red Hot Chili Peppers hacían del *Higher Ground* me devolvió del todo al mundo de los vivos.

Eran las tres y veinte de la tarde.

Llegué a la facultad justo a tiempo para la primera clase de la tarde: Gramática Generativa Transformacional. No solía asistir a esa asignatura que impartía el catedrático Arjona, a quien yo mismo había bautizado profesor Jirafales por su vago parecido con el personaje de *El Chavo del Ocho*, pero de vez en cuando me gustaba comprobar en directo el profundo tedio que convertía su exposición en un mantra hipnótico del aburrimiento. Sus clases me ayudaban a magnificar mi pasión por la risa, las cervezas, la música, la tele, las mujeres...

Las mujeres.

Una de las mayores sorpresas que me había llevado en esa carrera fue la abrumadora mayoría femenina, cosa que no sucedía en otras licenciaturas, como bien sabía por mis amigos del instituto. No sería capaz de evaluar los méritos académicos de aquella facultad, pero podría enumerar, una a una, las excelencias físicas de mis compañeras de curso. Aquella tarde, por ejemplo, éramos tres tíos y veintidós mujeres. Dedicué parte de la clase de Jirafales a observarlas disimuladamente desde la última fila. A catorce de ellas me las follaría allí mismo si me lo pidiesen.

Pero no me lo pedían, claro.

A las restantes me las follaría si me lo pidiesen estando yo muy borracho.

Pero tampoco lo hacían.

Salí de la sesión de hipnosis gramatical sediento de ruido, birra, jaleo y frivolidad. En otras palabras, desprecié la siguiente clase, Historia de la Lengua Inglesa, y me fui

disparado al bar de la facultad esperando encontrar a mi amigo Bosco. Lo había conocido el primer día de universidad, cinco años atrás; él mismo se presentó al verme más perdido que Van Morrison en una reunión de gente feliz. Sólo se matriculó los dos primeros cursos; había dejado de hacerlo para darle, en sus propias palabras, «un uso más racional» a ese dinero. Creo que en su casa ignoraban que había abandonado la carrera.

En efecto, allí estaba, apoyado en la barra, muy concentrado en mirar un punto indeterminado situado en el centro de la cafetera. Me acerqué y, sin alterarse ni un poquito, preguntó:

—¿Te has enterado?

En cualquier otra situación, una entrada tan misteriosa despertaría cierta expectación, pero a Bosco le gustaba iniciar las conversaciones con una pregunta retórica.

—No, ni idea. ¿Qué pasa?

—En enero inauguran una línea de autobús directa a Londres.

—¡Hay que ir! —interrumpí con entusiasmo, sabiendo que no teníamos un puto duro para hacer ese viaje.

—Dos cervezas —pidió Bosco casi en un susurro. Tenía el extraño don de hacerse oír sin levantar la voz. Podía intimidar mucho, incluso sin querer.

—¡Nos vamos a Londres, tío! —repetí, sin saber muy bien por qué—. ¡Anarchy in the UK!

Me reí a carcajadas mientras Tom Waits —este mote era obra de Bosco— nos acercaba dos Águilas. Nos miramos a los ojos para brindar, él serio, yo con una amplia sonrisa, los dos conscientes de que llevábamos años brindando por ese viaje.



El teléfono quebró la quietud de la casa y ese sonido me sumió en una tensa quietud. Toda actividad humana en el piso cesaba de repente. Permanecí paralizado y con todos los sentidos al acecho, como un insecto palo mimetizándose con el entorno. Agucé el oído para comprobar si Jandro o Christoph emitían ruidos que indicaran movimiento. Parecía un guepardo antes de lanzarse a la feroz persecución de la gacela teléfono. Sabía positivamente que ellos también lo hacían; si ninguno esperaba una llamada, el aparato podía desgañitarse hasta la extenuación sin que nadie moviera un dedo. El ring entrante nos convertía en mágicas estatuas del Jardín Botánico, en tres réplicas del Han Solo congelado en carbonita o en cualquier transustanciación de tres putos vagos maniáticos. Por fin, Jandro atendió la llamada. Era el dueño del piso, y eso le concedía cierta responsabilidad por mucho que compartiéramos espacio.

Supé que era él porque el entrenamiento en la convivencia me permitía distinguir sus pasos de los del alemán.

—¿Sí?... Claro... ¡Pepeeeeeee!

Salté de la cama y llegué a la mesa frente a la tele donde reposaba nuestro enorme teléfono rojo. Mientras agarraba el auricular, imaginé una enorme ruleta con fotos de mis compañeras de clase en lugar de números.

—¿Hola?

—¡Pepe!

Mi madre.

—¿Quién es?

—¡Tu peor pesadilla!

Siempre la misma broma: yo fingía no reconocerla y ella me lanzaba esa falsa amenaza. Era nuestro código encriptado para saber que todo estaba bien, que no había malas noticias, que la conversación sería felizmente rutinaria. El hecho de llevar seis cursos, incluyendo COU, fuera de casa había pulido los roces propios de una convivencia jerárquica: con mi madre me llevaba mejor que bien, pero no tanto con mi padre o mi hermano pequeño, con quienes la falta de contacto había ido construyendo una cordial e inocua indiferencia.

—Te ha llegado una postal de California. Es de... JA-NI-NE —pronunciaba el nombre tal como se escribía, con la jota bien clara, usando todas las vocales y declamándolo más alto que el resto de la frase para hacerse entender.

¡Postal de Janine!

—Así que la has leído... —dije con tono burlón.

—¡Pero si no entiendo nada! —exclamó, corroborando mi acusación.

Janine.

Mi archivador mental abrió la C de California y empezó a desplegar carpetas. Mi madre seguía a lo suyo.

—Pues eso, que la firma JA-NI-NE...

Vuelta a la realidad.

—Se dice Yanín, mamá...

—¿Juanín? ¿Pero no es una chica?

Postal de Janine. Cinco años después de nuestra despedida llena de lágrimas en San José seguíamos escribiéndonos, aunque la frecuencia había ido disminuyendo, como era de esperar. Durante los primeros meses tras mi regreso, contestábamos las cartas según nos llegaban, un tira y afloja de entusiastas folios que sobrevolaban el Atlántico como halcones feroces que combatían la distancia con el pecho henchido de amor.

Un momento, puede que no fuera para tanto.

Tres meses después de mi partida, Janine me informó de que había roto con su novio, aquel jugador de fútbol americano cuya alargada sombra se había interpuesto entre nosotros. Su reacción celosa a nuestra amistad pura —en este punto, yo mismo ignoraba las poderosas erecciones que me provocaba su mera presencia— fue el inicio del declive que acabó abriéndole los ojos: Dave no era el hombre de su vida.

La soltería de Janine alimentó durante aquel otoño la esperanza de verla para consumir tanto amor contenido. Las cartas llegaban a España y despegaban hacia California cargadas de honestos arranques que oscilaban entre su sincero compromiso y mi lascivia desatada. Sólo tenía una foto en la que apareciéramos los dos juntos, y era la que nos habían hecho el día de la graduación; de tanto mirarla me sabía de memoria cada centímetro de su ropa, cada milímetro de su sonrisa, cada átomo del brillo en sus pupilas. Pero aquella Navidad, Janine se fue a visitar a una hermana de su madre que vivía en Cleveland; lo que iba a ser una semana de estancia se convirtió en dos meses cuando a su tía le diagnosticaron cáncer. Ahí empezó el descenso epistolar que anticipó el enfriamiento de nuestro amor.

Por lo visto, no era tan eterno.

Las cartas se espaciaron. Más que halcones intrépidos, parecían pesadas avutardas. Un buen día, dos años atrás, me contó con su entusiasmo habitual que había conocido a un tal Mark en una discoteca de Santa Cruz. Fue su última carta. Desde entonces, sólo me escribía postales.

A estas alturas, Janine era la única persona de California con la que seguía en contacto, y eso que en los meses tras mi regreso había escrito más cartas que en toda mi vida anterior. Me llegaban varias cada mes y era tanta la alegría que incluso las recibía con simiesco jolgorio, quiero decir, literalmente daba saltos por la habitación, por supuesto sin que nadie me viera. Me escribieron Kurt y Troy, dos de mis amigos de juerga, lo cual me había sorprendido hasta emocionarme, y no lo hicieron Rob o Steve, lo cual encajaba más con lo esperado. Kurt había logrado una beca parcial en la Universidad de Santa Clara gracias a sus buenos resultados en el equipo de lucha libre de Catworth y trabajaba los fines de semana en un cine para completar los gastos de su estancia en el campus. Cuando me contaba alguna fiesta de togas en su residencia, yo quería llorar de pura nostalgia y envidia. El maravilloso loco de Troy no se había matriculado en la universidad «de momento» (en feliz expresión acorde con su inquebrantable optimismo) y ya competía de manera amateur en el circuito local de skateboard. Por semanas trabajaba de jardinero en un parque municipal llamado Marijane Hamann; me sorprendí pensando que no podía haber mejor curro para él.

En cada una de las escasas y muy espaciadas cartas de mi familia de acogida cada miembro me dedicaba unas líneas de su puño y letra: la viuda Betty por pura cordialidad metodista, mi «hermano» Phil con franca desgana y Lori con vacuo

entusiasmo. Yo siempre respondía con amable apatía, es decir, por pura educación. Con el paso del tiempo, se nos desmoronó el ímpetu de tanto usarlo. Un buen día cesaron las cartas.

Todos los estudiantes de Catworth habíamos adquirido, poco antes de la graduación, el anuario del instituto, un libro de tapa dura que recopilaba imágenes de las instalaciones, una foto de cada alumno y varias de todas las actividades deportivas y extraescolares. Los del último curso aparecían con medio retrato en el que lucían esmoquin o palabra de honor, según tocara. Ni me había enterado de cuándo o dónde había que hacérselo, así que me incluyeron en una especie de página-contenedor reservada a los marginados sin foto molona. Recortaron mi careto de una instantánea mayor en la que parecía el sobrino monguer del Yeti. Se me veía encogido, girándome hacia la cámara pero ajeno a ella, con un gesto de asco a medio camino entre estornudar y oler algo muy podrido. Me pareció que la original podría ser una vista general de la grada de Catworth durante un partido de fútbol americano.

Primero pensé en matar al hijoputa que había elegido esa foto, pero preferí suicidarme cuando fui consciente de que todos mis compañeros la guardarían para siempre en sus putos anuarios. Cientos y cientos de copias de la estampa del Quasimodo español asustado por el fuego de una antorcha. Todos esos libros, desperdigados por Estados Unidos en sucesivas mudanzas, conteniendo el retrato del monstruo latino que las abuelas del futuro usarían para asustar a sus nietos:

—Duérmete ya o vendrá el deforme Pipi desde *Espania* a comerte los sesos...

Además de práctico recordatorio de las jetas de todos los involucrados en el año académico, el ejemplar servía para que mucha gente te escribiera dedicatorias acordes con el trato que hubierais tenido a lo largo del curso. El hecho de que no pocos compañeros acompañaran el autógrafo con su dirección postal me animó a devolver la cortesía, lo cual hizo que me llegaran cartas tan puntuales que incluso tenía que buscar al remitente en el anuario para saber de quién se trataba. Lo bueno es que también recibí una inesperada tarjeta de Nichole Fisher, la superloba rubia que Greg Reynolds se había follado en mi propia cama. En la postal, que mostraba una ola perfecta en Mavericks, Nichole sólo había escrito:

Buena suerte en la vida.

Cuídate mucho, ¡chico español!

Aquellas nueve palabras me volvieron loco. Y el corazón que ocupaba el lugar donde debería estar el punto de la i en el «Nichole» de su firma acabó por rematarme. ¿A qué venía aquel arranque de cariño si apenas me había mirado en todo el año? Llegué a imaginarla desnuda, mientras escribía esa postal, masturbándose compulsivamente sin dejar de mirar mi foto de panoli en el yearbook. A lo mejor le iba el rollo contrahecho. O sólo se había dedicado a escribir a todas las direcciones que había encontrado en su anuario por aquello del buen karma. Por supuesto,

contesté a su postal con otra que me llevó horas escoger y redactar para que mi tono sonara casual y desenfadado.

Nunca respondió.

Tampoco lo hizo a las tres cartas que le envié.

—¿Te la mando o te la guardo hasta que vengas? —Era mi madre, que se había mantenido al otro lado del teléfono durante mi flashback.

—Falta un mes para Nochebuena, mamá; si me invitas a cenar, voy a por la carta.

—Pero mira que eres tonto, ¿eh?



Aquel viernes se presentaba con una previsión de humedad que rondaba el noventa y tres por ciento. Era la manera en la que Bosco, Urtubi, Arturo y yo definíamos las altas probabilidades que teníamos de beber como perros. Los cuatro nos habíamos conocido en la facultad para componer un grupo tan homogéneo como dispar. A Urtubi lo llamábamos así porque en el primer trimestre de carrera no dejaba de repetir «cañonero Urtubi» imitando el soniquete de un locutor deportivo que se refería de esa manera al jugador del Athletic de Bilbao. De una forma sana y positiva, todo parecía importarle una mierda. No tenía ninguna intención de terminar la carrera porque había asumido que, tarde o temprano, acabaría en los negocios de exportación agrícola que su familia manejaba en Murcia y Almería. Arturo era un año más joven y muy opuesto a nosotros: responsable en el estudio, pulcro en el vestir y totalmente desfasado a partir del segundo cubata.

Por una absurda manía de compensación, me gustaba acudir a la última clase de los viernes, como si así reparara el indiscriminado absentismo de la semana. Me imaginaba una especie de Dios del Buen Estudiante que asentía beatífico desde su cátedra en el cielo cuando decidía entrar en clase, a pesar de que las tentaciones del viernes arreciaban como sirenas ninfómanas intentando seducir a Ulises. Bueno, también contaba con el retorcido aliciente de empezar la moña algo más tarde, con el ahorro económico y energético que eso suponía.

Subí al bar tras mi habitual penitencia académica de los viernes. A pesar de lo bajito que tenían la música, siempre intentaba reconocer la canción que sonaba: en esta ocasión era el *Sowing the Seeds of Love* de los Tears for Fears, un tema que me daba rabia porque me gustaba contra mi voluntad. No se sabía dónde acababa el homenaje a los Beatles y dónde empezaba el plagio. Además, aquellos dos tipos eran

antiestrellas del pop, pero ese single era una de esas melodías lapa que no te quitabas de la cabeza ni a palos.

Mis amigotes, sentados en una de las mesas del local, ya llevaban varias birras de ventaja. Lo bueno es que los acompañaba Sara. Lo malo es que también estaba Amelia. Sara era lista, ingeniosa, guapa, tenía cuerpazo y nos toreaba sin pestañear ni perder la sonrisa. Amelia era su perro guardián: la avaricia de su fealdad sólo era comparable a la amargura de su carácter. Desconfiaba de cualquiera que se acercara a su amiga y no dudaba en ladrarnos hasta hacer sangre, si fuera necesario. La llamábamos Vader, incluso a la cara, pero nada parecía perturbarla.

Todos los hombres de aquella universidad, y no pocas mujeres, se habrían dejado amputar un miembro por estar con Sara, pero tenía novio en el pueblo y se iban a casar cuando ella terminara de estudiar. Punto.

—Hola, Sara —dije al sentarme, obviando al resto del grupo.

Mirarla me transportaba. Si uniera todas las pajas que me había hecho pensando en ella, podría sepultarla en lefa.

—Hola, Pipi —respondió la zorra de Amelia.

El bocas de Urtubi les había contado que en California me llamaban «Pipi» porque pronunciaban mal «Pepe», y la muy cabrona sabía cuánto me jodía que me lo recordara. Al mismo tiempo, ella era consciente de que, con Sara delante, jamás la mandaría a tomar por el culo.

—¿Qué hacemos hoy? —pregunté, mirando directamente a los ojos de Bosco, enrojecidos por el costo.

Varias partidas de dados y rondas de birras después, salimos de la facultad con la noche sobre los hombros y el diablo en las entrañas. Sara se despidió: no hicimos nada por retenerla porque, además del favor de llevarse a Amelia, ya sabíamos que no había manera de convencerla. Bosco y Urtubi encaminaban sus pasos al siguiente bar, pero Arturo y yo repetimos el mismo ritual de no pocos viernes; la observábamos mientras se alejaba porque al cabo de unos pasos, Sara, sólo ella, se giraría para saludarnos con una sonrisa que le devolveríamos con gesto angelical.

Así ocurrió.

Y entonces, como siempre, Arturo levantó la mano y, sin despegar los dientes, musitó:

—Joder, vaya culo.

Enseguida alcanzamos a nuestros amigos que, como soldados de un ejército zombi, se dirigían a El Mundo, un bar estratégicamente situado entre el apacible cosmos universitario y el caótico bullicio de la zona antigua de la ciudad. Siempre estaba de bote en bote aunque la distribución del local no obedecía a ninguna lógica; la barra, larga y voluminosa, apenas dejaba espacio entre ella y la pared; cada vez que

alguien tenía que ir al mugriento servicio situado al fondo molestaba a todos los clientes. Sólo disponía de dos mesas diminutas y cinco sillas incómodas fuera del mostrador: sentarse en ellas era una especie de triunfo tribal, un logro al alcance de los más fuertes, pura selección natural. Y como si sobrara espacio, nada más entrar en el bar, había que sortear un pinball CANASTA 86, siempre ocupado por jugadores de todo tipo. Bosco era un obsesivo perfeccionista y auténtico maestro Jedi del petaco; si todos los usuarios fueran tan habilidosos como él, los recreativos no serían negocio. Menos mal que había gente como Urtubi, al que se la sudaba hacer el ridículo, o yo mismo, que me ponía tan nervioso si alguien me miraba que la pifiaba enseguida. Yo prefería el Tetris, por ser un juego en el que sólo dependías de tu destreza contra la máquina y no de aleatorias fuerzas gravitacionales. Los machacones sonidos electrónicos del artefacto se mezclaban con el murmullo de la parroquia formando una espesa niebla de ruido que sólo superaba en decibelios la poderosa voz de Ernesto, dueño y único empleado de El Mundo, un ser hosco, huesudo e inflexible con los horarios; a medianoche «todo dios» tenía que estar fuera del bar. El paso del tiempo le había convertido en una máquina expendedora de tacos, maldiciones y finas perlas de conocimiento.

—¡Dejad de jugar a la *bagatelle* y consumid algo, me cago en la puta!

Bosco se arrimó al flipper, Urtubi se detuvo a saludar a unos amigos, Arturo y yo nos hicimos hueco en la barra para pedir cuatro cervezas bien frías.

La gigantesca bola de piedra que perseguía a Indiana Jones se había puesto en marcha.

Perdimos a Arturo en el Muralla. Estaba terminándose su fatídico segundo Larios con naranja cuando empezó a sonar el *Dance Little Sister*. Con la inconfundible batería inicial, casi antes de que Terence Trent D'Arby animara a su propia abuela en la primera frase, nuestro amigo ya había derramado, sin querer, tres copas ajenas en su primer giro loco de bailarín desmembrado. Que no hiciera ni amago de pedir disculpas y siguiera con aquella desquiciada danza que parecía la epilepsia de un espantapájaros enfureció a los dueños de los cubatas. La tangana fue vista y no vista, una fugaz melé en la que participamos Urtubi, Arturo y yo mismo, los tres agarrados a la vez al trío contrincante, unos pidiendo calma a gritos y otros exigiendo reparación del honor. Parecíamos una masa de torsos fundidos, como si un accidente nuclear hubiera provocado una mutación en forma de monstruo con seis cabezas y doce piernas que se movía torpemente por el bar. La mediación y buena voluntad de los camareros del Muralla hicieron el resto para que las bebidas fueran repuestas y la noche siguiera su curso, ya sin Arturo. Cuando sentía que se estaba emborrachando demasiado, un inconsciente y eficaz mecanismo de responsable autodefensa le empujaba a irse para casa sin mirar atrás.

Nuestra siguiente parada sería el Galaxy. En ese momento de exaltación étlica

sentí que éramos *The Three Amigos* buscando juerga.

—¡We are the three aaaaaamigos! —grité, imitando la canción de la película para demostrar mi ausencia de filtro.

Me miraron sin expresar emoción alguna.

—¿Dónde tengo el tabaco? —exclamó Bosco palpándose los bolsillos y haciendo evidente que mi chiste se la bufaba.

—La calle es un hervidero de gente —añadió Urtubi con soniquete de locutor deportivo, sólo para cachondearse de esa frase hecha y corroborar que cada uno iba a su bola.

Tenía razón: un montón de personas cocidas transitaban por aquella estrecha vía como un banco de langostas braceando en agua hirviendo.

Supe que también perderíamos a Bosco cuando nos encontramos a la Wendy en la puerta del Galaxy. En realidad se llamaba Remedios, pero lucía un discreto mohicano rubio oxigenado que recordaba de lejos al de la cantante de los Plasmatics, y de ahí el mote, que ella aceptaba con gusto. La Wendy era la novia de Bosco. Si no sonara tan trasnochado, sería más adecuado denominarlos «amantes» por el carácter ilícito de su fornicio, es decir, que ella tenía novio con el que compartía cama, piso y pastor alemán. Que el maromo pasara largas temporadas fuera de casa conduciendo un tráiler por Europa no hacía más que poner en bandeja la ocasión de adulterar dicho compromiso. El concepto de «relación tormentosa» se quedaba corto a la hora de definir el vínculo de Bosco con la Wendy; la electricidad que generaban cuando estaban juntos podría iluminar un país pequeño, pero las chispas que provocaban sus roces habrían asustado al mismísimo Thor, dios del trueno.

Como supe que ocurriría nada más verla, Bosco desapareció poco después sin despedirse.

La última vez que recordaba haber visto a Urtubi había sido dentro del Galaxy, hablando animadamente con dos tías. Mi amigo tenía una habilidad especial para iniciar conversaciones con desconocidas. La mezcla de alcohol, verborrea e inmunidad al ridículo lo convertían en un titánico rompehielos; le bastaba un simple contacto visual para lanzarse a la cháchara. En ocasiones cogía desprevenida a la chica de turno, que aún tardaba un rato en darse cuenta de la encerrona, pero a veces incluso pillaba. Que la mayoría de los intentos no llegaran a buen puerto no le restaba ni un ápice de mérito. Yo admiraba su facilidad para entablar esas charlas casuales y, sobre todo, envidiaba la sana despreocupación que mostraba en caso de estrellarse; no le importaba lo más mínimo que alguna arpía le bufara en la aproximación para largarlo con viento fresco. Se encogía de hombros y seguía a lo suyo.

Ignoro en qué momento exacto perdí a Urtubi. Estuve un buen rato debatiendo con un conocido de la facultad sobre la vigencia de los Rolling Stones a propósito del *Mixed Emotions* que había sonado en el bar, aguanté la chapa de una pareja que discutía sobre el *Batman* de Tim Burton y le balbuceé incongruencias a la hermana del discjockey para que le pidiera a su pariente algo de los Clash, olvidando que a esas horas era muy raro que el Galaxy pinchara grupos que no fueran españoles. Sonaron Radio Futura, Siniestro Total, Gabinete Caligari o Ilegales, mientras el MG con Kas de limón me inundaba sin oposición, pero la música cesó de repente tras el *Cadillac Solitario* en directo de Loquillo y los Trogloditas. Las cegadoras luces avisaban de que cerraba el Galaxy, es decir, eran las cinco y media de la mañana. El dato me pilló por sorpresa. Incluso puse cara de asombro, sin dejar de mirar a la gente que empezaba a desfilar, por si alguna ninfa despistada aprovechaba la recién recuperada luminosidad del local para buscar mis ojos e indicarme que la llevara lejos de allí y así...

Nada.

Abandoné el bar con la determinación de seguir por mi cuenta, convencido de que las diez horas que llevaba bebiendo no eran suficiente juerga para el Hulk que me habitaba. Merecía una puta prórroga. Me sentía Tony Montana, Sal Paradise, Santiago Nasar, George Best, Peter Parker y Joe Strummer, por ese orden.

Estaba que me salía.

A esa hora las posibilidades se reducían a dos discotecas, dos garitos aceptables y un antro que todos llamábamos El Antro porque le pegaba y porque carecía de nombre oficial. Deseché las discos porque una era cara y porque en la otra los porteros puteaban mucho, pasé por alto los garitos y me dirigí al antro sólo porque estaba cerca y yo muy ciego; en circunstancias normales nunca lo habría hecho.

Nada más entrar me arrepentí, pero no lo bastante. El Antro era angosto, el calor inhumano, la clientela pendenciera y la música infumable. «La cerveza estará fría», cavilé abriéndome paso hacia la barra. Pedí una birra y dispuse mis últimas monedas en el mostrador intentando transmitir seguridad, confiando en que fueran suficientes: de reojo había distinguido, por lo menos, una de veinte duros. El camarero trajo el tercio de San Miguel, miró el dinero, me lanzó una mirada fulminante, se encogió de hombros, arrastró las monedas con la palma derecha hacia la otra mano y siguió atendiendo.

Nunca supe si me perdonó pasta o le dejé propina.

Di la espalda a la barra, apoyé los codos sobre ella y eché un vistazo más reposado a la concurrencia. Parecía el patio de recreo de una prisión de mínima seguridad. La gente hablaba al oído, pero no por secretismo, sino por el volumen

atronador de aquella especie de trance machacón con beats apelmazados sin melodía. En la esquina, sobre una de esas pequeñas mesas altas y redondas con una sola pata, dos tipos malencarados se metían rayas sin disimular ni un poquito. La gente sudaba y el humo los envolvía. El ambiente destilaba más tensión que diversión, como si todo el mundo esperara que sucediera algo chungo. Me estaba rayando, pero no en el mismo sentido que los skins de la esquina. Notaba que la paranoia luchaba a brazo partido contra la sensatez dentro de mi cerebro encharcado: la pelea era desigual y la euforia perdía la partida contra la demencia.

Es una manera delicada de explicar que tenía miedo.

—¿Qué pasa, niño? —bramó una voz a mi derecha.

Me llevé tal susto que agité los brazos olvidando que llevaba una cerveza en la mano, lo cual provocó que me derramara encima buena parte de su contenido. El tipo que me hablaba con tanta delicadeza llevaba camiseta de tirantes, pantalón de chándal y el pelo corto por arriba y largo sobre la nuca. Pude ver su cara de cerca porque lo tenía justo delante, muy a mi pesar; algo en las pequeñas cicatrices que cosían su rostro, en sus pómulos marcados, en la ausencia de varios dientes y en la mirada resentida indicaban que ese aspecto, más que una opción estética, era un modo de vida. Si llega a aguantarme la mirada, probablemente me habría hecho pis, pero alguien lo saludó desde el otro lado, se abrazaron con efusión y se fueron hacia la mesa de la esquina.

Había pasado el peligro, pero mi inútil sentido del orgullo idiota me impedía aprovechar la oportunidad para escabullirme de aquel error. Decidí que, ya que la había pagado, me acabaría la cerveza, aunque fuera deprisa y llevara la mitad puesta en la camisa.

Además, tenía que mear. En otras circunstancias habría aguantado más tiempo. Ahora, la excusa me venía bien para estirar las piernas y hacer tiempo, así que avancé entre aquellos cuerpos sudados hasta llegar al baño. Abrí con una determinación que enseguida lamenté. La entrada natural daba a un lavabo al que había que arrimarse para cerrar la puerta porque las bisagras estaban en el lado contrario al que debían. De esa manera accedías a los dos urinarios o al único retrete, que tenía una de esas portillas abierta por arriba y por abajo. En mi animoso irrumpir casi tropiezo con un tipo medio gordo que se preparaba dos rayas sobre un CD de Locomía apoyado en frágil equilibrio sobre los grifos. Nos miramos mientras la puerta se cerraba a mis espaldas como el efectista truco de una película de terror. La barrera contrachapada entre los altavoces del local y los azulejos blancos del baño convertían la música en una especie de latido sordo; allí dentro, el trance perdía volumen y los pocos matices que tenía. El individuo me obsequió con una mirada perdida y hostil; cuando entré, separaba con su DNI el montoncito de farlopa. Tenía la mano libre apoyada en la

pared de enfrente y el brazo totalmente estirado, lo cual me permitía observar un zafio tatuaje que representaba, más o menos, el torso de una mujer con curvas. Lo imaginé años atrás en su celda, desesperado en mitad de la noche, tatuándose el torpe dibujo con un vaso roto que había robado en el comedor de la cárcel, apretando los dientes en silencio para combatir el dolor y jurando vengarse algún día de la sociedad.

—Perdón —musité a duras penas.

El tío seguía quieto, con su carné a escasos centímetros de la coca y su mirada en la mía, pero era como si me atravesara, como si en realidad se fijara en la parte de atrás de mis globos oculares. Esa ausencia de foco me tranquilizó un poco, no mucho, lo justo para girarme hacia el urinario de pared y disponerme a mear. Todavía llevaba la birra en la mano derecha, así que bajé la cremallera con la izquierda y saqué mi estremecida polla. La idea de darle la espalda a aquel rinoceronte no resultaba alentadora; era mear o ponerme a charlar con él. Me concentré en orinar, pero estaba tan nervioso que no me salía nada. Intentaba concentrar los fluidos para expulsar los restos de tanta bebida. No funcionaba. Entonces escuché los golpecitos de su DNI contra la caja del CD y comprendí que había vuelto a su drogadicta tarea, lo cual me relajó un poquito, aunque, de nuevo, no lo bastante. Me imaginé sentado en mi propio capullo, asomado al meato como un espeleólogo en la entrada de una cueva, para llamar a voces a mi orina, «¡Vamos, sube, todo está bien por aquí!», pero no había forma de que las ganas se plasmaran en la consecuente meada. Estaría agazapada al fondo de la uretra, incluso más arriba, puede que en su afán de no salir, el pis me hubiera encharcado los pulmones. Por alguna razón, estaba convencido de que si no meaba ya mismo, el compañero farlopero se mosquearía por mi absurda visita al baño, pero allí no aparecía ni una miserable gota.

Y entonces tuve una de esas peregrinas ideas de mierda. No se me ocurrió mejor cosa que simular la micción.

Como mi mano derecha quedaba fuera de su vista, giré la muñeca poco a poco y con ella la botella, para verter cerveza en el mingitorio y que sonara a genuino pis. Así sucedió. Cuando el chorro chocó contra la cerámica en perfecta simulación de lo que hubiera sido una meada llegué a sonreír ufano ante mi astucia.

Pero si algo puede empeorar, lo hará.

Me había olvidado del retrete con puerta a la derecha de los urinarios de pared. Reparé en él cuando se abrió de repente.

—¿Pero qué haces, loco? ¿Te estás regando la polla? —exclamó el recién aparecido.

—Pues claro —balbuceé mientras redirigía el reguero de cerveza hacia ella sin saber por qué coño lo hacía.

—¿Cómo? —añadió el señor Lonchas a mi espalda, queriendo asomarse.

—Que sí, hostias, ¡que me estoy lavando la polla! —grité, simulando chulería camorrista al borde de un colapso nervioso. De hecho, volqué el resto de la birra sobre el cipote, dejé la botella vacía en el urinario, meneé la polla un par de veces, la guardé velozmente en los calzoncillos, subí la cremallera y puse los brazos en jarras. Los farloperos flipaban, no sabían si estaba chiflado o era idiota. Mi corazón se había acompasado al frenético ritmo del bombo de la música que sonaba en el bar: me iba a salir por la boca.

—¿Pero por qué, puto loco? —preguntó, más sorprendido que agresivo, el que había salido del retrete—. ¿Por qué te la lavas con cerveza?

—¡Porque voy a follar!

¿De verdad había dicho eso en voz alta? Por dios, que alguien me golpeará en la cabeza. Necesitaba que aquella pesadilla se terminara ya, antes de cagarla más todavía.

—¿Y por qué no te la lavas con agua? —respondió mister Rayusco mirando el lavabo. Me dolió que siguiera intrigado por mis falsos hábitos higiénicos en vez de interesarse por el folleto.

—¿Vas a mojar aquí? ¿Con quién? —interrumpió el otro con una mirada de perversión que me heló la sangre.

—¡Pues sí! —berreé, expeliendo a la vez un sonoro gallo que subrayó mi histerismo—. Estoy en la barra con una tía... —Ahí me di cuenta de que no había visto ni una sola mujer en el bar—. Y seguro que va a querer rollo, ¡voy para allá!

Creía que la determinación de mi despedida les haría apartarse, pero no se movieron ni un ápice. El gordaco sostenía el CD sobre la palma de su mano izquierda accionando la cualidad prensil de sus dedos. Me miraba de manera distinta. Sacó de nuevo el DNI que había guardado en el bolsillo de atrás y, con inesperada destreza, reconvirtió los dos tiros en tres. Noté que al otro tipo no le hacía gracia ese arranque de generosidad. El repartidor guardó el carné, sacó un canuto metálico de otro bolsillo y me acercó todo el asunto ceremoniosamente. Parecía el mismísimo Papa dándole de comulgar a la madre Teresa.

—Venga, dale —ordenó con tono condescendiente.

No habría manera humana de rechazar aquella invitación sin salir a hostia limpia del baño. Agarré el tubito y esnifé la raya con un ímpetu tan desmedido que probablemente había dejado virgen el CD de Locomía. La cocaína y el corte de cal, detergente, yeso, talco, harina, azúcar glasé, o lo que coño llevara aquello, trazó en mi cráneo una limpia diagonal de fulgor y cosquillas. El rastro del polvo dentro de mi cabeza era tan nítido que por un instante pensé que también había aspirado el cilindro. Aún tuve que esperar a que mis nuevos colegas se metieran sus rayotes y que el patrocinador se chupara el dedo para aprehender los restos de farlopa del disco antes de llevárselo a las encías.

—¡Tres en raya! —exclamé para relajar el ambiente, sin lograrlo—. Bueno, tíos, ¡de puta madre! Me voy al tema, ya nos vemos, ¿vale? —rematé casi gritando mientras me abría paso entre ellos.

No les di tiempo a responder. Salí del baño y me aseguré de cerrar la puerta. El ambiente me pareció todavía peor que antes, sólo que ahora me ardía la nariz y, además de la camisa, tenía los pantalones empapados en cerveza. Suerte que eran negros. Me costó cruzar la masa humana, pero me consolaba pensar que cada cuerpo sudoroso franqueado era un obstáculo entre mi huida y los farloperos, a los que suponía saliendo del baño para ver quién era esa pava que me iba a follar.

Camino de casa, batí el récord mundial de velocidad.

Tardé la de dios en dormirme.



Apuré las vacaciones de Navidad en el piso para disfrutar la extraña soledad que reinaba en él. Unos días antes, Jandro y Christoph se habían ido a visitar a sus familias, uno a Monforte de Lemos, el otro a Dortmund. Me gustaba esa falsa sensación de vivir solo, aunque apenas fuera una semana y todos mis poderes se redujeran a entrar en el baño cuando me apeteciera, elegir la música en el salón y caminar desnudo de la ducha a la habitación. Seguro que si viviera solo no estaría tanto tiempo en pelotas por casa; hacerlo era una absurda necesidad de reafirmación para marcar territorio.

Sólo me faltaba mear en las esquinas y frotarme contra los marcos de las puertas mientras sonaba el *Doolittle* de los Pixies a todo trapo.

Tras el habitual viaje infernal en autobús de segunda por carreteras de tercera, llegué a casa de mis padres dos días antes de Nochebuena. Necesitaba cierta descompresión previa a la sobredosis de lazos familiares que tendría lugar durante la máxima cena del año. En efecto, tenía postal de Janine. Era una foto en blanco y negro de Jimi Hendrix abrazando desde atrás a Noel Redding y Mitch Mitchell. Siempre acertaba de lleno, pero esta vez su mensaje no me causaría tanta alegría:

Querido Pepe:

¡Me caso el año que viene! ¿Puedes creerlo?

Espero que todo vaya bien...

Te quiero.

P.D.: ¡Feliz Navidad!

¿Se casa Janine? No nos habíamos visto en un lustro, nos comunicábamos con vagas tarjetas postales y tenía novio desde hace dos años, pero recibí la noticia como un auténtico bajón. Ya era definitivo: había perdido mi oportunidad con ella. Rememoré aquellas sensaciones a su lado y maldije la asombrosa capacidad de mi memoria afectiva, esa que me hacía caer, verticalmente, en la nostalgia melancólica. Todo ello mientras sopesaba dedicarle una paja más a Janine, claro está. Releí su tarjeta buscando un guiño, una clave secreta, el toque que indicara que aún me quedaba alguna esperanza. Siempre leía sus «Love you» como «Te quiero».

A lo mejor era una traducción muy entusiasta por mi parte.

El arreglo en casa pasaba por dormir en una incómoda plegable dispuesta en la habitación de mi hermano. Hasta que me fui a California había sido mi cuarto, pero cuando él tomó posesión del espacio entre esas cuatro paredes borró hasta la más ínfima huella de mi estancia, al principio con toda la intención y después con la desgana que otorga la costumbre de moldear una habitación a tu gusto. Aceptábamos con resignación el trance de compartir habitación esos días.

Menuda vejez nos esperaba. Ya entonces podía imaginarnos como los cascarrabias del palco en *Los Teleñecos*.

Pero al apagar la luz, a pesar del martirio de cama que me tocaba en suerte, algo mágico se disparaba en mi imaginación: la decoración impuesta por mi hermano desaparecía en la oscuridad y sentía que mis viejos pósters emergían de las paredes como zombis de celulosa, resquebrajando las capas de pintura bajo las que habían sido sepultados. Esa imagen implicaba conjeturar que mi padre, en un asombroso arranque de burricie, había repintado los tabiques sin quitar los carteles; era mi irracional manera de reclamar un papel, nunca mejor dicho, en la historia de aquella casa. La planta de la habitación seguía siendo la misma, un rectángulo con armario empotrado, pero al aislarme en la negrura viajaba sin esfuerzo a las paredes de mi pasado; el cartel de la película *Cha Cha* con el loquísimo careto de Nina Hagen, el desplegable azulado de las pirámides del *Dark Side of the Moon*, el afiche del *Amarcord* de Fellini, el gaitero de Siniestro Total que parodiaba el *London Calling* de los Clash, la cutre fotocopia aumentada de la portada de *La Conjura de los Necios*, el cartel del *Cómo Flotas*, Tío de Cheech y Chong o el elepé *Live!*, de Bob Marley, cuya funda había grapado a la pared cuando mi madre se sentó sin querer sobre el disco haciendo añicos el vinilo. Aquel caótico mosaico pop decía más sobre mi dispersión que sobre mis gustos, pero era tan yo como lo era mi familia, mi infancia, mis amigos o el futuro que me esperara. Cada Navidad sufría esa nostálgica metafísica al apagar la luz de mi antigua habitación.

Pero duraba poco. Justo hasta que el cabrón de mi hermano empezaba a roncar.

Fiel al ansia de anfitriona que tenía mi madre, la Nochebuena de 1989 iba a ser todo lo tumultuosa que nuestra casa admitiera. Sería la primera sin mi abuela paterna, que aquel mismo año había pasado a otra vida (mejor que la que había llevado en la Tierra, imposible) dejando atrás un buen pellizco de herencia y unas agitadas relaciones filiales no resueltas.

Mi abuela materna y su hermana venían desde el pueblo para ocupar la otra habitación disponible de la casa. El hermano de mi padre acudía con su mujer y el hijo de ambos, mi primo Quique; su hermano Fonso, marinero en un carguero, flotaba en algún mar a miles de millas náuticas de allí. También estaban los vecinos de arriba, un matrimonio sin hijos ni familia, que siempre se nos unían con un excelente pavo relleno que, unido al besugo de mi madre y a los entremeses de mis tíos —langostinos y embutidos—, convertía la reunión en una oda al exceso. Todo ello encharcado en una amplia gama de bebidas: cervezas o vermouths para empezar, cava, vino tinto, blanco o rosado —que siempre sobraba— para cenar, copas o chupitos de todos los colores para acabar y moscatel para mi abuela y su hermana. Si una chispa traicionera prendiera todo ese alcohol, los astronautas en órbita podrían ver la deflagración desde el espacio.

—Mira, la Muralla China y allí, hacia el oeste, la típica explosión navideña en casa de Pipi.

La cena iba cumpliendo, paso por paso, las pautas no escritas de otros años. Mi madre empezaba muy nerviosa por la responsabilidad acumulada, aunque años atrás le habíamos librado de los fritos que se empeñaba en servir como aperitivo; nos costó un disgusto porque se negaba a recortar sus obligaciones. Aun así, no se sentaba a la mesa hasta que traía el besugo; una vez superada esa prueba de fuego y horno se relajaba, ayudada también por las copas de cava que le dibujaban dos coloretos casi perfectos hasta convertirla en una Heidi de broma. No tardaba mi padre en insistirle a mi hermano en que comiera langostinos, sin dejar de añadir, año tras año, la misma coletilla: «Que no muerden». Pero el otro se negaba en redondo y mi madre terciaba diciendo «Déjalo, que así tocamos a más», antes de guiñarle un ojo a mi hermano. La pauta era tan previsible que llegué a pensar que el primer año que él comiera marisco o mi madre no le hiciera un gesto cómplice todos moriríamos sin remisión.

La novedad de este año era la notable ausencia de mi abuela. Su hueco era perceptible para todos, no sólo por la botella de Moët Chandon que se bajaba con mi madre, sino por la huella que la fuerza de la costumbre deja en este tipo de celebraciones. En otro alarde de buena anfitriona y amante esposa, mi progenitora se las había arreglado para eliminar el sitio que había ocupado su suegra, de manera que no se notaba tanto el espacio físico que provocaba aquella deserción. Pero seguía presente en el ambiente y nadie se atrevía a sacar el tema por delicadeza hacia sus dos hijos. Claro que Quique estaba listo para la acción tras dos cervezas y tres vinos:

—¡Venga, un brindis por la abuela!

El silencio que siguió a la dentellada de mi primo se podía cortar con un bate de béisbol. La colleja que le metió mi tía sonó a una de esas que pican. A mi padre se le encharcaron los ojos, su hermano apretó los labios y todos los demás queríamos que se hundiera el piso para evitar aquel trance tan español de no saber qué hacer con el apocamiento que produce la incomodidad.

—¡Pues claro que sí, Quique, muy bien dicho! —Era Supermadre al rescate—. ¡Brindemos por Elena!

Chocaron las copas, se abrazaron mi padre y su tío, cayó alguna lágrima y volaron un par de anécdotas sobre el indomable carácter de mi abuela. Fue un fogonazo emotivo antes de continuar con el guión de cada año. Antes o después, un adulto nos preguntaba a los más jóvenes si teníamos novia. A mi hermano y a mí el tema nos contrariaba, pero Quique siempre tenía algo que contar:

—Bueno, que sepáis que este año casi vengo a la cena con una rubia, ¡ahí lo dejo!

No quiso explicar más. De esa manera indirecta nos informaba, incluyendo a sus padres, sobre la posibilidad de novia. Mi hermano era a quien más le avergonzaba el interrogatorio; se encerraba en su coraza adolescente y llegaba a cabrearse de verdad si alguien insistía. Yo lo entendía perfectamente porque no hacía tanto tiempo que había pasado por esa etapa, pero aprovechaba la empatía para putearlo con más criterio:

—¡Mirad qué rojo se pone! Debe tener algún lío en el instituto...

Me clavó sus ojos con un odio que iba más allá del mal rollo. Agradecí que no tuviera una katana en su habitación. Mi madre, siempre avizor, detectó mi pulla y sobre la marcha la convirtió en bumerán:

—¿Y tú qué, Pepe? A lo mejor iba siendo hora de que te echaras novia, ¿no? Touché.

Se hizo el silencio y todos me miraron. Recibí su interés con sonrisita de gilipollas. Me habría gustado transmitir un gesto de «Todo está controlado, tengo varias candidatas», pero si permanecía callado era posible que se me encharcaran los ojos de pura desesperación. Cuando me vino a la memoria la aventura con la alemana borracha, decidí huir hacia delante en forma de broma:

—Soy joven para comprometerme, lo primero son los estudios.

—¡Pringao! —gritó Quique, lanzándome la servilleta a la cara. Todos, incluido mi huraño hermano, se rieron de aquello. Y cuando digo «aquello», hablo de mí.

En algún punto indeterminado de la cena, mi tío hablaba de su querido Real Madrid, que entonces llevaba cuatro ligas consecutivas, para burlarse de su hijo Quique,

acérrimo barcelonista por oposición al fanatismo merengue de su progenitor. A mi padre sólo le gustaba el fútbol por la quiniela, a la que se entregaba con un fervor cercano a lo religioso los domingos por la tarde, bien pegado al transistor. No disimulaba su preferencia por los equipos asturianos, sólo por haber hecho la mili en Noreña: en la última jornada el Sporting había ganado al Tenerife y el Oviedo había perdido con el Zaragoza. Se alegraba si uno de los dos vencía, pero si ambos perdían, le daba igual. Nuestro vecino, nacido en Burgos, se declaraba hincha del Cádiz y cada año acababa imitando malamente el acento andaluz para decir que «sin el Cádi, el fútbol ni es fútbol ni es ná». También era tradición navideña que mi tío nos preguntara cuál era nuestro equipo favorito. Mi hermano se encogía de hombros y yo siempre respondía lo mismo:

—Los Lakers.

—¿Te acuerdas de cuando te llamé a California? ¡Vaya movida! —Era Quique recordando la Nochevieja de 1983, cuando, en efecto, mi madre le pidió que llamara a San José para felicitarme el año.

No podía creer que repitiéramos las mismas conversaciones cada año, pero a la vez, de una manera extraña e inconsciente, me reconfortaba que se cumpliera ese rito. La política no era uno de los temas que más nos gustara debatir, pero Quique, viéndose arrinconado en cuestiones deportivas, sacó a relucir la reciente victoria electoral de Felipe González; también se había convertido en entusiasta votante del PSOE por pura oposición a su padre. Ahí era cuando mi madre templaba con uno de sus más míticos momentos navideños:

—Ya sabéis que soy del Logroñés, ¿cómo quedó este domingo?

Era la única vez en todo el año que se interesaba por ese resultado, a lo que mi padre respondía invariablemente:

—¡Tú eres del Logroñés por el rioja!

Pero esta vez, mi tío aprovechó la pregunta de broma para redoblar las indirectas a su hijo culé:

—Pues perdió 1-5 contra el Madrid...

—Ay, qué pena, por Dios. Pepe, ponme más champán.

—Es cava, mamá.

—Bueno, lo que sea, ¡vamos a brindar!

Y todos brindábamos por enésima vez, y en cada brindis estábamos más achispados y exaltados para bien, y llegaba un momento en que todo eran gritos, se derramaban copas, y después alguien rompía un vaso, incluso un plato, pero no dejábamos de beber porque habíamos forrado el estómago con un banco de besugos y una bandada de pavos después de haber masticado cientos de patas de cerdo y miles de crustáceos

decápodos, lo que nos convertía en soldados del Imperio de la Fiesta, inmunes al alcohol, a los colorantes químicos y a los estabilizantes de los turroneos y polvorones que añadíamos al bolo alimenticio, a punto de reventarnos por dentro, pero bien, todo bien, todos bien envueltos en el humo de los puros de mi padre, su hermano y el vecino o en los Fortuna de mi madre y la vecina, o el Ducados de Quique, pero entonces mi abuela agarraba la botella de anís, no para beber, sino para rascar con un tenedor mientras su hermana se le unía cantando unas jotas hirientes, no por su contenido lírico, sino por el penetrante chillido agudo con el que las coreaba, una especie de lamento que en sus notas más altas sólo podían oír los perros y mi abuela, muy concentrada en rascar la rugosa botella como si quisiera erosionarla hasta hacerle un agujero, tan frágil que parecía toda la noche, mi abuela, ahora convertida en una poderosa rascadora capaz de fundir el cristal con la velocidad del tenedor, y mi madre que se animaba a acompañar a las dos ancianas golpeando sobre la mesa con sus nudillos percutores, cada vez más loca, hasta que aquello, más que a jota, suena como una manada de bisontes trotando al lado de la locomotora, sin perder comba, y tengo miedo de que le sangren los nudillos porque tiembla la mesa, tintinean las copas y cruje la madera, e intento golpear la mesa a la vez que Quique, pero nos perdemos, no tenemos la precisión de mi madre y los vecinos gritan, mi padre ríe hasta la apnea, su hermano aplaude y todo empieza a girar alrededor de mi abuela, convertida en un derviche que nos arrastra e hipnotiza, y nuestro salón es una rave que no tiene nada que envidiar al mayor desfase de Sunrise, porque mi abuela es chamán, la hechicera de la tribu con la botella de anís que mueve el mundo, y la miro a los ojos y me devuelve la mirada sin dejar de rascar, muy concentrada, entrando en mi psique porque puede hablarme sin despegar los labios, por pura telepatía, e intento escuchar, y le pregunto en silencio cuál es el mensaje, aunque sólo oigo esa música terrorífica en forma de copla, y de pronto mi abuela les hace un gesto a su hermana y a su hija, sangre de su sangre, y las tres acaban el mantra de golpe, sincronizadas en un solo beat de voz, cristal y madera que convulsiona el universo, y todos aplauden, vitorean y gritan en pleno éxtasis, menos mi abuela, que continúa seria, mirándome fijamente hasta que veo en su rostro la serenidad de toda una estirpe y la sabiduría milenaria de una raza antigua que despega los labios para decirme la única verdad:

—Me hago pis.

Castles Made of Sand

FEBRERO, 1990

Una de las mayores penurias de mi piso de estudiantes afectaba al consumo de televisión. Jandro y Christoph carecían del más mínimo interés por ese adelanto tecnológico. El gallego la veía muy de vez en cuando, sólo por dejar de estudiar, y el alemán, directamente, la ignoraba. No porque su naturaleza germánica le alejara de nuestra programación de chichinabo, es que su imaginario de ocio no contemplaba mirar una pequeña pantalla que emanaba imágenes y sonidos. Cuando no estaba leyendo, Christoph disponía de un peculiar mundo interior que le permitía pasar el rato tumbado en la cama, un tobillo encima del otro, las manos entrelazadas bajo la nuca, mirando hacia el infinito. Como tampoco era muy partidario de cerrar la puerta de su cuarto, podía verlo en esa postura durante horas. Al principio pensé que se trataba de algún tipo de meditación, pero con el tiempo comprendí que era su manera de ser y estar.

Entre los pocos enseres del piso había un destartado receptor que sólo sintonizaba, y no muy bien, las dos cadenas existentes, TVE1 y TVE2. Más de una vez, debido a mi desorden de biorritmos, encendía aquel trasto sabiendo que no vería más que la carta de ajuste que precedía al inicio de emisión. Podía quedarme muy empantanado observando la retícula, el círculo central, la escala de grises, las barras de colores o el almenado perimetral en blanco y negro. Un día, jugando en casa con las ceras de mi hermano pequeño, comprobé que era capaz de dibujar, con bastante fidelidad, la geometría y disposición cromática de la carta de ajuste.

Había gastado tantas horas mirándola que podía reproducirla de memoria. Qué tristeza de vida.

Así de dura era mi reubicación audiovisual tras la sobredosis catódica recibida en California. Pasar de un paraíso con treinta y cinco opciones por cable a un país con dos canales cuya emisión se interrumpía por la noche y no se reiniciaba hasta el mediodía era una locura muy rara. Mi deficiencia era tan grave que incluso me pareció un gran paso que empezara la programación matinal en 1986; mi cantidad de tiempo libre y vagancia, por ese orden, me convirtieron en habitual espectador del *Por la Mañana*, que presentaba Jesús Hermida. TVE mantenía viva la llama de mi americanismo gracias a sitcoms míticas como *Enredo*, indispensables como *Cheers*, modernas como *Murphy Brown*, tiernas como *Juzgado de Guardia* o grimosas como *Webster*. Pero además de disponibilidad y holgazanería, también me habitaba una lascivia que me salía por los poros, de ahí que no me perdiera ni un solo día la información meteorológica. Jamás he entendido a qué obedece esa urgencia por saber, de manera aproximada, qué tiempo hará mañana, pero el motivo de mi interés venía dado por Charo Pascual, la periodista que se encargaba de esa sección. Era una

mezcla entre ángel de Charlie y la anfibia Diana de V; llegué a envidiar al tiempo, así, en general, sólo porque ella era «la mujer del tiempo» y yo una borrasca lejana.

La colonización catódica española avanzaba al mismo paso que el de una anciana tortuga achacosa. Ese año comenzaban a emitir tres cadenas privadas. Antena 3 arrancó el mismo día que fallecía Ava Gardner. No parecía buen augurio, pero el final del anómalo panorama televisivo español era la gran esperanza blanca de mi adicción televisiva.

Qué equivocado estaba.

Todo era nuevo, no sólo para los realizadores, también para un público domesticado desde la invención del televisor, obligados a consumir dos cadenas escasas. La nueva buscaba su sitio con muchas entrevistas y tertulias; un late night que presentaba el actor Juanjo Menéndez, culebrones como *La Gata Salvaje*, series antiguas como *El Santo* o *1999*, concursos como *La Ruleta de la Fortuna* con Mayra Gómez Kemp, divulgativos de salud con el doctor Bartolomé Beltrán y mucho cine en el fin de semana, horas de proyección reunidas bajo el genérico *Polvo de Estrellas* que conducía Carlos Pumares. Transmitían inseguridad y pocos medios, pero contaban con la ventaja de emitir para un país hambriento de tele.

En marzo arrancó Telecinco con las mismas carencias que su competidora. Las primeras parrillas vivían del *VIP* de José Luis Moreno, dibujos como *La Abeja Maya* o *Campeones*, series como *Vacaciones en el Mar* y concursos como *Su Media Naranja*.

Es decir, seguíamos en pañales.

En casa de mis padres la situación cambiaba a mucho mejor; la instalación en su edificio de una antena parabólica antes del verano fue la guinda que les animó a comprarse un impresionante Philips que presidía el salón como un hipnótico tótem. La antena comunitaria les proporcionaba un exótico menú compuesto por Eurosport, la mexicana Galavisión, la alemana RTL, la RAI italiana o la versión europea de mi querida MTV. Llegaba a esa casa con auténtico mono de televisión, parecía un primitivo deslumbrado por los collares de colores, agarrado al mando para devorar aquella calidad de visión que convertía la tele de mi piso en un cajón de sombras chinescas. La parabólica me proporcionaba entretenimiento mexicano con los magazines casposos de Verónica Castro o el surrealismo costumbrista de *El Chavo del Ocho* y *El Chapulín Colorado*. También exprimía a fondo la MTV tras el gozoso descubrimiento de los descerebrados *Beavis & Butt-Head* o con programas musicales como *Headbangers Ball* y *Yo! MTV Raps*. Pero había devociones que escapaban a la lógica de mi familia; el día que mi madre expresó su preocupación por mi enganche a la teletienda con la que algún canal rellenaba sus madrugadas, noté un pequeño *déjà vu* californiano: ella y Betty Johnson eran una sola persona, una entidad protectora

inquietada por mi peculiar consumo de imágenes.

—¿Sabes una cosa? Mi madre americana también flipaba con eso.

—Me pones de los nervios cada vez que dices tu «madre americana»...

—A ella tampoco le gustaba que le hablara de «mi madre española» —respondí con evidente tono de coña.

Si no le doliera más que a mí, me habría soltado una buena hostia.



El pasado verano había asimilado que este sexto año en la facultad tampoco iba a ser mi último curso universitario. En junio se habían licenciado la mayoría de mis compañeros de promoción, aunque un buen puñado de rezagados seguíamos vagando de aula en aula. Arturo, Sara y Amelia, un año más jóvenes que yo, acabarían la carrera este verano.

No volver a ver a Amelia no compensaba la certeza de perder a Sara para siempre.

Tenía primero y segundo aprobados, pero arrastraba ocho asignaturas del resto de cursos. En su día me había parecido sensato matricularme sólo en las literaturas e historias, por el simple hecho de que me gustaban más. Aquella decisión me proporcionó un par de años acomodados y muy interesantes, una carrera a mi gusto como el COU que me había diseñado en California eligiendo las materias más fáciles. Ahora debía aprobar todas las gramáticas y fonéticas. Enfrentado a las entrañas del idioma, me sentía como el Luigi de *Mario Bros.* recorriendo ese entramado de tuberías del lenguaje que se me antojaban mugrientas y aburridas.

Me lo tenía merecido.

Pero en un arranque de realismo, me matriculé de cuatro asignaturas y dejé las otras para el siguiente curso. La idea me costó un dramático disgusto de mi madre y una monumental bronca de mi padre. La negociación de esa segunda prórroga incluía que ellos sólo me pagarían el alquiler del piso. Sabía que el hecho de ganarme sueldillos puntuales con mis curros cutres me salvaba de arder en el infierno, y agarrados a esos ingresos ganados con mi frente perlada, insistieron en que todo lo que no fuera vivienda y un fijo para comida debería salir de mi bolsillo, incluyendo la matrícula de las asignaturas que ocuparían mi último año de estancia en la facultad.

Fiel a mi naturaleza dispersa y a un cerebro de pez que, además de salvar sólo los buenos recuerdos, se mostraba incapaz de prevenir el futuro, acepté las condiciones del convenio, aunque no pensaba entregarme tan fácilmente al sistema académico. Mi venganza de pacotilla pasaba por sacarme la carrera aprendiendo lo mínimo posible. Lo que es simple desidia en muchos estudiantes adquiriría, en mi desvarío existencial,

categoría de compromiso ético.

Me entregaría, en cuerpo y alma, a ser un auténtico holgazán.

Mi empeño en llevar la ley del mínimo esfuerzo hasta sus últimas consecuencias pasaba por asistir a pocas clases, tomar apuntes en modo boceto y copiar en los exámenes, bien de los apuntes, de los compañeros o con chuletas muy elaboradas. En esta última modalidad había desarrollado habilidades de artesano medieval a la hora de grabar con una aguja las carcacas de los Bic. El método exigía seleccionar lo que iba a volcar y después dejarme la vista en la fabricación de la miniatura, pero todo lo daba por bueno con tal de no memorizar, de no aprender, de no doblegarme a la esclavitud del sistema educativo. Los profesores querían que fuéramos los niños de *The Wall*, pero yo me reía en sus caras con los bolsillos repletos de carcacas tramposas.

No sólo era idiota, también resultaba patético: si hubiera empleado todo ese esfuerzo en estudiar, habría sacado las carreras a pares.

Me gustaba imaginar qué idea se habrían hecho los extraterrestres sobre la transmisión del conocimiento en nuestra civilización si, después de un holocausto nuclear, mis bolígrafos chuleta fueran los únicos vestigios de la raza humana. Quién sabe, puede que las tablillas sumerias de escritura cuneiforme sólo fueran, en su día, chuletas de alumnos perezosos.



Uno de los curros con los que mantenía mi línea de flotación económica por encima del naufragio era la colaboración en la revista oficial de la Cámara de Comercio local. Un amigo de mi padre, al que había conocido en aquella lejana mili asturiana, ocupaba un puesto en la directiva y me puso en contacto con el jefe de prensa para enchufarme. Sin rodeos. Mi tarea consistía en escribir reportajes anodinos o entrevistas insulsas para la revista corporativa que editaban cada dos meses. El tono tenía que ser neutro, inocuo, amable y, en palabras de mi propio jefe, «con apariencia de sesudo aunque no lo sea». Es decir, muy aburrido. La revista, que no se vendía en quioscos, se enviaba por correo a los socios de la Cámara como lujoso folleto autofelador para los empresarios de la región.

Seguro que ningún suscriptor leía mis soporíferas descripciones de actividades industriales, apertura de mercados, empresarios del año o balances positivos. Igual que mi infalible método para estudiar poco en la carrera, realizaba unos recortables muy poco profesionales; buscaba referencias en los diarios de economía sobre el tema que tocara y las metía a calzador, pero citando la fuente, sólo para darle un aura de seriedad e investigación. Puro aire. Suflé de noticia. Mousse de información.

Mi jefe repasaba los textos con suma atención para justificar su presencia en aquel paripé jerárquico formado por su secretaria, el fotógrafo oficial y yo mismo, únicos empleados de la revista. Me ordenaba cambios baladíes, una coma, un adjetivo o una subordinada para que «el párrafo ganara consistencia». Yo asentía con sumisión a todas esas chorradas porque el resultado me la pelaba. Con el tiempo, él mismo perdió interés y sólo hojeaba los folios para bendecirlos por omisión.

Las entrevistas eran más fáciles que los artículos porque la documentación era todavía más sencilla. Eso sí, como cobraba según la extensión, siempre llevaba una extenuante batería de preguntas por si el entrevistado era parco en las respuestas. Cuando me tocaba uno charlatán dejaba que mi grabadora Sanyo recogiese sus palabras hasta ocupar las dos caras de una TDK 90; ahí sabía que tendría suficiente material para llenar las cinco páginas de rigor. Además, me había inventado un cuestionario fijo con preguntas íntimas dirigidas «más a la persona que al personaje». A mi jefe le encantaba ese toque peculiar, al entrevistado le hacía parecer humano y yo me ventilaba una página más. Todos contentos.

Me tocaba entrevistar al concejal de comercio de la ciudad; las relaciones del nuevo ayuntamiento con la Cámara eran particularmente buenas después de varios desencuentros con el anterior alcalde, así que esa entrevista era tan importante para ambas partes que incluso me habían pasado varias preguntas específicas para que nada le chirriara al edil. Si no hubiera sido consciente del teatrillo que suponía aquel tira y afloja, me habría puesto un poco nervioso, pero sabía que, escribiera lo que escribiera, la entrevista publicada resultaría laudatoria, positiva y absolutamente vacua.

Llegué puntual a la cita. La secretaria del concejal me invitó a sentarme. Su jefe me atendería enseguida.

Estoy seguro de que dijo «enseguida».

Cuarenta y cuatro minutos después me indicó que pasara al despacho. Nada sugería que algún tipo de frenética actividad laboral se hubiera llevado a cabo en la estancia mientras yo me pudría en el incómodo banco que tenían fuera.

—¿Tú eres el periodista de la Cámara? —preguntó el concejal sin ocultar su decepción. Me sucedía a menudo: aquel tipo de gente esperaba encontrarse con un engominado trajeado, no con un veinteañero que se había puesto lo que él consideraba su mejor jersey.

—Sí, señor —respondí con una sonrisa, como si el tono de su pregunta expresara agradable sorpresa. Le di la mano ignorando su desidia y me señaló una de las sillas vacías frente a su mesa. Coloqué la grabadora en posición, abrí el bloc por el cuestionario y dispuse el dedo corazón sobre el botón rojo de REC y el índice sobre el

PLAY.

—¿Empezamos?

—Una cosa... ¿Tú no eres muy joven para estas cosas?

La madre que lo parió. Siempre la misma historia.



El mundo se despertó el lunes 12 de febrero con dos noticias del día anterior que no parecían guardar relación. En Sudáfrica, Nelson Mandela salía de la cárcel en la que había pasado sus últimos veintisiete años y en Tokio, un desconocido boxeador llamado James «Buster» Douglas se hacía con el título mundial de los pesos pesados al derrotar por KO al indestructible Mike Tyson. Dos mitos de color divergían sus trayectorias al mismo tiempo: uno se consolidaba para siempre mientras el otro iniciaba su declive. ¿Tenía algún significado esa coincidencia? ¿Era algún tipo de metáfora para la raza negra? La verdad, no le dediqué mucho tiempo a esa casualidad porque lo único importante para mí ese lunes fue saber que había aprobado el examen de febrero. Mi plan de dominación mundial, sacarme la carrera de Filología en siete años, había dado un paso de gigante: si aprobaba en junio las otras tres de las que me había matriculado, tendría el verano libre para hacer el mandril y sólo me restarían cuatro asignaturas limpias para el siguiente año.

Había que celebrarlo por todo lo alto.

Salí eufórico de la facultad y me dirigí a El Mundo dispuesto a invitar a toda la barra, si fuera necesario. Pero antes de abrir la puerta, un cartel llamó mi atención. Lo leí varias veces sintiendo que la emoción convertía los latidos de mi corazón en una estampida de ñus sobresaltados:

ROLLING STONES
Urban Jungle Tour

Sábado 16 de junio
Estadio Vicente Calderón
MADRID

Autobús + Entrada: cinco mil pesetas

Apunté con esmero psicópata el teléfono que figuraba al final del cartel. Tenía por delante ciento veinticuatro días para exprimir lo que me quedaba de vida. Después de ver a los Stones, podría morir en paz.



Aquel jueves no había ido a la facultad. Me había pasado la noche anterior en vela y, al amanecer, el insomnio se me pasó de frenada. A eso de las nueve de la mañana bajé a desayunar al bar de enfrente y al volver puse el *Hatful of Hollow* de fondo mientras revolvía mis discos imaginando, una vez más, cómo los ordenaría en una estantería, si la tuviera. Por fin intenté estudiar algo, pero ese amago de actividad académica funcionó como anestésico y me dormí profundamente. Desperté a las seis de la tarde, con las sábanas revueltas, la cabeza pesada, el cuerpo dolorido y el paladar agrietado por la sed. Todavía tardé un buen rato en espabilar. Era hora de merendar, pero mi cuerpo me pedía un desayuno con aires de cena. Tenía que pensar en un plato combinado que aunara texturas golosas, valor energético y efecto saciante.

Me comí un Bollycao untado de fuagrás en las zonas libres de chocolate y tres Chamburcy.

Quedé como nuevo.

Decidí no salir y tumbarme a ver la tele porque esa noche no tenía cuerpo o espíritu para tumultos. Después de un capítulo de *Enredo* en TVE1, vi una edición de *Metrópolis* en TVE2 dedicada al gipsy rock francés, pero cuando Sánchez Dragó anunció que hablaría de yoga en su tertulia de *El Mundo por Montera*, tuve la impresión de que aquello era malgastar mi vida.

Media hora más tarde ya estaba pidiendo una cerveza en el Muralla.

Al llegar sonaba el *Cuts You Up* de Peter Murphy. Yo era Gene Kelly vestido de marinero paseando por Nueva York, tan pletórico que incluso me alegré al encontrarme con Bosco como si lleváramos años sin vernos. Él no se sorprendió gran cosa. Bueno, en realidad nunca parecía sorprenderle nada. Era cool. Tenía el don de serlo. Molaba porque no quería molar, y porque daba la impresión de ignorar cuánto molaba. Siempre se encontraba más allá de lo inmediato. Tenía una asombrosa capacidad de concentración que nadie lograba interpretar: si te miraba fijamente no sabías si se había quedado en blanco o recorría los más profundos recovecos de tu psique. No hablaba más de la cuenta, no se ponía nervioso, no transmitía emociones. Vestía de negro, si acaso una camiseta blanca, siempre con aquella cazadora de cuero, el amago de tupé y un rictus de aislamiento. Alguna vez le dije que podría pasar por

hermano de Robert Gordon, pero parecía impermeable a cualquier elogio, incluso cuando venía de esas mujeres que se le acercaban con ojos brillantes y sonrisas gatunas. Él las rechazaba por puro desinterés, sin palabras y con una mirada pétrea. Sólo la Wendy era capaz de alterar aquel monolito humano; cuando aparecía en un bar, o incluso sin hacerlo —bastaba que saliera en la conversación—, Bosco se tensaba y amagaba sutiles gestos de nerviosismo como fumar más deprisa.

Esa mujer era su kryptonita.

Mi presencia, sin embargo, era invisible para aquellas ninfas que le acechaban. Yo estaba a su lado, solícito y sonriente, esperando migajas, conformándome con un gesto o intentando entablar las conversaciones que él no iniciaba, pero sentía que las miradas de esas mujeres me atravesaban limpiamente, como si mi piel estuviera hecha con transparentes cortinas de ducha.

Ojalá yo le gustara a una de ellas, como todas ellas me gustaban a mí.

Alguien llegó hasta Bosco y le susurró en el oído. Mi amigo, hasta entonces apoyado en una de las columnas, se incorporó, me miró inexpresivo a modo de despedida y salió del bar seguido de aquel desconocido. Sabíamos que trapicheaba costo a diario, coca o speed casi todos los fines de semana y pastis muy a menudo, pero no era algo de lo que hablaríamos, igual que no charlábamos sobre nuestras familias, miedos patológicos o expectativas de futuro. Observados desde fuera, éramos la más desastrosa pandilla de drogatas: no nos habríamos clasificado ni para las previas en un campeonato regional de adictos. Vale que la competencia era muy dura y que los rivales llevaban años entrenándose en el consumo, pero nosotros no dábamos pie con bola. Bosco era el líder indiscutible, no sólo por conocimiento, manejo y familiaridad con las sustancias, sino por el absoluto control que parecía tener sobre los efectos; dominaba estímulos, euforias, alucinaciones y bajones como un cowboy del colocón y sin perder el aura de hipnótico misterio que tienen algunos camellos, esa rara mezcla de leve cordialidad e impenetrable firmeza que imponía más respeto que la actitud agresiva y nerviosa de otros minoristas. Arturo jamás había probado algo que no fuera alcohol: nunca había fumado, esnifado o tragado comprimidos que no fueran medicamentos. Y su constancia en la negativa lo había hecho inmune a los cantos de sirena de Urtubi, que se metía despreocupadamente, sin ansia, drogándose por el simple hecho de no saber decir que no. Nunca compraba, sólo consumía por invitación; si le pasaban un porro o una raya, aceptaba con gusto, y si no había nada a mano, tan contento. Las sustancias no eran su prioridad, no las necesitaba porque le bastaban un par de cervezas para que la perturbación aflorara en todo su esplendor; bailaba sin coherencia, intentaba charlar con todas las mujeres, te abrazaba porque sí y decía en voz alta, como broma privada, las frases hechas que escuchaba en la radio:

—¡Puede ser el último cartucho para el equipo local! —repetía cada vez que

pedía una cerveza.

Creo que de pequeño se había caído en la marmita de principios activos.

Mi relación con las drogas era un completo desastre. Durante años había intentado parecer un adicto a algo, acostumbrarme a fumar porros, meterme coca, tragar pastillas o lamer cartoncitos, aunque mis frágiles esfuerzos habían sido en vano: lo que no me mareaba me producía taquicardia, sudores y hasta dolor de cabeza, es decir, mi verdadero «problema» con ellas es que me comía demasiado la cabeza por miedo a quedar medio tonto. Lo mío era una mezcla de hipocondría previsor, paranoia por las secuelas y torpeza en la manipulación. Bosco las tomaba todas y Arturo no las probaba jamás, pero los dos tenían las ideas claras respecto al tema.

Yo no me aclaraba.

Poco después de conocernos, Bosco me regaló una pipa metálica que parecía hecha de tuercas, aunque en realidad eran adornos del tubito central. Lo hizo al comprobar que mis asmáticas dificultades para fumar porros no anulaban mi deseo de socializar en el mundo narco. Para estrenarla, me acercó la pipa cargada con una marihuana «de toda confianza» y me indicó que aspirara mientras encendía el cogollo con el mechero. Inhalé todo lo que pude, como si quisiera quedarme con el oxígeno de la habitación, pero sin calcular que el humo llevaba incorporado calor de fuego; un chorro de plomo derretido en la garganta no me habría dolido tanto. Empecé a toser como un mustélido atragantado. Bosco me miraba en plan padre futbolero que ve a su hijo fallando un penalti: hacía lo posible por restarle importancia, pero se notaba la decepción en sus ojos.

Con la garganta en carne viva y lagrimones a punto de desbordarme las pestañas, bebí agua para calmar la barbacoa e insistí con un hilo de voz:

—Venga, otra vez...

Bosco hizo un gesto como diciendo «Déjalo, te va a sentar mal», pero la mera insinuación reactivó mi desesperación por ser un porreta como dios manda. Si me concedía otra oportunidad, convertiría a Bob Marley en una nenaza. No dije nada más, pero mis ojos gritaban en silencio «Venga esa pipa, cojones, ¡dame ganja!».

La segunda inhalación me llevó directamente al vómito.

Esperé en el Muralla a que mi amigo volviera tras resolver su narcotráfico a pequeña escala y sopesé la posibilidad de jugar una partida de Tetris, ahora que no se veía gente cerca de la máquina. Justo entonces, aparecieron Bella y Bestia. Los había apodado de esa manera por cuestiones obvias: ella era un ángel y él parecía un animal. Juntos desprendían ese raro halo de interés y carisma que poseen muy pocas parejas. Tenían un aire misterioso, casi siempre serios y circunspectos, sin desfasar

más de la cuenta, hablando lo justo, bailando sólo con la cabeza, sin aspavientos. Ella tenía la piel blanca y el pelo moreno, lacio y con flequillo. Él tenía aspecto de motero, se le veía cachas y llevaba el corte al uno. Solían vestir de negro, aunque Bella se permitía de vez en cuando excepciones en rojo. Cabía la posibilidad de que magnificara el aura de la pareja, pero era una sensación que no me apetecía compartir con nadie. Nunca habíamos hablado, no teníamos amigos comunes y no sabía nada, ni siquiera sus nombres. Ella me atraía de un modo casi infantil y me ponía nervioso mirarla, cosa que hacía disimuladamente porque me daba vergüenza. Bueno, y porque temía que Bestia me soltara un par de hostias si me pillaba.

Entre la observación velada de la pareja molona y que el pincha recuperó en ese instante el *Love My Way* de los Psychedelic Furs, deseché la opción Tetris para seguir apoyado en la columna con la vista fijada en la nada.

La mirada perdida, pero el reojo en Bella.

Juanma, un compañero de clase, me saludó al entrar en el bar y le devolví el gesto levantando la birra. Iba con otros dos amigos y una chica. Siempre andaban juntos, y a veces con más gente todavía; me había explicado que se conocían desde el colegio y habían estudiado en el mismo instituto. Eran pandilla desde niños, mantenían ese vínculo en los años de universidad y lo harían de por vida. Observé cómo se sentaban al fondo del bar, los cuatro charlando sin parar, lo mismo que el otro día, el mes pasado, igual que hace dos años, puede que como dentro de un lustro. Me sorprendía porque yo nunca había tenido una pandilla estable. Por supuesto, había coincidido con grupos de amigos, pero siempre como presencia tangencial; aparecía en la banda por una chica, un amigo puntual o una situación concreta y nunca llegaba a establecer el lazo necesario para consolidar ese tipo de raíces. Notaba que muchos conocidos inmersos en ese tipo de amistades desarrollaban vínculos similares a los de un matrimonio. Amigos que se habían masturbado en la misma habitación viendo porno, que habían intercambiado novias, que viajaban en grupo desde hace años, que tenían al menos un cumpleaños que celebrar cada mes y que conocían al detalle manías, gustos, reacciones y rarezas de aquel puñado de personas que siempre estaban ahí, alrededor suyo, por los siglos de los siglos, amén. La pandilla parecía un elemento aniquilador, una forma de pertenecer a la comunidad que enganchaba por una mezcla de comodidad y desidia. Las cuadrillas, como las sectas, eliminaban la voluntad y anulaban la personalidad.

Pensé en las tres personas con las que más tiempo había pasado en estos cuatro últimos años. Mis compañeros de piso no contaban porque, ni los de cursos anteriores ni los actuales, por majos que fueran, habían traspasado emocionalmente los finos tabiques que nos separaban en casa. Bosco, Urtubi, Arturo y yo teníamos poco que ver, por eso nos llevábamos tan bien. O quizá estábamos juntos por descarte, por no encajar en ningún grupo ni haber llegado a la facultad con un sólido entramado de

amistades. Entonces caí en la cuenta de que éramos la más improbable tropa, un error de la selección natural, una anomalía en la idea tradicional del gregarismo. Arturo acabaría la carrera en junio, Bosco iba a su puta bola, Urtubi estaba chiflado y yo perdido.

Dios mío, ¡necesitaba una pandilla ya mismo!

El *Jealous Again* de los Black Crowes me animó a pedir otra cerveza. El camarero me la puso en la barra a la vez que señalaba la botella de bourbon con gesto interrogativo. Asentí poniendo cara de «por supuesto», bebí un buen trago y dejé la birra sobre el mostrador para que rellenara con whisky el vacío que mi trago había dejado dentro del tercio. Debíamos parecer jugadores de béisbol comunicándose por señas.

Funcionaba.

Una palmada en la espalda me reintegró al mundo de la gente que no está sola en un bar:

—¡Devolvemos la conexión a nuestros estudios centrales!

Era Urtubi. Y no venía solo. Le acompañaban dos mujeres sonrientes. Una era bastante fea y la otra también, pero la segunda tenía dos notables tetas.

Las camisas que transparentan el sujetador están hechas del material con el que se hacen los sueños. Y su blusa negra parecía una vitrina, una puerta a otra dimensión, la entrada al cielo o cualquier metáfora que indicara acceso a algo mejor.

—Aquí está Pepe —terció mi amigo, viendo que yo no reaccionaba.

—Ah, pues muy bien —dijo Fea Sintetas, haciendo evidente que no le interesaba en absoluto.

—Pues nada, ya nos vemos, ¿vale? —añadió Miss Pechos antes de largarse con su amiga.

Urtubi observó cómo se iban del bar hasta perderlas de vista y entonces se volvió hacia mí sonriendo:

—Cuando una tía te dice «Ya nos vemos», ¡olvídate de ella!

Lo miré con gesto de perro abandonado en una gasolinera. Bosco le había dicho que yo estaba en el Muralla y, casi llegando, vio a aquellas dos tipas delante del bar. Les entró diciéndoles que tenían que conocer a su amigo Pepe, que lo iban a flipar. Logró que les picara la curiosidad, aunque era evidente que la treta no había dado resultado.

—Bueno, había que intentarlo, ¿no? ¿Te fijaste en las tetas de la de negro?

No contesté, pero le dediqué en silencio el título del tema que sonaba en ese instante: *Great Balls of Fire*.

La noche siguió su dinámica habitual de cervezas frías, conversaciones de besugos, miradas unidireccionales y puntuales amagos de *air guitar* cuando la canción lo merecía. Bosco reapareció como si no hubieran pasado más de dos horas y se unió a nuestra juerga de dos. Éramos un equipo sincronizado: cada poco, Urtubi se lanzaba a hablar con alguna fémina despistada, una de esas gacelas que, al separarse de la manada, quedaba expuesta a las fauces de la terrorífica cacatúa. De cada una de esas derrotas volvía sonriente, inmune al ridículo y poderoso ante las negativas, una actitud que anulaba cualquier sensación de fracaso.

Otras veces era Bosco el que se despistaba en el baño, o escuchando pacientemente a alguien que le daba la brasa, o en la nada ensimismada, que creo que era donde más tiempo pasaba. En un momento dado, lanzado por la graduación en sangre, me acerqué a la pandilla de Juanma, me senté entre sus dos amigos e incluso pasé mis brazos por sus hombros para balancearnos al ritmo de los Fine Young Cannibals. Durante un efímero instante formé parte del grupo, me apetecía preguntarles cuándo quedábamos para una barbacoa, adónde nos iríamos de vacaciones en Semana Santa o qué sorpresa le daríamos a Juanma en su cumple, huy, qué tonto, ¡no podemos hablarlo delante de él!

Ni yo mismo me lo creía.

Cuando Bosco habló de irnos a otro bar, asentimos con entusiasmo, como si lleváramos años esperando que alguien sugiriera un cambio de local justo en ese momento, como si jamás se nos hubiera ocurrido que podíamos entrar en otro garito si nos apetecía. Dimos por hecho que la siguiente parada era el Galaxy, pero en la calle, nuestro particular Motorcycle Boy —así lo veíamos aunque no tuviera ni triciclo— propuso el Costa Azul, un bar de pijos, viejos y el asombroso resultado de cruzar ambas especies: los pijos viejos que Urtubi llamaba «píjiejos». No pegábamos allí ni con celo; supuse que Bosco tenía algún camellismo entre manos.

—¡De puta madre! —exclamé para subrayar que era un honor ejercer de tapadera.

Cuando llegamos sonaba el *I Feel the Earth Move* de Martika. No era la mejor canción de bienvenida, pero ver la coña de Urtubi moviendo los brazos a lo Miguel Bosé mientras bailaba despejó mis dudas sobre la idoneidad del sitio. Bosco me trajo una Mahou —no se atrevió a interrumpir los molinetes de nuestro amigo—, dijo que lo esperaríamos allí y desapareció entre la gente del local.

Urtubi danzaba con máxima concentración y entonces me di cuenta: no era coña, ¡intentaba ligar con un grupo de tías! Ellas bailaban con la apatía propia de quien quiere transmitir desdén hacia el mundo en general y a los tíos como nosotros en particular. A primera vista estaban buenas, pero un segundo vistazo confirmó mis peores temores: estaban muy buenas. Digo «temores» porque empecé a sentir una

vergüenza muy poco ética al ver que mi amigo redoblaba sus bailecitos, ajeno a las caras de ascazo que empezaban a componer aquellas ninfas que parecían recién descendidas del cielo. Mujer, guapa y desconocida eran las tres características que, unidas en cualquier ser humano, podían convertirme en una piltrafa, sobre todo si mostraban un mínimo asomo de rechazo hacia mi persona.

Urtubi seguía bailando con la mirada fija en el suelo, movía la cabeza de lado a lado y serpenteaba los brazos dibujando eses en el aire. Era un gag insuperable, lo malo era que lo hacía EN SERIO. Intenté llevármelo a otra zona del bar, pero al notar el contacto de mi mano en su brazo se detuvo en seco y me señaló con ambos índices como parte de su coreografía de mierda, justo cuando arrancaba el *Ay, Qué Pesado*, de Mecano. En vez de pillar la involuntaria indirecta del pinchadiscos, aprovechó el bombo electrónico del inicio para bailar a lo robot con ambos dedos acusadores estirados mientras se arrimaba al grupete de tías. Opté por retirarme poco a poco para que no se notara mucho que íbamos juntos. Llegué a la barra haciendo una especie de moonwalk en mi salida de escena.

En otro ambiente me habría reído a gusto, pero estábamos en territorio hostil, no sólo por aquellas diosas pijas, sino por la cantidad de hombretones de honor dispuestos a batirse en duelo para impresionarlas, y más si era contra dos enclenques como nosotros. La incomodidad de las bellas empezaba a resultar evidente para todo el local, incluidos unos fornidos pijazos que parecían simios entrenados en el remo.

La más llamativa de las tres, una muñeca rubia con un cardado que no tenía nada que envidiar al de Jon Bon Jovi, en un gesto de verdadera arpía, exageró su reacción tras un leve roce de Urtubi y enseguida dos caballeros engominados acudieron al rescate. Habría sido un gran momento para romperle a uno mi botella de cerveza en la coronilla y reducir al otro con un golpe en la nuez, pero permanecí inmóvil, en parte porque confiaba en el instinto de supervivencia de mi amigo y en parte porque el pánico a que aquellos mastuerzos abultaran mi rostro a hostias me impedía cualquier movimiento que no fuera apretar la birra y sonreír con apariencia de distracción. Urtubi no reaccionó con violencia sino con una resignación que despistó a los matones. Lo acompañaron hasta la puerta, más por asegurar su expulsión que por amabilidad. Desde el mostrador, y a través del enorme ventanal del local, vi que se iba sin mirar atrás o hacer amago de buscarme. Puede que ni recordara que habíamos llegado juntos a ese bar. Las bellísimas arpías recuperaron el espacio que necesitaban para minibailar sin hablar entre ellas, los caballeros del Zodiaco recobraron su lugar en el mundo y en el Costa Azul pusieron *Mil Calles Llevan Hacia Ti*.

Y yo, acodado en la barra con cara de gilipollas, me quería morir.

Me habría ido de aquel infierno, pero tenía la muy flexible obligación de esperar a Bosco y un motivo aún más irrefutable: una cerveza casi entera. Más relajado,

comencé a fijarme en los detalles del local. Podía hacerlo con tranquilidad porque nadie reparaba en mi presencia. Sonaba *No Me Importa Nada*, de Luz Casal.

Las mujeres lucían mejor aspecto que en mis bares habituales, parecían mejor alimentadas y más saludables, pero algo en su llamativa artificiosidad las hacía distantes e inaccesibles. No en plan misterioso, como a ellas les habría gustado, sino como si fueran miembros de otra especie inconciliable con la nuestra, sobre todo a nivel de cópula. Parecía que, además de una atroz falta de interés por el sexo, tuvieran esporas en lugar de orificios, yo qué sé. Estaba tan cómodo en mi papel de observador imparcial que la borrachera retomó posiciones para disparar de paso mis delirantes ensoñaciones. Me imaginé con un chaleco caqui lleno de bolsillos, mirando por unos prismáticos y tomando notas en un cuaderno de campo, como si la barra fuera un puesto de observación ornitológica y yo, Aurelio Pérez, el naturalista que salía en *El Hombre y la Tierra* junto a Félix Rodríguez de la Fuente. Aplicando mis conocimientos sobre cetrería, podría entrar en el Costa Azul con un bello halcón peregrino sobre mi alzado brazo izquierdo, lo libraría de la caperuza de cuero que cubre su cabeza y lo soltaría en el bar para que, en lugar de liebres, me cazara rubias de mentira, morenas agresivas, pelirrojas de fuego y alguna calva de vez en cuando, por qué no.

Podía pasarme horas imaginando esas idioteces.

Pero entonces apareció una mujer que rasgó mi sosiego como la aguja del tocadiscos que se sale del surco y atraviesa el vinilo en diagonal. Llamaba la atención, no por guapa o estilosa, sino por brusca y malencarada. Llevaba un abrigo largo de cuero viejo, vaqueros holgados, una camisa azul y botas camperas. Su alborotada melena rubia tenía aires heavy, pero más cerca de Janick Gers en un mal día que de una Vanessa Warwick recién arreglada. Para rematar el cuadro, caminaba como si acabara de bajarse de un caballo tras varios días de viaje. Quiso el destino que el único hueco libre en toda la barra estuviera justo a mi lado. Se acercó, plantó ambas manos en el mostrador y, mientras esperaba a que llegara la camarera, clavó sus ojos en mí. No la miraba directamente, claro. Fingía observar algo muy interesante que sucedía al fondo del bar, y tan concentrado estaba en disimular que ella misma giró la cabeza hacia allí.

—¿Qué miras tan atento?

No jodas que me está hablando.

—¡Eh! —bramó de repente, dándome un susto que me agitó en plan espasmo.

—¿Cómo? —balbuceé incrédulo, mirándola por primera vez a los ojos.

—¿Que qué miras?

Joder. Piensa rápido, Pepe. Eres un tío con recursos. Di algo.

—Es que he quedado con un amigo.

Mierda. ¿De verdad he dicho eso?

—¿Y qué tiene que ver con mi pregunta? —inquirió con toda lógica.

No había agresividad en su tono. Supuse que ahora sólo sentía curiosidad por saber hasta dónde llegaba mi deficiencia. Su cara, de cerca, no era tan desagradable como prometía el plano general.

—Bueno, estaba mirando a ver si venía.

Esa respuesta tampoco tenía sentido. La puerta del bar quedaba a mis espaldas. Se encogió de hombros como diciendo «me la suda» y justo entonces llegó la camarera en lo que parecía mi rescate definitivo. Sopesé la posibilidad de abrirme, pero le dije a la chica que esperara y me hizo una pregunta aún más sorprendente:

—¿Qué tomas?

¿Me está invitando a tomar algo o pregunta por el contenido de mi botella? Como si fueran los cables azul y rojo de una bomba a punto de estallar, deseché la primera opción.

—Es cerveza —indiqué con un hilo de voz, extrañado ante una respuesta tan obvia.

Soltó una carcajada franca y sincera, abriendo la boca mientras colegueaba con la bellísima camarera, que también se reía de mi patetismo.

—¡Ya sé que es cerveza, joder! ¡Digo que si quieres tomar algo!

—¡Bourbon! —grité para enterrar mi vergüenza.

Perdí la cuenta de birras, pero creo recordar que salíamos a dos chupitos por cabeza en cada ronda. Aquella mujer era una fuerza de la naturaleza, bebía como dos cosacos, hablaba como una ametralladora y remataba sus chistes dándome puñetazos en el brazo. Me sentía como Tyson ante Douglas: incapaz de sostenerme, sensible al aluvión de golpes, próximo a la derrota. Era muy difícil seguir el hilo de la conversación porque se iba por las ramas, abría subordinadas inconclusas y cambiaba de tema sin razón aparente. Había entrado en el Costa Azul por pura casualidad, sólo porque vio que había bastante gente. Venía a la ciudad un par de veces al año por curro, algo relacionado con mayoristas de carne. No sé qué contó de su madre. Mencionó que había estado casada. La televisión le parecía una mierda. La última vez que había ido al cine fue a ver *Tiburón*. Le gustaban los perros, especialmente los pointers.

A ratos se quedaba callada y me miraba con gesto ausente, como si tomara resuello. Yo aprovechaba el hueco para soltarle mis mierdas; que vivía con un alemán y un gallego, que me flipaba el Tetris, que mi hermano pasaba de todo, que me había gustado *Nacido el 4 de Julio* o que el vino blanco me sentaba fatal. Cuando le comenté que iba a ver en directo a los Rolling Stones me dijo que la música le daba igual. Que lo gritara bien fuerte mientras sonaba Objetivo Birmania parecía un acto de protesta, pero era cierto: no le afectaba lo más mínimo que en aquel garito

pincharan Olé Olé, Bananarama, Gloria Estefan o Jive Bunny & The Mastermixers. Si no fuera por el alcohol, me habría muerto cada vez que arrancaba una canción.

Aunque éramos dos monólogos superpuestos en un perfecto ejercicio de barras paralelas, me lo estaba pasando de puta madre. Dudé un par de veces en proponerle un cambio de bar, pero no me la imaginaba en el Galaxy, ni en ningún otro local que no fuera el Costa Azul, con su música de pacotilla, sus pijas ausentes, sus maromos pretorianos y sus chupitos de bourbon, ahí va otro. Fui al baño varias veces, pero no recuerdo que ella lo hiciera ni en una sola ocasión. Cuando el bar chapó con el *Eternal Flame* de las Bangles, apuró el trago y me indicó que conocía un sitio para tomar la última.

La seguí sin rechistar, realmente intrigado por el local al que se dirigía con la determinación de un Robocop ansioso. Y vaya si me sorprendió. Salimos de la zona, callejamos por un barrio que nunca había pisado y por fin se detuvo frente a una persiana metálica; buscó un timbre en el marco del local —había que saber dónde estaba— y nada más accionarlo, se dirigió a una ventana situada al otro lado de la esquina del edificio. Asistí a toda la ceremonia con suma fascinación: parecía una entrada secreta a la T.I.A.

—Debajo del río Amarillo no hay quien encienda un pitillo —susurré a lo Mortadelo entre risitas, sabiendo de antemano que no reaccionaría a mi broma. Una señora muy mayor abrió desde dentro la persiana y entramos por la ventana a un local diminuto. Tenía toda la pinta de haber sido un bar diurno hacía ya mucho tiempo. El desuso y la falta de mantenimiento eran patentes en las paredes desconchadas, el vetusto mobiliario y el desorden general, pero había una barra pequeña, una estantería con los licores básicos y una nevera enchufada. La clientela en ese momento eran dos hombres que fumaban en silencio: uno estaba demasiado gordo para haber entrado por la ventana. Probablemente llevaba allí dentro desde que habían tapiado la entrada principal.

—No me queda Coca-Cola —dijo la señora mayor a modo de presentación.

—Mejor —zanjó mi acompañante. Ahí me di cuenta de que aún no sabía su nombre—. Dos cervezas y dos chupitos de bourbon —añadió sin pestañear.

La mujer nos puso dos latas de una cerveza extrañísima llamada Reinhilt Lager y dos vasos de tubo con un poco de DYC.

Toda la música que había en aquel tugurio era una diminuta e inaudible radio que sonaba como una freidora de corcheas. Tras cobrarnos doscientas cincuenta pesetas por las consumiciones, la señora se plegó como un Transformer para volver al modo pause, sentada en un pequeño taburete con gesto serio y los brazos cruzados en plan la Terele Pávez de *Los Santos Inocentes*. Los dos clientes de la barra habían interrumpido su charleta para observar el quehacer de la camarera porque, al fin y al

cabo, éramos la novedad de la noche. Una vez acostumbrados a nuestra presencia, siguieron a lo suyo:

—Pues eso, que el Rayo lo tiene jodido este año...

Mi amiga había plantado ambas manos sobre el mostrador, igual que en nuestro encuentro en el Costa Azul, horas atrás. Miraba el vaso, como si quisiera separar el whisky usando la Fuerza. El cristal tenía ese tipo de nebulosa que indica uso frecuente y poca higiene.

—A todo esto, me llamo Pepe —dije mientras levantaba mi tubo para brindar.

—Pues de puta madre —respondió con apática ironía para ignorar mi amago de brindis.

De pronto, agarró el vaso y lanzó el contenido dentro de la boca sin que sus labios tocaran el vidrio. Se enjuagó un poco antes de tragarlo.

—Bueno, ¡me voy! —sentenció como si estuviéramos en el Club de Campo y cupiera la posibilidad de que me quedara con los socios presentes a departir sobre el Rayo Vallecanao.

—Es que las birras...

No me escuchaba. Le hizo una seña a la anciana desplegable para que recuperara la movilidad y abriera la persiana. Me apresuré a beber el chupito, agarré una de las latas de cerveza rara y fui detrás de ella. Salimos por la ventana y empezamos a caminar. Faltaba un suspiro para que el negro del cielo se convirtiera en azul muy oscuro antes de teñirse de claro con el alba.

—Vale, tiro por aquí —me comentó, señalando una calle que cruzaba. Hasta ese momento la había seguido convencido de que iríamos a otro garito igual de extraño, pero se le había acabado la diversión, al menos en mi compañía. Su desaparición iba a ser igual de abrupta que su entrada en escena, así que hice un gesto de despedida con la idea de añadir «Gracias por las birras», «Hasta otra» o algo así.

Pero de pronto, se le cruzó un cable.

Y empezó la locura.

Se pegó a mí, obligándome a retroceder hasta apoyar la espalda contra la pared. Entonces me apretó los carrillos con los dedos de una mano para separarme los labios y lanzó los suyos para meterme en la boca esa lengua blanquecina a causa del whisky y las birras ingeridas. En su embestida arrasó paladar, encías y hasta molares, barriendo todo a su paso. A ese ritmo no necesitaría limpieza de dentista en un par de años. En el primer impacto de su lengua de esparto noté el alientazo a alcohol barato, pero no supe si era suyo, mío o de ambos. Como la gente que vive al lado de un vertedero, no tardé en acostumbrarme a la pestilencia hasta ignorarla por completo para centrarme en el vigor y ansia de su morreo.

Me puse palote.

Tomé la iniciativa y pronto recuperé posiciones dentro de su boca. Nuestras

lenguas parecían dos gusanos de *Dune* luchando a puro músculo, chapoteando en la espesa saliva burbujosa que se nos derramaba por las comisuras en forma de espumilla asquerosa. De momento, empatábamos el combate a puntos.

Se me adelantó de nuevo al palparme con toda intención la bragueta, apretando a conciencia para buscar la erección que ya había crecido dentro de mis vaqueros. Cuando me la agarró por encima de los pantalones, apartó su cara y me miró con una expresión que no sabía si era de fuego o de odio.

Me dio miedo.

Pero estaba más salido que asustado.

Sin soltar su presa, me alejó de la acera y me condujo hacia la rampa de un garaje que se abría un poco más allá de donde habíamos iniciado el caótico hociqueo. Bajamos la pequeña cuesta, me empujó contra la entrada y la puerta se quejó con metálico estruendo, como si protestara por aquel maltrato. En ese trance le magreé las tetas con ambas manos, pero no había mucho donde agarrar y pronto me vi estrujando el sujetador en lugar de las ubres que esperaba encontrar. Ella seguía con el ansioso morreo, y no sé muy bien si me empujó más de la cuenta, o dejé que mis rodillas se vencieran, o fue cosa de una mágica sincronización entre ambas partes, pero fuimos resbalando poco a poco hasta quedar tumbados en el mugriento suelo de la rampa, yo a lo largo y ella encima de mí. Su complexión era menor de lo que su vestimenta daba a entender, pero tampoco pude pensar mucho porque al momento se puso en cuclillas, me desabrochó los vaqueros y me sacó la polla por encima de los calzoncillos. Sin abandonar esa posición empezó a meneármela con una furia muy poco delicada. Tan pronto temía que me la arrancara, como pensaba que me la hundiría en el vientre, dándole la vuelta como al dedo de un guante de fregar. Especulé con la posibilidad de correrme, pero la paja pronto se tornó patética. Al verla absorta en cómo mi capullo aparecía y desaparecía en su puño, observé los rasgos de su rostro para ponerme un poco más todavía, pero concluí que no me gustaba. No me gustaba nada. Así que volví mis ojos hacia la mano que mecía mi rabo. Ese meneo era contranatural, una prueba de fuerza y resistencia, como si la Balay pensara fabricar tambores de lavadoras con piel de polla y aquella mujer estuviera probándomela para ver cuántas sacudidas salvajes soportaba antes de desintegrarse. Gruñí de puro dolor, pero ella lo interpretó como un gemido y redobló la velocidad: cuando creía que iban a surgir llamas de la fricción, se detuvo.

Respiré aliviado sin saber que lo peor estaba por llegar.

Esa mujer inasequible al desaliento se incorporó del todo, se libró de una de las botas descubriendo un calcetín blanco de tenis, se bajó los vaqueros hasta los tobillos —revelando que no llevaba bragas— y sacó el pie de las perneras, sólo una, para volver a ponerse de cuclillas sobre mi polla. Su abrigo de cuero se convirtió entonces en un tipi indio y la palabra «guardapolvos» adquirió un nuevo y literal significado.

Retomó el meneo aprovechando ese movimiento manual para golpearse el coño con mi capullo, pero la visión de su parcial desnudez acabó por desmoronarme. Sus piernas eran escuálidas, el vientre colgandero y el chocho hirsuto. Muchas veces, en situaciones de estrés, no podía evitar ensoñaciones absurdas y fuera de lugar. En esta ocasión, a saber por qué, imaginé al Leslie Nielsen de *Aterriza Como Puedas* diciéndome con toda seriedad su frase recurrente:

—Sólo quiero desearle suerte. Contamos con usted.

Y en ese momento de nervios tomé súbita conciencia de la penosa situación: estaba borracho y tirado en la rampa de un garaje con la bragueta abierta mientras una tosca beoda me amagaba una paja contra su propio sexo, tan reseco como nuestras bocas tras un desordenado morreo secante. Mi calentón pasó a mejor vida y todo el cipote se desinfló entre sus manos como ese globo de cumpleaños que sueltan antes de hacerle un nudo.

Me miró con un desprecio que me taladró las pupilas. Soltó mi polla con violencia, estrellándola contra mi pubis, y se incorporó maldiciendo entre dientes. Repuso los pantalones con celeridad, se calzó la bota con una sorprendente destreza y se fue rampa arriba sin volver la vista. Guardé los restos mortales de mi dolorido miembro dentro de los calzoncillos, abroché los vaqueros y me incorporé despacio. Me sentía sucio y ultrajado. Subí la rampa y llegué a la acera: ni rastro de ella.

El alba tenía más de mañana que de noche. Empezó a llover con ganas. Esquivando charcos de manera automática, repetí para mis adentros: «Una madura interesante me ha hecho una paja».

En ese momento parecía un resumen válido de la noche.

Técnicamente, era la pura verdad.

Sex Machine **MAYO, 1990**

Ver el festival de Eurovisión en TVE2 era mi segunda peor opción para aquella noche de sábado. La primera había sido estudiar las asignaturas a las que me presentaría en junio, pero tras media hora ordenando apuntes, libros y carcacas de Bic bajo el flexo, decidí darme un descanso delante del televisor. Compartí sofá con Jandro, que había tenido la misma idea que yo, justo cuando comenzaba la retransmisión del concurso. Vicky Larraz conducía la tertulia del jurado español en Madrid y Luis Cobos hacía los comentarios desde Zagreb.

Planazo.

La primera actuación era, precisamente, la de España, que había enviado a las Azúcar Moreno, las Batman y Robin de la rumba tecno, con una canción pesadilla titulada *Bandido*. Antes de que empezaran, mi compañero de piso sintetizó su opinión sobre el dúo:

—Nunca sé cuál es la guapa y cuál la que está más buena.

Entorné los ojos para darle vueltas a la frase.

—Vamos, que con ellas haría el trío perfecto —añadió para aclarármelo del todo.

Vale, ahora ya me imaginaba entre ellas dos.

—Hostia, ¿qué pasa? —exclamó Jandro, señalando la tele e interrumpiendo mi ida de olla.

En efecto, algo pasaba en Zagreb. Las hermanas Salazar habían empezado su coreografía, pero un primer plano nos mostró el mosqueo de Toñi antes de que ambas abandonaran el escenario: resulta que la actuación se había interrumpido porque la música pregrabada había entrado a destiempo. Los cuatro falsos músicos que simulaban tocar guitarra, teclados, batería o percusión aguantaron en su sitio, mirando a los lados y esperando órdenes como si fueran la orquesta del *Titanic*. Mi compañero se reía a carcajadas, yo sentía el calor de esa vergüenza ajena tan poderosa que casi mola y Luis Cobos insistía en que era la primera vez que ocurría algo así en Eurovisión. Enseguida cesó la melodía y todos —las Azúcar, sus músicos, el director de orquesta— recompusieron la pose para empezar de nuevo como si nada hubiera ocurrido. El guitarrista lució durante la segunda toma una sonrisa petrificada que no se sabía si era puro descaro o sentido del ridículo ante el teatrillo desvelado. Cada vez que aparecía en pantalla, estallábamos en carcajadas, sobre todo cuando amagó una penosa simulación del punteo flamencoide que sonaba en la canción.

Quedamos quintos.



Me ocurría a menudo cuando llegaba el momento de dormir. Nada más apagar la luz, imaginaba figuras geométricas hechas de cuadrados que caían hasta encajar unas con otras y formar un muro compacto.

No era delírium trémens. Era culpa del Tetris.

Si cerraba los ojos, veía el juego proyectado sobre la cara interior de mis párpados; si los abría, lo imaginaba en tres dimensiones, con las piezas subiendo desde mi cama hacia el techo, donde se iban acoplando. Siempre empezaba la ensoñación con la pieza amarilla en forma de L que yo tumbaba sobre su lado más largo. La seguía otra del mismo color, que giraba boca abajo para formar con la primera un rectángulo compacto. A partir de ahí aparecían, aleatoriamente, la T verde, el cuadrado azul, la Z naranja, la S cian o la L invertida magenta, todas ellas ensamblándose sin fisuras, pero dejando un hueco estrecho y largo para el ansiado palote rojo que completaba cuatro filas de muro que se desvanecían en el aire emitiendo aquellos pitidos sordos que sonaban como pisadas sobre gelatina.

En la misma calle de mi piso había un local a medio camino entre bar de pinchos cutres y semipub tempranero que se llamaba Chapa Disco. Su logo era el de la famosa discográfica, pero sin la S final; seguro que aquel burdo plagio se repetía por toda la geografía española. No era cliente habitual del garito porque me parecía el más triste de la ciudad, aunque mis prejuicios desaparecieron cuando instaló el Tetris. Podía pasarme mucho tiempo apalancado en la máquina, sobre todo por la tarde, cuando la propia indefinición del negocio lo vaciaba de clientes. El dueño abría por la mañana y cerraba por la noche, pero durante esas horas de poca faena que aprovechaba para descansar, dejaba el bar en manos de un sobrino que desconocía la vocación hostelera: carecía de las mínimas habilidades sociales que se le presuponen a un camarero y no se molestaba en disimular su desgana. Creo que me agradecía, por supuesto en silencio, que jamás le diera conversación y que sólo me dedicara a ensamblar geometrías en el arcade.

Quizá animado por la recaudación incrementada en sus horas de ausencia gracias a mi adicción, el dueño del Chapa se lanzó a organizar un concurso, del que me enteré gracias a una enorme cartulina escrita a mano y pegada con celo a la pared:

CAMPEONATO DE
TESTRIS

Apúntate en la barra

¡Trofeo para la mejor
puntuación!

Debajo de tan abstracta leyenda había una cuadrícula con tres nombres y sus respectivas puntuaciones. Al lado del cartel, una estantería mínima sostenía un trofeo que era todo un canto al mal gusto: sobre una base de falso mármol se alzaba una copa de cristal opaco abrazada en su parte inferior por una corona de laurel hecha con latón barato. El frontal del pedestal lucía una placa atornillada con esta leyenda:

I CAMPEONATO TESTRIS
CHAPA DISCO

Primer torneo, es decir, esperaban hacer más, uno al mes, al año o quién sabe, puede que sólo cada cuatro cursos, como las Olimpiadas, hasta convertirlo en todo un evento a nivel mundial. Alekséi Pázhitnov, inventor del Tetris, acudiría para entregar el trofeo al vencedor. La banda municipal de música interpretaría las adictivas melodías del juego: la creciente *Loginska*, la animosa *Bradinsky*, la evocadora *Kalinka* o la hipnótica *Troika*. Y habría fans disfrazados del cosaco que aparece bailando cada tres pantallas, y el propio Brad Fuller, compositor y arreglista de esas canciones, entregaría un diploma al mejor imitador.

Todo era tan cutre e indefinido como el mismo bar. Una competición de Tetris en el Chapa. No tenían clientes y ni siquiera sabían escribir el nombre del juego, pero ahí estaba yo, releendo el cartel una y otra vez para inquietud del sobrino introvertido, temeroso de que me dirigiera a él.

—¿Cómo va eso del campeonato? —pregunté por fin, picado por la curiosidad.

Me miró durante varios segundos antes de responder. A lo mejor sólo fue uno, pero se me hizo muy largo. Añado que no había nadie en el local y que, cuando pregunté, aquel chaval no hacía otra cosa que estar allí.

—Pues nada... —la pausa fue tan larga que pensé que esas dos palabras eran toda su respuesta—. La gente juega una partida y escribo su puntuación ahí —añadió con gran esfuerzo, señalando la cartulina.

Miré la cuadrícula. Ninguno de los concursantes inscritos pasaba de cincuenta mil puntos. Parecía demasiado fácil.

—Quiero apuntarme.

Se encogió de hombros como diciendo «vale», y ahí se quedó, mirándome como un misionero exhausto que acabara de exponer toda su teología a un nativo perplejo. Me parecía tan obvio que era él quien tenía que seguir hablando que no articulé palabra. Juraría haber estado un buen rato así. Debíamos parecer una recreación de las estancias de Pompeya tras el volcán.

Por fin habló, pero no mucho.

—Pues bueno, cuando acabes la partida ya me dices y te apunto en el cartel.

Asentí y me fui al Tetris. Noté que respiraba aliviado cuando lo dejé en paz.

Como siempre, introduje una moneda de cien pesetas que me daba derecho a cuatro partidas y jugué la primera de ellas con suma concentración para apuntarme en aquel torneo absurdo con un buen arranque. Me pudo la presión de pacotilla y no pasé de la octava pantalla: apenas superé los treinta y cinco mil puntos. Tendría que esmerarme en la siguiente para que fuera la mejor de mi vida, pero entonces apareció el habitual aviso junto a la cuenta atrás de nueve segundos:

PRESS START TO CONTINUE

Es decir, la máquina me daba la opción de continuar la partida donde la había dejado, sumando los puntos que llevaba a los que obtuviera seguidamente. Me quedaban seis segundos para decidir. Observé de reojo que el camarero pasaba de todo. Cuando el dos de la cuenta pasó a uno presioné el botón de START. La segunda partida fue mucho mejor, y la suma de ambas ofrecía una puntuación notable que ya superaba a las inscritas.

Pero yo quería más.

Perdí el control, no dominé la ambición, se me fue la cabeza, no tenía límite. Quería esa maravillosa mierda de trofeo en mi casa, para gritarle al mundo que había ganado un campeonato de Tetris, aunque en el Chapa lo llamaran Testris. Necesitaba esa gloria mínima. Aquella copa con latón y falso mármol era más que un premio, era una forma de vida.

La gran ventaja sobre el resto de los participantes era que mi idiotez no conocía vergüenza.

Por supuesto, también sumé la tercera partida a los puntos obtenidos. Y ya puestos, la cuarta, qué carajo. Avisé al camarero cuando apareció el GAME OVER. La máquina permitía firmar el récord con tres iniciales y yo siempre escribía SEX. El indolente se sorprendió al ver la puntuación y la repitió en voz alta con un levísimo tono que no supe si interrogaba o exclamaba:

—Doscientos quince mil cuatrocientos puntos...

—Pues sí —repliqué temiendo que aquel cenutrio hubiera desarrollado capacidades deductivas para sospechar de mi hazaña postiza y adivinar la trampa.

Nos miramos de nuevo a los ojos. Su expresión era neutra y del todo inescrutable. En mi rostro, sin embargo, se leía DELITO como en letras de neón. Bastaba verme la cara para que un jurado popular me declarara culpable de fraude evidente, tosco disimulo y presunción de idiotez, pero, afortunadamente, mi único fiscal era el sobrino del dueño del Chapa.

Pilló el rotulador y me preguntó con qué nombre me apuntaba.

—Pepe Sex —respondí sin titubear.

Observé cómo escribía con sumo cuidado y desigual resultado el total de seis

cifras. Terminó la tarea como el maestro egipcio que acabara de adornar la tumba del faraón. Al darse la vuelta y comprobar que yo seguía en el local, compuso un gesto de franca incomodidad.

—¿Y ahora qué? —pregunté intrigado por la mecánica del campeonato.

Inició la respuesta con sus dos palabras comodín:

—Pues nada... La puntuación más alta a final de mes se lleva la copa —remató, señalando aquel engendro en forma de trofeo.

—¿Si nadie me supera antes del día 1, me llevo la copa?

Mi insistencia le estaba poniendo de los nervios. Eché otro vistazo a la cartulina, comprobé la notable cantidad de puntos que le sacaba al segundo clasificado y me fui del bar pensando que aquel trofeo tenía que ser mío. Quedaban veintiún días de mes. El Chapa no tenía mucha clientela y su Tetris menos todavía. Era importante que nadie supiera sobre el torneo para evitar migraciones de grandes jugadores, como el camarero del Muralla, que disponía de entrenamiento gratuito en su local. Además, contaba con la ventaja de vivir enfrente; podía controlar las puntuaciones a diario y, en el caso de que algún campeón mundial superara la mía, tendría margen de maniobra para mejorarla. Podría reunir monedas de sobra y pasar las últimas horas del día 31 amorrado a la máquina para que nadie me arrebatara la victoria en el suspiro final.

Grandes esfuerzos. Pequeñas metas. Minúsculos logros. Ambición de pez.

Durante los últimos días del mes comprobé que nadie superaba mi récord. No me costó mucho porque no se inscribió ni un solo jugador más. Lo fácil sería pensar que el campeonato había fracasado por falta de interés, pero esa idea empequeñecía todavía más mi raquíptico triunfo. Decidí que al no poder superar mi récord, la gente ni se apuntaba en la cartulina. Quizá algún chaval se había dejado la vista y los ahorros jugando sin cesar, siempre a horas en las que yo no estaba cerca; puede que incluso empezara a delinquir para pagarse el vicio, obsesionado con ganar aquel trofeo limpiamente. Al principio habrían sido pequeños hurtos, después tirones de bolso, por fin, atracos a farmacias. A lo mejor, la desesperación le había llevado a los porros y de ahí al jaco, ya se sabe. Mi entrenamiento en la culpa y el remordimiento daba sus frutos en forma de razonamiento esquizoide. En los recreativos sería un timo, pero elucubrando de manera autolesiva era insuperable.

El 1 de junio, a primera hora de la tarde, entré en el Chapa. A estas alturas me avergonzaba tanto de aquella diminuta estafa que nadie en mi entorno la conocía. Había fantaseado con la idea de recibir el trofeo rodeado de amigotes que aclamaran mi gesta, pero entonces tendría que aclarar el fraude y explicarles por qué no les había comentado la existencia del campeonato.

Como era habitual, el bar estaba vacío. La ausencia de testigos me animó a consumir la fechoría. El camarero me recibió con la misma indiferencia inanimada

de siempre. Se incorporó hacia el mostrador y me miró como si no supiera qué venía a buscar.

—¿Qué va a ser? —preguntó de forma neutra.

Hostia. Ni se acuerda.

—Vengo a por la copa —dije, señalando la cartulina.

La miró como si nunca la hubiera visto y después observó el calendario que había colgado en la pared. Cerciorarse de que ya estábamos en junio le llevó un rato largo. Por fin, se giró hacia la estantería, agarró el trofeo y lo depositó en la barra, delante de mí, sin decir palabra.

Observé la copa con una extraña mezcla de orgullo culpable y asco genuino. Se le había acumulado polvo en el borde del cristal y sobre los laureles de latón.

—¿Ya está? —pregunté, casi mosqueado ante tanta desidia.

No respondió, pero su mirada dejaba claro que era lo que había. Ni más ni, sobre todo, menos, porque menos no podía ser. Cogí el armatoste y lo tanteé en mis manos mientras leía la plaquita grabada en su pedestal. Era más pesado de lo que parecía a simple vista. Miré de nuevo al camarero y me invadió la imperiosa necesidad de hacer una tontería, así que lo levanté con ambas manos sobre la cabeza mientras imitaba con la boca el sonido de una masa vociferante. El cabrón aquel ni siquiera sonrió. Se la pelaba. Bajé los brazos, musité «gracias» —aún no sé por qué— y me fui con el trasto.

Había hecho trampa en un concurso sin participantes para llevarme un trofeo de mierda. Tres semanas pendiente de aquella farsa para obtener una copa grande, fea y pesada que no servía ni como adorno.

La historia de mi vida.



Aquellos exámenes finales serían los últimos para los compañeros que se habían aplicado durante los cinco años anteriores. Si todo iba bien, viviría dentro de un año esa sensación de salto al vacío que supone acabar la carrera. No podía ser peor que la incertidumbre que sentí al entrar en la universidad, que a su vez había sido peor que el día que aterricé en California para estudiar COU. A lo mejor la vida era eso: continuos saltos al vacío. Te acostumbras a una etapa de tu existencia y, cuando estás hecho a ella, descubres que sólo es un trampolín más desde el que debes saltar sin saber dónde caerás.

No estaba motivado para acabar la carrera. No tenía horizonte ni metas concretas fuera de la facultad. Lo que sí me estimulaba era contar con Bosco y Urtubi para el siguiente curso, me alegraba tener un año más de vida disipada y lo disfrutaba como

una prórroga que retrasaba la inmersión en la definitiva vida adulta.

Peter Pan era un anciano a mi lado.

Pero ahora lo más inmediato era despedirse de los amigos que acababan sus estudios. Como no formábamos parte de sólidas pandillas, sabía que aquel mes era el inicio de un adiós paulatino, por mucho que pensáramos que el vínculo era indestructible. Lo había experimentado un año atrás, cuando se licenció la mayoría de mi promoción; diez meses después apenas mantenía relación con aquellos buenos amigos y grandes amigas con quienes había compartido aula durante cinco años. Las excusas oficiales eran la distancia geográfica, las oposiciones, los cambios de ritmo, la adquisición de nuevas responsabilidades o la repentina madurez, aunque todo guardaba relación con una genuina y legítima falta de interés. Con el tiempo, retomar contactos se parecía más a rebobinar que a una verdadera necesidad. Tenía sentido que a todos acabara dándonos pereza.

Arturo se había apuntado conmigo para ir a ver a los Rolling Stones en Madrid, lo cual suponía un inmejorable canto de cisne a nuestra amistad universitaria. La fecha del concierto le encajaba perfectamente en su calendario de exámenes, pues el que tenía dos días después era «un mero trámite». Me lo dijo con esas palabras y me entraron ganas de azotarlo por su bien.

La despedida de Sara era distinta.

Al año siguiente de acabar la carrera, Sara se iba a casar con Alberto, su novio de toda la vida. Era algo que tenía clarísimo y que nos había explicado más veces de las que nos gustaría haberlo oído. Según ella, Alberto era culto, atento y adorable. Era cinco años mayor, había estudiado empresariales y dirigía un próspero negocio familiar. No teníamos nada que hacer contra ese superhéroe al que, por cierto, jamás llegamos a conocer. A Sara le gustaba señalar que era prueba de cuánto confiaba en ella, aunque yo pensaba que probablemente no tenía el más mínimo interés en tratar con niños proclives al desfase. Él se lo perdía.

Aquella tarde había decidido estudiar en la biblioteca de Filología, con la intención de que se me pegara algo del ambiente de seria trascendencia que impregnaba ese tipo de estancias en febrero, junio y septiembre. En la plaza de la facultad me encontré con Sara, que se iba a casa tras lo que supuse una verdadera y fructífera jornada de estudio en la misma biblioteca a la que yo iba a pasar el rato. Me recibió con esa sonrisa que le iluminaba el rostro.

—¡Pepe! ¿Qué tal?

Siempre saludaba como si hiciera mucho tiempo que no te veía. Quería engañarme a mí mismo pensando que realmente le hacía muy feliz haberme encontrado, pero, sin negar nuestra amistad, era cierto que mostraba ese afectuoso entusiasmo con todo el mundo.

—¿Y Amelia? —pregunté extrañado ante la ausencia del doberman.

—Está mala, ¡me ha dejado solita! —bromeó, encogiendo los hombros y abriendo mucho los ojos antes de iluminar de nuevo el universo con su sonrisa. Hasta los diminutivos le quedaban bien.

Le dije que me dirigía a la biblioteca y noté que mi actitud responsable le causaba buena impresión. Me gustaba responder a sus altas expectativas, pero como tantas veces, necesité exagerar mis buenas intenciones y me lancé a mentir sobre mi concienzuda planificación para aquellos exámenes, a lo que ella respondió con una lógica aplastante que en cualquier otra persona habría sonado a sarcasmo cortante:

—Jo, qué pena que sólo te examines de tres...

En realidad eran dos, porque había decidido dejar una para septiembre, pero, en vez de confesarlo, callé como un perro y asentí con resignación. De pronto, algo se activó en su mecanismo cerebral y me hizo la más inesperada propuesta que podría haber imaginado:

—Venga, va, ¿te tomas un café en El Mundo antes de irte a la biblio?

¿Sara me proponía tomar algo FUERA de la facultad?

—¿En El Mundo? —balbuceé a duras penas.

—¡Sí! —exclamó con el ímpetu propio de quien se emociona por todo, aunque enseguida marcó límites—. Tengo cinco minutitos, antes de que empieces a estudiar...

Acepté con un entusiasmo que a ella le pareció normal, pero que cualquier psiquiatra habría tratado con ansiolíticos. Quería a Sara sólo para mí, aunque fuera en el fugaz trance de un cafelito, así que supliqué mentalmente: «Señor, haz que no aparezca ninguno de nuestros amigotes». Siempre que suplicaba en silencio, lo que mucha gente llama «rezar», pensaba en ese «Señor» que la educación católica me había inculcado de pequeño; me gustaría poder rogarle a cualquier otra deidad —Buda, Stefan Edberg, Obi-Wan Kenobi, Taco Bell—, pero la fuerza de la costumbre es más poderosa que la de la razón.

Era una hora tranquila en El Mundo, tanto que hasta las mesas estaban disponibles. Sara ocupó una silla al lado del ventanal; el sol clareaba ligeramente su melena y me pareció que ese efecto subrayaba el aura angelical que siempre la acompañaba. Además, nadie jugaba en la CANASTA 86, lo cual nos habría obligado a gritar para entendernos. Sara pidió un descafeinado y yo la imité, aunque por dentro me moría por una caja de cervezas bien frías para celebrar aquella fabulosa alineación de planetas. Ernesto acercó enseguida las tazas a la barra y me levanté a por ellas; mientras pagaba las ciento diez pesetas, guiñó un ojo y me susurró:

—No dejes para mañana comida, hembra o vino.

Le respondí con un bufido, molesto porque me tratara como siempre solía hacerlo en vez de como al galán enamorado y delicado que hoy quería ser. Me senté junto a Sara y bendije que el minúsculo mobiliario de El Mundo no permitiera grandes

distancias entre los clientes.

Era el hombre más afortunado de la Tierra. Ella hablaba, gesticulaba, escuchaba con atención, preguntaba con interés y reía mis ocurrencias, por nimias que fueran. Era muy fácil sentirte bien a su lado, tenía el don para hacerlo y la generosidad para compartir su felicidad. Pronto salió el tema del final que se acercaba; ella acababa los exámenes y la carrera en dos semanas, y a finales de junio dejaría la residencia de estudiantes para siempre, se iría a casa de sus padres a pasar el verano y en septiembre se instalaría en el piso de Alberto. La miraba embelesado, no sólo por su belleza y carisma, también por esa determinación, claridad y seguridad a la hora de definir su futuro. Si lo comparaba con mis perspectivas, igual me desmoronaba.

Era uno de esos días en los que *carpe diem* me sonaba a «mierda» escrito al revés.

Sara se puso seria poco a poco, sin perder el tono cariñoso. Cuando dijo que de verdad agradecía mi amistad, me sentí un desgraciado. Mi respeto tenía más que ver con la inseguridad ante su belleza y aplomo que con un sincero acatamiento de su elección de vida. Reconocía que la frecuencia en el trato había minado mi apocamiento del primer año, pero habría empujado a Alberto de un tren en marcha sólo para rozarme con su novia. Además, si Sara supiera las retorcidas fantasías sexuales que le había dedicado en mis pajas, probablemente llamaría a la policía.

Lo único que me salvaba era sentir que en los últimos meses, quizás agobiado por la inminencia de su partida, había empezado a valorarla en su justa medida, más allá de la atracción física y del hipnótico influjo que su personalidad ejercía sobre mí. Sara era una buena persona, y ahora, en esta despedida anticipada en la que se había convertido el cafelito de marras, me asaltó la certeza de que jamás tendría una mujer como ella en mi vida.

—Te quiero, Sara —murmuré bajito.

Sonrió maternalmente. Se lo tomaba como una expresión de sincera amistad y respondió que también me quería. Añadió que tenía que irse. Me levanté con el ánimo de un condenado a muerte que, por falta de presupuesto para contratar a un verdugo, tuviera que colocarse él mismo la soga al cuello. Antes de salir, dirigí la vista hacia Ernesto, situado al fondo del bar. En un fabuloso arranque de inoportunismo, no tuvo mejor ocurrencia que despedirse levantando el pulgar.

En la calle, Sara me dedicó una mirada agradecida. Nos separábamos porque se suponía que tenía que irme a la biblioteca, malditas las ganas. Entonces me acarició un brazo muy fuerte, igual que hacía mi abuela, dejando claro que todo era afecto y nada más.

—Bueno, Pepe... Ya nos vemos, ¿vale?

Ya nos vemos.

Quería a esa mujer. La quería para mí. Aquella despedida era para siempre, no podía dejarla ir sin más.

La abracé.

Y ella respondió de igual manera.

Nos apretamos fuerte, muy pegados porque éramos almas gemelas, nuestra amistad estaba por encima de todo, nada ni nadie podría romper ese vínculo.

De repente, se apartó con gesto serio y distante.

Había notado mi erección.



Pasé las dos primeras semanas de junio encerrado en casa, estudiando mientras grababa chuletas en los Bic, si es que ambas tareas no eran la misma cosa, que nunca lo tuve claro. Sólo salí para hacer los dos exámenes pendientes: uno me salió regular y el otro casi regular.

Podía pasar cualquier cosa.

El último test fue justo el día antes del concierto de los Rolling Stones, lo cual me dejaba la mente despejada para disfrutar con un concierto que llevaba esperando desde que tenía uso de razón musical. Esa tarde me fui de la facultad a casa de Arturo para compartir nervios y repasar los discos que teníamos del grupo: cuatro elepés y tres cintas.

Un día antes, mi previsor amigo había comprado el periódico para leer la crónica de los dos bolos que habían ofrecido esa misma semana en Barcelona. La reseña mencionaba el inmenso escenario, el incansable Mick Jagger o el estilo sucio de Richards y aparecían títulos como *Honky Tonk Women*, *Brown Sugar* o *Satisfaction*, que nos hicieron hervir de emoción. También nos entretuvimos en discusiones triviales que sólo magnificaban nuestra excitación ante la aventura que viviríamos al día siguiente. Arturo, por ejemplo, se ponía malo cada vez que los llamaban «sus satánicas majestades». Y yo me negaba a decir «los Rolling» porque sonaba mejor «los Stones», que era como los llamaban los ingleses. Otros temas de acalorada discusión incluían dilucidar si Jagger era más importante que Richards, elegir entre Mick Taylor y Ron Wood, precisar los tres mejores elepés de la banda, discernir si el gesto de Charlie Watts era coña o apatía y magnificar la relación de amor odio que teníamos con Bill Wyman.

Nos diferenciábamos de las colegialas en que no llevábamos faldas.

Por fin, aquel sábado 16 de junio de 1990, dos autobuses cargados con una extraña fauna compuesta por rockeros de la vieja guardia, veinteañeros sin tribu, maduros despistados y algún que otro pibón partieron rumbo a Madrid. El plan era salir al mediodía desde la plaza del ayuntamiento, comer sobre las dos en un área de servicio

cercana a Madrid y bajarnos en el Vicente Calderón antes de las cuatro porque las puertas del estadio abrirían a las seis de la tarde.

Cumplimos las etapas sin grandes retrasos en un autocar muy alejado del concepto «autopullman de lujo» que rezaban las fotocopias colgadas en los bares de la zona. El organizador, viejo zorro que lo mismo montaba viajes a Lourdes que excursiones a Benidorm, sabía que, llegado el momento, habríamos aceptado ir en zancos si fuera necesario. La decepción inicial dio paso a un amago de protesta que se diluyó en cuanto empezó a sonar el *Let's Spend the Night Together* en el estéreo del desvencijado autobús, convertido por obra y gracia de los Stones en la carroza de ensueño.

En una vieja bolsa de deporte, Arturo y yo transportábamos cuatro bocatas, una botella de ginebra y dos litros de limonada, además de tres litronas de cerveza fría que pillamos en un súper justo antes de subir al bus. No podríamos meter nada de eso en el campo; la idea era comernos y bebernos el contenido de la bolsa y después abandonarla a su suerte. No éramos los únicos que habíamos planeado el colocón; el trajín de whisky, ron, vodka, costo, maría, farlopa, speed y pastillas habría dejado a Tony Montana en mero aficionado.

La carroza tenía droga y alcohol como para colocar a dos países pequeñitos.

Antes de la parada técnica para comernos los bocatas, ya tuvimos un par de bajas entre el ejército del rock; uno de ellos, con rala melena heavy y un chaleco con la lengua de los Stones cosida en la espalda, ya borracho antes de salir, se durmió nada más arrancar y despertó para vomitar en la escalera central del bus. Al otro le sentó mal mezclar whisky con un potentísimo porro de marihuana que hacía las delicias incluso de los que no fumábamos, y también potó mientras sonaba el *Fool to Cry*, que no es canción para vomitar, por favor.

Al llegar al Calderón nos impregnamos de esa electricidad que crean y transmiten las multitudes de fans de lo que sea. La borrachera también ayudaba, pero Arturo y yo teníamos un plan que iba más allá del colocazo. Nosotros íbamos A VER a los Rolling Stones, no queríamos seguir el concierto por las enormes pantallas, queríamos posar nuestros ojos en las arrugas de Keith, la boca de Mick, el peinado de Ron, la seriedad de Bill y la despreocupación de Charlie. Nuestro empeño pasaba por meternos en la multitud que se agolparía en las primeras filas. Iba a ser un infierno y nuestra única arma sería la determinación de no desfallecer ni en las peores circunstancias.

—Estamos en una misión de Dios —repetíamos cada poco, parafraseando al Elwood de los Blues Brothers.

Una vez dentro, liberados de la carga, paseamos por el recinto empapándonos del

ambiente y gastando las penúltimas reservas de pasta en las cervezas que vendían en las barras del estadio. Nuestro psicópata plan para aguantar en primera fila incluía disminuir la ingesta de alcohol y mear a conciencia para no tener que salir de la melé. De pronto, nos cruzamos con unos cuantos pasajeros del autobús y nos fundimos en un abrazo como hermanos que se reencuentran tras una guerra civil. Uno de ellos me pasó un artículo que había salido ese mismo día en *El País*: como solía ocurrir con la información sobre cualquier macroconcierto, hablaba de vatios, generadores, toneladas, trabajadores, seguridad y tráilers, pero también incluía declaraciones del jefe de producción de la gira explicando que el billar instalado en los camerinos era muy importante porque el grupo llegaba a las cuatro de la tarde para probar sonido y esa mesa era «la única manera» que tenían «para no morir de aburrimiento». Se lo leí en voz alta a Arturo, que reaccionó con la indignación que esperaba:

—¿Qué mierda dice este tío? ¿Un Rolling Stone jugando al puto billar para no morir de aburrimiento? ¿Y qué hacen para pasárselo bien? ¿Punto de cruz?

Lo habíamos hablado el día anterior. ¿Cómo sería estar en la cabeza de Keith Richards? Si, de repente, un mago loco me metiera en su mente, ¿podría soportarlo o me estallaría el cerebro a lo *Scanners*? ¿En qué pensaba Mick Jagger a solas, por ejemplo, en el váter? ¿Era Ron Wood consciente de la importancia de ser Ron Wood? A veces, dependiendo de la cantidad de cervezas que me hubiera tomado, imaginaba que los miembros de los Rolling Stones, por el simple hecho de pertenecer al grupo, estaban provistos de un aura que les inmunizaba contra sensaciones mundanas como el miedo, la inseguridad, la tristeza y, por supuesto, el aburrimiento: si un Stone jugaba al billar era porque le daba la gana, ¡no porque tuviera que combatir el tedio!

A eso de las ocho iniciamos nuestra misión de Dios. Tras una última visita a los baños para descargar cualquier rastro de orín, avanzamos hacia el escenario. A medio camino entre la mesa de sonido y el foso, la tarea se tornó ingrata; precisaba mucha paciencia, mano izquierda y constancia. A las nueve tocaban los Gun como teloneros y habíamos previsto que el aglutinamiento que provocaría su salida sería buen momento para avanzar varios metros. Así ocurrió. Cuando los escoceses iniciaron su bolo, aprovechamos la confusión para adentrarnos más aún en la marea. La masificación era agobiante por momentos, pero la cercanía del escenario compensaba el esfuerzo. Nuestro plan de jóvenes castores también había previsto la compra de un litro de agua cuyo transporte nos íbamos turnando bajo la premisa de beber pequeños sorbos.

Ni Lawrence de Arabia atravesando el Sáhara habría estado tan concienciado.

Se fueron los Gun y creció el nerviosismo a nuestro alrededor. Las primeras filas se convirtieron en una sola masa, un continente que se movía hacia el frontal del escenario. Hacía rato que no hablábamos; habíamos agotado los temas, pero también

administrábamos fuerzas para las dos horas largas de concierto que nos quedaban por delante. El cielo era más oscuro que claro cuando se apagaron las luces exteriores mientras sonaba una grabación, voluminosa e ininteligible, de instrumentos superpuestos. Miré a Arturo e imaginé que yo tendría la misma cara de perturbado: la adrenalina nos convertía en pasajeros de una montaña rusa elevándose poco a poco al punto más alto para iniciar un viaje cuya velocidad nos anudaría el estómago. Nos apretamos más todavía, literalmente rodeados de gente, pegados a otras personas, luchando por permanecer en el sitio ganado a pulso, haciendo fuerza contra el suelo y los demás, empujando a la vez que éramos empujados, manteniendo la posición con todo lo necesario a la vista, centrados y equidistantes de las pantallas laterales.

La música cesó de golpe.

Varias llamas de fuego se elevaron verticales desde el frontal del escenario.

Y empezó el juicio final.

Estaba tan cerca del escenario que sentí en el rostro el calor de aquellas llamaradas disparadas hacia el cielo de Madrid. Fue como si Godzilla me lamiera la cara. Tuve tiempo en ese fugaz instante de reconocer los dos primeros acordes de *Start Me Up*, pero la presión del público por ambos laterales se concentró en una fuerza desatada que buscó su salida natural en sentido contrario al escenario. Salimos despedidos hacia atrás, como tragados por una ola furiosa; en un par de segundos perdimos los metros ganados con el sudor de la frente. En ese latigazo extravié a Arturo, al que ya no encontraría hasta después del concierto. Pude ver fugazmente a Mick Jagger mientras la multitud me alejaba de él irremediabilmente, pero no tuve tiempo de lamentarme: la fuerza de una ola en retirada se transforma en otra que avanza imperiosa hacia la orilla, y eso fue lo que ocurrió. No éramos gente, éramos guijarros a merced de la corriente. Un nuevo impulso masivo me lanzó hacia delante, recuperando los metros perdidos e incluso avanzando más que al principio, aunque todavía incapaz de clavarme en tierra firme. Hubo una fracción de segundo en la que mis pies no tocaron suelo, no por levitar con la música, sino por puro empuje multidireccional. No era dueño de mi posición, las leyes físicas de la multitud nos manejaban a su antojo como un trapo en la boca de un rottweiler frenético. El logotipo del perro rabioso que presidía la gira europea cobraba pleno sentido. En otro efímero vistazo divisé a Keith, pero no me estaba enterando de aquella primera canción, que además era una de mis favoritas. El caos seguía instalado en el infierno: a los empujones de supervivencia se unían desmayos y lipotimias de gente que, después de haberse tirado toda la tarde al sol, apenas podía respirar. Los sacábamos entre todos, en volandas, formando una impecable cadena de solidaridad en la que nuestras manos funcionaban como una cinta de transporte.

Menos mal que sólo se desmayaban personas menudas.

Llegué a pensar que si todo el bolo de los Stones consistía en aquel juego de

codazos cordiales, vigilancia obsesiva para no caer al suelo y angustiada constancia en la posición, iban a ser las dos horas más largas y penosas de mi vida, pero la educadísima batalla campal amainó poco a poco tras el *Start Me Up*. Le siguió una canción que me sonaba de su último elepé; el hecho de que no fuera muy conocida funcionó como bálsamo para la muchedumbre, que parecía tomar aire como un rinoceronte hiperventilado después de haber trotado más de la cuenta. Entre teclistas, vientos y coros conté diez músicos adicionales al quinteto original. Ellos sí tenían sitio de sobra.

Y entonces fueron sonando *Tumbling Dice* o *Miss You*, y todo se calmó con *Almost Hear You Sigh*, una balada que propició el cese total de hostilidades entre las primeras filas. Ahí reparé en la chica que tenía delante, una rubia menuda a la que no tenía más remedio que estar muy pegado porque las distancias de seguridad ni se contemplaban. Notaba sus nalgas contra la parte alta de mis muslos y mi paquete alojado en sus riñones. Sabía que la erección sería inevitable si seguía concentrándome en esas percepciones, así que de pronto, en mitad del concierto que llevaba meses esperando, me sumergí en pensamientos neutros que alejaran la tentación de mis genitales.

Menos mal que llegaron *Ruby Tuesday*, *Honky Tonk Women*, durante la que desplegaron dos gigantescas mujeres hinchables, o el *You Can't Always Get What You Want*, que yo asociaba al inicio de la película *Reencuentro*. Por el medio había otras canciones de las que no podría decir el título ni bajo tortura: no porque no los recordara, sino porque nunca los había sabido. Unas no me decían gran cosa y otras, directamente, no me gustaban.

La cortés mitomanía no quita la valiente incoherencia.

La gente se volvía loca cuando Jagger se descolgaba con alguna frase en español, aunque sonara a gag de doña Croqueta:

—Perrrrfecto Madrid, ¿qué tal va todo? Estamos muy contentos de esta vuelta aquí...

De vez en cuando, en el arranque de algún tema mítico, se dejaba sentir una tímida ola de empuje, réplica del terremoto inicial, pero los asentados ya éramos como el fondo de coral en Pipeline. Yo había acabado más bien a la derecha del escenario, en la zona de Wyman, que también era un poco la de Keith, que se acercaba de vez en cuando a Ron, mientras Mick no paraba de caminar de lado a lado. No sé cuántos kilómetros se hacía en cada bolo, pero tenía mejor forma física a sus cuarenta y siete años que todo el público, empezando por mí mismo.

Vete a la mierda, Mick. Haz algo mal, cabrón.

Así de fina es la línea que separa la admiración de la envidia.

Entonces, como escuchando mi involuntaria plegaria de odio, el cantante desapareció de escena y el protagonismo absoluto pasó a manos de Keith, que no

tardó en gritar «One, two, three!» para cantar su *Can't Be Seen*.

Y entonces me ocurrió algo extraño.

Supongo que llevaba un buen rato estabilizado en mi sitio después de la dura batalla del principio y había comenzado a disfrutar de los detalles, o puede que esa canción en concreto, también del último disco, era la que más veces había escuchado en las semanas previas al concierto, no lo sé, pero de repente tomé conciencia de estar viendo a los Rolling Stones. Keith cantaba los versos «*I just got obscene with you / I don't stand a chance with you*» con esos acordes que me sabía de memoria, los coros completaban la voz rota de Richards alargando el «*I just can't be seen*», y yo empecé a sentir una emoción intensa, casi tangible. Sin saber por qué, se me encharcaron los ojos de pura felicidad, sabiendo además que aquel tema era el menos indicado para que me invadiera tanto sentimiento, y sonreí porque era feliz, y me froté los ojos, no porque creyera estar soñando, sino porque si no lo hacía empezaría a llorar de verdad, sin barreras, y miré de reojo las pantallas que retransmitían el concierto porque temía que me enfocaran por casualidad y todo el Vicente Calderón, al verme llorar con el *Can't Be Seen*, pensara que era un histérico fan sin criterio, y a lo mejor el propio Keith flipaba al descubrirme tan sensible con una canción que celebra un alegre adulterio obsceno, y mis lágrimas podrían bajarle el cuadro, y acabaría señalándome para gritar por el micro:

—A ver, seguridad, ¡sacadme a esta nenaza del estadio!

En el tramo final sonaron *Sympathy for the Devil*, *Street Fighting Man*, *Gimme Shelter*, *It's Only Rock and Roll* y *Brown Sugar*, así, del tirón, sin pararse un poquito, y volvieron los empujones y el amago de locura, pero todos llevábamos demasiadas horas encima. Me habría gustado decir que viví todas esas canciones en un trance de entrega mística, levitando ligeramente y conectando con cada acorde como si las cuerdas de sus guitarras fueran mis huesos, y la música mi sangre y las luces mi sistema nervioso, y todo el concierto se hubiera convertido en mi cuerpo, todos para uno y Pepe para los Stones.

Pero no fue así exactamente.

De vez en cuando, tras el alegre impacto inicial de algún famoso riff, se me iba la olla en medio de la canción de marras. Mi mente, fiel a su habitual dispersión, vagaba libre pensando en la birra que me tomaría en cuanto acabara aquello o en el cansancio que notaba tras tantas horas de pie en medio del gentío. Y entonces, me obligaba a devolver mis sentidos al evento histórico que estaba viviendo y me ponía de puntillas para vislumbrar el careto de Charlie Watts, intentaba memorizar los imprevisibles movimientos de Richards o me fijaba en la cara de coña de Ronnie. Al que más tiempo veía era a Bill Wyman, siempre impertérrito, todo el rato con cara de palo, el mástil del bajo por encima de una imaginaria línea paralela al suelo, sin mover un

músculo de la cara, sonriendo un poco cuando Mick lo presentó en español como «el grande, el magnífico» y sin abandonar en ningún momento la actitud de «esto sólo es un trabajo».

A ratos me daba por pensar que su rostro pétreo era lo más auténtico de aquella noche.

En realidad, sólo luchaba con mis demonios interiores. El rock era cerveza, y ver a los Stones sin una caña de vez en cuando era casi una tortura. El diablo rojo sentado en mi hombro izquierdo quería que admitiera que el espectáculo se me estaba haciendo largo. Lo malo es que el ángel blanco en mi otro hombro decía que, para una vez que el malo tenía razón, no iba a contradecirlo.

Se fue la banda tras un orgiástico *Jumpin' Jack Flash* y enseguida aparecieron para el bis con un acorde de despiste, pero que era *Satisfaction*, claro, y el estadio entero se volvió loco hasta que acabó la música. Me faltaban muchas canciones. No habían tocado *Out of Time*, *Under My Thumb*, *Sweet Virginia*, *Beast of Burden*, *She's So Cold*, *Little T&A* o *Waiting on a Friend*, cómo podían hacerme esto a mí, que había venido de tan lejos. No cabía decepción alguna porque todos aplaudimos, silbamos y gritamos, exhaustos y felices, mientras los quince músicos en escena, entrelazados, saludaban burlones, satisfechos, bromistas. Y de pronto, en una impecable coreografía de retirada, los diez magníficos empleados contratados desaparecieron al mismo tiempo para que los cinco que contaban, sólo ellos, permanecieran bajo el foco recibiendo una redoblada, histérica y rendida ovación, aunque un tipo muy borracho a mi lado empezara a gritar «¡Brian Jones!», quién sabe por qué. Estaba viendo a los cinco Stones con mis propios ojos y no por las pantallas, podía dar fe de que no eran un holograma, que eran reales, que aquellos músicos fundamentales en la historia del rock and roll estaban en ese momento en Madrid, complacidos, extenuados, sonriendo y dejándose querer en perfecta comunión con los anhelos de varias generaciones. Tenía que grabar esa imagen a fuego en mi memoria.

Al fin y al cabo, era la última gira de los Rolling Stones.

Bueno, casi seguro.



El mes acabó con la mejor noticia: dos aprobados justitos en los exámenes a los que me había presentado. Se comentaba que, en uno de ellos, la profesora, una mujer apática y tosca, concedía aprobado general debido a su inminente boda con un catedrático australiano, que la llevaría a vivir lejos de España. No me importaba la razón, bendita fuera la sagrada institución del matrimonio si esa había sido la causa. Aquellos cincos raspados suponían dos asignaturas menos en mi carrera hacia... la

nada.

Bueno, mejor no pensar en eso ahora.

El curso terminó sin grandes celebraciones. Bosco, Urtubi y yo perdimos otro buen puñado de conocidos que habían cumplido con su cometido de acabar la carrera en un tiempo razonable. Planeamos una fiesta de despedida entre todos, pero no hubo acuerdo en la fecha y la dejamos para más adelante, que en nuestra jerga tácita quería decir «nunca». Arturo, Amelia y Sara ya eran licenciados; el primero se fue a pasar el verano a la casa de sus abuelos y en septiembre se iba a Berlín con una beca. De Amelia no supe nada ni me interesaba. Y luego estaba Sara.

Sara.

Ni siquiera la había vuelto a ver desde aquel cafelito en El Mundo. Quería reiterarle mis disculpas por aquella erección fuera de contexto. En su momento balbuceé un «perdón», me puse colorado y no supe reaccionar cuando ella se fue bufando, ofendida por la traición de los cuerpos cavernosos de su presunto amigo. En aquel momento, cuando Sara deshizo nuestro abrazo con un mohín de despecho, me habría gustado sacar un machete de algún bolsillo misterioso para cortarme la polla de un preciso tajo ninja, arrodillarme ante ella y ofrecérsela como sacrificio mientras el muñón, coleando furioso como una manguera descontrolada, chorreaba su pastosa crema de sangre, orina y semen.

Y tomando la bella Sara el miembro amputado de Pepe, alzolo por encima de su cabeza, ofrecióselo a los dioses y procedió a desgarrarlo a mordiscos, escupiendo trozos al suelo para pisotearlos sin piedad, fuera de sí, roja de ira y loca de furia.

Jandro, que había tenido malas experiencias con estudiantes en el pasado, estaba encantado con nosotros y propuso cobrarnos la mitad de alquiler en julio y agosto con la condición de que siguiéramos el siguiente curso. A Christoph se le terminaba la beca, pero una academia le había ofrecido un contrato como profesor de alemán. Decidió quedarse un año más para probar y exprimir esa vida española que tanto le gustaba.

Todo encajaba como un Tetris sin trampas.

En el viaje de vuelta a casa de mis padres barrunté las pocas posibilidades de verano que tenía por delante. Mi madre me recibió con alborozo, mi padre sin aspavientos y mi hermano con indiferencia. Todo en orden.

—Oye, que tienes carta de Juanín —dijo despreocupadamente mi madre. Su sentido arácnido le indicaba que eso siempre era una buena noticia para mí. Ignoré que pronunciara mal el nombre de Janine. No había maldad. Eso sí: que mi padre y mi hermano no oyeran que la llamaba Juanín porque se reirían de mí hasta el fin de mis días.

—¿Carta o postal?

—Carta, carta, ¡y el sobre es rosa! —añadió muy sonriente antes de rebuscarla en una estantería—. Llegó el lunes, se me olvidó avisarte...

En efecto: carta de Janine. Un sobre, igual que los primeros que me enviaba al volver de California, con su inconfundible letra redondeada en el frontal y dos estampillas con la bandera de USA. La fecha del matasellos era de hace un mes.

—Mamá, ¿de verdad llegó el lunes?

—Bueno, o la semana pasada, no sé...

Es verdad que algunas cartas se retrasaban porque sí, pero conocía bien a mi madre y sabía que se estaba haciendo la despistada; se le había traspapelado, no había duda, pero me daba un poco igual. Supuse que en esa carta Janine contaría cómo había sido la boda, explicaría los cambios de su nueva vida de casada y hablaría de sus previsiones de futuro, seguro que planeaban niños y todo el tema. El gesto de contármelo por carta, frente a la aséptica postal en la que me había anunciado el evento, era típico de ella, tan cuidadosa, detallista y cariñosa como siempre. Mi madre me observaba con los brazos en jarra y mueca de chiquilla curiosa. Esperaba que abriera el sobre delante de ella. Seguro que le habría encantado que se la tradujera en voz alta. Le di un beso para que no insistiera ni con la mirada y me fui a la habitación de invitados, que durante el verano era la mía. Me senté en la cama y sopesé una vez más el sobre rosa sin querer abrirlo todavía. Parecía que me habían dado una sentencia del juzgado. Condenado a muerte por desamor.

Rasgué el sobre y leí los dos folios.

Según avanzaba, crecía mi nerviosismo.

Al acabar la carta, el corazón me latía muy deprisa. Tuve que repasarla con calma para asegurarme de que había entendido bien.

Janine y su marido viajaban a Europa a finales del verano. Visitarían varios países y planeaban pasar cuatro días en Barcelona porque Mark tenía algún tipo de negocio relacionado con los Juegos Olímpicos que se celebrarían allí en dos años. Me decía que ignoraba si yo vivía lejos de esa ciudad o si podría acercarme, pero, por si acaso, me indicaba que ellos tendrían libre el domingo 2 de septiembre. Añadía que nada le hacía más ilusión que verme de nuevo y poder presentarme a Mark.

Grité de alegría. Literalmente. También me puse a saltar por la habitación. Iba a ver a Janine. Casada con un maromo, vale, pero iba a verla.

Eso era mucho más de lo que podía esperar de la vida.

God Only Knows

JULIO, 1990

Los veranos se han mitificado demasiado. Se han hecho películas, novelas y canciones dedicadas a sobrevalorar esa época del año en la que todo se ralentiza, el buen tiempo saca lo mejor de nosotros, desaparece el estrés y las personas se abren a nuevas experiencias. Es una manera bonita de decir que el calor pegajoso nos inmoviliza hasta el hastío más absoluto. El entusiasmo por la disipación estival tiene sentido en la infancia, cuando te libran de la obligación escolar, y puede que en la madurez, cuando ocurre lo mismo con el deber laboral, pero en ese maravilloso limbo llamado «carrera universitaria», ¿quién había decidido que julio y agosto eran mejores meses para viajar, divertirse y follarse?

Ni yo mismo me creía esos argumentos, sólo intentaba consolarme ante mis penosas perspectivas. Mi verano consistía en tumbarme en el sofá para ver el *Yo! MTV Raps* con la esperanza de que emitieran una y otra vez el *911 Is a Joke*, de Public Enemy. A ratos fantaseaba con estar así hasta septiembre, medio recostado con el mando en la mano, sin mover un músculo a excepción del pulgar derecho, la cabeza ladeada y el cuerpo desmadejado como un Stephen Hawking de andar por casa, silencioso pero comunicado con el mundo a través de la tecnología. Siete semanas viendo tele por parabólica y alimentándome por sonda. O al revés.

La localidad donde vivían mis padres era demasiado grande para ser considerada pueblo, pero bastante pequeña para llegar a ciudad, aunque casi podría pasar por capital de provincia. El banco en el que trabajaba mi padre lo destinó allí poco después de casarse, y ahí nacimos sus hijos en formato de dos varones. Aún conservaba algún amigo del colegio, lo que me daba cierto margen de maniobra juerguista en los tres pubs medio potables a mano. El verano en aquel asentamiento de interior consistía en pillar algunas borracheras —sobre todo en las fiestas patronales a mediados de julio—, acudir al único cine disponible para ver las dos películas —estrenadas hace meses— que cambiaban cada semana y visitar la piscina municipal en los días de calor abrasivo.

Poco más.

Y ese «poco más» se llamaba Elena.

Era la hermana mayor de uno de mis compañeros de colegio, un repetidor empedernido al que llamábamos Lennon desde la paranoia que le entró cuando mataron al Beatle. Se dejó el pelo largo, usaba gafas redondas que no necesitaba, hablaba de paz, drogas, Vietnam o mujeres asiáticas y si alguien le preguntaba su nombre, respondía: «I Am the Walrus». Nos reíamos de él hasta que comprendimos que con ese rollo follaba más que nosotros, lo cual, por otra parte, era una media fácilmente superable.

Tres veranos atrás había conocido a su hermana como nueva empleada en la panadería al lado de mi casa. Recuerdo que el primer día que entré a comprar me miró como el arqueólogo que reconoce un vestigio.

—Tú eres Pepe, ¿no? —dijo para liberarme de la escarcha que había empezado a formarse. Asentí con curiosidad.

—Soy Elena, la hermana de Rodrigo.

¿De quién? Pregunté en silencio, sin despegar los labios, componiendo gesto de idiotez pasajera.

—La hermana de Lennon —remató con cierto fastidio.

—Ah, vale, claro... ¡Ayer mismo estuve con él! —añadí a modo de gran dato informativo—. Perdona que no cayera por Rodrigo...

Cerró los ojos, negó levemente con la cabeza indicando que no tenía importancia y al momento retornó la escarcha. Aproveché ese incómodo silencio para fijarme en unos detalles que resumí rápidamente: Elena era una mujer alta y fea. Más fea que alta, y eso que alta era un rato. Tenía la nariz ganchuda, los ojos saltones, la boca pequeña y su pelo parecía el naufragio de una lejana permanente. La avariciosa irregularidad de su rostro anulaba cualquier otro análisis; aquella cara era un agujero negro que se tragaba la materia alrededor, incluyendo su propio cuerpo.

—Bueno, pues nada, ya nos vemos... —interrumpí con ganas de irme—. ¡Dale recuerdos a tu hermano!

—Sí, claro, se llevará una alegría. ¡No sabe nada de ti desde ayer! —añadió con una burla que me dolió por gratuita y certera.

Pero pocos días después, en aquel caluroso julio de 1987, me fui con Lennon y el Gerva, otro compañero del instituto, al Zetas, uno de los pubs medio presentables con los que contábamos en el pueblo. Nada más entrar, vimos de espaldas a una mujer alta, enfundada en unos vaqueros que marcaban un culo perfecto, redondo pero no voluminoso, elevado, apetecible, diseñado para magrear como si fuera un lascivo antiestrés. Justo cuando iba a soltar algún comentario grueso sobre la excelencia de esos glúteos, Lennon exclamó:

—Coño, mi hermana... ¡Elena!

El pibón se giró y, en efecto, era ella. Al quedar su trasero fuera de vista, la cara acaparó todo el campo visual sumiendo mi entusiasmo en zona sombría. Era como una versión del barón Ashler de *Mazinger Z*, sólo que sus dos mitades convivían en un corte longitudinal en lugar de transversal. Nos saludó desde el fondo del bar y se volteó de nuevo para seguir hablando con sus amigas. Retornaron a mis ojos aquellas nalgas perfectas que coronaban unas piernas estilizadas. Oí que mis amigos pedían cerveza y me uní a ellos.

Pasaron las horas y cayeron más birras mientras el camarero subía el volumen de

la música para solapar el de los clientes, más numerosos y vocingleros según avanzaba la noche. El dueño del Zetas tenía una extraña fijación con la música comercial italiana y pinchaba Ricchi e Poveri, Matia Bazar, Al Bano y Romina Power, Massimo Ranieri, Umberto Tozzi, Eros Ramazzotti o Zuccherò Fornaciari, aunque la palma, varias veces por noche, se la llevaba el *Ma Quale Idea* de Pino D'Angiò. De vez en cuando, camino del baño, me cruzaba con Elena; a veces con su cara y otras con su culo, y a ambos los saludaba en silencio pensando «Hola, don Pepito, hola, don José».

Lennon se fue tras ventilarse tres Cacaolat con Pippermint, su último descubrimiento lúdico-etílico. Para no quedar atrás, me tomé un Licor 43 con piña colada, pero seguí con cervezas. Me había enfrascado con el Gerva en una etílica discusión sobre cine, argumentando por qué me había gustado *Cuando Harry Encontró a Sally* mientras *El Club de los Poetas Muertos* me parecía «una mierda pinchada en un palo» —ése era el nivel del debate—, sin darnos cuenta de que el momento álgido de la noche ya había pasado: el Zetas cerraría en breve.

En una de mis excursiones al baño volví a encontrarme con el trasero de Elena. Le dediqué otra larga mirada, pero esta vez me pilló. Se había girado para dejar el vaso vacío sobre la barra y me cazó con los ojos fijos en su retaguardia. Sonreí bobalicón, envalentonado por el alcohol, y ella me devolvió una mueca que también parecía encharcada. Nos miramos. La luz tenue suavizaba sus rasgos, pero entrecerré los párpados para mitigarlos todavía más. La nariz no parecía tan encorvada y su leve sonrisa ampliaba las dimensiones de la boca. Una sombra de ojos y la evidente visita a la peluquería acababan por dotar al conjunto de un punto medio que, sin llegar al pibonismo, la alejaba del tren de la bruja. Sus dos amigas se iban, pero Elena seguía mirándome burlona. Cuando les indicó que ya las alcanzaría, mi luz roja de alarma, esa que los hombres llevamos en la punta de la polla, se encendió avisando PELIGRO.

Me acerqué a ella, ya casi tocándonos, pero no retrocedió ni mudó el gesto complaciente. Parecía jugar conmigo, retándome a que continuara con ese atrevimiento. En ese momento, el impetuoso *Azzurro* de Adriano Celentano surgió de los bafles del Zetas como empujándome a tomar alguna iniciativa. Sin dejar de sonreír hice que mi mano izquierda avanzara lentamente hacia su trasero. Mi zarpa parecía la *Enterprise* de *Star Trek* moviéndose por el espacio exterior, orbitando alrededor del planeta Culazo antes de entrar en su atmósfera para posarse limpiamente, tal como había calculado el capitán Pepe Kirk, sobre la zona conocida como Nalga Derecha. La mano nodriza desplegó entonces sus cinco dedos prensiles para asirse con firmeza. La superficie presentaba una poderosa turgencia, notable en los sensores táctiles a pesar de la gruesa tela vaquera que separaba mis yemas de su grupa. No ocurrió nada. Nada malo, quiero decir. Elena seguía mirándome con guasa, como diciendo «¿Esto es todo?», así que lancé la nave *Lengua* a la colonización del

continente Boca. Su entusiasta respuesta elevó la intensidad del morreo y me animó a magrear la otra nalga con mi mano libre. Pronto me vi palpándole ambas cachas con caótica lujuria, sin sacar mi lengua de su boca y sin abrir los ojos para no ver sus facciones tan de cerca. Tenía miedo de que el peor ángulo de su rostro me devolviera a la cruda realidad. Por mi parte, apretar aquellas poderosas nalgas mientras la lengua de su dueña me lamía la boca era mucho más triunfo de lo previsto. Elena tenía un culo que prometía a simple vista, que no era poca cosa, y también buen tipo, como pude atestiguar con el fugaz manoseo de su cintura. Empecé a frotarme contra su entrepierna para que notara mi erección y se acopló al movimiento pélvico con tanta pericia como entrega. No sé cuánto duró aquella lujuriosa danza de morreos, manoseos y refregones, pero nos quedamos solos en el bar.

—Venga, parejita, ¡que vamos cerrando!

Que el dueño del Zetas nos aplicara el concepto «parejita» estuvo a punto de tirar por la borda todos mis ímpetus, pero aún tuvimos tiempo de retomar el combate en el callejón colindante. Mi polla iba más rápido que mi cabeza, que sólo intentaba pensar dónde podríamos follar: la imagen de Elena a cuatro patas, con aquel culo en pompa recibiendo desde atrás, tiraba de mí, pero como no acertaba a ubicar alguna posibilidad, me pareció bueno compartir la decisión.

—Vamos a follar —musité, aprovechando un resquicio en su boca.

Y entonces paró en seco.

Cesó el morreo, me apartó con ambas manos y se recompuso la ropa. En ese momento pensé que no le había metido mano a las tetas y tampoco había notado grandes volúmenes aplastados contra mi pecho. Pero lo primero era lo primero.

—¿No quieres follar?

Estaba claro que la asignatura Retórica de Don Juan me había quedado para septiembre.

Negó con la cabeza y sin mirarme a los ojos abandonó el callejón. Comprendí que habría sido inútil insistir, simplemente había propuesto fornicio demasiado deprisa, quizá teníamos que haber tomado algo más, no sé, sólo pude observar su celeridad al alejarse del Zetas. Apoyé la espalda en el muro sintiéndome triste, solo y empalmado. Parecía Kirk, perdido en un planeta extraño, buscando conexión con la antena de su transmisor herziano de bolsillo.

Volví a casa cabizbajo y derrotado, como un zahorí del sexo con la varilla enhiesta e infructuosa.

No le conté el lance a mis amigos ni, por supuesto, a Lennon. Había un poso de incomodidad, un resto como de contrición que no acertaba a ubicar. Tres días después mi madre me mandó a por el pan. Negarme en redondo habría resultado demasiado raro. Me acerqué a la tienda con miedo y curiosidad a partes iguales, aunque todo estalló por los aires nada más entrar en el local. La combinación de sobriedad y luz

del día habían hecho que Elena recuperara la fealdad de antaño, si cabe con más avaricia. Me arrepentí inmediatamente de mi lúbrico arranque del sábado, pero lo peor era que ella se avergonzaba tanto o más que yo. No era la típica incomodidad del reencuentro, su vergüenza era sincera, una mezcla de ascopena y rechazo que no escondía el temor a que alguien descubriera su bajeza moral al liarse, aunque fuera epidérmicamente, con aquel mequetrefe salido, grosero y malcriado que ahora tenía delante.

Esa impresión me sugería su mirada.

El fuego de la humillación me recorrió el espinazo. Pedí dos barras con la cabeza hundida entre los hombros. Elena me atendió con frialdad, disimulando ante su compañera de trabajo como si jamás hubiéramos cruzado una palabra, como si ni siquiera conociera a su hermano. Podía percibir el desprecio que sentía por haberse rebajado a hociquear conmigo y dejar que le palpara las nalgas. En sus ojos había odio, desdén y menosprecio hacia mí, pero también culpa, remordimiento y aversión por ella misma.

Dos sábados después nos estábamos morreando en el callejón del Zetas. Otra vez borrachos como piojos.

Mi perspectiva para un nuevo verano en casa de mis padres no era muy boyante. Menos mal que el 2 de septiembre iba a ver a Janine. Ésa era la fecha que me había propuesto en su carta; me apresuré a confirmársela en la temblorosa respuesta que le envié al día siguiente por correo certificado y urgente. También le indicaba el número de teléfono de mis padres; mientras lo escribía, rogué al Señor Dios de los Recados Urgentes que cuando llamara me encontrara en casa o que, en su defecto, no hubiera nadie. Imaginar a mi padre o a mi hermano contestando el teléfono me provocaba sudores fríos.

La espera me compensaba las siete inciertas semanas que tenía por delante. También calibré la posibilidad de tirarme todo el verano pensando en la cita. Mi familia sólo vería a Pepe Hawking en el sofá con la mirada fijada en el imponente Philips, pero toda mi actividad cerebral estaría centrada en recrear mi reencuentro con Janine. Cada vez que la imaginaba le colocaba al lado un sujeto sin rostro que hacía las veces de marido; quería acostumbrarme a su presencia para que, una vez llegado el momento, no se notara cuánto me incomodaba ese cabrón.

Sin acritud.

El 17 de julio sería mi cumpleaños y entre padres, tíos o padrinos me caía del cielo una cantidad variable de dinero que me ayudaba a sobrellevar los rigores estivales. Se me avecinaba un crudo invierno; ya no tendría cobertura paterna para pagar las cuatro asignaturas que me restaban de carrera, contando con que aprobara la que había dejado para septiembre. Y estaba el inexcusable viaje a Barcelona, que me

saldría por un pico aunque recortara los gastos.

Tenía que buscarme un curro veraniego.

En ésas estaba, cuando oí que mi padre entraba en casa. A veces llegaba arisco y otras de buen humor, aunque normalmente lo hacía en estado neutro. En eso era transparente: se le notaba a la legua. Se acercó al sofá y se plantó en jarras delante de mí.

—Te he encontrado un trabajo para agosto, ¿qué te parece?

Ni en sus mejores sueños habría imaginado una reacción tan positiva por mi parte. Me incorporé de un salto, lo abracé y exclamé:

—¡Genial! ¿Qué es?

Me valía cualquier cosa; mamporrero, deshollinador, proctólogo, bajista de La Década Prodigiosa, lo que fuera.

—Darle clases particulares de inglés al chiquillo de Ramón.

Mierda. Clases particulares a un mocososo. ¿Quién es Ramón?

—¡Genial! —repetí con una sonrisa petrificada.

—Tendrás que darle clase a diario durante tres semanas de agosto —añadió dando por seguro que me desmoronaría ante la ingrata tarea. A buena parte.

—¡De puta madre, papá!

—¡Habla bien, coño!

—¡Acepto el reto!

—¿Qué dices?

—¿Quién es Ramón?



Seguía tan contento con el curro que me había conseguido mi padre que el siguiente domingo decidí acompañarlo al bar donde veía el fútbol con sus amigos. Alemania y Argentina jugaban la final del Mundial de Italia, pero a todos nos daba un poco igual porque doce días antes España había sido eliminada por Yugoslavia. Vi aquel partido en El Mundo, justo antes de volver a casa de mis padres, y me sirvió como despedida estival de Urtubi, Bosco y un buen puñado de compañeros. El bar estaba a reventar. Ernesto, que no daba abasto entre servir bebidas y soltar aforismos, había desenchufado la CANASTA 86 para que sus sonidos electrónicos no interfirieran con la retransmisión del televisor colocado encima de la puerta. Urtubi, en su salsa, estaba feliz de poder colar sus propias frases hechas entre las que declamaba José Ángel de la Casa.

—Es una nueva cita con la historia para la selección española —dijo uno de los dos, no recuerdo cuál, antes del partido.

No puede haber nada más divertido que estar rodeado de gente apasionada y muy involucrada con un evento que te la pela. Eso pensaba observando hinchas que lucían la camiseta roja y que tenían la vista fija en la pantalla con la angustia dibujada en el rostro, como devotos de Lourdes esperando una aparición. Lamentaban las ocasiones perdidas llevándose las manos a la cabeza y aplaudían con sincero alivio los fallos yugoslavos. Me dejaba llevar y también me unía a los lamentos o celebraciones, pero no lo hacía porque me interesara el resultado o por reírme de ellos, era una especie de empatía inconsciente, una reacción mimética con el entorno igual que el *Zelig* de Woody Allen se transformaba en la persona que tenía al lado. Puede que un psiquiatra charlatán diagnosticara una profunda carencia afectiva que se manifestaba en aquella necesidad de pertenencia.

O a lo mejor sólo era que con varias cervezas en el cuerpo me apunto a un bombardeo.

—¡Mucho ojo con Dragan Stojković! —repetía Ernesto sin dejar de servir cañas y cubatas.

La cosa es que España tuvo varias oportunidades para marcar, y cada una de ellas era subrayada por toda la parroquia con un ¡OOHHHH!, sincronizado y lastimero, al estilo de los coros de las tragedias griegas. Cuando un cabezazo de Butrageño se estrelló contra el poste, gritaron los hombres, chilló alguna mujer, resopló Ernesto y se oyó, alto y claro, la sentencia de Urtubi:

—¡Los palos, aliados de los yugoslavos!

Bosco fumaba acodado en el fondo de la barra y miraba la tele en silencio. Lo observé varias veces por si atisbaba algún rastro de fanatismo futbolero, pero su rostro no delataba ningún tipo de emoción.

Y en esto, Stojković agarró un balón dentro del área, regateó con calma chicha a Roberto y se tomó todo el tiempo del mundo para poner el balón donde Zubizarreta no pudiera ni olerlo. Todo un golazo que llenó El Mundo de quejas, improperios y hasta blasfemias, incluso acusando de gafe al dueño del bar por haber adivinado cuál era el yugoslavo más peligroso. Ernesto ladeaba la cabeza, cerraba los ojos y encogía los hombros en señal de «Es lo que hay», como un profeta apocalíptico que asistiera al fin del mundo que él mismo había pronosticado. Cuando me acerqué a por otra birra, se inclinó hacia mí y me susurró en plan confidencia:

—A Stojković, cuando era niño, sus compañeros lo llamaban Pixie...

¿De dónde coño sacaba aquellas pijadas? Y sobre todo, ¿qué reacción esperaba por mi parte?

—Ya sabes —añadió, sorprendido por mi silencio—. Como el ratón de Pixie y Dixie...

Menos mal que había mucho trájín en el bar y tuvo que seguir atendiendo. Yo pedía rondas de cervezas con chupitos puntuales, todo un entramado de líquidos

cuyos residuos había que expulsar ocasionalmente. Una de las veces que entré en el baño, nada más empezar a mear, el bar entero irrumpió en gritos de júbilo y aplausos. Gol de España. Casi salgo del váter por inercia, con la polla fuera, porque también quería celebrarlo, deseaba gritar con ellos, participar del subidón y, sobre todo, abrazar porque sí a una morena a la que se le adivinaban dos tetazas bajo su roja camiseta de la selección. Pero no pude separarme de la taza. La micción tenía proporciones bovinas en cuanto a duración e intensidad, y no me quedó otra que esperar a que el chorro languidciera al mismo ritmo que lo hacía la celebración del gol. Cuando salí, se podían cortar los nervios con un cuchillo. Miré a Bosco, que levantó las cejas en señal de incertidumbre, y me uní a los hinchas que casi se agolpaban bajo el televisor, ávidos de saltar al campo a dar su propia vida si hiciera falta.

Entonces finalizó el tiempo reglamentario, tomamos aire y, al poco de empezar la prórroga, Dragan Stojković, conocido como Pixie por sus amigos, metió otro golazo, esta vez de falta directa desde fuera del área. Volvieron los lamentos de la afición, más apagados y resignados, con un aroma a derrota inapelable sentenciada por el destino. Mientras los yugoslavos abrazaban a su delantero, Urtubi rasgó el murmullo con un grito de furia:

—¡Míchel apartó la cara!

No entendíamos qué quería decir, pero entonces TVE empezó a repetir distintas tomas del gol y en todas se veía claramente que el jugador del Real Madrid, situado en el extremo izquierdo de la barrera, giraba la cabeza hacia la portería nada más chutar Stojković, dejando el hueco justo para que el esférico iniciara su imparable parábola hacia la red.

Míchel había quitado la cara para evitar un balonazo en toda la jeta y la gente se lo recriminaba a voces.

No tenía sentido.

Yo habría hecho exactamente lo mismo que él.

Y ahora, casi dos semanas después, estaba en el bar favorito de mi padre, con todos sus colegas, viendo, con la misma desgana que ellos, la final entre Alemania y Argentina. En un rápido sondeo constaté que la mayoría de los presentes apoyaban a los argentinos por el simple hecho de que habían eliminado a Yugoslavia. Todos coincidían en que era un Mundial aburrido: pocos goles y demasiadas tandas de penaltis.

Como en ocasiones anteriores, reconfirmé la curiosa estructura de aquella cuadrilla de amigos. No solían sentarse juntos, cada uno pillaba mesa según entraba y los que llegaban después ocupaban las sillas libres de un modo aleatorio, sin preocuparse mucho por el «dueño» de la mesa. Todos hablaban a voces sin dejar de

mirar la tele. Las frases no eran necesariamente preguntas o respuestas, parecían afirmaciones taxativas que formaban un diálogo compacto y asertivo.

—¡Éstos no dan pie con bola!

—¡Que salga Beckenbauer!

—¡Jugar, lo que se dice jugar, nadie como Di Stéfano!

—¡Lo que se le da bien a Maradona es protestar!

Como aquello no tenía sentido, me animé a aportar mi granito de arena:

—¡Burruchaga y la Orquesta Mondragón!

Mi chiste sobre el mediocampista argentino fue recibido con un silencio sepulcral. Tensé las nalgas, para liberar la vergüenza, sin apartar la vista del televisor ni dejar de sonreír. Mi padre me observaba. Sabía que me buscaba la mirada para regañarme en silencio, por eso, antes que enfrentarme a él, me habría dejado cegar los ojos con un hierro candente a lo Strogoff.

A todo esto, volaban cervezas, vinos, whiskys y copazos que daba gusto. Creía que Ernesto hacía negocio en El Mundo, pero en aquel bar se consumía alcohol como si esa misma noche fueran a promulgar la Ley Seca. Con los botellines de cerveza que mi padre se tomó durante la primera parte del partido se podría alicatar el Taj Mahal. Sus colegas no se quedaban atrás. Mis amigotes y yo éramos aficionados al lado de aquel grupete de viejos que bebían cinco veces más que nosotros sin perder la compostura. Sólo se notaba cierta agitación en el volumen de las voces que daban al televisor, pero un vistazo neutro a la concurrencia no mostraba peligrosos tambaleos, vocalizaciones dudosas, ojos entrecerrados, amagos de vómito, exaltaciones amistosas o bocetos agresivos. Nada. Todos en su sitio, una mano en la copa y la otra en el cigarrillo, farias o puro, metiéndose alcoholes a saco, encharcándose sin temor, empantanando sus cuerpos como si tuvieran en casa una caja llena de órganos vitales de repuesto.

Mi padre me preguntaba si quería otro botellín cada vez que él pedía uno y no tardé en sentirme algo más que «achispado». En el descanso anunció que le vendría bien un «zumo escocés» —ése era el nivel chistoso de las metáforas— «para bajarse el gas de la cebada». Me apetecía gritarle «¡Eres un puto ídolo!», pero no lo habría entendido como elogio, así que opté por rendirme a la evidencia: mi padre me tumbaba por goleada.

—Yo, otra cerveza —murmuré despacito para que no se me notara mucho la pastosidad en la boca.

Después de su whisky de transición, aquella bestia que me había traído al mundo se tomó el primero de una serie de gintonics. A esas alturas mi estómago era la cisterna de un camión de cerveza, con el líquido moviéndose de lado a lado como un océano embravecido en un pequeño reducto. Lo malo es que aquel Alemania-Argentina era un coñazo: si tuviera goles, me habrían entretenido en vez de centrarme

en el creciente malestar físico. Unas patatas, aceitunas o cualquier detalle sólido acompañando las birras habrían acolchado el impacto, pero aquél era un bar de hombres, los aperitivos no se contemplaban en una final del Mundial, por muy alejada que estuviera de los intereses españoles.

Me levanté para ir al baño y me trastabillé con las patas de la silla, armando gran escándalo y, lo que era peor, atrayendo todas las miradas. Recompuse la figura y, siguiendo una línea recta que sólo existía en mi mente, caminé hacia los servicios.

Quizá demasiado despacio.

—¡Cuidao, que ahí va Ben Johnson! —gritó el mejor amigo de mi padre, sin ánimo de ofender, el muy imbécil.

Todos rieron, pero no me giré. Bastante tenía con llegar al váter.

Al cerrar la puerta del baño comprobé que no se oía nada del alboroto del bar, lo cual aseguraba que ellos tampoco escucharían lo que ocurriera allí dentro. La certeza me alivió porque enseguida supe que iba a vomitar.

Levanté la tapa de la taza y el mecanismo de regurgitar funcionó de manera impecable. La primera arcada me arrancó del estómago una copiosa masa tupida de bolo alimenticio, la segunda eliminó restos y la tercera salió escasa, aguada y amarga, intachable en su cometido: librarme del sobrante y desintoxicarme del exceso. La perfecta expulsión, ni una gotita fuera de sitio, había entrado en el váter limpiamente, como un triple de Craig Hodges. Escupí un par de veces, me limpié con papel higiénico y salí al lavabo a enjuagarme la boca. Me encontré mejor al instante, pero el espejo me devolvía un rostro blanquecino y ojeroso.

—¡Coño, el conde Drácula! —gritó el mismo idiota de antes cuando salí del baño.

Mi padre reaccionó al momento. Se giró hacia su amigo y le hizo ver que ni una broma más. El otro compuso un gesto de disculpa y no ahondó en la herida. Joder, además de gladiadores del alcohol, aquellos tipos eran exquisitos caballeros. El murmullo de comentarios sobre el partido retornó al ambiente como si no hubiera pasado nada, mientras ocupaba de nuevo mi silla.

Mi padre me pasó un brazo por el hombro y preguntó en voz baja:

—¿Estás bien?

Su tono era cálido y su preocupación sincera. Asentí con timidez. En ese momento, el entusiasmo del locutor ante un balón que Klinsmann había atrapado cerca del área rival hizo que mi padre volviera la mirada al televisor, olvidándose de retirar el brazo de mis hombros. Me sentía desvalido como la cría de un jilguero recién caída del nido. Volvía a ser aquel niño pequeño que se mareaba en el asiento de atrás cuando nos íbamos de vacaciones, los muslos pegados al escay con el sudor haciendo las veces de velcro y la tapa del maletero a punto de salir disparada después del Tetris que había hecho mamá con nuestros enseres, los cinco allí metidos, contando a mi primo Quique, claro, que no se perdía una el cabrón, camino de la

playa porque no había nada mejor que aquellos diez días de agosto a orillas del Mediterráneo. Recordé que, por aquella época, cuando mi padre veía la tele en el sofá, me sentaba en el suelo entre sus piernas y jugábamos a que me apretaba la cabeza con ambas rodillas a la vez, y yo me partía de risa mientras él gritaba la famosa frase del Goliath de *Capitán Trueno*:

—¡Me llaman el Cascanueces!

Y ahora, veinte años después, volvía a sentirme protegido e inmune al mundo, aunque en vez de marearme por el traqueteo de un utilitario, había vomitado por querer beber al ritmo de aquel superhéroe indestructible que respondía al nombre de papá. No sé cuántos años hacía que no le veía un gesto de cariño tan evidente y público hacia mí; en circunstancias normales me habría incomodado tanto como a él, pero en ese momento me encontraba a gusto bajo su ala protectora.

De repente, como si le hubiera llegado el tono cursi de mis pensamientos, me miró de nuevo. Sorprendido al ver que su brazo aún reposaba sobre mí en actitud paternalmente cariñosa, lo apartó como si mis hombros fueran una plancha incandescente. Su gesto me devolvió de bruces a la tradicional parquedad sentimental de los hombres de mi familia. Reaccioné con su misma hosquedad, los dos incómodos por haberle dejado resquicio a la sensiblería.

En el fondo, éramos igual de tontos.

Y en éstas, penalti contra Argentina.

Por dios, que lo meta el Brehme ese. Lo que sea con tal de no tener que aguantar media hora más de prórroga.



El verano transcurría sin grandes sobresaltos. Los días de mucho solazo me iba a la piscina municipal con Lennon y los otros, pero siempre acabábamos agobiados por la masificación, la ausencia de tranquilidad y la incomodidad generalizada. Sumergirse en aquel recipiente de agua caliente y espesa donde flotaban tiritas exigía una falta de escrúpulos más próxima a la insalubridad que al ocio veraniego. Pasábamos más tiempo sobre el maltrecho césped que en el agua y el mayor dilema que teníamos en esos días de calor pegajoso era elegir entre un Drácula —diez pesetas más barato que el Frigopie— o aquel Capitán Cola de tres colores que había pasado a ser Colajet.

Recuerdo aquel martes de julio como una jornada sin historia, uno de esos días de nada que puedes borrar totalmente de tu pasado sin que tu futuro se resienta ni un poco. Me levanté tardé, vi la MTV hasta la hora de comer, después me quedé sopa sobre la cama hojeando unos tebeos, merendé un sándwich delante de los apuntes de Fonología Generativa —el coñazo del que me iba a examinar en septiembre— y volví

a abandonarme frente al televisor. A las diez de la noche Telecinco emitía *Enredos de Familia* y TVE2 reponía *Cheers*; me decanté por Michael J. Fox por aquello de la nostalgia californiana, y también porque mi padre quería ver en esa misma cadena el capítulo de *Starsky y Hutch*. Gracias, Señor, por darnos la pequeña pantalla, no sé qué habríamos hecho sin ella.

Pero después del informativo que presentaba Luis Mariñas, nadie cambió de cadena; mi padre contaba alguna incidencia del trabajo, mi madre le daba uso a la tabla de planchar al lado del sofá, mi hermano escuchaba música con el walkman mientras leía, con suma atención, las instrucciones del vídeo, y yo estaba en las mismas musarañas, mirando la pantalla sin verla ni escucharla. Entonces comenzó la cabecera de un nuevo programa que no conocíamos: unas cuantas mujeres saludaban a cámara cantando una cancioncilla que hablaba de mambo, fiesta y viento en popa. Después, esas mismas muchachas aparecían tumbadas boca abajo, mostrando sus espaldas y nalgas sin dejar de tararear la absurda melodía.

Se hizo el silencio en la familia. Los cuatro mirábamos la tele como si el electrodoméstico se hubiera convertido en el mismísimo E.T.

—Hay que ver... —terció mi madre para indicar reprobación.

—Desde luego, no saben qué inventar —replicó mi padre con un tono muy poco convincente.

Era una especie de concurso cutre, muy colorista y mal doblado al español porque se oía el idioma original por debajo de las voces en off. Cada una de las chicas representaba una fruta y su único cometido era lanzar besitos y bailar de espaldas a la cámara para que se apreciaran las generosas porciones de glúteos que sus tangas dejaban al aire. Justo al final de esas cortinillas musicales que repetían *Cin Cin* en el estribillo, ellas se abrían la parte de arriba del bikini para que viéramos uno de los pezones cubiertos de lentejuelas.

Pechos porque sí. Ubres al viento. Mamas libres. Tetas gratuitas.

En sus pocos meses de vida, Telecinco había asociado su imagen a la de mujeres vestidas como vedettes de segunda que irrumpían en los programas bailando de manera «picantona», en el sentido que esa palabra tenía en las películas de Paco Martínez Soria. Toda España conocía a las Mama Chicho y las Cacao Maravillao, que eran lo mismo pero en mulato. Aunque no enseñaban nada que no fuera cacha o escote, su popularidad era abrumadora por culpa del monopolio estatal televisivo que nos había privado de frivolidad. Aquel programa lleno de mujeres sonrientes que mostraban lo que tenían era un extraño paso adelante en la historia audiovisual, pero todos los pervertidos lo hicimos nuestro.

Mi hermano, agobiado por la vergüenza que le daba ver mujeres casi desnudas delante de mis padres, se retiró a su habitación discretamente, quizá a cascársela. A mí no me sacaban de allí ni los Geos. Quería aparentar naturalidad para que no se me

notase la tensión, aunque todos mis movimientos tenían por objeto disfrutar de esa dosis de lascivia por la cara. De manera consciente apoyé la sien en el puño del brazo que tenía acodado en el sofá, pero sólo para que la mano tapara mis ojos y mis padres no pudieran comprobar, aunque fuera de reojo, las chiribitas en mis ansiosas pupilas. En realidad, estaba grabando todas aquellas nalgas y bustos en mi memoria para futuras ensoñaciones.

—Anda, cambia de canal... —propuso mi madre, sin darle mucha importancia para que no se notara demasiado el imperativo.

—Espera un poco, a ver qué es esto... —replicó mi padre, como quien no quería la cosa.

Conocía el protocolo interno de mis padres y sabía que se avecinaba un cambio de cadena, así que seguí absorto en lo mío. En efecto, cuando los primeros minutos corroboraron que la mecánica del show giraba en torno a esas tetas fugaces, mi padre exclamó:

—Bueno, ¡menuda pijada de programa!

Dicho lo cual, hizo uso del mando dejando claro que le apetecía, no porque le concediera a mi madre la parcela de mando que en verdad tenía.

En aquel mismo instante empecé a rogar, en silencio y muy fuerte, que la noche de los martes pudiera disponer de la tele sólo para mí.



Las fiestas patronales en la segunda semana de julio suponían una más que saludable alteración de la cansina rutina del ocio estival. Esa celebración popular, genérica y desfasada, eran las vacaciones de nuestras vacaciones; de manera inconsciente nos marcaba los biorritmos dentro del verano, igual que la Navidad o la Semana Santa nos servían de asideros durante el año. Las fiestas celebraban la canonización en el siglo XVIII de un misionero franciscano que había nacido en la comarca, pero la excusa religiosa, frágilmente representada en una misa con rancio boato que marcaba cada 13 de julio el epicentro de las fiestas, había quedado diluida entre actividades infantiles de día, interminables verbenas nocturnas, alcohol a todas horas, pantagruélicas comilonas y un par de actuaciones de relumbrón, una dedicada al público viejuno y otra orientada a la juvenalia. Aquel año, la sociedad de festejos había decidido gastarse su generoso presupuesto en contratar a Dyango y La Frontera como platos fuertes de cinco días de juerga que se completaban con orquestas que alternaban pasodobles y boleros con rock y pop de toda la vida. Los conciertos eran gratis, los bares sacaban barras a la acera, desaparecía el concepto «hora de cerrar» y las borracheras monumentales se percibían como simpáticas melopeas; quien más se

acercara al coma etílico, sin caer en él, más fervor religioso demostraba.

Yo llegaba con tanto ímpetu a las fiestas que el primer día lo daba todo, me vaciaba, me entregaba a la juerga con ansiedad, bebía sin medida y mezclaba sin control hasta que los ojos se me salían de las órbitas, venga frenesí, risotadas, bailes absurdos y moña sorda, sudando, saltando, partiéndome la camisa sin querer, sin que me importara.

La suerte es que no estaba solo: todos actuábamos igual.

Lo normal es que al despertar el segundo día, ya entrada la tarde, no recordáramos la dimensión del ridículo que habíamos hecho la noche anterior, aunque siempre quedaban flashes de memoria que poníamos en común para recomponer el incoherente rompecabezas de lo que había sido nuestra diversión. Esa noche nos la tomábamos con más tranquilidad y en la tercera crecía la intensidad pero no del todo, porque era en la cuarta cuando volvíamos a desmadrarnos antes de recoger nuestras propias migajas en la quinta madrugada. El proceso era tan previsible que el ayuntamiento había dispuesto que el concierto «para los jóvenes» —así lo definía el alcalde— se celebrara en la cuarta noche, dejando la actuación más lírica para la última jornada.

Lennon, el Gerva y yo llegamos al bolo de La Frontera con un considerable amago de colocón. No éramos los únicos. Cualquiera conocido a la vista había bebido toda la tarde, tal y como mandaba el protocolo del desfase, que otros llamaban «tradición». A esas horas ya nos daba igual qué grupo tocaba, aunque habíamos pasado un buen rato debatiendo a quién nos habría gustado ver aquella noche. La cosa quedó, después de arduas deliberaciones, entre Ilegales, Los Enemigos y Radio Futura.

Los conciertos y verbenas de las fiestas se celebraban en los terrenos donde el resto del año tenía lugar el mercado de ganado, una notable explanada que la organización delimitaba en sus laterales con dos largas barras para que no nos faltaran productos de primera necesidad como litrazos de kalimotxo, cañones de cerveza o maxicubatas: la imaginación a la hora de nombrar la priva no conocía límites, nuestra asiduidad a pedirla, tampoco. Estábamos tan borrachos que ya nos daba igual que tocara La Frontera, Tennessee o Modestia Aparte. En la segunda canción nos fuimos al extremo de la barra más alejado del escenario, sólo porque era más fácil pedir, y no nos movimos de allí.

Varias horas después aterrizamos en el Zetas y pedimos birras en el mostrador que habían habilitado fuera. El camarero nos comentó que el batería de La Frontera estaba dentro del bar. Lo dijo orgulloso porque le parecía todo un acontecimiento y se nos quedó mirando con cara de «¿Cómo os quedáis?». Tras un silencio incómodo, el Gerva vomitó de repente sobre la acera. Fue una pota inesperada y sorpresiva, incluso para mi amigo, pero el camarero se lo tomó como una muestra de rechazo a la

entusiasta información que nos acababa de proporcionar.

Mientras Lennon sentaba al oscilante Gerva en un banco próximo, estiré el cuello buscando al batería por curiosidad, pero me encogí veloz como una tortuga asustada al advertir que Elena estaba dentro. No habíamos coincidido desde el verano anterior y no me apetecía pasar una vez más por la incomodidad de su desprecio.

—¿Lo has visto? —preguntó el camarero, reapareciendo con un cubo lleno de agua. Me pilló tan concentrado en el espionaje que su interrupción me sobresaltó a modo de susto.

Negué con la cabeza.

—Sí, hombre, ahí, el que está hablando con la hermana del Lennon, ¿no lo ves?

Para no herir su vanidad, eché un vistazo, pero con recelo, asegurándome de que Elena no miraba en mi dirección. En efecto, allí estaba con los mismos ojos, nariz y boca de siempre. Cuando pensé que los accidentes geográficos de su rostro no parecían tan desagradables como en otras ocasiones, caí en la cuenta.

Estaba borracho.

Para rechazar la posibilidad de que me entraran ganas de meterle mano a Elena, me centré en recrear uno de aquellos magreos de antaño, pero el tiro me salió por la culata: en lugar de un rechazo frontal, percibía cierto deleite.

Estaba muy borracho.

—¿Qué? ¿Lo ves o no? —inquirió de nuevo el camarero, insaciable en la turra.

Presionado por su urgencia, me fijé en el tipo que charlaba con Elena. Llevaba un sombrero de cowboy con chapas en la banda y una especie de abrigo de cuero fino que resultaba bastante llamativo en pleno julio. Reparé en su cara angulosa, en los ojos entrecerrados que esquivaban el humo del cigarrillo que colgaba de sus labios y en esa pose de rockstar.

Aquel pavo no era el batería de La Frontera.

—¿Cómo sabes que es él? —pregunté inmediatamente al camarero, que aún esperaba una reacción entusiasta por mi parte.

—¡Coño, me lo dijo él mismo! —exclamó decepcionado ante mi escepticismo.

Me dejó por fin en paz al ver que no compartía su exaltación y pude entregarme a la observación psicópata de aquel impostor. Vale, no había seguido el concierto con atención, ni mucho menos me había fijado en el batería, pero aquel pavo no se correspondía con ninguna de las fotos recientes que había visto del grupo, incluida la que había salido ayer mismo en el periódico. La mezcla de imaginación desatada, alcohol en sangre y curiosidad insana empezó a hacer mella en mi curiosidad, por eso, cuando Elena se fue al baño, no dudé en acercarme.

—¡Eh, La Frontera! —exclamé en un alarde de sutileza.

Me miró con cara de pocos amigos. Más que pocos, ninguno. Me atravesó con unos ojos de cernícalo que no anticipaban nada bueno.

—¿Qué cojones pasa? —respondió entre dientes.

—Nada —reulé con presteza—, que eres el batería de La Frontera, ¿no?

Lo dije con toda sinceridad. Nada más escuchar su tosca y agresiva respuesta, me había arrepentido de haber dudado de aquel hombre sin tener pruebas. Mi petulancia me había llevado tan lejos como para estar ahora mismo a un metro de aquella mirada pendenciera. Había sido injusto con él y ahora recibía todo su desprecio. Quizá el batería que salía en las fotos había dejado la banda justo antes del verano. Tras una pequeña vacilación, pasó su brazo alrededor de mi cuello y acercó su cara a la mía.

Quizás aquel tipo había degollado al percusionista de La Frontera para ocupar su puesto. Deduje que haría lo mismo conmigo para deshacerse de testigos incómodos.

Puestos a pensar lo peor, no hay quien me gane.

—Bueno, tío —remató por fin, casi cuchicheándome al oído—, no soy el puto batera, pero déjalo estar, ¿vale?

Había amenaza en sus palabras y canguelo en mis entrañas. Mi lenguaje corporal denotaba sumisión, y el tipo se relajó lo justo para desvelar su patraña.

—Soy pipa del grupo, voy con ellos en la gira. Y a veces me hago pasar por el batería después de los bolos, ¿vale? —Esperó a que asintiera, cosa que hice deseando que siguiera explicándose—. No le hago mal a nadie; yo me hincho a follar y las chavalas se llevan la ilusión de tirarse a un famoso.

En ese mismo instante cesó mi pánico y apareció una profunda lástima por aquel pobre diablo. Supuse que tenía tanto miedo a ser descubierto que mi tono le había parecido acusatorio. La confirmación de mi sospecha magnificó entonces la penuria de su disfraz de rockero fronterizo. De cerca, el sombrero parecía un saldo de carnaval, el abrigo no daba ni para mantel de mesa camilla y su rostro anguloso señalaba desnutrición en lugar de vida al límite. Que hubiera añadido «me hincho a follar» sólo subrayaba el patetismo del cuadro: buscaba mi complicidad para que no delatara su teatrillo. Volvió Elena del baño y, para variar, fingió no conocerme. Al sentirla cerca, el falso músico recompuso su pose, me dio una palmada en la espalda y cambió su tono a uno más jovial:

—Bueno, chaval, pues si eso, te firmo luego un autógrafo, ¿vale?

Me fascinó que le echara tanta jeta. Lo miré con un asombro próximo a la admiración. Sus ojos suplicaban que le siguiera el juego. Sentí que, en nombre de todos los falsarios que usábamos la impostura para ligar, debía mostrarme solidario.

—De puta madre el concierto, tío —dije, tendiéndole la mano. Sonrió como si le acabara de anunciar que el tumor era benigno. Volví a la barra de fuera. El camarero había seguido la jugada desde lejos:

—¿Qué te dije, eh? ¿Qué te dije? ¡Joder, si es que no os fiais ni de vuestra sombra!

Al cabo de un rato, el hombre del ridículo sombrero salía del bar abrazado a

Elena sin dejar de palparle el culo.

En el límite del mal.



El día de mi cumpleaños era el otro gran punto de inflexión veraniego gracias a que los regalos de mi familia siempre eran dinero en metálico y esa liquidez solucionaba parte de mis agobios inmediatos. La noche anterior había pensado que cumplir veinticuatro años equivalía, más o menos, a cubrir el primer tercio de mi vida. La metafísica de «todo a cien» se me evaporó en cuanto añadí mentalmente que «un tercio», además de a mucho tiempo, también sonaba a cerveza, así que me puse a calcular cuántas birras podría comprarme con la pasta que me caería del cielo.

Ese esfuerzo matemático equivalía a contar ovejas. Me dormí enseguida.

A la mañana siguiente me sentía renovado. Era Gordon Gekko esperando la apertura de Wall Street tras haber dado un pelotazo en plena madrugada; en un par de horas recontaría las ganancias. Ni siquiera *Mi Abuela* de Wilfred y La Ganga que sonaba en el transistor de la cocina me borró la sonrisa de la cara.

—¡Felicidades! —gritó mi madre antes de abrazarme hasta dejarme sin aire.

En su estricto protocolo, los regalos tenían que entregarse después de la tarta sorpresa con la que aparecería en la mesa a la hora del postre. Era ya muy tarde para intentar cambiar esas reglas no escritas, así que disimulé mi impaciencia dejándome querer, que tampoco estaba mal.

Pasé el resto de la mañana estudiando: la inminencia de dinero fresco me animaba a preparar con más ahínco la asignatura pendiente para no tener que pagarla en el siguiente curso. Comimos los cuatro y, antes del postre, se demoró mi madre en la cocina encendiendo las velas. Apareció con la tarta entonando el *Cumpleaños Feliz*, al que se unió el desgano desafinado de mi padre y el incómodo silencio introspectivo de mi hermano. La lentitud del cántico y la trémula luz de las velas —mi madre bajaba un poco las persianas— confería al conjunto un aire luctuoso como de Santa Compañía, así que me uní al fúnebre coro a voz en grito y con un desenfadado tono burlón que intentaba disimular mi vergüenza. Soplé velas, aplaudimos, comimos pastel y por fin, mi madre dijo la frase obligada:

—Bueno, ya es hora de los regalos...

Sonreí con gesto abrumado y tamborileando nervioso como si entrenara los dedos para contar billetes, pero mi madre plantó una caja enorme encima de la mesa.

¿Cómo?

Me pareció que la sacaba de la nada, como un truco de magia. Podría haber estado rodeado de miles de cajas y no me habría fijado en ninguna porque yo

esperaba un sobre.

¿Una puta caja? ¿Qué significaba aquello?

—Venga, ¡ábrelo! —apremió impaciente.

En efecto, la caja estaba envuelta en un papel de regalo estampado con la repetición de un jockey montando un caballo de carreras. Cientos de diminutas réplicas del mismo jinete pisoteando mis sueños.

Rasgué el papel como el payaso triste y psicópata que despedaza el alma de un niño. Mantenía la misma sonrisa que cuando mi madre llegó con la tarta, pero de cerca seguro que se me notaba la perturbación. Apareció por fin bajo el papel una caja en la que se leía con grandes letras: COMPACTO MUSICAL TENSION Mod. 3273. Más abajo, junto a la foto del aparato, se especificaban sus prestaciones: giradiscos semiautomático, doble pletina de casete, Tuner AM/FM estéreo, ecualizador, compact disc y mando a distancia por infrarrojos.

Amplíé la sonrisa petrificada antes de mirar a mi madre. Debía parecer el Joker de Batman. La ilusión en sus ojos se desvanecía ante mi reacción.

—¿No te gusta? —preguntó con un hilo de voz.

No es eso.

—¡Claro que me gusta! —exclamé casi chillando. Deseé que la sonrisa rasgara mis mejillas avanzando bajo las orejas hasta que las dos comisuras de los labios se encontraran en la nuca y el maxilar entero se me desprendiera para demostrar que no podía haber sonrisa más plena y absoluta.

—¡Cómo no le va a gustar! —terció mi padre, ajeno al drama que se cocía.

—¿No era éste el equipo que querías? —insistió ella ante la mirada atónita de su marido, incapaz de entender a qué venía la desconfianza.

Claro que lo quería. Ella lo sabía bien porque se lo había comentado meses atrás, cuando lo descubrí en un catálogo de Continente. Lo malo es que, por esos azares de la memoria, aún recordaba que marcaba treinta y nueve mil setecientas cincuenta pesetas y ahora me sentía idiota porque en Navidad habría matado por aquel aparato y ahora sólo podía pensar que había perdido casi cuarenta talegos. También me sentía mezquino por darle un disgusto tan absurdo a mi madre; ella me conocía mejor que nadie, no podía engañarla con mi desproporcionada sonrisa y mis exagerados agradecimientos. Mi hermano detectaba algo extraño y me observaba muy atento con la esperanza de averiguarlo, lo cual me ponía aún más nervioso. Mi padre, el único que no se enteraba de nada, hablaba sobre algo que había visto en la tele, pero yo no le quitaba ojo a la caja con tal de no mirar a mi madre.

—Pepe, no era el que querías, ¿verdad? —sentenció, dejando a su marido a mitad de frase.

—Sí que lo es, mamá —dije, levantándome hacia ella para abrazarla—. ¡Me encanta, de verdad!

Cada palabra me hacía sentir peor. Quería con todas mis fuerzas transmitirle que me gustaba y que lo iba a disfrutar muchísimo. Entonces recordé que el estuche de colonias que le había regalado en el Día de la Madre me había costado mil cuatrocientas noventa y cinco pesetas en Galerías Preciados. No supe vislumbrar qué relación tenían esos dos precios, pero maldije el impulso matemático que me gobernaba en ese instante. Ella había tenido presente mi emoción al ver ese equipo en el catálogo, quién sabe, igual lo había comprado hacía meses, y casi seguro que lo pagaba a plazos, como todo en aquella casa, y adquirir esa consciencia me convertía en el peor hijo del mundo, y entonces se me encharcaron los ojos, sin llegar a llorar, con las pupilas bien aguadas, y mi madre me agarró la cara con ambas manos, y toda la piedad del mundo aparecía en su mirada para decirme sin palabras que me creía, que no me preocupara, que se alegraba de haber acertado en el regalo, que se sentía feliz, que todo iba bien.

El remordimiento me había provocado un sincero amago de lágrima que mi madre interpretaba como signo de emoción.

Si Victor Hugo me hubiera conocido, habría titulado su obra *El Miserable*.

Menos mal que mi hermano soltó un bufido cuando no pudo aguantar más la risa. Su burla me devolvió a la realidad para lanzarle un trozo de pan con la fuerza de cien pitchers. El muy cabrón lo esquivó con la destreza de una anguila.

—Estáis como putas cabras. Todos locos.

Era mi padre tirando la toalla, abandonando cualquier esperanza de comprender los entresijos emocionales de su familia.



Era una de esas tardes de máximo calor en la que todo organismo vivo parece detenerse para ahorrar energía. Estaba solo en casa, un suceso que solía despertar mi lascivia, pero hasta ella me había abandonado debido al solazo. Me entregué a la pereza aplastándome contra el sofá, mimetizándome con los cojines, moviendo el pulgar para cambiar de *Cristal* en TVE, al documental sobre buitres leonados en TVE2, a Rita Irasema en Antena 3, a *Nils Holgersson* en Telecinco, al *Remote Control* de MTV, a los informativos mexicanos ECO o al Open de Austria en Eurosport.

Y en éstas, sonó el teléfono.

Maldije primero a quien osara llamar a esas horas, ignorando el calor asfixiante, y maldije después mi poca previsión al haberme tumbado en sentido opuesto al receptor, que ahora veía al otro lado del sofá. Sopesé la posibilidad de acercarme el auricular con los pies, pero el molesto timbre acuchillaba mis irritables neuronas, así

que me incorporé lastimosamente, descolgué y dije un «¿sí?» desganado que transmitiera fastidio para que el interlocutor se sintiera mal por haberme molestado.

—Hello? Pepe?

No puede ser.

—¿Hola? —respondí casi temblando.

—Yes, Pepe? This is...

—¡Janine! —interrumpí alborotado, sentándome de un brinco al borde del sofá, el cuerpo hacia delante, apretando el teléfono hasta que los dedos se me quedaron blancos, pegándolo fuerte contra la oreja para no perder ni una sílaba. Me respondió con su inconfundible risa y gritos de alegría.

¿Me llama Janine? ¿Me he perdido? ¿Ya es 2 de septiembre? ¿Por qué no hay un puto calendario en el salón?

—¿*Ustad* está *toro* bien? —dijo por fin con marcado acento guiri, recordando sus clases de español en Catworth.

Me reí y le respondí en inglés:

—Jaus wei yon wuach?

Estaba claro que andaba algo oxidado con el idioma. Y los nervios por escuchar a Janine seis años después de nuestra despedida en California tampoco ayudaban. Me calmé, respiré hondo y empecé de nuevo. Ella me tranquilizó hablándome despacio, con la misma paciencia de entonces, y todo empezó a fluir. Me explicó que llamaba desde Nueva York y que le salía gratis porque estaba en una oficina de la empresa en la que trabajaba su marido. Que en diez días volarían a Londres, primera parada de su tour europeo —un vistazo a la portada del periódico en la mesa delante del sofá me había confirmado que estábamos a 1 de agosto— y que sólo quería comprobar que nuestra cita en Barcelona seguía en pie.

Acepté entusiasmado, le confesé que tenía muchas ganas de verla, reconoció que ella también, me explicó algo sobre el curro de Mark —ahí no entendí casi nada—, bromeó con mi inglés, se rio como siempre lo hacía, y no parecían seis años sin hablar, sino seis días, qué digo días, seis horas, incluso seis minutos, que era, más o menos, el tiempo que llevábamos hablando. Empezaba a delirar, pero no era producto de la locura o la dispersión, sino de un auténtico frenesí, un sincero arrebató, una imparable sensación de alegría que me desbocaba el corazón. Nos despedimos con besos y abrazos hasta el 2 de septiembre, a las cuatro de la tarde, en la plaza de España de Barcelona.

Bendije las multinacionales que permiten llamadas gratuitas de las esposas de sus empleados.

Janine.

Seis años después.

Esa misma noche, el ejército de Irak invadió Kuwait.



Las clases particulares resultaron más previsibles y cómodas de lo que esperaba. El hijo de Ramón, compañero de mi padre en el banco, había suspendido el inglés de 3º de BUP y necesitaba un expediente limpio para irse a estudiar COU a Estados Unidos, precisamente. Lucía, la esposa de Ramón, me había citado en su casa para cerrar el trato económico; vivían a las afueras, pero acepté de buen grado al suponer que quería comprobar en directo si yo tenía aspecto de holgazán, yonqui o ambas cosas.

Al ver el chalé con piscina que habitaban, pensé que a mi padre le tomaban el pelo en el curro. Más tarde me enteraría de que gran parte de la fortuna la aportaba la mujer de Ramón, que pasaba parte del año viajando por el mundo como galerista y marchante. Me abrió la puerta una empleada con uniforme, que ya estaba al tanto de quién era y a qué venía. Me condujo a un enorme salón al lado del recibidor, me indicó en qué sofá sentarme y me preguntó si quería tomar algo.

—Pues un MG con Kas de limón, largo de ginebra y sin hielos, ¡que quitan líquido!

—¿Perdón? —contestó, dejando claro que no había pillado mi chiste.

—Nada, nada. Era broma —repuse sonriendo mientras notaba cierto calor en mis mejillas.

No se retiró, parecía no haber entendido a qué me refería, así que decidí zanjar aquella situación que nos incomodaba a los dos.

—No tomaré nada, gracias. Esperaré aquí a la señora.

Dije «señora» sólo porque ella se había referido de esa manera a su jefa. Me pareció una forma de reconciliarme con la sirvienta para que viera que ambos estábamos al mismo nivel, es decir, por debajo de la dueña de la casa. Ni por ésas. Se fue sin alterar un ápice la neutralidad del gesto con el que me había abierto la puerta.

Cuando por fin apareció Lucía, me levanté de la silla, por educación, por ímpetu y como un resorte, ya que la señora resultó ser un pibón de tomo y lomo. Sus luminosos ojos azules y aquella rubia melena ondulada le bastaban para llamar la atención. El resto del conjunto no desmerecía: el vestido corto permitía adivinar las curvas justas y mostraba unas largas piernas morenas, rematadas con unas sandalias de tacón por las que asomaban las uñas pintadas en rojo cereza.

Según se acercaba, el ruido de sus pasos marcaba los latidos de mi corazón, fuera de sí al tener tanta sangre que bombear.

Me tendió la mano con ese tipo de desidia que no se aprende en ninguna escuela, me invitó a sentarme de nuevo y ella hizo lo propio en un sofá demasiado alejado del

mío. Me hizo varias preguntas rápidas sobre mi preparación para enseñar inglés, aunque me relajé del todo cuando detalló que la tarea consistiría en repasar el libro de texto que su hijo había utilizado ese año.

—Hasta que se lo aprenda de memoria —añadió con un tono casi amenazante. Parecía la mala de un culebrón. La típica mala guapa y cañón, claro.

También me confesó que le gustaba que yo hubiera estudiado COU en California, para que el chaval se familiarizara con la experiencia que le esperaba a través de la mía. Empecé a exagerar mi preparación académica, las virtudes de mi expediente y la valía de mi estancia en la costa oeste americana.

Quería alargar la conversación todo lo que fuera necesario, porque podrían pasar años antes de que otra sanzona de ese calibre me prestara algo de atención. Nunca sabes cuándo es la última vez que una hembra perfecta te mira a los ojos.

Llevaba un ensayado discurso para justificar las mil cien pesetas que pensaba pedirle por cada hora de clase, pero no me dejó sacar el tema; abrió una agenda en la página del calendario y se lanzó a resolverlo con el aplomo de quien está acostumbrado a cerrar tratos.

—Le darás una hora diaria de clase, de lunes a viernes. Quiero que tenga el hábito de estudiar cada día. Será del 6 al 31 de agosto, lo que hacen un total de veinte clases. El 15 es fiesta, lo suyo sería que el día antes hagáis dos horas. He pensado pagarte treinta mil pesetas y sé que es un precio más que razonable.

Menuda jefaza.

—Y otra cosa; no estaré en casa esos días...

Mierda.

—Es decir, me tengo que fiar de ti y de que harás tu trabajo de forma responsable. Mi hijo tiene que aprobar inglés sí o sí...

Se esfumaban mis ilusiones de saludar a aquella diosa todos los días durante cuatro semanas. Adiós a la fantasía de verla en bikini saliendo de la piscina para calibrar las peras que se le adivinaban bajo el vestido.

—Pepe... ¿Me estás escuchando?

—¡Sí, sí, claro que sí! —insistí hasta delatarme.

Se incorporó e hizo ademán de que la siguiera al recibidor. Allí llamó a su hijo, que bajó del piso de arriba. En contra del característico adolescente huraño e introvertido, tipo mi hermano, me encontré con un chaval sano y cordial que me saludó con despreocupada alegría. Volvió a su cuarto y me quedé a solas con su madre.

—La chica te pagará todo el dinero el mismo día 31, si te parece bien. Y escúchame una cosa: si mi hijo aprueba, te daré otras cinco mil pesetas —añadió, antes de abrir la puerta de la calle.

Me dijo entonces que si algún día, después de la clase, quería darme un chapuzón

en la piscina, no había ningún problema. Eso hizo que volviera a imaginarla en bikini y con esa imagen en la cabeza estreché su mano deseando que tomara la iniciativa de darme dos besos, pero ni siquiera los amagó.

Asumí que esa depredadora de los negocios siempre me vería como el imberbe lector de su hijo. Nunca sería *El Graduado* a sus ojos, así que apliqué mi consuelo de perro ladrador: la señora Robinson estaba buenísima, pero en ocho años no valdría ni para caldo. Nueve como mucho. Yo era la zorra y ella, las inalcanzables uvas.

Ojalá hubiera sido al revés.

Love Will Tear Us Apart **SEPTIEMBRE, 1990**

El tren tardaría unas ocho horas. Si todo iba bien y sin retrasos, llegaría a Barcelona a las siete de la mañana del mismo día de mi cita con Janine. Tenía habitación en un hostel que me había recomendado un primo de Lennon. Cuando llamé para hacer la reserva, consulté la posibilidad de entrar más temprano, pero el recepcionista me advirtió, con muy malos modos, que no podría ocuparla hasta el mediodía.

El parco equipaje en mi mochila incluía un sándwich de atún con tomate, un despertador, mi diminuto neceser, un polo, una camiseta, unos calzoncillos, un bañador —a saber por qué—, los apuntes de Fonología y mi ajado ejemplar de *La Conjura de los Necios*. Pensé que aquel viaje merecía una novela a la altura de su importancia.

A las doce menos cuarto de la noche, con sólo quince minutos de retraso, mi Talgo comenzó a deslizarse camino de la aventura. Nada más salir de la estación preparé el libro y los apuntes, pero enseguida comprendí que el reencuentro con mi mejor amiga californiana ocuparía toda mi atención.

Con ella y su marido, claro.

Me había pasado todo agosto pendiente del golfo Pérsico, temiendo que las sanciones económicas a Irak por la invasión de Kuwait acabaran en una intervención militar de los marines. En mi delirio imaginaba que Estados Unidos reclutaba por la fuerza al bueno de Mark, anulando así su europea luna de miel.

Menos mal que la diplomacia internacional se lo toma todo con mucha calma.

Calculo que me dormí a medio camino, a pesar de aquellas butacas meticulosamente diseñadas para impedir el descanso del cuerpo humano. Desperté tras lo que parecía una parada en mitad de la nada. La densa oscuridad de la noche convertía la ventanilla en un espejo. Todos los pasajeros del vagón dormían y yo parecía Stan Laurel con esa cara tan graciosa que ponía justo antes de romper a llorar. Comí el sándwich sin dejar de mirarme en el cristal, como un monete que jamás se hubiera enfrentado a su propia imagen.

Era más que feliz.

Asistir a un amanecer dentro de un vagón en movimiento tiene sus dosis de misticismo romántico, pero sólo si piensas en ello, no si vas en el tren. La gente empieza a desperezarse con el alba y cuando los rayazos del sol entran directos, todos parecen una panda de zombis ojerosos, despeinados, pálidos y descolocados. Llegamos a la estación de Sants con cuarenta minutos de retraso sobre el horario previsto.

Deambulé por el vestíbulo con la fascinación propia del turista accidental, encantado de sentir el gusanillo cateto que magnificaba cada minuto de aquel lance que había comenzado el día antes y que ahora se plasmaba al bajarme del convoy. Observé a los transeúntes buscando entre ellos una persona que transmitiera amabilidad para preguntarle por la calle Hospital, donde estaba mi pensión. Me decidí por una señora mayor que parecía esperar a alguien, pero sólo me dio tiempo a saludarla.

—¿Ha visto usted el pájaro gigante? —inquirió antes de que pudiera decirle nada.

—¿Cómo?

—¡El pájaro gigante que vuela de noche! ¿Que no sabe que lo han visto por Les Corts?

Había elegido a la trastornada de la estación. Menudo ojo. Me alejé discretamente mientras me gritaba:

—¡Tenga cuidado! ¡Es peligroso! ¡Sólo vuela por la noche!

Un guarda de seguridad vino al rescate. Me explicó que no me preocupara por la señora, que era una habitual de la estación, y me indicó, con todo lujo de detalles, que la línea verde de metro me llevaría a Liceo, la parada más cercana a la calle Hospital. Le escuché atentamente, asintiendo sin parar, pero no me enteré de nada. Siempre me pasa igual: si pregunto alguna dirección, cosa que hago muy a menudo dado mi nulo sentido de la orientación, soy incapaz de retener los datos en cuanto las indicaciones pasan de tres cambios de sentido, así que digo a todo que sí y retengo el primer paso porque sé que más adelante lo consultaré con otro peatón. Del mismo modo, cuando alguien me pregunta por una dirección en mi propia ciudad, me pongo tan nervioso que puedo llegar a decir «No soy de aquí» antes que admitir mi tara.

Agradecí su amabilidad. Creo que incluso le hice una reverencia japonesa al despedirme. Sólo tuve que preguntar a siete personas más antes de plantarme en el hostel a las nueve y media de la mañana.

Que, por cierto, se llamaba América.

Precisamente.

En la recepción no me encontré al malas pulgas que me había atendido por teléfono. En su lugar, una mujer seria y muy maquillada me indicó que hasta las once no podría disponer de mi habitación. Esa hora ganada al reloj me supo a gloria. Con la sonrisa idiota del peregrino ya ubicado, me senté en un banco de las Ramblas. Estaba molido, pero observar aquel fascinante paisaje humano era todavía mejor que hacer zapping en la Philips de mis padres.

A las once menos cinco entré de nuevo al América. La señora kabuki leía *La Vanguardia* y al verme dejó el periódico sobre el mostrador. En la portada se anunciaba una entrevista con Ana Obregón:

«Soy desgraciada porque me falta de todo»

Mientras la recepcionista buscaba la llave de la 206, segundo piso sin ascensor, intenté imaginar qué significarían para Ana Obregón las palabras «desgraciada» y «todo». Me quedé en blanco.

A primera vista, la habitación me pareció una mierda. Un análisis más detallado me lo confirmó sin lugar a dudas. La mezcla de calor y humedad hacía que la estancia pareciera flotar en vaho, pero, en un arranque de optimismo, decidí tumbarme un rato e incluso programé la alarma del despertador para las dos. El cansancio y el estrés acumulados funcionaron como un potente somnífero. No tardé en dormirme. Soñé que un gigantesco pterodáctilo sobrevolaba la pensión y se llevaba al recepcionista malo entre sus fauces. Desperté empapado en sudor por el agite de la pesadilla y porque, además del húmedo ardor, la funda de plástico del colchón hacía efecto plancha de cocina sobre mi espalda, pero concluí que la cabezada había sido reparadora. Me afeité cuidadosamente, como un cirujano operando a corazón abierto, me duché a conciencia y me vestí con mi mejor polo. Al instante sudaba copiosamente. Antes de salir de la habitación me miré en el espejo: la transpiración había convertido mi atuendo en el maillot del rey de la montaña del Tour.

La plaza de España era una de las paradas por las que había pasado en mi trayecto desde Sants, así que volví a la boca de Liceo. Gracias a la recién adquirida pericia no tuve que preguntar más que a tres personas para encontrar mi destino. Eran las tres y veinte de la tarde. Me alegré de llegar antes de la hora.

Pero al salir del metro se me cayó el alma a los pies.

Aquello, más que una plaza, era una espaciosa venganza, una pesadilla inabarcable o un helipuerto para meteoritos. Mi pueblo cabía tres o cuatro veces en aquella explanada.

¿Cómo coño iba a encontrar a Janine en ese mogollón?

Quise calmarme, pero la situación invitaba al pesimismo. No nos habíamos dado más indicaciones que vernos en una plaza gigantesca, que podría constituir un pequeño estado independiente dentro de Cataluña. Pensé en dar vueltas sin parar, pero si Janine y Mark tenían la misma idea, podríamos tirarnos meses girando sin encontrarnos, erosionando el suelo bajo nuestros pies, hundiéndonos poco a poco en el asfalto hasta desaparecer bajo la propia plaza en pleno desencuentro.

Desvariaba.

Además, el calor caía como sangre de Alien sobre Barcelona. Tenía la impresión de que el alquitrán burbujeaba, incluso buscaba ese efecto óptico de la calzada que parece mojada a lo lejos. Quería aparentar sosiego mientras oteaba en todas

direcciones, buscando una pareja concreta de guiris en medio de aquel aluvión de extranjeros que ahora me miraban como yo había mirado a la señora de Sants que hablaba de un pájaro gigante, y ojalá pudiera subirme a ese pajarraco como Atreyu montando a Fujur para otear aquella enormidad desde el aire. O quizá debería trepar hasta el pebetero de Tomàs Llovet que corona el conjunto escultórico de la fuente en el centro de la plaza, como un King Kong pequeñito que gritara desesperado por su amor imposible.

Ya eran las cuatro y veinticinco de la tarde. No había dejado de caminar por esas inmensas aceras y en cada rostro veía una Janine. Sudaba como Ted Striker en un aterrizaje de emergencia.

Estaba a punto de llorar.

Y entonces la oí, alto y claro.

—¡Pepi!

Me encontraba al pie de una de las torres venecianas y ella estaba delante de la otra, saltando, brincando, alzando los brazos y pronunciando mal mi nombre a gritos. No me importó que toda la gente alrededor pensara que me llamaba Pepi. Eché a correr sin reparar en el taxi que se abalanzaba sobre el paso de cebra. Antes de oír su brusco frenazo vi el susto en el rostro de Janine, y ese gesto me pareció bellissimo.

Recuerdo el breve trayecto a cámara lenta. Sólo me faltaba música de Vangelis. La reconocía sin lugar a dudas, aunque los años transcurridos le habían sentado mucho mejor que a mí. Ahí seguían sus ojazos, la sonrisa y su melena, pero más alta y esbelta. Estaba guapísima y sexy, muy atractiva con una camiseta blanca que destacaba el moreno de su piel y unos ajustados vaqueros desgastados que le marcaban tipazo. Cuando llegué a su altura, se me abalanzó sin importarle mi desaseado aspecto y la abracé muy fuerte sujetándola en el aire contra mi pecho. Así permanecimos durante los tres mejores segundos de mis últimos seis años.

Por fin nos desenlazamos. Sus pies descendieron al suelo y entonces nos miramos riendo, felices, nerviosos y ajenos al universo, a Europa, a la plaza de España y a Mark, al que todavía no había visto, por cierto.

—¿Y Mark?

—Al final no ha podido venir, ya sabes, ¡negocios!

No me jodas. Tranquilo, Pepe, que no se note.

—Eh, no te alegres tanto, disimula un poco, ¡canalla! —exclamó Janine.

No teníamos ni idea de adónde ir, así que decidimos andar por Gran Vía hasta encontrar una terraza que nos gustara. Por el camino, nos pusimos al día. Se había casado en febrero y aquel viaje era una especie de luna de miel, aunque tenía mucho de trabajo porque Mark era ejecutivo de una empresa que se dedicaba al marketing deportivo en grandes eventos. También me contó, con el entusiasmo propio de

alguien que disfruta la vida, que en enero habían estado en el Superdome de Nueva Orleans viendo la Super Bowl en la que los 49ers vapulearon a los Broncos, y que para Mark aquello había sido un viaje de trabajo porque estaban todos sus jefes, pero que ella se había puesto algo piripi con la barra libre del palco VIP. Me impresionó tanto su relación con el lujo que me sentía importante a su lado. Por fin entendía el concepto de «envidia sana».

Añadió que por eso era tan importante para su marido conocer la sede de los próximos Juegos Olímpicos. En su periplo europeo habían visitado, por ese orden, Londres, París, Berlín y Roma. Cada una de ellas le había gustado más que la anterior.

—Pero ahora estoy en Barcelona, contigo, ¡y eso es mejor que cualquier cosa!

Me hubiera derretido allí mismo, pero me cogió del brazo para preguntarme con todo interés:

—¿Y tú, qué? ¿Qué tal todo?

Como si me fuera a morir en ese momento, la película de mi vida se me pasó por la cabeza en forma de loquísimo «found footage» con imágenes arbitrarias sin orden ni concierto: mi trofeo del Tetris, Mike Tyson aturdido, la mirada reprobatoria de Sara, el falso batería de La Frontera guiñándome un ojo, los bailes de Urtubi, las chicas del *Tutti Frutti* abriéndose los sujetadores, un Colajet, mi padre bebiendo gintonic, la encorvada nariz de Elena en el Zetas...

—Hace un mes vi a los Rolling Stones en primera fila.

—¡GUAU! —Se detuvo en seco para subrayar su asombro—. ¿Estás de coña? —añadió, empujándome el pecho con las palmas de sus manos.

Puro Janine.

Llevábamos un rato andando, más concentrados en la charla del otro que en buscar un bar, pero, ya más relajado, sentí verdaderas ganas de una cerveza fría. No sólo por la lógica sed provocada por la combinación de calor y paseo, sino por la no menos legítima ambición de achispar aquel entusiasmo del reencuentro.

En Gran Vía con Villarroel dimos con una pequeña terraza a la sombra. Al sentarnos agradecí la ligera refrigeración y el notable descanso. Pedimos dos Estrellas, brindamos porque sí y empezamos a recordar la California de 1984. Desfilaron por nuestra conversación la señora Elliot, en cuya clase de psicología habíamos coincidido sin llegar a conocernos, el entrenador Dalton o la animadora Tracey Reeder, a la que Janine había convencido para que me acompañara al baile de fin de curso. Me contó, entre carcajadas, que a la pobre Tracey aún le duraba el susto que se había llevado cuando un guarda nos sacó del coche a punta de pistola.

—¿Otra cerveza?

—¡Venga!

También revivimos nuestro encuentro casual en el acuario Waterland, la buena

pareja que hicimos en la graduación o las risas en la playa de Santa Cruz con aquel veterano de Vietnam. Recordábamos cada detalle de aquellos meses, frescos en la memoria a pesar del tiempo transcurrido, y eso nos hacía sentir la huella que cada uno había dejado en el otro.

Y al fin, nos callamos.

Pero el silencio no era incómodo.

Todo lo contrario.

Nuestras sillas estaban muy juntas. En ese intervalo sin palabras, Janine recostó su cabeza contra mi hombro y sujetó mi mano entre las suyas. Miré su rostro desde arriba, en diagonal, y aproveché que no me veía para deleitarme en su contemplación. Me fijé en sus pestañas, observé la nariz y me concentré en sus labios, acariciándola con la mirada, comiéndola con la vista, sin tensión, plácidamente, como si formara parte de nuestro ritual de felicidad.

—Fuiste muy importante en mi vida, Pepe.

No supe qué decir. Me había gustado tanto esa frase que no quería romperla ni mancillarla con cualquier respuesta. Deseé que se explicara un poco más, pero, quizá extrañada por mi silencio, se incorporó para mirarme. Sus ojos me disolvían como si tuvieran láser en las pupilas. No recordaba haber sentido jamás una conexión igual. En cualquier otra circunstancia parecida estaría nervioso, torpe o empalmado y, en cualquier caso, a punto de meter la pata, pero en ese momento, me sentía a gusto, relajado y feliz.

—Tú también, Janine —acerté a musitar—. No me he olvidado de ti estos años.

Sonrió de una manera especial. Me pareció que la confesión le llegaba muy adentro.

—¿Recuerdas a Dave, mi novio de entonces?

Imposible olvidar al culpable de que nunca hubiéramos llegado a nada. Con Janine no hacían falta filtros, no tenía por qué disimular, así que lo dije en voz alta.

—¿Cómo olvidar al culpable de que nunca llegáramos a nada?

Sonrió de nuevo, confirmando mis palabras.

—¿Sabes qué? Dave pensaba que había algo entre nosotros. Y se convenció durante nuestra graduación en el instituto.

—¡Pero si ni siquiera hablamos en toda la ceremonia! —protesté, asombrado ante la lozanía del recuerdo.

—Por eso mismo —sentenció Janine—; dijo que no era normal que, habiendo ido juntos, no nos miráramos ni habláramos en toda la graduación. Y que eso no habría pasado si sólo fuéramos amigos.

Tenía sentido. Maldito detective Dave.

—De hecho, pensó que disimulábamos porque él estaba en la grada de enfrente —añadió antes de mirarme con un gesto como diciendo «Y era verdad». Puse voz a

su mirada.

—Y era verdad.

Sonrió por tercera vez y bajó la vista. Volvieron sus ojos a los míos, en silencio, pero con una tensión nueva en sus pupilas, aunque puede que sólo viera reflejada en ellas mi impaciencia. Todo se detuvo; los guiris, el tráfico, los pájaros, la espuma de la cerveza y las partículas, hasta el calor se mantuvo en suspenso cuando nuestros labios se acercaron intrépidos.

Y entonces sentí toda la Tierra rodar.

Chocaron nuestras lenguas mientras mis labios resbalaban en los suyos, comiéndonos con todo el cariño acumulado. Janine me agarraba la cara con ambas manos y yo la estrechaba por la cintura, los dos sentados de medio lado al borde de las sillas, los torsos retorcidos de mala manera, siameses de boca, del todo incómodos si no fuera porque nos besábamos, y aquel beso descomprimía seis años de amor y deseo, por eso teníamos tanto que desbesar antes de separarnos, temerosos de que cualquier gesto inadecuado interrumpiera aquella unión y nos sintiéramos incompletos, como cuando alguien te impide terminar un bostezo y te quedas a medias, pero bostezar otra vez es fácil y aquel beso, precisamente aquél, se había hecho esperar seis años.

Nos separamos exhaustos, felices, sonrojados por el esfuerzo, pero también por la timidez, salivados los labios, encendidos los ojos, silenciadas las palabras.

Quería a aquella mujer. La amaba.

Pero ahora sí que estaba empalmado como un perro.

Siguieron risas nerviosas y besos ansiosos, o al revés, qué sé yo. Cayeron más cervezas y el sol comenzó su danza de retirada. No había pensado qué iba a pasar, cuál sería el siguiente paso después de aquel calentón que nos habíamos fabricado. En sus besos había algo más real y urgente que simple cariño y nostalgia, pero la tarde, el tiempo, la vida entera nos apuraba, y en esas consciencias, Janine siempre había sido más pragmática que yo.

—¿Vamos a mi hotel?

Se me congeló la sonrisa y juraría que la polla se me endureció un poco más.

—¿Sí o no? —volvió a preguntar.

Vaya, por lo visto me había quedado petrificado. Le dije que sí, que no deseaba otra cosa en la vida, y entonces apareció la Janine racional que también formaba parte de la misma mujer perfecta. Me explicó con toda claridad que lo que iba a pasar jamás se repetiría, que se trataba de una vieja cuenta pendiente cuya resolución no cambiaría de ninguna manera la relación que hasta entonces habíamos tenido. Insistió en dejarme claro que no volveríamos a acostarnos y que era muy probable que tampoco nos viéramos nunca más. Mark era el hombre de su vida, y no tenía dudas al

respecto. Lo nuestro, y lo que iba a pasar esa noche, era una preciosa deuda del pasado. Su marido sabía que nos íbamos a ver y él confiaba en Janine más allá de lo que pudiera suceder en su ausencia.

Me parecía entender que Mark no ponía objeciones a que su mujer follase con otro en plena luna de miel. Ante mi gesto de extrañeza, terció en mi confusión mental:

—No hace falta que lo entiendas todo, Pepe. Mark está por encima de muchas convenciones.

Al principio yo asentía sin pestañear. Ahora me daba un poco de miedo.

Añadió que desde que supo que vendría a España había pensado en la posibilidad de acostarse conmigo, pero que no había querido decirme nada ni adelantarse porque necesitaba verme, mirarme a los ojos y saber si aquel deseo de años atrás seguía ahí.

—¿Aquel deseo? —balbuceé nervioso.

—Sí, Pepe. Deseo. En California llegué a desearte con locura, sobre todo después de aquel día en la playa, cuando nos dormimos abrazados sobre la toalla, te acuerdas, ¿verdad? Lo mencionaste en una carta... —De pronto acercó su boca a mi oído y bajando la voz me susurró—: Aquella noche tuve que tocarme porque no podía más. Me corrí pensando en ti más de una vez.

—¿Y por qué no...?

No se me ocurría otro final de frase que no fuera «me follaste». Dejé que ella interpretara los puntos suspensivos.

—Porque no podía engañar a Dave, ¡no podía! Llámame tradicional o llámame idiota, pero entonces me parecía la mayor traición posible, y estaba enamorada... Bueno, eso creía.

Siguió explicando los vericuetos de aquel tormento, como ella misma lo definió. La noche del Prom, por ejemplo, había llorado de rabia al imaginarme bailando con Tracey Reeder, por mucho que supiera que yo no tenía química con la voluntariosa animadora.

No podía dar crédito a lo que escuchaba. Maldije al apocado Pipi que no supo leer entre líneas ni tuvo valor para lanzarse. Le confesé que también la había deseado con locura, aunque me pareció oportuno omitir el número de pajotes que le había dedicado a esa ensoñación porque temía que, lejos de parecerle un halago, se lo tomara como una patología peligrosa. Una vez asegurado y confirmado el fuego que nos consumía, Janine me indicó, en la misma frase, que estábamos a un cuarto de hora de su hotel y que Mark pasaría la noche en Tarragona aprovechando que tenía una cena con amigos de la empresa.

Entonces lo entendí todo.

Janine había planeado nuestro encuentro al milímetro. Se había cubierto las espaldas al no desvelarme antes la ausencia de su marido. No dudaba de sus sinceras

ganas de verme, pero si no hubiera surgido el deseo, le habría sido fácil deshacerse de mí sin lastimar mi orgullo. Seguro que la elección de la plaza de España y la aparente casualidad de buscar un bar por Gran Vía, camino de su hotel, también formaban parte del plan para follar.

Si el sexo fuera delito, aquel polvo sería su crimen perfecto.

Me sentí halagado, pero también muy pequeñito al lado de su inteligencia. Que me explicara las condiciones con tanta sinceridad y naturalidad también hizo que me sintiera poca cosa, un pardillo inmaduro, un imberbe palurdo. Estaba en sus manos.

Y mucho más que lo iba a estar.

No quería dejarme pagar las cervezas, pero en el absurdo terreno de invitar a una ronda, yo tenía más experiencia. Además, pude abonar el importe sin mostrar abatimiento por el abrasivo sablazo que el camarero me endiñó sin parpadear. Llorando por dentro, pero sonriendo por fuera, le dejé una peseta de propina para que percibiera mi malestar. Su ladina mirada oblicua me confirmó que la pulla había calado. A veces, la venganza es un plato inservible.

Caminamos por Gran Vía en dirección a Paseo de Gracia cogidos de la mano, sonriendo, abrazándonos de vez en cuando, besándonos cada poco sin disimular la lujuria que nos invadía. Me dejaba llevar porque sabía que Janine guiaba nuestros pasos sin vacilar, gracias a un plan trazado meses atrás en Cleveland, Ohio.

—Mira, ¡el hotel Ritz! —señalé con el sincero asombro del que ha viajado lo justo.

—Es a donde vamos —respondió Janine con cara de «¿No te lo había dicho?».

Agradecí que el destino me hubiera puesto una mujer tan previsora y millonaria en el camino. Aquella aventura no habría resultado tan redonda en el hostel América.

Donde, por cierto, tenía mi caja de condones.

Sí, había metido condones en la mochila, más por superstición que, desde luego, por convicción. No contaba con follar porque en todo momento estaba convencido de que nos acompañaría Mark, pero no meter preservativos en el equipaje habría sido entregarse a la derrota. El manual del optimista dice que la oportunidad de follar puede saltar en cualquier esquina, en el mismo tren, al llegar al hostel tras dejar a Janine con su marido, en la calle, quién sabe. Las leyendas hablan de gente que sale a comprar pan y acaba mojando.

En mi caso, era más fácil perder la esperanza que usar los condones.

—¡Necesitamos una farmacia! —exclamó la lectora de mentes, guiñándome un ojo.

Ella misma entró en la primera botica que pillamos de paso.

A mí se me daba mejor pagar cervezas.

Atravesamos el vestíbulo enfrascados en una falsa charla, risueña ella, pero muy serio yo debido a los nervios que me habían atenazado según nos acercábamos al edificio. Era la misma injustificada sensación de inseguridad al cruzarme con un policía por la calle o al salir de una tienda si el vigilante me observaba. Sabía que no había cometido delito alguno, pero mi inconsciente empeño en no parecer culpable acababa provocando lo que los aduaneros llaman «un comportamiento extraño». Debía parecer un manojo de cables eléctricos cruzando el vestíbulo en diagonal, mirando de reojo a los lados e intentando centrarme en la conversación de Janine aunque sólo podía escuchar mi acelerado ritmo cardiovascular. Verla tan tranquila me ponía aún más nervioso. Tenía la sensación de que en cualquier momento Billy Griffin, el detective de la serie *Hotel*, se me acercaría sigilosamente por detrás para retorcerme el brazo empujándome de cara a la pared:

—Vamos, muchacho, ¡se acabaron las tonterías! Así que tonteando con la esposa de mi amigo Mark, ¿verdad? ¿Sabías que fuimos compañeros en la 11ª Brigada Ligera de Infantería y que me salvó la vida en Vietnam? Me vas a acompañar al cuarto de invitados...

—¡No he hecho nada! ¡Conozco mis derechos, quiero un abogado!

—Yo te daré abogado, ¡toma!

Entré en el ascensor imaginando que un ficticio encargado de seguridad me daba puñetazos en la cara. Mi ensoñación duró lo que tardaron las puertas en cerrarse porque, a salvo de miradas indiscretas, Janine retomó los besos arrebatados añadiendo en esta ocasión lametones en el cuello, introducción de lengua en mis oídos y palpamiento de erección por encima de los vaqueros.

Si es verdad que el deseo mueve al mundo, estábamos zarandeando el planeta.

En la habitación volvimos a comernos la boca y enseguida se me fueron las manos a sus pechos, hasta que sus jadeos, contenidos y profundos, me dispararon las ganas de arrancarle la camiseta. Se la quitó ella misma, desabrochó el sujetador, lo dejó caer y se miró las pezones erectos que me apuntaban como los misiles de Afrodita.

Joder, eran unas tetas magníficas.

Las agarré con ambas manos, uniéndolas para optimizar lametones mientras nos librábamos del calzado. En algún momento, juraría que a la vez, le bajé los pantalones y me quitó el polo. La alcé por la cintura, se pegó a mí como en el abrazo de la plaza de España, la llevé en volandas hacia el dormitorio y la arrojé sobre el colchón. Reptó de espaldas hasta recostarse contra los almohadones, se quitó el tanga y separó los muslos para acariciarse el coño. Me desnudé del todo a patadas. Gateé como un lince hasta ella y volvimos a besarnos mientras mi polla dura se recostaba sobre su sexo, resbalando en una mojadura que también era mía. Me empujó con suavidad para que me tumbara boca arriba y empezó a lamerbesarme el cuello, los

hombros y el pecho, en un viaje descendente que le hizo pasar de puntillas por mi vientre hasta llegar a la erección. Atrapó el glande con sus labios y comenzó una succión perfecta, lamiendo de vez en cuando, metiéndosela en la boca, aprovechando el viaje para arrastrar los labios a lo largo de aquel trozo de carne endurecida y hacerle el vacío al capullo con los carrillos. Si cerraba los ojos, el placer era más intenso y genuino que el que jamás había sentido, pero también quería verla por puro morbo visual, necesitaba ver a Janine a gatas, mi pierna derecha entre las suyas aprovechando la postura para restregarse el coño contra mi canilla y sus tetas aplastándome el muslo cuando ocasionalmente arrastraba la lengua por todo el miembro hasta lamerme los huevos como si los libara. Aquella imagen me abstraía de la intensidad de la mamada porque era como ver una película porno, pero me bastaba cerrar los ojos para apreciar el gozo milimétrico de sus labios en mi sexo chupándomela con esa entrega perfecta. Repitió la secuencia en distintas combinaciones de intensidad o velocidad, repasando a conciencia capullo, tronco y pelotas. Sentía mi orgasmo cabalgando a lo lejos.

Y entonces me agarró la polla.

Fue cuando reparé que todo el placer que Janine me había dado hasta ese momento había sido sólo con la boca. Sus dedos, largos y estrechos, abrazaron mi erección, al principio apretándola sin más mientras lamía el glande como si fuera la cima de un Twister Choc.

En ese momento, sin soltar lo que había agarrado ni dejar de chupar, alzó la vista buscándome los ojos y sonrió antes de empezar a menearla con invariable ritmo, velocidad y constancia. A veces, sin cesar en la agitación, bajaba la boca por debajo de la mano que mecía la polla y me lamía el escroto con la precisión de un colibrí, o se metía uno o ambos huevos en la boca con toda delicadeza. En una de esas excursiones, pegó la barbilla al colchón para lamerme el culo, forcejeando con su poderosa lengua entre mis nalgas hasta hacerme temblar de puro gustazo.

Centrada de nuevo en la corona de la polla, mantuvo los ojos en los míos y la boca abierta, logrando, de manera muy precisa, que el glande golpeará su lengua mientras me batía la erección con endiablada rapidez. Poco a poco, la sangre de las piernas se me espesó con un placentero calor disparado en todas direcciones. Me tensé un instante y al relajarme, el orgasmo subió de repente. Janine paró en seco y apretó la polla justo cuando salía el primer lefazo, pero reanudó el meneo hasta que apareció el segundo y sólo cesó la marcha después del tercer espasmo. Me fui derritiendo mientras ella apretaba la polla de abajo arriba como si ordeñara las últimas gotas de semen, que iban asomándose como diminutos y relucientes huevos de abeja reina.

Había sido demasiado perfecto. Esa mujer tenía que haber hecho aquello miles de veces para alcanzar una excelencia que yo mismo había tardado meses en lograr con

mi propia polla.

Se tumbó a mi lado, muy pegada, y me besó el cuello con un gesto de cariño. Intenté incorporarme, pero no me dejó:

—La idea es follar, no haber follado.

Me concedía tiempo, sin prisa, pero bastó que me mirara con el fuego intacto en sus ojos para que volvieran a inundarse mis cuerpos cavernosos. Bueno, también me ayudó que ella misma se frotara el coño con los dedos. Al momento empujé mi cabeza hacia sus tetas y más abajo, mientras se tumbaba boca arriba abriendo las piernas.

Si jugáramos a las películas, aquella se titulaba *Cómeme el Coño*.

Planté mi cara entre sus muslos con la certeza de que no iba a estar a la altura. Aparte de que no era mi especialidad, me sentía terriblemente inseguro después de la lección magistral de sexo oral que acababa de recibir. Intenté centrarme en la tarea. Janine tenía el vello púbico coquetamente recortado, lo cual me otorgaba una visión casi quirúrgica de su sexo. Todo estaba mojado y resbaladizo, así que empecé a chupar un poco a lo loco, aquí y allá, a lengüetazos. Sus jadeos me guiaban y yo improvisaba, pero algo me decía que no estaba dando en la diana. Me paré en seco, nunca peor dicho, y le dije:

—Guíame...

Sonrió con una generosidad que luego valoré más aún y de nuevo tomó las riendas para impartir una masterclass de cunnilingus. Separó los labios de su coño y me mostró el clítoris en todo su esplendor, indicándome cómo y cuándo lamer, chupar y hasta besar, pidiéndome en ocasiones que le aplastara el sexo con la lengua o señalando cuando prefería un movimiento rápido que apenas la rozara. Me agarró la cabeza en varias ocasiones para obligarme a asentir o negar según tocara, o sujetándomela inmóvil para ser ella misma la que moviera las caderas frotándose el clítoris contra mi boca, tocándose de vez en cuando y ordenando insistencia en algún movimiento concreto, hasta que empezó a jadear muy fuerte y sólo pudo gritar «¡No pares!» mientras notaba mi boca chapoteando en su coño y su pequeña erección abultada en la punta de mi lengua. Se corrió jadeando fuerte, tirándome del pelo, retorciéndose y apretando mi cabeza entre sus muslos antes de escaparse cama arriba para que dejara de tocarla. El débil hilo de flujobaba que unía mi boca con sus labios se estiró como un rayo de luz antes de romperse y desaparecer.

Me quedé extasiado, contemplando con curiosidad casi científica aquel coño mojado e hinchado que parecía respirar autónomamente. Me pareció paradójico que la palabra cunnilingus proviniera de una lengua muerta. Tampoco me parecía justo que ese gigante del placer llamado «clítoris» tuviera un nombre tan cómico. Era como si Mike Tyson se llamara Crispín.

Era la primera vez que corría a una mujer con la boca. Y me había gustado.

Nos abrazamos al fin y permanecemos un rato en esa postura, sin hablar, sintiendo la piel. Tenía sueño, pero no quería dormirme. Poco a poco espabilamos. No dejábamos de reír, besarnos y hablar sin sentido, exprimiendo cada segundo como si nunca fuéramos a vernos otra vez.

Mierda.

La idea me nubló la mente y Janine, a la que no se le escapaba ni una, empezó a besarme desesperadamente, rubricando en silencio que, en efecto, aquello no volvería a pasar. La convicción de lo efímero redobló mis ganas, y el efecto de sus besos actuó de nuevo sobre mi deseo, que acudió a llenarme la polla de acción. Janine la miró complacida e hizo el gesto de pillar la caja de condones que había dejado en la mesita de noche, pero yo sólo podía pensar en comerle el coño otra vez, con mi deseo renovado y la lección aprendida. No opuso resistencia cuando vio que me predisponía a ello. Esta vez no necesité instrucciones, separé sus labios con la lengua buscando el centro de su placer, alterné lametones con libaciones, chupé a veces y comí siempre, recorrí su sexo con la lengua de arriba abajo, hasta llegar al culo, y se dejó hacer hasta que supe intuir que se corría de nuevo justo antes de que empezara a gritar, más fuerte que la primera vez, más intenso, más largo, mojadísima, del todo encendida.

Era la primera vez que corría dos veces a una mujer con la boca. Y me había encantado.

Janine jadeaba de vuelta a la respiración normal. No había movido mi cabeza de sus muslos, así que empecé a lamerla de nuevo, más como punto final que como inicio de algo, y al momento noté que se ponía otra vez, y su mirada de gozosa sorpresa me confirmó que estaba por la labor de correrse de nuevo, cosa que sucedió en poco tiempo, después de mojarse tanto que podría ahogarme allí mismo, y moriría feliz porque el forense encontraría mis pulmones encharcados con flujo de Janine, que parecía no saber cómo parar aquel placer.

La recuperación fue más rápida que la anterior. Sin solución de continuidad tiró de mí, me colocó boca arriba y me chupó un poco la polla para obtener la dureza justa para enfundarle un condón. Se colocó a horcajadas sobre ella y se la introdujo poco a poco en el coño hasta meterla entera. Yo ponía la rigidez y ella la lubricación para que la penetración resultara tan fácil como placentera. Una vez metida, agarré sus nalgas, aplastó sus tetas contra mi pecho y empecé a follarla en plan martillo hidráulico. Gritaba como si la acuchillaran, tanto que le tapé la boca con una mano, no fuera a subir el detective del Ritz a preguntar si todo iba bien, señorita. Porfié en el modo taladro hasta que me faltó el aire y ella me relevó en la iniciativa, pidiéndome que me quedara quieto pero sin dejar de empujar mientras me follaba erguida sobre mí, de rodillas sobre el colchón, buscando la mejor postura y velocidad para sentir su coño lleno de polla sin dejar de frotarse el clítoris contra mi pubis, y yo magreaba sus tetas con todos los dedos, acariciándole los pezones con mis pulgares, hasta que de

pronto, me agarró ambas muñecas y dirigió mi mano izquierda a su cuello y la otra a su nalga, y con sus dedos apretujó mi mano alrededor de su cuello, y con la otra me guio para que la azotara, y entendí el juego, y le apreté el cuello mientras le azotaba a mano abierta, y pronto se pusieron coloradas la cara y la nalga, y me asusté un poco, pero a la vez me sentí salido y vicioso de la forma más lujuriosa, lasciva, guarra y plena que jamás hubiera conocido, y tuve miedo de seguir azotando o apretando aunque ella me pedía más con la mirada. Iba a correrme otra vez, podía sentir cómo Janine me exprimía con su coño, me di cuenta de que su vagina me apretaba la polla al follarme, y cerré los ojos para abandonarme al orgasmo que no tardaría...

Pero lo que me llegó fue un tortazo en la cara.

Un hostión a mano abierta, de esos que duelen y te dejan picor en la mejilla. Abrí los ojos aturdido a la vez que cubría el rastro de la torta con mi mano. La piel me latía bajo la palma. Miré a Janine con cara de por qué. No dijo nada, sólo sonrió con gesto de ser mi ama, dueña y señora. Seguía sin entender el tortazo interruptus, pero me gustó esa sensación de intriga, de pertenencia, de aceptar lo que viniera, fuera lo que fuera. Ella se limitó a descabalgarme, agarró un pequeño bote del cajón de la mesilla y se puso a gatas de espaldas a mí, mostrándome las nalgas en pompa mientras abría el bote, hundía los dedos en el recipiente y se los llevaba al culo. Se metió primero el índice, después le acompañó el corazón y finalmente, ayudada por la crema, unió el anular.

No llevaba anillo de casada.

Durante un rato metió y sacó sus dedos, añadiendo crema para lubricar y dilatar el orificio por el que ahora quería ser follada.

De ahí la hostia de antes, para que ahora me corriera dándole por atrás.

La madre que la parió.

Me incorporé con una ilusión que rayaba el ansia, con un deseo que apuntaba obsesión y con un ímpetu cercano a la enajenación. Me coloqué de rodillas para ver cómo ella misma separaba sus nalgas en señal de máxima predisposición anal. Agarré la polla sintiendo el condón aún mojado de flujo y se la emboqué en el esfínter empujando despacio, notando opresión en mi glande. Gimió de dolor y me detuve, pero ella misma empujó hacia atrás para que la polla avanzara recto adentro, y una vez metido el capullo, superada la estrechez inicial, sentí la punta de mi polla en el espacio abierto de su interior, y el resto entró sin prisa, dilatando el agujero en su camino hacia el fondo, hasta que mis huevos tocaron su sexo y pudimos acoplarnos del todo para empezar a follar, cada vez más rápido, toda mi polla oprimida dentro y fuera, entrando y saliendo como la seda, sujetando a Janine por la cintura para clavársela bien, los dos gimiendo, jadeando, resoplando, y entonces ella vuelve la cara hacia la mía, y puedo ver un deseo desatado en su mirada, y observo que se está mordiendo el labio inferior para no gritar, y no sé quién está follando a quién, porque

empujo dentro y en cada sacudida hacia delante cargo con más fuerza, pero sus nalgas chocan contra mis muslos en una violencia que parece surgir de sus ganas, o a lo mejor en esto consiste follarse mutuamente, en no saber quién está tomando la iniciativa porque los dos queremos darle un punto más de morbo y placer al otro, pero entonces, sin dejar de mirarme, veo que Janine lleva su mano al coño para tocarse, no veo su mano, claro, pero si veo cómo mueve el codo pegado a su cadera, y la velocidad del codo es señal de que se está frotando a fondo, y los dos gemimos un poco más, y me falta muy poco para correrme, y ese poco llega cuando Janine grita «¡Me corro!», y todos sus músculos se relajan mientras vacío el chorrómico dentro del condón, como si mi polla salvaje quisiera destrozar la cúpula del trueno lanzando furiosos lefazos que llenan la goma y calman la excitación, mientras Janine, temblando con esa fragilidad que conceden los espasmos finales del placer, se desprende de mi polla, aún dura pero a punto del desmorone, y se deja caer de lado en la cama, y me libero de la goma antes de imitarla para pegar mi pecho a su espalda, los dos empapados, bufando como animales agotados, felices y satisfechos al recuperar el resuello, mi nariz en su nuca, su pelo revuelto, los dos oliendo a sexo, sudor y fluidos, toda ella entre mis brazos.

La mecánica de la erección, el funcionamiento del clítoris y el placer del orgasmo no son simples frutos de la evolución.

El sexo es Dios.

Esta vez nos dormimos. Fue un breve sueño reparador del que nos despertó un espasmo muscular, no sé si suyo o mío. Se giró y me abrazó de frente para enfocarnos, aún somnolientos, tomando conciencia de las emociones que habíamos vivido, como si aquellos meses lejanos en 1984, los posteriores años epistolares y la cita en Barcelona formaran parte de un plan superior, como si hubiéramos estado predestinados a que todo ocurriera de aquel modo porque, de haber sucedido de otra manera, no habría sido tan perfecto. Fuera de la habitación asomaba el alba, que era como decir que el universo a nuestro alrededor iniciaba su particular Big Crunch de aniquilación.

Comenzaba la cuenta atrás.

Recordé la playa de Santa Cruz, cuando despertamos abrazados sobre las toallas, aturdidos, confusos y tristes porque la bocina del autobús de nuestra high school chillaba como el Conejo Blanco de Alicia metiéndonos prisa por volver a San José. Nos abrazamos como entonces, muy fuerte, corazón con corazón, pegados, muy juntos y con la cabeza encajada sobre el hombro del otro. No sé quién sollozó primero, pero al instante lloramos los dos, y me habría gustado que sólo fuera de alegría. La tristeza de la despedida galopaba hacia nosotros como un jinete apocalíptico.

Aparté un poco la cara para mirarla porque también quería guardar recuerdo de

esas lágrimas que le habían dejado rastro en las mejillas. Y entonces me pareció un bello gesto lamer ese reguero acuoso.

Ahí descubrí que las lágrimas saben a rayos.

No supe evitar una sincera mueca de desagrado. Como acto romántico había resultado un desastre, pero la sincera risotada de Janine nos valió para apartar la tristeza de un manotazo.

Aproximó su cara a la mía para mirarme de cerca a los ojos. Su energía me atravesaba las pupilas, recorría mi sistema nervioso, flotaba en las venas y llegaba al centro del corazón para estallar en un castillo de fuegos artificiales. Me decía en silencio que me amaba, no podía ser otra cosa. Sus labios se despegaron poco a poco y supe que me iba a declarar su amor incondicional:

—Es tarde, Pepe, ¿quieres ducharte?

Vaya.

Salí del baño secándome la cabeza. Janine se había puesto una camiseta azul con un gran 15 debajo del nombre ALOMAR, escrito en letras rojas ribeteadas con un borde blanco. Le quedaba grande y supuse que sería de Mark, lo cual fue una bofetada más de realidad. Me vestí rápido, en silencio, aunque mi cabeza parecía la sala de máquinas del *Titanic*.

Justo antes de naufragar.

Me dio la caja de condones con un gesto divertido, como diciendo que no sería apropiado dejarlos allí, a la vista, y me los guardé en el bolsillo como reliquias sagradas del polvazo de mi vida. Recorrimos el breve trayecto hacia la puerta abrazados, igual que dos enamorados paseando por la alameda. Yo iba fresco gracias a los diminutos champús cortesía del Ritz y ella aún olía a sexo. El contraste era estimulante, pero aquel efímero pasillo enmoquetado me parecía el corredor de la muerte. Fuera de esa habitación no habría más que abismo, como en aquella escena de *Bitelchús* en la que Alec y Geena comprobaban que no podían salir de casa porque tras la puerta todo era fuego y nada.

Estábamos en el mismo sitio en el que habíamos iniciado, horas atrás, nuestra danza de lujuria. Al abrazarme, se le subió la camiseta y sus nalgas aparecieron de nuevo. Desde arriba, con mi cabeza asomada al precipicio de su espalda, se veían contorneadas, redondas y muy tentadoras. Las rocé como quien acaricia un tigre por primera vez y noté que, dentro del calzoncillo, mi polla se alzaba como el cuello del brontosaurio que levanta la cabeza del pasto para otear el horizonte.

Puestos a comparar, mejor hacerlo a lo grande.

Janine sonrió, hizo de nuevo ese gesto tan suyo de sujetarme ambas mejillas y me indicó en silencio que debía irme. Abrí la puerta de la habitación muy despacio, sin

dejar de mirarla, y di un paso lateral hacia fuera. Ni Armstrong en la luna se lo había pensado más.

No quería irme. Perderla de vista era perderla para siempre. No quería ninguna de las opciones que ella me había explicado con claridad antes de entrar en el hotel y que incluían no volver a vernos. También quería expresarle todas mis emociones, pero sabía que no era el momento adecuado porque nada iba a cambiar ni retrasar el devenir de la despedida. Un ruido de ascensor nos sobresaltó, apurando el adiós. Rocé sus labios como en el fugaz y único beso que le había dado en California cuando aquel veterano de Vietnam, pensando que éramos pareja, me había gritado en el boardwalk de Santa Cruz:

—¡Cuida mucho a tu chica!

Repetí la frase en voz alta y nos reímos de nuevo, igual que lo hacíamos siempre que recordábamos aquel timorato arrumaco.

—Te quiero —dijo Janine en perfecto español.

Yo también.

No sé por qué no lo dije en voz alta. Creo que temía abrir la boca y que saliera un llanto desconsolado en vez de una frase articulada, por simple que fuera. Estaba seguro de que ella lo sabía. Me fui andando hacia atrás, aunque no mucho rato porque es imposible mantener la dignidad caminando de esa manera.

Entré en el aparatoso ascensor del Ritz, más montacargas que nunca teniendo en cuenta el aplastante peso de la tristeza sobre mis hombros. A esa distancia, Janine parecía una muñeca con aquella camiseta, descalza en la moqueta, la melena revuelta y los ojos titilando como estrellas lejanas. Las puertas de la cabina se juntaron como si aplastaran su imagen hasta volatizarla. Sólo me dio tiempo a mostrarle la palma de mi mano mientras ella me lanzaba un beso.

El elevador me hundía, qué paradoja. Aquel viaje vertical hacia el vestíbulo era caer al vacío.

De buena gana habría gritado.



No quise volver al piso de Jandro hasta el día antes del examen de septiembre. Las ganas de juerga habrían sido demasiado tentadoras y realmente necesitaba aprobar Fonología Generativa para no pagar las quince mil pesetas que me costaría repetir esa matrícula. Bastante tenía con hacerme cargo de las cuatro asignaturas que me faltarían para acabar la carrera. Además, supe por mi padre que el hijo de su compañero de trabajo había suspendido la recuperación de Inglés, lo cual me dejaba sin las cinco mil pelas extras que me había prometido su madre.

—Ramón no tiene queja de ti —añadió al malinterpretar mi gesto de bajón como una tremenda decepción personal—; él mismo me ha dicho que su hijo es un zoquete.

Me jodía más no volver a ver a la madre del chaval que haber perdido la propina.

No me costó mucho esfuerzo quedarme esos diez días estudiando en casa. Además del alivio económico, la devastadora ausencia de Janine me empujó a refugiarme en los apuntes. Me había pasado el viaje de vuelta de Barcelona noqueado por una especie de angustia que sólo podía identificar como amor, pero pronto dudé: ¿me había enamorado de ella o del sexo con ella? Yo creo que en California me había enamorado de Janine poco a poco, pero ese sexo que había quedado pendiente ya era una experiencia real y plena que ocupaba toda mi memoria respecto a ella. Si pensaba en Janine, no la situaba en la graduación, en la playa de Santa Cruz o en el Buick de Betty, cuando nos despedimos llorando en mi último día en América, ahora la recordaba lamiéndome de arriba abajo, corriéndome ansiosa, abriéndose para mí o sólo vestida con una camiseta de béisbol. En Barcelona me sentí inexperto e inseguro a su lado, pero sus polvos me habían transformado en algo mejor. Entré en el Ritz siendo Robin, pero salí hecho un Batman.

Aquel vago dolor por la ausencia de Janine al irme de San José no se parecía al suplicio que ahora sentía lejos de ella. ¿Había sido más puro aquel sentimiento antes del sexo? Quería creer que lo nuestro era algo más, pero me bastaba rechazar la idea de estar encoñado para recordar cómo se había tocado al tumbarse en la cama del hotel. Llegué a enfadarme con la ingobernabilidad de mi erección, siempre dispuesta a estirar el cuello cuando intentaba reflexionar sobre mis sentimientos.

Resolví la agonía con ilusión e inmadurez. Decidí creer a pies juntillas que un buen día, dentro de un mes, dos años o tres lustros, Janine me llamaría para concretar una nueva cita y anunciarme su fulminante divorcio de Mark porque no podía vivir sin mí. A veces me tiraba un rato imaginándonos juntos de vacaciones, en alguna playa, bebiendo cervezas heladas, cubatas de colores o cócteles exóticos y follando bajo los cocoteros. Entonces volvía de golpe a la realidad, notaba su ausencia y rememoraba sus firmes promesas de no volver a vernos.

Alguna vez acabé esas ensoñaciones llorando. Aunque la mayoría acababan en paja.

Mi enclaustramiento por desamor dedicado al estudio tuvo dos efectos beneficiosos: por un lado, mis padres recuperaron la confianza en que su hijo mayor no estaba del todo perdido para la sociedad, y por otra parte, un cinco más raspado que la botella de anís de mi abuela.

Lo celebré como si hubiera ganado el Mundial de Aprobados por los Pelos 1990.



Retomé mi vida estudiantil con las mismas y renovadas ganas de los últimos otoños. Era bueno descansar de la facultad, venía bien perder de vista durante unas semanas los rostros de siempre y los bares habituales para emborronar las asperezas del roce. En septiembre todos abríamos una cuenta nueva en la que acumular anécdotas, desfases y risas.

Me encontré a Urtubi en la barra de El Mundo, botellín en mano. Abrió los brazos y exclamó:

—Y salta al terreno de juego Gerhard Rodax, ¡ovación en las gradas!

Nos fundimos en un abrazo que palió de golpe la total falta de noticias durante dos meses. Aun así, le pedí un resumen rápido en forma de pregunta:

—¿Qué tal el verano?

—¡Una puta mierda!

—¡Es todo lo que necesito saber!

—Ernesto, ¡dos cervezas!

Ya está. Puestos al día en dos frases cortas. Esa agradable sensación que proporciona la sincera falta de interés sólo se puede dar en las verdaderas amistades. Es una forma optimista de verlo, lo sé, pero no estábamos en la Tierra como el que habita un valle de lágrimas. Sólo nos faltaba Bosco.

—¡Bosco! —gritó Urtubi como el sonoro eco de mi pensamiento. En efecto, entraba por la puerta. Nos medio abrazamos los tres a la vez, sin perder las formas viriles. A mí me daba un poco de vergüenza que nos quedara demasiado nenaza, pero la cordial displicencia de Bosco, capaz de estirar el meñique al beber té sin dejar de molar, anulaba el atisbo de impropiedad.

—Ya estamos aquí —dijo a modo de presentación, borrando cualquier iniciativa de compartir información sobre nuestros veranos—. ¿Qué? ¿Iremos este año a Londres en bus?

—¡Claro que sí! —respondí como un chiquillo al que le prometen una recompensa si se porta bien.

Sonrió como si esperara esa respuesta. Sacó una moneda de veinte duros, la lanzó al aire y la atrapó con la mano derecha contra el dorso de la izquierda.

—Si sale cara, me hago un pinball.

Levantó la mano. Miramos los tres. Cruz.

—Bueno, no se puede ganar siempre —remató dirigiéndose a la CANASTA 86.

Si fuéramos *El Príncipe de Bel Air*, a Bosco le tocaría ser Will, Urtubi haría de Jazz y yo sería Carlton.

Qué remedio.

La tarde pasó entre cervezas, petacos, saludos a viejos conocidos de la facultad y

notables ausencias como las de Sara o Arturo, ya licenciados. Ese mismo día también conocimos a varios individuos que, quién sabe, podrían evolucionar a sólidas amistades o desaparecer para siempre.

El círculo de la vida.

Qué poco nos cuesta reintegrarnos a las rutinas que nos agradan. Creo que esta vez había tardado aproximadamente cinco segundos, desde que abrí la puerta de El Mundo hasta que abracé a Urtubi, en sentirme a pleno rendimiento en la mecánica estudiantil. Aquellos días de verano, largos y pesados por el calor y la falta de alicientes, se habían esfumado de golpe, como si no hubiesen ocurrido o fueran el vestigio de una época muy lejana. Esa flexibilidad en la percepción del tiempo me parecía uno de los más asombrosos signos de evolución del ser humano. Un minuto de agosto tirado en el sofá de la casa de mis padres me había parecido más largo que las cinco horas que llevaba de birras con mis amigotes.

Puro mecanismo de defensa.

Bosco propuso que nos acercáramos a Los García, un bar que a Urtubi y a mí no nos interesaba porque su único atractivo parecía residir en el fútbolín y el Creador tampoco nos había otorgado esa destreza que Bosco disfrutaba con merecido reconocimiento. El bar nos daba igual, pero en aquella tarde de encuentros, no podíamos negarnos nada. Por supuesto, había una partida en marcha y nuestro amigo colocó una moneda para pillar turno. Como había dos monedas antes que la suya, me fui hasta la mugrienta barra con Urtubi mientras Bosco se apostaba en la cabecera del fútbolín para observar muy atento el juego. Era tan profesional que estudiaba a los rivales antes de machacarlos.

Se nos acercó uno de los hermanos García para ver qué tomábamos. Urtubi no me preguntó y se lanzó a pedir:

—¡Tres garrotazos!

Lo miré extrañado porque no sabía qué era eso. Cuando vi que el camarero sacaba una botella de Martini y otra de Larios con la intención de mezclar sus contenidos, no quise saber más.

No era día para negarse a nada.

Aunque el bar era cochambroso, sus hábiles dueños sintonizaban la MTV en su parabólica para solaz de la muchachada que consumía a esas horas. Salió el *U Can't Touch This* y Urtubi se puso a imitar el paso lateral de baile de MC Hammer. Me hizo llorar de risa, el muy cabrón. Tras la ceremoniosa preparación de los mejunjes, nos acercamos al fútbolín, brindamos con Bosco, que ni movió una ceja ante la extraña petición de Urtubi, y bebimos sin reparar en sed. Las partidas pendientes fueron rápidas porque la pareja de jugadores al mando resultaban imbatibles. Los encuentros se saldaron con dos 7-0 que no dejaban lugar a dudas.

Así que cuando llegó el momento de Bosco, pude ver en su mirada la determinación de ganar a toda costa.

Su compañero era el Sebas, un habitual del local y no menos experto jugador, con el que mi amigo hacía una de las mejores parejas de la ciudad. Aquella partida era de las de altura, máxima tensión, y enseguida me contagié de la emoción, aunque la bola apenas era una mancha borrosa que atravesaba la cancha y estallaba contra los fondos como si quisiera atravesarlos. Los contrarios eran duros de pelar y se pusieron 2-0 a favor sin pestañear.

Bosco, que manejaba portero y defensa, respiró profundamente y caracoleó los dedos alrededor de los mandos, como siempre hacía en las partidas que exigían concentración; en dos rápidos movimientos marcó otros tantos goles impecables que fueron refrendados por el tercero que metió su compañero. Habían remontado, pero nada más sacar de centro, el delantero enemigo marcó con un disparo invisible al ojo humano. 3-3 y una bola más, la última, por jugar. Había corrillo alrededor de la mesa. Sebas se agachó para coger la pelota y miró a Bosco buscando complicidad.

No pudo ni lanzarla. Su mujer irrumpió en el bar dando voces y puñetazos, por ese orden. Por lo visto, llevaba un buen rato esperándolo en casa para no sé qué movida de su madre, es decir, la madre de ella, o sea, la suegra del pobre Sebas, que se fue del local a empujones, humillado y casi huyendo de aquel ciclón de mujer que no dejaba de chillar e intentar tortazos muy locos.

Todos miramos a Bosco, que sostenía en la mano la bola que el Sebas había dejado caer al suelo. La partida seguía en el aire, no podía suspenderse así. De pronto, mi amigo me señaló:

—Venga —dijo mientras ocupaba los mandos delanteros.

No me jodas, Bosco. Negué con la cabeza, abriendo los ojos en señal de súplica.

—Vamos, Pepe —remató sin piedad.

Urtubi se había ido al baño. Bosco sabía mejor que nadie que yo era un inútil del fútbol, pero no tenía donde elegir. Me dedicó la habitual expresión neutra. Sus ojos irradiaban confianza e inspiración. Sólo le faltaba decir:

—Confío en ti, chico.

Mierda. Aquello parecía una de esas putas películas americanas de béisbol con moralina final sobre el afán de superación. No podía dejar a mi amigo en la estacada. Teníamos que ganar. Me quité la cazadora para colocarme como portero y defensa. Casi me extrañó que el público no rugiera ni aplaudiera mi decisión, pero me centré en la tarea. Era nuestro honor el que estaba en juego y aquellos tipos no eran mejores que nosotros. Agarré los mandos y los giré para tantear. Observé alternativamente su portero y el mío, como un jugador de golf calculando el putt; en realidad no sabía por qué coño hacía esas cosas, pero me parecían actos bastante intimidatorios. Bosco esperaba mi señal. Le miré a los ojos para que sintiera determinación, lucha y

entrega. Estaba preparado. Éramos invencibles.

Asentí.

Bosco soltó y disparó veloz, pero el portero contrario desvió el cañonazo. El esférico llegó a mis dominios y pude pararlo en los talones de uno de mis defensas. Sentí que moldeaba el universo con mis manos. Giré la muñeca hacia atrás para hacerme un autopase y que mi portero golpeará la bola con la furia de mil titanes.

La pelota atravesó la maraña de jugadores y chocó contra el fondo. El rebote entró limpiamente en mi propia portería.

Ashes to Ashes **OCTUBRE, 1990**

¿De qué está compuesto el tiempo? ¿Es posible que tuviera un inicio? De ser así, ¿qué había antes del Big Bang? Y sobre todo, ¿qué vendrá después? ¿Se puede acabar el tiempo? Si hablamos de la magnitud física que mide la separación entre dos sucesos, ¿quién marca el final del primer evento y determina el inicio del segundo para saber exactamente cuánto tiempo ha transcurrido entre ambos? ¿Debo decir «cuánto tiempo» o «qué tiempo»? Todo eso pensaba desde que había sonado el despertador, ese cuarto de hora que llamamos «cinco minutos más». Nunca tenía claro cuándo empezaba a contar la prórroga: ¿desde el primer aviso del reloj? ¿En mi primer segundo de consciencia? ¿Nada más apagar el despertador? Del mismo modo: ¿cuál era la señal que marcaba el final de esa dimensión conocida como «perrear» en la cama?

Estaba impregnado del *Historia del Tiempo*, de Stephen W. Hawking, que me había leído en las horas muertas de agosto. Lo malo no es que su terminología científica me empapara vagamente —con resultados confusos en la etapa metafísica de las borracheras—, sino que lo publicitaran como un libro de divulgación dirigido al lector no especializado; el hecho de no entender muchos de sus conceptos hacía que me sintiera bastante torpe. Si me hubieran dado una galletita cada vez que intentaba comprender las leyes de la termodinámica, podría llenar un hangar de galletas, no sé si me explico. Que el texto fuera acompañado de sencillos dibujitos con flechas, conos y ondas «para entender mejor las teorías» magnificaba la dimensión de mi fracaso.

Mi hipótesis es que el inquebrantable optimismo del ser humano rige su relación con el tiempo, las obligaciones y el devenir de las cosas. Cuando alguien despierta antes del pitido del reloj, no habla de «fuerza de la costumbre» o «pavor a llegar tarde al curro»; en un arranque de fabulosa autoconfianza, la gente rebautiza esa anomalía como «despertador biológico». A mí también me ocurría alguna vez, pero estaba convencido de que, en realidad, soñaba que me despertaba y en mi ensoñación faltaban unos minutos para que silbara la alarma.

Tenía que levantarme, pero llevaba un buen rato haciéndome preguntas absurdas sobre el tiempo con la vaga, secreta e inconsciente esperanza de poder detenerlo. Igual que Superman había invertido la rotación de la Tierra volando alrededor del planeta en sentido contrario, yo sólo tendría que orbitar insistentemente sobre la idea de parar el tiempo para detener el universo.

A veces me concentro en ese tipo de ideas absurdas hasta que me duele el entrecejo de tanto fruncirlo.

En ese tipo de despertares pienso que vivir es dormir. La putada es que tenemos

que levantarnos de vez en cuando para pillar el sueño otra vez; despertar es el peaje que pagamos para poder soñar. Tantas vueltas le di a la cama como hecho metafísico que acabé dormido como un bebé. Desperté de golpe, todavía con la mano sobre el despertador, sin saber si habían transcurrido seis segundos, doce minutos o tres horas. Enfoqué la vista a duras penas: nueve y veintitrés minutos de la mañana.

Llegaría tarde a mi entrevista de trabajo.

A principios de año, el ayuntamiento había inaugurado una emisora de radio municipal pensada para cantar las excelencias de la ciudad. La parrilla seguía la estructura de cualquier cadena generalista: despertador matinal de varias horas, magacín de media mañana, noticiario largo, programa de tarde, espacio para tertulia, información deportiva y programación musical durante toda la noche. Aquel dispendio no obedecía a una necesidad real, sólo era otra muestra de la megalomanía del alcalde, cuya mayoría absoluta le permitía hacer a su antojo.

Mi jefe en la revista de la Cámara de Comercio también rascaba de la radio municipal a través de un intercambio de publicidad que, en la práctica, suponía un desembolso de dinero público directo a su bolsillo. El chanchullo era un secreto a voces. En una de sus reuniones mafiosas, el director de la emisora le preguntó si conocía algún periodista joven experto en rock para encargarse de la agenda de conciertos en la ciudad. Por lo visto, les había dado mi nombre, pero algo en su manera de comunicármelo me hizo sospechar que no lo hacía porque confiara en mis aptitudes.

—Me pillaron desprevenido... ¿Un periodista que entendiera de música? ¡Qué cojones voy a saber! Tenía que dar un nombre rápido para que vieran que controlo... ¡Y no se me ocurrió nadie más que tú! No me dejes mal, ¿eh?

Por un lado, se lo agradecía y, por otro, me cagaba en su puta madre.

—Por cierto, les dije que habías estado un año en California, ya sabes, para engordar un poco tu currículum.

Mantuve la sonrisa sin que me viera apretar los puños.

El director de la emisora me había citado a las nueve y media de la mañana para explicarme en qué consistiría mi colaboración. Llegué a las diez menos cuarto, hiperventilado, con la frente perlada y una elaborada disculpa que incluía incidencias domésticas o la inesperada visita a una imaginaria tía, ya mayor la pobre. Si la combinación de ambas excusas no hacía mella en mi interlocutor, inventaría una disputa entre peatones que no había acabado a mamporros gracias a mi casi heroica intervención. Nada de eso hizo falta. Informé al conserje sobre el motivo de mi visita y me indicó desganadamente el camino a la mesa de la secretaria.

La mujer en cuestión, al contrario que su compañero, me escuchó con desmedida atención, como si le revelara la combinación secreta que abría el Arca de la Alianza, pero enseguida comprendí que tanto interés era fruto de su incapacidad:

—Así que una cita, ¿verdad?

—Sí...

—¿Con el director?

—Sí, con el director.

—¿Para hoy?

Empecé a asentir para no seguir diciendo «sí» como un papagayo. Las siguientes preguntas fueron: «¿Seguro?», «¿A las nueve y media?», «¿Viene usted de parte de la Cámara?» y «¿Le importa esperar un momento?». Ocupé el asiento que me indicó y desde allí pude observar cómo abría agendas, consultaba folios y rebuscaba en carpetas, aparentando faena, del todo nerviosa, sin llegar a conclusión alguna. Me dediqué a mi deporte favorito en las salas de espera: calcular cuántas cervezas necesitaría para follarme a la mujer que tuviera más cerca, en este caso la secretaria. No me dio tiempo a concretar un número de birras porque, tras un resoplido de resignación que inundó la estancia, descolgó el teléfono y marcó un número, sólo uno.

—Soy Conchi... Ay, sí, claro —rio nerviosa—. ¿Quién va a ser si no? Mire, que está aquí un cámara comercial. —Levanté la mano, pero cerró los ojos mostrando la palma de la mano en señal de silencio—. Bueno, eso quiero decir, que viene de la Cámara Comercial y me dice que... Vale, muy bien, se lo digo, gracias.

Colgó el teléfono y, aliviada ante la resolución de su pequeño pico de trabajo, me dijo con una gran sonrisa:

—Puede usted pasar.

Alguien había colocado a esa secretaria en un puesto que le quedaba grande a pesar de comportar poca tarea y mínima responsabilidad, pero me bastó una mirada al director para saber que también estaba hecho de ese material pastoso y molesto con el que se fabrican los enchufes. No tengo nada contra los cargos obtenidos por amistad o parentesco, siempre que la incompetencia del privilegiado no interfiera con las tareas asignadas. Todos queremos un funcionario que nos atienda con amabilidad, aunque esa cualidad no se mida en las oposiciones.

Me encontré un orondo señor de edad indeterminada, más calvo que peludo, con una camisa abrochada hasta el último botón que le oprimía la papada de un modo insalubre. Su americana también quería abrazarlo del todo sin lograrlo y el nudo de su corbata naranja era ancho como un babero. Parecía que llevaba un cono de tráfico colgado del cuello. Un diario local enemistado con el alcalde había publicado recientemente que aquel animal cobraba casi quinientas mil pesetas mensuales por

este cargo, al que había accedido por ser el hermano mayor del yerno del regidor.

Todo fenomenal.

Se estaba encendiendo un puro con gran aparato de llamaradas, aspiraciones y humo. Con la brasa a punto, me indicó que ocupara la silla delante de su enorme mesa y, apretando la barrigota contra ella, me tendió la mano.

—Bueno, bueno, muchacho, así que eres todo un experto en la música moderna, ¿verdad?

Asentí esperando cualquier cosa.

—¿Sabes qué dijo Frank Sinatra en los cincuenta?

Parecía una pregunta retórica y supuse que a renglón seguido me daría la respuesta, así que permanecí en silencio.

—¿Lo sabes o no? —inquirió impaciente.

—¡No, no lo sé! —respondí, asustado por su urgencia.

—Pues dijo que el rock and roll es la forma de expresión más fea, brutal y depravada que hubiera tenido la desgracia de escuchar... —Me miró esperando una reacción—. ¿Y sabes qué?

Señor, llévame pronto.

—¿Qué?

—¡Que estoy de acuerdo!

Al momento estalló en una carcajada estruendosa que fue mutando de risa exagerada a tos mugrienta. Todo un número. Una vez calmado y repuesto de su sonoro ataque de humor y carraspera, me explicó los términos de la colaboración. Tendría que acudir cada viernes al magacín matinal para contar en unos quince minutos la agenda de conciertos del fin de semana, aportando fragmentos de música de los grupos o cantantes, incluso con alguna declaración telefónica de los intérpretes. También debería acudir los lunes al programa de la tarde para ofrecer una breve crónica de cómo habían ido esos conciertos, pero vamos, sin entrar en muchos detalles, una visión genérica, una especie de resumen de las actividades rockeras de la ciudad. Insistió en que lo más importante era nombrar claramente esos locales que ofrecían música en directo.

El curro sonaba de la hostia.

—Nada, ya ves, media hora semanal, y te llevas cuatro mil quinientas pesetas limpias al mes, ¿qué te parece?

Mierda.

Protesté en formato de duda razonable para que no se me notara la mala hostia. Le expliqué que a esos dos cuartos de hora por semana habría que sumarle la preparación, escribir los textos y buscar las canciones, o localizar a los músicos, y que todo eso conllevaría varias llamadas de teléfono. Asintiendo mecánicamente para que pareciera que me prestaba atención, el director levantó varios papeles de la mesa

hasta dar con su Portfolio, una agenda electrónica que Atari promocionaba como «el compatible de bolsillo» al nada despreciable precio de cincuenta mil pesetas. Era la primera vez que veía uno en la vida real. Lo conocía bien por el «calendario para los próximos sesenta años» que tanto destacaban en sus anuncios en prensa y que nos daba para todo tipo de bromas: «Dios mío, tengo dentista dentro de cincuenta y cuatro años, ¡menos mal que puedo apuntarlo en mi Portfolio!».

De vez en cuando levantaba la cabeza para mirarme y demostrar que me seguía el hilo, pero se notaba que aquella cháchara no le interesaba. Empezó a teclear muy serio en aquel absurdo miniordenador. Quiero pensar que no lo hizo por desestabilizarme, sino por puro aburrimiento, o quizá porque en aquella memoria de 128 kB estaba toda su vida, o puede que no tuviera ni un dato introducido y sólo trasteara con la máquina, pero me descolocó hasta dejarme sin argumentos.

Al sentir mi silencio, inició su previsible letanía de justificaciones: esta emisora es un proyecto nuevo, cargado de ilusión y con mucho futuro por delante, no es fácil abrirse camino entre tanta competencia, todos tenemos que arrimar el hombro y yo mismo debería valorar la proyección personal que esta oportunidad supondría para mi currículum.

¿Por decir esas tonterías se embolsaba medio kilo al mes?

No lo dije porque, fiel a mi optimismo de pez, sin memoria ni previsión de futuro, empecé a imaginar las posibles ventajas: hacer la agenda musical de una emisora de radio, aunque fuera tan mierda como aquella, me proporcionaría entradas para los conciertos y discos por la cara. Llamaría a las compañías para solicitar entrevistas, y ellas me pondrían en contacto con los mánager, y esos contactos irían creciendo con el tiempo. Me invitarían en los garitos. Entraría al local con la banda, formaría parte del séquito, los músicos me colmarían de atenciones para que los anunciara cada viernes y los glorificara los lunes.

Mientras el inepto aquel desgranaba sus excusas para pagarme una miseria, mi espiral de imaginación ya me había llevado al avión privado de los Stones, pásame el vodka, Keith. La última frase del director de la emisora me trajo de nuevo al mundo:

—Pero bueno, digamos cinco mil pesetas al mes, ¡de ahí no subo!

—¿Cuándo empiezo?



La vida en común con mis compañeros de piso seguía el mismo tranquilo devenir del curso anterior. El mutuo y natural respeto hacia las pocas y estrictas normas establecidas por Jandro nos transportaba a una armonía que muchos matrimonios tardaban años en alcanzar. Ya he comentado que su desidia catódica me permitía

disfrutar del televisor a mi antojo, y aquel otoño iba a necesitar, más que nunca, vía libre con el mando. No porque la presencia de las cadenas privadas hubiera propiciado una oferta alucinante e inabarcable, sino porque todas ellas, mirándose de reojo, habían llevado el erotismo televisado a su máximo esplendor.

La repentina impregnación voluptuosa de las parrillas me pilló con el ánimo adecuado, esto es, sin novia, para enfrentarme a la titánica tarea de verlo todo en beneficio de unas pajas más lustrosas. La cadena que con más fervor se entregó a la causa lúbrica fue Telecinco; además de su inclinación hacia los escotes y muslos porque sí gracias a las Mama Chicho, había estrenado *Erotísimo*, *Playboy Magazine* o el *¡Ay, Qué Calor!*, adaptación de aquella especie de concurso que había visto en verano con varias jamelgas haciendo fugaces topless. La versión española acababa siendo tan blanda y decepcionante como la original, siempre quedándose lejos de la lasciva imaginación que nos disparaban aquellas potrancas. Como propenso que era a la dispersa ensoñación, ayudado también por la pesadez de los tiempos muertos entre ubres y mamas, me gustaba imaginar las vidas de esas mujeres espléndidas. Lo que me parecía gesto de timidez en alguna de ellas quizá se debía a una congénita falta de gracejo, pero achacaba esos mohínes a una insuperable vergüenza. La bella adquiría trágica consciencia del pequeñísimo paso que esa pantomima suponía en su carrera de actriz. En ese momento, yo era el héroe que la sacaba del sórdido mundo de los platós, pero justo entonces, llegaba el fin de la cortinilla, abrían los sujetadores y botaban los pechos pizpiretos, diciendo que sí, que todo está bien, que viva la vida. Y me quedaba en blanco y me reiniciaba como la fotocopiadora de la facultad, que había que apagarla y encenderla de nuevo para que funcionara, y decidía que la siguiente semana no vería el programa, y esa decisión era irrevocable hasta que llegaba otra emisión y mi despertador biológico de erecciones gritaba que en Telecinco se avecinaban tetas.

TVE se apuntó al festín con películas eróticas como *Emmanuelle* o *Calígula*, aunque jamás podría olvidar la noche, cuatro años atrás, en la que la cadena pública emitió *El Imperio de los Sentidos*. El evento me pilló por sorpresa y de visita en casa; mi madre se había acostado antes de tiempo y mi padre y yo empezamos a ver aquella película sin saber a qué nos enfrentábamos. Recuerdo el silencio sepulcral entre ambos. Como era habitual, yo estaba en un sillón algo más cerca del televisor y durante la película no fui capaz de mirar a mi padre, que no hizo ni uno de sus habituales comentarios jocosos. Nos pudo más la curiosidad que la vergüenza, y ahí aguantamos, inmutables y estoicos, reaccionando ante los polvazos nipones como duques británicos en un palco de Wimbledon.

Pero ahora, el Ente se apuntaba a la ola erótico-festiva con el magacín *Un Día Es Un Día* que presentaba Ángel Casas y que siempre terminaba con un striptease, o *Hablemos de Sexo*, presunto consultorio divulgativo conducido por la tristísima Elena

Ochoa y dirigido por el siniestro Chicho Ibáñez Serrador. Que el creador del *Un, Dos, Tres* estuviera detrás de un programa de sexo, además de conceder cierta perversión a su rancio regusto por las azafatas con muslotes, era como si hubieran pillado a Miliki vendiendo farlopa en la puerta de un colegio.

A las dos cadenas privadas que empezaron a emitir ese mismo año, se les había unido Canal Plus, una televisión de pago que ofrecía parte de su programación de manera gratuita, una modalidad que ellos denominaban «en abierto» y que estaba compuesta por informativos, videoclips o alguna sitcom como *Primos Lejanos*, frente a la emisión «codificada» de las películas de estreno sin anuncios o las retransmisiones de eventos deportivos. Ese momento cruel en el que la imagen nítida se convertía en una tormenta de nieve aderezada por un sonido distorsionado de alfileres entrechocando me recordaba cuando en los aviones corren la cortina para separar la clase preferente de la turista.

Pero Canal Plus también emitía películas pornográficas. Nada de tetas furtivas y polvos simulados, largometrajes explícitos con primeros planos de las genitalias y sus correspondientes secreciones. Porno, puro y duro. Un amigo de Urtubi se había encontrado una madrugada con *Azafatas Americanas*, una peli en la que las chicas eran más americanas que azafatas. Poco después, un artículo en *El País* anunciaba la emisión semanal de una porno que empezaría ese mismo jueves con *Educando a Jamie*.

Codificado, claro.

Por pura curiosidad, encendí la tele esa noche. En efecto, llegó con puntualidad la película y toda la pantalla era un lío de rayas difusas, sombras imprecisas y contornos desdibujados con una música que sonaba a gatos en celo arañando una pizarra.

Pero de repente, ocurrió algo.

En la primera escena explícita de la película, observé que se entreveían las formas genitales y las coreografías aprendidas. Bastaba desenfocar levemente la vista para que mi memoria sensorial rellenara esas sombras y recolocara los contornos. Era como mirar a través de un visillo arrugado, pero se podía percibir, sin mayores obstáculos, si una polla era chupada, meneada o introducida en según qué orificios. Los gemidos metalizados también contribuían a mejorar el cuadro. Escuchado en frío sonaba como el polvo de dos robots oxidados, pero una vez metido en harina codificada, se podía distinguir si berreaba el macho, gruñía la hembra o jadeaban ambos.

Aquello me ponía. Mi cuerpo lo corroboró con una inesperada erección.

Me sentí pervertido y bajonero. Debía de ser el único español al que una porno codificada le daba para paja.



Siempre me ocurría lo mismo, desde hace años. Quizá fuera una melancolía estacional, la disminución de la luz diurna o una simple caída emocional tras la excitación del inicio del curso, pero en octubre o noviembre experimentaba un puntual descenso en mi habitual entusiasmo. Pensaba entonces que el optimismo que exhibía el resto del año era tan injustificable como este amago de desconsuelo otoñal, y esa incertidumbre me mantenía introvertido durante varios días. La certeza de que en poco tiempo se me pasaría no evitaba que anduviera enfurruñado, hostil y poco receptivo. Urtubi se mosqueó la primera vez que me vio así, pero al siguiente año no le dio importancia, simplemente lo dejó estar. Si Bosco llegó a darse cuenta de mi alteración puntual, no lo expresó de ninguna manera perceptible.

Apenas había gente esa tarde en El Mundo. Yo ocupaba una de las mesas leyendo en el periódico un reportaje sobre la *Ulysses*, una sonda espacial lanzada en octubre por el transbordador *Discovery* para estudiar la atmósfera solar. Los científicos calculaban que la misión se aproximaría a Júpiter en dieciséis meses y desde allí viajaría dos años más antes de sobrevolar los polos del Sol. Yo no podía ni adivinar dónde estaría dentro de tres semanas, pero la *Ulysses* sabía lo que haría cada día durante los próximos cuatro años: viajar sin descanso alejándose de la Tierra, camino del Sol. Su trayecto, además, tenía una meta, un fin, una aportación valiosa para la humanidad. Quise imaginarla en ese mismo instante, envuelta en el abrumador silencio del espacio, avanzando a gran velocidad hacia Júpiter.

Y me vislumbré sentado en un pequeño asteroide inmóvil en mitad de la nada.

De repente, se me acercaría esa deslumbrante pieza de tecnología de tres metros y trescientos sesenta y seis kilos de peso, según el periódico, aunque en los gráficos pareciera una simple bujía gordota. Distinguiría sus paneles, antenas e instrumentos mientras me pasaba silbando por encima, obligándome a agachar la cabeza por puro instinto. Después se perdería en la negrura del universo, en dirección al Sol. Cuando llegara a su destino, cuatro años más tarde, puede que yo siguiera allí, sentado en ese fragmento de roca que era la mesa de El Mundo que ahora ocupaba, sin otra tarea que vislumbrar naves que saben de dónde vienen y hacia dónde van, como un náufrago incapaz de salvarse porque ha asumido que nadie le echará una mano.

La *Ulysses* molaba mucho más que yo.

Y encima estaba cubierta de escudos de protección térmica compuestos por veinte capas de kapton revestidas con óxido de indio.

Lo bien que me habrían venido entonces, que ya refrescaba.

Miré a mi alrededor. Ernesto hablaba bajito y enfrascado con un cliente al fondo de la barra. Había una pareja al principio de la misma sin mucha conversación y un profesor de la facultad que miraba la taza del café que se acababa de tomar. Aquel decorado y sus habitantes jamás le inspirarían el *Nighthawks* a Hopper, pero, al mismo tiempo, había mucha verdad en su cálida cutrez, una falta de impostura que lo convertía en un inexcusable fragmento de realidad. El cuchicheo de Ernesto, la incomunicación de la pareja, la soledad del profesor y mi propia tristeza parecían estar unidos por hilos invisibles que nos sostenían en pie. También conocía esa sensación de previos bajones otoñales, una extrema sensibilidad que, como un renacuajo chapoteando en los restos de una charca africana, rozaba lo cursi en un puro intento de sobrevivir.

Empezaba a sentirme mejor.

Urtubi entró en el bar con su habitual ímpetu. Se sorprendió al verme sentado, solo y cerca de la puerta, pero evitó cualquier comentario irónico porque sabía que yo andaba algo torcido esa semana. Señaló la silla vacía:

—¿Puedo?

Urtubi pidiendo permiso, respetando mi injustificado agobio, sentándose en silencio sin decir una palabra de más, mirando al vacío, cediéndome cualquier iniciativa de conversación, dejando claro que no había prisa, presión o necesidad de hacerle caso. Urtubi demostrándome con su actitud una amistad verdadera, sin fisuras ni compromisos. Como debe ser.

—¡Ronda deportiva! ¡Minuto y resultado! —dije para romper ese hielo.

—¡Gol en Ipurua! —respondió con una franca sonrisa de bienvenida.

Quién sabe, a lo mejor, la sonda *Ulysses*, brillante y metálica, se estrellaba en ese momento contra una luna de Júpiter. Heroica y bella, pero sola e inútil, ya olvidada mientras su cubierta de kapton se desintegraba en millones de fragmentos inapreciables.



La universidad organizaba cada año una cena de bienvenida a los Erasmus que habían elegido nuestra ciudad. Se trataba de una celebración informal en el salón de un gran restaurante a las afueras, en el que se disponían largas mesas repletas de bandejas con un variado y anárquico picoteo consagrado a perpetuar en la mente guiri el tópico español: embutidos, quesos, calamares, mejillones, tortillas de patata, cazuelas de callos y raciones de paella, regados con tubos de cerveza, vinorro tirando a malo y jarras de sangría infecta. Se suponía que aquel dispendio era para los estudiantes extranjeros y varios profesores de nuestra universidad, pero un grupo de veteranos

alumnos nativos estábamos atentos a cualquier indicio de juerga por la cara. Como era un evento informal cuya asistencia no era obligada para los becados, solían avisarlos poco antes, incluso el mismo día, para que estuvieran a una hora concreta delante de la facultad. Los descarriados más avezados habíamos desarrollado un sentido arácnido que detectaba el papeo gratis. Como en los dos años anteriores, me colé con Urtubi y dos colegas más en uno de los autobuses contratados por Extensión Universitaria para la ocasión. Bosco no apareció; la Wendy le había avisado esa misma tarde de que estaría sola en casa porque a su novio le había salido un viaje inesperado.

Lo bueno de la bacanal no sólo era cenar y beber a todo tren, también funcionaba para seleccionar a los Erasmus más divertidos, viciosos y cachondos que nos enviaba Europa. Claro que, para ser justos, muchos de esos estudiantes, tanto ellos como ellas, ya venían con predisposición a la juerga, el droguerío y la cópula. Lo malo es que las cogorzas eran tan monumentales que al día siguiente casi nadie recordaba caras, nombres o citas.

A veces me preguntaba por qué la universidad sufragaba aquella cena que solía acabar como el rosario de la aurora. Podía haber parecido una buena idea el primer año, antes de comprobar el ansia de beber que traía la promoción que estrenó el programa Erasmus, y aunque la borrachera de la nueva remesa de estudiantes al año siguiente había dejado en pañales a la primera, seguían organizando ese desenfreno, como si la propia institución quisiera empantanar el cerebro de los visitantes en alcohol para que hablaran maravillas de nuestro país al volver al suyo.

Recuerdo que en una de esas cenas, cuando el veneno de la sangría había empezado a alterar los ánimos de aquellos veinteañeros que jamás habían probado la combinación letal de vino con frutas y azúcar, me encontraba en la entrada del restaurante charlando con Arturo, cuando una estudiante irlandesa, visiblemente colocada, nos separó con ambas manos como si fuéramos las puertas de un saloon del Oeste para salir al exterior, pero en esa operación tropezó en el bordillo y cayó como un fardo golpeándose contra la acera. La ayudamos a levantarse y escupió medio diente sin dejar de reírse, aunque enseguida empezó a llorar. Y a reírse de nuevo. Y llorar otra vez.

Así todo.

Los pocos profesores presentes asistían a la procesión del desfase como si bendijeran tanta indecencia, y esa relajación ante las borracheras me parecía más española y genuina que cualquier otra manifestación de hospitalidad. Más de una vez los saludaba con demasiada efusividad; los abrazaba agradecido por el ejemplo que nos daban a las nuevas generaciones y, por qué no admitirlo, porque llevaba una cordial melopea que promovía la amistad, no sólo entre las naciones europeas,

también entre catedráticos y discípulos, claro que sí.

Antes del banquete, el vicerrector excusó la presencia de la rectora de la universidad y la suya propia en el ágape posterior debido a una cena de trabajo. Ofreció un pequeño discurso de bienvenida en español e inglés, pidió disculpas por no hacerlo en los otros idiomas que se hablaran en la sala y nos concedió permiso para lanzarnos a por las viandas, cosa que los españoles hicimos con una celeridad próxima al ansia y una desinhibición cercana a la grosería. Los estudiantes extranjeros, poco familiarizados con las muestras de glotonería en público, procedieron a beber vino, cerveza y sangría, bien por separado o en ese orden, ajenos, o quizá no, al hecho irrefutable de que la ingesta de alcohol sin el debido forraje estomacal acelera la posterior merluza.

Poco a poco, de manera inconsciente, subió el volumen de las conversaciones. La nula acústica del salón, enturbiado además por un débil hilo musical en el que me pareció escuchar *Soy un Truhán, Soy un Señor* de Julio Iglesias, no contribuía al buen entendimiento, y la exaltación etílica hizo el resto hasta llegar a ese instante en que tú mismo te das cuenta de que estás hablando a voces, y al callarte, tomas consciencia de la espesa y molesta masa de ruido que llena el local, pero vuelves a hablar muy alto para superar esa pelota de murmullos. Había entablado animada conversación con un heterogéneo grupo de guiris compuesto por dos alemanas, dos holandesas, una danesa y dos irlandeses. Si pudiera elegir, me follaría a las holandesas sin dudar y a las alemanas sólo si ellas me lo pidieran. La danesa me daba igual, pero tras un arduo debate conmigo mismo decidí que sí, que me la tiraría sólo después de haberme follado a las otras cuatro. Cómo se nota que preveer polvos es gratis.

La nórdica, inmune al sentido del ridículo a la hora de hablar nuestro idioma — cosa que envidiaba en todos los guiris que nos visitaban—, tuvo los huevazos de contar un chiste en español.

—¿Qué dice Blancanieves a un Pinocho si ellos hacen el 69? ¿Sabéis?

Nos quedamos en silencio esperando el colofón de la broma. Se lo tomó con calma, nos miró uno a uno y remató:

—Mentírame, Pinocho, ¡mentírame!

Urtubi se rio aparatosamente, más por el lapsus gramatical que por el chiste en sí. Supe que a partir de entonces usaríamos esa expresión como guasa recurrente.

Al cabo de un rato, la holandesa más guapa me preguntó que dónde había aprendido a hablar inglés. Me lo tomé como un elogio, pero cuando le dije, algo ufano, que había estado un año en California, añadió, sorprendida, que mi acento parecía turco.

Me puse muy colorado para que se sintiera mal. No funcionó.

De repente, sin venir a cuento, Urtubi empezó a bailar salsa con una de las alemanas. Conocía bien esa treta y sabía, por él mismo, que le servía para arrimar

cebolleta y romper hielos. La guiri se reía como una hiena en cada giro, dejándose llevar, aunque ni ella ni su bailarín tuvieran nociones básicas. Urtubi levantaba la mano de la chica por encima de su cabeza obligándola a girar para pegarse a su espalda al acabar la vuelta. Era más bien una llave de judo cachondo que un paso de baile salsero. Al cabo de dos giros tenía su lengua dentro de la boca de la extranjera y al momento ella le tomó ventaja en el morreo. Miré a los irlandeses como si estuviéramos jugando a las sillas y acabaran de quitar la música, pero la danesa también se dio cuenta y se abalanzó sobre uno de ellos, mientras el otro se arrimaba a una de las holandesas. Toda esa operación de reajuste duró apenas una centésima de segundo que percibí en cámara lenta, en parte ayudado por esa destreza para la anticipación que había desarrollado gracias al Tetris y en parte porque mi propia incapacidad me atenazaba a la hora de tomar ese tipo de iniciativas. La alemana que había quedado libre, con la que apenas había hablado en toda la noche, preguntó entonces que dónde estaba el baño. Al escuchar su pastosa pronunciación y enfocar su mirada ausente comprendí que apenas había articulado palabra debido a la monumental borrachera que habitaba su cuerpo. Ante la perspectiva de quedarme a solas con la holandesa más guapa y menos cordial, una fuerza desconocida tiró de mí.

—¡Yo te acompaño! ¡Sígueme!

¿Por qué seré tan inútil?

Me abrí paso a través de la multitud vociferante, con la guiri pisándome los talones. Cuando frené en seco para cederle el paso a un camarero que transportaba una bandeja cargada de vasos vacíos, la alemana chocó despacio contra mi espalda e, instintivamente, me abrazó desde atrás. Sentí sus tetas contra mí. Se sentía a gusto y allí permanecemos, no mucho, porque al momento me dio vergüenza estar en medio del salón, recto y erguido como si fuera un guardia del palacio de Buckingham abrazado por una turista achispada que pegaba su rostro a mi espalda en actitud de echarse una cabezadita.

Me deshice del nudo, pero no de su mano, que sujeté con firme delicadeza para tirar de ella y que con ella vinieran la muñeca, el codo, el torso, las piernas y toda la guiri en dirección a los baños. Franqueamos por fin la primera puerta genérica en la que se leía LAVABOS y nos detuvimos frente a las que, en un alarde de información precisa, indicaban HOMBRES y MUJERES. No hizo amago de entrar. Sólo me miró de manera extraña, como si acabara de reparar en mí y nunca hubiéramos atravesado juntos aquel mar de gente. El tránsito de personas entrando y saliendo del baño era continuo, pero nos convertimos en una fotografía inmóvil en medio del trasiego. En mi lugar, Urtubi habría iniciado la maniobra de morreo hace siglos, pero mi pánico al rechazo hacía que hasta el alcohol perdiera su efecto euforizante.

Ella me besó.

Menos mal. Si dependiera de mí, igual nos habríamos tirado allí hasta la siguiente glaciación.

Su ataque fue tan atropellado que en el primer impulso entrechocaron nuestros dientes, pero no le di tiempo a quejarse, porque esa señal había sido como un pistoletazo de salida, nunca mejor dicho. La luz verde de su beso puso en marcha el bólido que ahora repasaba sus labios y lengua, apretándome contra ella mientras me sujetaba la cabeza y me devolvía los morreos con una pericia nada desdeñable, y le empujaba con todo, y cuando digo todo también me refiero a la entrepierna, que me frotaba contra la suya. Nos besábamos en el pasillo de los baños de un restaurante de las afueras, rodeados de extranjeros borrachos que pasaban a nuestro lado sin importarles la intensidad de nuestro magreo. Qué bonita sería una foto en blanco y negro de aquel arrumaco, con los peatones difuminados y nuestra imagen reflejada en las huellas mojadas que dejaban los guiris sobre las baldosas blancas de los lavabos casi inundados.

Puede que nuestros descendientes pelearan en los tribunales por los derechos de esa instantánea si, con los años, se hiciera famosa en el mundo entero.

Pero ahora mismo, la alemana me apartó de golpe y volvió a mirarme con un gesto nuevo, más profundo y serio. Con una determinación que achacó a la tónica marcialidad teutónica, clavó sus pupilas en las mías como si sus ojos encendidos gritaran en silencio. La telepatía debía de ser en alemán porque no me estaba enterando, así que me agarró de la mano para guiarme al baño de HOMBRES. Abrió la puerta sin contemplaciones, pasó por delante de los urinarios sin que ninguno de los tíos que los usaban repararan en ella y tanteó los váteres individuales hasta dar con uno libre. Me introdujo casi a empellones, cerró la puerta y me desabrochó el cinturón sin quitar sus ojos de los míos. La seriedad del gesto, la urgencia del sexo y la destreza de sus manos me pusieron a cien por hora. En menos tiempo del que hubiera imaginado, me desabotonó la bragueta, sacó la polla por encima de los calzoncillos y empezó a chupármela como si quisiera erosionarla. Me apretó el palo con la mano derecha mientras lamía el capullo, proporcionándome un calor suave regado de saliva. Con la intención de inclinar toda mi cadera contra su cara, apoyé la mano izquierda en la pared de enfrente, pero observé que una cucaracha rubia trepaba tranquilamente por el tabique en dirección a mi brazo. El sobresalto me duró poco porque podía más el calentón que el asco, así que retiré la mano, cerré los ojos y agarré su cabeza para tirar de la alemana hacia mí. Respondió apartándose lo justo y aflojé la presión pensando que seguiría haciendo fuerza hacia atrás, así que volví a follarle la boca.

Pero no calculé bien.

Me apartó violentamente mientras la primera arcada de vómito salía, espesa y

amarillenta. Por puro instinto giró la cara lo suficiente para que la regurgitación surgiera, diáfana y concentrada, hacia la taza y no hacia mis muslos. Lo malo es que no me había dado tiempo a retirar del todo la polla antes de que brotara el pastoso chorro de bebida y comida a medio digerir. Me bañó el capullo en vómito. Mi erección parecía uno de esos faros desafiantes en medio de la tormenta, soportando las gigantescas olas de pota que rompían contra su estructura. Era como acercarse a la punta del nabo al surtidor de una fuente de bilis, amargor y tropezones.

La segunda arcada la dirigió íntegra al interior del váter, cosa que también hizo con la tercera náusea. El olor era repugnante e intenso, igual que toda la situación. Celebré la presencia de papel higiénico en medio de aquel marrón como el moribundo que intuye vida más allá de la agonía. Tiré del rollo, le di un puñado a ella, limpié los restos de papilla que aún coronaban mi ya evidente flacidez y me abroché los pantalones a toda velocidad.

Es curioso cómo toreamos el asco y la aprensión en momentos de máxima supervivencia.

Salimos de puntillas, no por no hacer ruido sino por esquivar el contenido de su estómago, tan fuera de lugar en el suelo, y nos acercamos al lavabo. Nadie parecía haberse dado cuenta del drama que acababa de suceder en tan reducido espacio. Supuse que el volumen alcanzado por las voces, el ruido del movimiento continuo y el murmullo subido de tono habían apagado las arcadas de mi compañera. Comprobé aliviado que, quitando algunas salpicaduras en mis zapatillas, no se apreciaba resto alguno de vómito sobre mi ropa. Tampoco ella tenía a simple vista ninguna mancha delatora, aunque la súbita palidez de su rostro realzaba unas ojeras nada favorecedoras. Se enjuagó la boca y salió disparada hacia el baño de MUJERES buscando un entorno más amable donde reponerse, sin mirar atrás ni despedirse de mí.

Dudé si esperarla o no, pero decidí reintegrarme en la multitud del restaurante y pillar uno de los autobuses que ya volvían al centro de la ciudad.

Seguro que al salir del baño daría gracias al cielo si no me veía.

Danke schön.



Me tomé en serio mi pequeño trabajo en la emisora de radio, porque, como había intuido, empecé a sacarle unos rendimientos que iban más allá del misérrimo sueldo que me pagaban cada mes, por cierto en metálico y sin recibo alguno. Aquella emisora no la escuchaba ni dios, pero eso no tenían por qué saberlo los grupos que venían a tocar a la ciudad. Aunque los promotores locales sí estaban al tanto,

agradecían cualquier difusión y me facilitaban datos, discos y, lo más importante, entradas. Los garitos donde se celebraban los bolos también me veían como un altavoz para esos conciertos, y como la pasta gansa la sacaban de las copas, empezaron a invitarme de vez en cuando a alguna birra. Ni unos ni otros me escuchaban, ni siquiera conocían la frecuencia de la emisora, todos jugábamos a que yo tenía un papel con frase en la farsa del rock local. Urtubi disfrutaba con nuestra condición de miniestrellas, aunque nunca le llegaba el momento de oír mi colaboración, una indolencia que explicaba con toda franqueza:

—¡Mierda, siempre se me pasa!

Cuando se lo conté a Bosco, susurró un «enhorabuena» que me supo a gloria porque parecía sincero, a pesar de lo que añadió a renglón seguido:

—Lástima que nunca oiga la radio.

Eran mis amigos.

Pero el más gratificante beneficio de mi integración en las ondas me llegó por teléfono y de donde menos lo esperaba:

—¡Pero hijo! ¿Que vas a trabajar de locutor? Bueno, ¡qué alegría más grande! ¡Ya verás cuando se lo cuente a tu padre!

Joder, nunca cinco mil pesetas habían dado tanto de sí.

Mi trabajo consistía en lo que me había explicado meridianamente el mendrugo del director. Los viernes tenía que estar en la emisora a la una de la tarde para intervenir en el magacín matinal cuando a su presentadora le pareciera bien. La individuo en cuestión era sobrina del alcalde, parentesco que no dudaba en recordar en directo refiriéndose al regidor como «mi tío». Fuera de micro, aseguraba que los oyentes agradecían esos toques de sinceridad. Es decir, pensaba que aquel programa tenía algún tipo de audiencia, lo cual ya indicaba su avería mental. Que se hubiera empeñado en llamarlo *Su Ciudad* corroboraba cierta incapacidad para detectar o realizar juegos de palabras. Pronto me avisaron de que no se me ocurriera hacer ninguna bromita con la palabra «suciedad».

El primer día estaba algo nervioso, a pesar de ser consciente de la nula trascendencia de cualquier cosa que hiciera o dijera frente a aquel micrófono. Que la locutora no me diera paso hasta las dos menos cuarto porque alargó sin motivo aparente una entrevista a una alfarera no ayudó a tranquilizarme. Que cuando por fin llegó mi turno me presentara como Pedro tampoco me relajó. Y que no dejara de pintarse las uñas durante mi intervención no me hizo las cosas más fáciles. Como bautismo de fuego estuve peor que mal, balbuceando y liándome con los papeles — en un arranque de inexperta previsión había escrito mucho más texto del necesario—. Apenas tuve tiempo de que sonaran dos canciones cuando había aparecido con tres singles, un CD y dos elepés. Lo bueno fue que aquel mismo día entendí que podría aplicar mi implacable ley del mínimo esfuerzo a esta tarea; bastaría con leer

claramente la agenda de conciertos —quién, dónde, a qué hora, precio de la entrada—, dar algún dato a vuelapluma e intercalar dos canciones, tres a lo sumo.

Radio goo goo. Radio ga ga.

Mi labor en la tarde de los lunes iba a ser igual de sencilla y desesperante, aunque por motivos distintos. El programa se llamaba *Tarde, Bien y Siempre* y lo presentaba el hijo de una concejala; además de una explosión de creatividad, aquella emisora era un canto al nepotismo. El tipo era viejoven o joveniejo, no quedaba claro si era su traje el que le avejentaba la cara o al revés. Mi labor sería resumir lo que había sido el fin de semana en cuanto a conciertos; el director había insistido en que no entrara en detalles, que valía con repasar la sucesión de bolos y, sobre todo, los locales donde se habían celebrado. Lo bueno es que el guión del viernes me valía tal cual para el lunes.

Lo malo era el presentador.

Si la de la mañana mostraba una insultante desidia hacia mi labor, el locutor de la tarde se empeñaba en intervenir, interrumpiéndome a saco y metiendo baza, pero siempre para quedar por encima, como si sufriera un insoportable síndrome de inferioridad que le obligaba a matizar, ampliar y mejorar cada uno de mis datos. Lo más sorprendente es que lo hacía sin tener ni puñetera idea, hablando de oídas, aventurándose sin sonrojo desde la ignorancia más absoluta, con esa prepotencia del negado que sabe que está mintiendo o fantaseando, pero que es incapaz de callarse. En mi segunda intervención mencioné el concierto de un grupo que hacía versiones de los Beatles y me interrumpió en seco:

—¡Ah, los cuatro de Liverpool! —Como buen idiota presuntuoso que era, le gustaba rellenar sus frases con expresiones tópicas y gastadas por el uso—. Te diré una cosa: creo que perdieron frescura con su último batería.

Me quedé pálido. Llegué a dudar si los Beatles habían probado algún otro percusionista. No supe qué decir.

—No me mires así, hombre, ¡que sólo es una opinión! Venga, ¿qué otros conciertos has visto este fin de semana?

Entonces todavía no conocía la ilimitada burricie de aquel elemento. Con el tiempo comprendí que le sonaría algo sobre el batería que los Beatles tuvieron antes que Ringo y eso le bastaba para inventarse que uno le gustaba más que el otro. Como no tenía ni idea de sus nombres, había dicho «el último». Así de simple. Quién sabe, puede que esa combinación de incultura y descarro fuera en realidad un superpoder que, además de hacerle inmune a la vergüenza, le otorgaba una felicidad inalcanzable para el resto de los humanos.

La mera puesta en marcha de la emisora la había colocado en los listados de envíos promocionales de varias discográficas. Cada semana llegaban por correo unos

cuantos álbumes y singles, algunos en vinilo, la mayoría en formato CD, que el propio bedel, a falta de una tarea más relevante, se dedicaba a etiquetar y archivar con su correspondiente ficha. En ocasiones se le acumulaba el trabajo, y yo, con la excusa de buscar alguna posible canción para mis dos secciones, revolvía en los pendientes de registro. Desde el primer día decidí que compensaría mi parco sueldo llevándome discos sin decírselo a nadie más que a mi conciencia. Me parecía justo y necesario, todo un acto de solidaridad con el más pobre de la emisora, que sin duda era yo. Pero la música que llegaba a aquel reducto provinciano era tan ratonera que me costaba sudor y lágrimas encontrar discos apetitosos. Tuve que obligarme a robar canciones detestables para compensar el agravio.

En el pecado llevaba la penitencia.

Con la práctica llegué a dominar los tiempos en el micrófono, me soltaba en directo, ignoraba a la loca de los viernes y toreaba al bobo de los lunes. Y eso que ambos ponían a prueba mi paciencia usándome de comodín a su conveniencia. Si no les apetecía cortar una de sus plúmbeas entrevistas, me tenían esperando el tiempo que consideraran oportuno, y si andaban escasos de temas, alargaban mi sección sin previo aviso. Un viernes le fallaron dos entrevistas a la sobrina del alcalde y decidió rellenar el programa conmigo. Aquel fin de semana tocaba un grupo de Vigo que reconocía influencias de los Clash y, por pura casualidad, me había llevado el CD del *London Calling*. Cuando empecé a hablar de Joe Strummer y Mick Jones, la presentadora de *Su Ciudad* se levantó de la silla muy despacio para no hacer ruido, me hizo el gesto universal de girar el índice para indicar que siguiera hablando y, literalmente, se fue del estudio. Podía verla al otro lado de la pecera, detrás del técnico, hablando por teléfono. Estuve casi media hora pinchando canciones de los Clash, contando de memoria su historia y hasta rememorando el concierto al que había acudido seis años atrás en San Francisco. De repente, la tipa entró con otra señora, me cortó en directo por lo sano y presentó en antena a aquella invitada como profesora de ganchillo.

Esa misma tarde me acerqué a El Mundo y Ernesto me saludó a voz en grito con un extrañísimo «¡Viva la locución!». Resulta que esa mañana, buscando otra emisora en el dial, había sintonizado la emisora municipal justo en el momento en el que decían mi nombre.

—¡Menudo pico tienes, ladrón! ¡Tú anuncias por la radio una invasión alienígena y se lo cree hasta Orson Welles!

Llevaba varias semanas hablando por la radio, pero era la primera vez que alguien reconocía haberme escuchado. La emoción me hinchó el pecho hasta que Ernesto preguntó:

—Por cierto, ¿quiénes son los Krass esos?



A veces piensas que todo está bien, bajo control, pero de repente los pilares de tu conocimiento se desvanecen en un instante y tu percepción se convierte en otra cosa, que no es peor o mejor, sólo distinta, una especie de nuevo orden que te obliga a reformular tus propias certezas.

Los Milli Vanilli no cantaban. Ni siquiera sabían hacerlo.

Unos músicos anónimos habían grabado sus canciones. Rob y Fab sólo aparecían en las portadas y en los videoclips.

Era una historia de playback.

Pensé que la noticia era falsa y malintencionada para hacer daño al grupo, o quizás una arriesgada estrategia de marketing promovida por ellos mismos, pero no había conspiración: el propio Frank Farian, productor del dúo, se encargó de destapar el montaje. Rob y Fab no habían cantado una sola nota ni en el *Girl You Know It's True*, su elepé en Estados Unidos, ni en el anterior *All or Nothing* editado en Europa. Y en sus conciertos hacían playback. La prensa recordó problemas de sincronización en alguna actuación o las declaraciones de un tal Charles Shaw afirmando que era su voz la que sonaba en los discos. En febrero les habían concedido el Grammy al mejor artista revelación y poco después, en una entrevista con la revista *Time*, Pilatus situaba el talento de Milli Vanilli a la altura de Elvis Presley, Bob Dylan, Paul McCartney o Mick Jagger.

Con dos cojones.

Y algo de farlopa, claro.

En pleno desmadre de egos, los falsos artistas exigieron a su «descubridor» que usara sus propias voces, hasta que el productor, hartado del monstruo que él mismo había creado, decidió romper la baraja anunciando el engaño al mundo. El doctor Farianstein les arrebató la vida que él mismo les había dado.

Y todo saltó por los aires.

La historia me impactó muchísimo. Empujados por la fama desbordante, Pilatus y Morvan se habían creído los halagos que iban dirigidos a otros. Los reyes del playback no supieron mantener la boca cerrada, qué paradoja. Pensaba en Farian, genio y villano, creador primero y exterminador después, ambicioso al principio pero impaciente e incapaz de domesticar la sed de gloria de sus pupilos. ¿Qué clase de maldad, hartazgo y rencor habitaba su alma para destapar su propio timo, inmolándose a la vez que destruía a las dos cenicientas?

También le daba vueltas a los verdaderos y anónimos intérpretes de aquellas canciones que habían vendido millones de copias. Les ponía la cara del Salieri de F.

Murray Abraham en *Amadeus*. Imaginaba su creciente resentimiento hacia el mundo en general y hacia el destino en particular, al primero por ignorar su talento y al segundo por haberles dotado de una imagen tan poco agraciada. Los dos bellos fantoches contratados por Farian habían logrado, sin componer, tocar o cantar, que aquellas melodías fueran aceptadas y celebradas en todo el mundo, pero los verdaderos músicos en la sombra debían sentirse como si Sloth, el jorobado de Notre Dame, el Hombre Elefante y Fernando Sánchez Dragó hubieran formado una banda que sólo podía tocar en los sótanos de Arista Records, mientras Pili y Mili recorrían el mundo luciendo chaquetas chillonas con hombreras, mallas de ciclista, extensiones rastas y energéticos bailecitos. Mi delirio también alcanzaba a las barbaridades que podrían haber escuchado las madres de esos artistas silenciados:

—Su hijo tiene un talento natural para la música y su voz cautivará a las masas. Pero es feo de cojones. No lo enseñe a la gente; es más, quítemelo de la vista. Cúbralo con un trapo, por favor.

Y, por supuesto, pensaba en Pilatus y Morvan. Catapultados en menos de dos años del más absoluto anonimato a la fama planetaria y despojados de todo lo bueno en un instante, literalmente de la noche a la mañana. Antes de la revelación de Farian eran admirados, contemplados y envidiados, pero un minuto después habían sido despreciados, repudiados e ignorados. Unos días más tarde les quitaron el Grammy. La gente rompía públicamente sus vinilos. La compañía discográfica lidiaba con acusaciones de estafa. La furibunda reacción respondía a más motivaciones que a una simple decepción; la incompetencia de la prensa musical había quedado en evidencia y la comunidad artística vio la oportunidad de machacar a unos competidores que se comían el mercado. El éxito de Milli Vanilli confirmaba el triunfo de la imagen sobre el talento, y esa usurpación era el traje del emperador de la industria discográfica. Además, las sospechas y acusaciones sobre el uso de música pregrabada en las giras de grandes artistas no motivaban un rechazo tan visceral o proporcional al que habían causado los playbacks de Rob y Fab.

¿Se arrepentiría Farian de no haber lanzado al feo con los dos guapos como llamativos bailarines? ¿Se lamentaba Charles Shaw de haber aceptado su papel en la sombra? Y sobre todo, ¿qué pasaba por la cabeza de Morvan y Pilatus? Me los imaginaba, juntos y solos, en la suite de un hotel, discutiendo con amargura, echándose la culpa mutuamente de haberle hinchado las pelotas a Farian, llorando sin venir a cuento, abrazándose como hermanos, empezando de nuevo la pelea, riéndose de repente en plan histérico, metiéndose rayas, bebiendo vodka a morro o insultando a Neneh Cherry o Tone-Loc por querer quitarles el premio al artista revelación. De vez en cuando, uno de ellos caería de rodillas sobre la carísima moqueta y, abriendo los brazos en cruz frente a la maltrecha réplica del Grammy, gritaría:

—¡Maniáticos, lo habéis destruido! ¡Yo os maldigo a todos!

Desde el primer minuto sentí una profunda empatía con Rob y Fab porque sabía lo que era sentirse un fraude. Yo actuaba como estudiante de Filología, noctámbulo empedernido, curtido melómano, experimentado consumidor de sustancias, amante consumado y hasta locutor de radio, pero en todas esas actividades hacía playback, sólo ponía cara de póquer para dominar el océano de inseguridad que me habitaba.

En el fondo era igual que los Milli Vanilli: si me quitaban lo *bailao* me quedaba en nada.

This Night Has Opened My Eyes **ENERO, 1991**

Esto parece un sueño en plan pesadilla, más bien terror nocturno, aunque estoy despierto, o casi, quiero decir, estoy de pie y rodeado de gente que mira un reloj allá en lo alto, como si esa maquinaria fuera el gran Dios del Tiempo dándonos permiso para entrar en una nueva era, nada menos. Me balanceo siguiendo el imaginario péndulo de ese mecanismo que nos gobierna. Habito mi cuerpo sin formar parte de él, pero soy incapaz de extraer mística de ese trance tan peculiar. De pronto, adquiero consciencia: estoy muy colocado, tan colocado que no sé cómo empezó todo. Intento rebobinar. Ni siquiera recuerdo la última copa. Mi memoria se estrella con el impenetrable muro de lo que pasó hace dos segundos. Estoy en blanco. Pasan otros dos segundos. El muro avanza al mismo tiempo.

Abandono la idea de recordar e intento anclarme en el presente; mi mano sujeta algo. Quiero mirarlo, pero tengo la cabeza suspendida hacia atrás, así que me concentro para doblar el cuello hacia delante. Tengo un vaso de plástico. Dentro hay unas pelotitas verdes o amarillas, casi traslúcidas, que parecen uvas.

Coño, es que son uvas.

Y ato cabos: Nochevieja. Estoy en la plaza del ayuntamiento del pueblo de mis padres, rodeado de gente, solo y borracho.

En eso sí me parezco a los que me rodean.

Suena el reloj. Nunca sé si esos doce segundos son los últimos del año que se va o los primeros del que viene, o si se reparten seis campanadas para cada uno. Meto uvas en la boca al compás que marca el reloj. Lo hago por mimesis con mi entorno, no por algún tipo de convencimiento supersticioso. Las mastico, pero mi cerebro no emite la orden de tragar. Se me forma una pasta de pellejos verdes, pepitas diminutas y zumo dulce que centrifugo sin dejar de añadir nuevas uvas que son aplastadas y machacadas para aumentar la masa. El mosto me resbala por las comisuras, así que cierro los ojos e imagino que soy un descomunal tótem sagrado prensando racimos con mis gigantescas mandíbulas. Mana el jugo que después fermentará para que toda la civilización de beodos me adore.

—¡Feliz año!

Los párpados me pesan como persianas metálicas. Antes de abrirlos sé que esa es la broma preferida de Lennon cada 1 de enero. La violenta palmada en la espalda también es una de sus marcas inconfundibles a la hora de saludar. Pero la voz no parece suya. Cuando al fin despejo las córneas y enfoco, veo que sí, que es Lennon. Nos miramos. Sus ojos vidriosos, su boca entreabierta y la ausencia de movimiento me confirma que está tan colocado como yo. Creo que los dos nos balanceamos al mismo tiempo y con idéntico ritmillo, lo cual, de alguna manera, anula la sensación

de columpio respecto al otro. No sé cuánto rato nos tiramos de esa guisa. Quizá espera que lo salude. Lo haré:

—¡Lefnlnlongh!

Intento dotar a la exclamación de cierto énfasis, pero la plasta de uvas rumiadas interfiere con los accidentes propios de la fonación. Además, al separar los labios, parte de la masa se me cae de la boca haciendo CHOF contra el suelo. Lennon empieza a reírse a carcajadas, lo cual deja a la vista la abundancia de pellejos que cubren sus dientes, y esa visión dispara mis risotadas que, contagiadas por las suyas, crecen hasta convertirse en un ataque de hilaridad que retroalimenta sus jolgorios. Apoyamos las manos en los hombros del otro sin dejar de reír, como luchadores a punto de combate, doblados de cachondeo, frente contra frente, llorando de alegría, empujados por el colocón, perdiendo la noción de cuál ha sido la broma detonante, sintiendo dolor en el diafragma y deseando que no se acabe nunca.

—Cabrones, podíais haberme pasado algo, aunque fuera un cuarto. —Era el Gerva, serio, taciturno y dolido, creyendo que no habíamos compartido con él alguna sustancia. Su careto nos dio más risa todavía.



Casi siete años atrás, al día siguiente de regresar de mi COU en Estados Unidos, Quique vino a buscarme a casa de mis padres para dar una vuelta. Al encontrarnos, me abrazó con un entusiasmo y una alegría que cambiarían para siempre mi relación con él. Nos llevábamos muy bien desde niños, pero aquel gesto de cariño tras un año de ausencia demostraba que realmente me había echado de menos. Descubrí de pronto un vínculo nuevo, distinto y especial. Quique era el hermano que nunca había tenido.

Justo al pensarlo pillé a mi hermano pequeño mirándome como si me hubiera leído la mente y me comunicara su irrevocable decisión: «Cuando crezca, te mataré por la espalda para quedarme con la herencia».

Aquel primer día después del regreso era un punto de inflexión. Me había ido a California con la panoli ilusión de cambiar de vida y aceptar lo que el camino me pusiera delante. Poco antes de abandonar Estados Unidos intenté obtener una beca para alargar mi estancia en aquel paraíso de asfalto caliente, palmeras inquietas y océanos gélidos, pero la cruda realidad me obligó a regresar con un parco botín: un aceptable nivel de inglés y un heterogéneo puñado de elepés. Despegué de San Francisco como un guiñapo, pero gracias a mi inquebrantable optimismo de supervivencia y a las cervezas consumidas fuera del espacio americano, aterricé en España hecho un pimpollo.

Quique no tuvo que animarme demasiado para que nos fuéramos a tomar algo al día siguiente de mi llegada, aunque a mi madre le habría gustado que siguiera desplegando las batallitas que había empezado a contarles la noche anterior. Le encantaba asistir a mi mezcla de arrebatos contagiosos, nostalgia inmediata y exageración desmedida. Seguro que mis referencias a la MTV, el Prom, los metodistas, las taquillas de la high school o el aula con volantes en los pupitres le sonaban raras y confusas, pero también notaba en sus ojos brillantes el orgullo de saber que su vástago había regresado sano y salvo tras recorrer miles de kilómetros para adaptarse a una cultura extraña. Su atención disparaba mi ansia narrativa.

Del mismo modo, creo que mi padre ya agradecía que dejara de darles la turra.

Le dije a Quique que me diera cinco minutos para ducharme, cosa que hice en dos porque quería elegir cuidadosamente la mejor camiseta entre todas las que había traído de América. Me decanté por una con un leve tono rosáceo y un collage en negro que incluía el morro de un Cadillac, una camarera en patines, la cabeza de un chihuahua, una guitarra eléctrica llena de calaveras, la silueta del Empire State y el logo de los Bow Wow Wow. Nada tenía relación, no había sentido de la estética y mucho menos mensaje, a no ser que intentara transmitir una premeditada y retorcida oda al caos. Me gustaba pensar que aquel estampado era una manualidad hecha por Charles Manson en el taller de la cárcel.

Me ajusté mis vaqueros de la suerte y rematé el cuadro con unos mocasines castellanos, sólo porque en cada una de las dobles tiras que cruzaban los empeines uniendo los dos rollitos de cuero había insertado una moneda de diez céntimos de dólar, una chorrada que se había puesto de moda en mi instituto americano después de que lo hiciera Tom Cruise en la película *All the Right Moves*. El disfraz había sido muy meditado, por eso no me extrañó la exclamación de Quique cuando aparecí por la puerta:

—¡Esa Californiaaaaaa!

Salimos a la calle felices y pintureros, dispuestos a comernos la vida. Había recorrido medio planeta y traía buenas noticias: el nuevo mundo era habitable e incluso moldeable. Había pasado penurias de andar por casa y vergüenzas muy poco toreras, me habían llamado Pipi y había tropezado más veces de las necesarias, pero ahora era el Capitán América y merecía un respeto.

El primer bar que visitamos no tenía mucha clientela. No reparé en el grupete de chavales que ocupaba una mesa, pero ellos sí se fijaron en mí. Camiseta rosa, vaqueros pitillo y zapatitos con monedas.

Como para no verme.

Noté el descojone contenido. Más que nada porque se hizo el silencio y todos me miraron. Quique pidió dos cervezas, se fue al baño y me dejó a solas con mi ridículo. Descansé el codo en la barra, pero la postura me pareció absurda, muy forzada, rara.

No sabía cómo ponerme. Me giré hacia el camarero, estiré los brazos y apoyé ambas manos contra el mostrador. Le pedí que cambiara una de las cervezas por un MG con limón. Al retirarse a por las bebidas me vi reflejado en el espejo que había detrás de las botellas. Todo me pareció fuera de lugar. Aquel tipo no era yo. ¿Qué hacía con aquellos mocasines? ¿Por qué había elegido esa camiseta que jamás me había puesto antes?

—Hostia, ¿un cubata? Vamos fuerte, ¿eh? Pues yo también, ¡qué coño!

Mi hermano Quique.

No tardamos en bebernos las copas ni en irnos de aquel ambiente cuya hostilidad sólo parecía notar yo. Al abandonar el bar, la mesa de los adolescentes estalló en carcajadas y me volví hacia ellos con la tensión agarrotándome de arriba abajo. Ni siquiera me miraban, se reían porque uno de ellos se había caído de la silla.

Me estaba rayando. Decidí, de manera consciente, relajarme.

Quizá demasiado.

En la plaza, dos críos jugaban con sus monopatines. Uno de ellos intentó un giro, pero tropezó y saltó del skate impulsándolo, sin querer, hacia atrás. El Sancheski rodó, suave y resuelto, en mi dirección. Venía como esos caballos del Grand National que pierden el jinete y siguen ligeros hasta el final. La casualidad encendió el fuego de mi inconsciencia: tenía que montar esa tabla desbocada, le debía a mi pueblo, a España, a toda Europa, una demostración palpable de que mi paso por California no había sido en vano. Recordé las horas muertas en el parking de Catworth intentando dominar el patín de mi amigo Troy, que se partía de risa con mis torpes amagos de maniobra, pero en ese momento no me acordé de sus carcajadas; en un nuevo ejercicio de asombrosa memoria selectiva olvidé que no tenía ni idea, pero el skate ya se acercaba y yo era Tony Alva, Steve Caballero y Tony Hawk, los tres en uno, dispuesto a dominar el salvaje arte del deslizamiento urbano, y tomé carrerilla hacia el monopatín que ya casi llegaba a mi posición y Quique gritó «¡Californian boy!», y fue una pena que lo hiciera porque toda la plaza se giró hacia nosotros para ver cómo aquel petimetre con mocasines saltaba sobre el Sancheski a la vez que pisaba con el pie posterior y alzaba el delantero, probablemente con la intención de girar, pero logrando que el armatoste saliera despedido mientras él mismo volaba hacia atrás. La tabla con ruedas trazó una curva imperceptible de larga trayectoria y el falsario patinador dibujó una trayectoria de ángulo recto con su cuerpo, tumbándose en el aire para caer a plomo y en paralelo al suelo. A cámara lenta, la divergencia direccional de skate y jinete podría ilustrar, de alguna manera, la tercera ley de Newton: con toda acción idiota ocurre siempre una reacción igual de idiota y en sentido opuesto.

Caí con mucho dolor, pero el milagroso reparto del impacto entre nalgas y manos amortiguó el golpe, reduciendo las secuelas a contusiones leves y rasponazos en ambas palmas. El monopatín se estrelló contra una papelera. Tuve tiempo de

asombrarme ante la involuntaria destreza que suponía elevar y lanzar tan lejos aquel cacharro de madera gruesa y pesados ejes.

Estaba bien, no me dolía demasiado para lo que podía haber sido, pero la humillación era tan grande que no me levanté del suelo, me quedé allí tirado formando una X con brazos y piernas, como un asterisco pisoteado, deseando que la vergüenza me aplastara contra el pavimento hasta hacerme desaparecer, y si eso, que sólo asomara la nariz fuera del asfalto para poder respirar, igual que hacía en la bañera llena de agua. Quique se acercó muy serio, y en cuanto comprobó que no había sido nada, rompió a reír como si se fuera a desmembrar, sujetándose la barriga, llorando a carcajadas, disfrutando a saco de aquel genuino ataque de risa a mi costa.

A lo mejor no era tan hermano del alma, el cabrón.

Nunca volví a ponerme aquella camiseta.



Casi siete años después de mi aventura californiana seguía recordando detalles, anécdotas, momentos y caras, pero, sobre todo, echaba de menos a Janine. Muchísimo. Me había acostumbrado a esas punzadas emocionales que sufría cada vez que la recordaba y aprendí a diferenciarlas del deseo sexual, intacto, nítido e irrenunciable, que desde el pasado 2 de septiembre sentía hacia ella. Casi cuatro meses después de vernos en Barcelona me llegó su habitual felicitación navideña. Era la primera comunicación desde nuestra tardía y efímera luna de miel. Abrí el sobre con una taquicardia impropia de mi edad y con el mismo cuidado que pondría un artificiero a la hora de inspeccionar un posible paquete bomba. La postal era un dibujo de Gary Larson que mostraba un avión comercial recién aterrizado con Santa Claus y sus renos aplastados como mosquitos contra el morro.

Querido Pepe:

¡Te deseo una feliz Navidad y que este año sea el mejor 1991 de tu vida!

¡Viva Barcelona!

Cuídate...

Releí ese «¡Viva Barcelona!» hasta gastarlo con la vista. Quise imaginar guiños ocultos, deseos acumulados, nostalgias crecientes o anhelos venideros, pero al mismo tiempo recordaba, dolorosamente, la claridad con la que Janine había expresado la imposibilidad de volver a vernos. En el fondo, respetaba su decisión con la esperanza de que ella misma rompiera la promesa. Sólo era cuestión de tiempo, repetía yo solo para hacerlo más llevadero, aunque a renglón seguido me veía en el lecho de muerte,

viejo y consumido, soltando una bola de nieve al expirar mientras musitaba «Janine». A veces imaginaba que en la bola se leía «Recuerdo de Santa Cruz», pero ante la imposibilidad de que una soleada localidad costera californiana tuviera souvenirs relacionados con la nieve, mi ensoñación incluía una esfera de cristal que reproducía el tejado del hotel Ritz cubierto de falsos copos.

Me llevó casi toda la tarde decidir el texto de mi postal de vuelta. Algo neutro y cariñoso que sugiriera cordial amistad en lugar de amor desesperado y buenos deseos en vez de apetitos desatados. Que no sonara tierno y lascivo, pero que dejara un resquicio a la imaginación sin disparar sospechas.

Si le dedicara la misma atención e interés a la filología, ya sería catedrático.

El 16 de enero, Estados Unidos desplegó la Operación Tormenta del Desierto para iniciar la guerra del Golfo. Quién sabe, con un poco de suerte, la cosa se pondría fea y Mark tendría que alistarse en los marines.

Lo cual me llevaba a pensar en lo buenísima que estaría Janine en el funeral de su marido, vestida de negro con falda de tubo y taconazos.



No salía mucho de noche durante esas semanas debido a la proximidad de una nueva convocatoria de febrero que debía aprobar si quería seguir flotando económicamente. Había decidido presentarme a dos asignaturas y una de ellas era otra gramática dedicada en esta ocasión a Lexicografía, Morfología Derivativa y Reglas de Interpretación Semántica. Sólo leer el enunciado me hundía en un sopor desesperante; empleaba más tiempo en odiar aquel temario que en estudiarlo. A veces, de manera inconsciente, quería llorar, incluso amagaba el gesto delante de los apuntes hasta que aceptaba que, por mucho que arrugara la cara, no derramaría ni una lágrima. La pereza y desidia para memorizar aquel mamotreto eternizaba mi tiempo delante de los libros. En su mayoría, aquellas horas nacían muertas.

Por eso, las pocas veces que salía, siempre por liadas inesperadas, era como un toro desbocado.

Entraba a todos los trapos.

Procuraba asistir a las clases de las asignaturas pendientes por impregnarme de aquellos contenidos que se me hacían tan cuesta arriba, pero el monocorde tonillo de los profesores era un leve vaporizador que no funcionaba como el chaparrón de conocimiento que esperaba. Buscaba calarme hasta los huesos y las clases apenas perlaban mi corteza cerebral.

Esa tarde salí de la facultad especialmente alicaído. Acabar la carrera, ahora que

estaba tan cerca, me parecía una tarea inabarcable porque el tramo que restaba era muy antipático, demasiado árido, del todo fastidioso. Quizá merecía unas cervezas reparadoras. La argumentación que me había llevado del absoluto abatimiento a justificar una birra había sido tan lineal y perfecta que podría formar parte de un plan intuitivo e inconsciente; mi cerebro había prevenido el agobio para allanar el camino al subidón.

¿Quién era yo para llevarle la contraria a mi instinto?

En El Mundo no había nadie conocido a la vista. Pedí una cerveza y decidí hacer tiempo en la CANASTA 86. Que nadie mirara me quitaba presión; empecé a obtener partidas extras. La euforia que traía de casa, la que me provocaba el alcohol y los juegos gratis que le estaba sacando al pinball me lanzaron como un hombre bala. Me cansé de jugar. Cuando un tipo que acababa de entrar en el bar pidió turno, le cedí la máquina en plan sobrado:

—¡Toda tuya! Paso...

—Hay ocho partidas —respondió perplejo.

Hostia.

No me había dado cuenta de que eran tantas, pero no podía dar marcha atrás en mi teatrillo. Me encogí de hombros y señalé los petacos con desgana. Quise impresionarle, pero quizá sólo pensó que era idiota.

Y algo de eso había.

En la barra intenté entablar conversación con Ernesto, que no andaba muy comunicativo. No sabía nada de Bosco o Urtubi, no habían aparecido en todo el día y tampoco ayer, que él recordara. Seguí trasegando botellines; al estar solo bebía más deprisa por pura inercia, por hacer algo con las manos. Al notar que ya farfullaba, decidí forrar el estómago antes de que fuera demasiado tarde. No me daba miedo estar borracho, sino ser consciente de estarlo.

Ésos son los peores colocones.

Me fui a un bar especializado en bocadillos cutres y baratos. Tenían bebidas, claro, pero su función primordial era vender cualquier tentempié que cupiera entre dos panes. Era un sitio diminuto, sin servicios, mesas o taburetes y con una barra al fondo tan ancha como el local. En el mostrador estaba el dueño, detrás de él una plancha encendida y sobre ella, un enorme cartel a modo de carta especificaba los diecinueve bocatas posibles, una serie de variaciones con repetición de queso, embutidos y carne en distintos formatos. Como el dueño se apellidaba Morales y los bocatas eran mayormente grasientos, algún genio del mote había rebautizado la bocadillería como Grasita Morales. Era muy importante no mentar dicho apodo delante de él.

Entré dando grandes zancadas, esa manera de caminar que indica alcohol en sangre y hambre incipiente a partes iguales. Pedí una birra y un beicon con queso. Que ese bocadillo apareciera anunciado en la carta como «especialidad de la casa» indicaba la minúscula ambición restauradora de Morales.

No me dio tiempo ni a salivar. La destreza del sandwichero y la ausencia de clientes propició que apenas pudiera bostezar desde que había dado la orden y ya tenía delante de mí un humeante pedazo de papeo compuesto por pan permeable, tocino chamuscado y queso plasticoso. Pagué de memoria, agarré mi botín y me dirigí a una esquina del local, como un chimpancé que acabara de apresar una banana en el zoo. En el córner que formaba la barra con una estrecha estantería que recorría la pared a modo de mesa, apoyé la cerveza y apreté el bocadillo antes de hincarle el diente. La miga del pan se impregnó con el zumo de panceta y el calor de las hojas de tocino enterneció aquel queso que en frío parecía un trozo de chubasquero. Sólo le faltaba el chorrazo de mostaza color amarillo hepatitis con la que Morales rellenaba unos dosificadores transparentes que jalonaban la barra. Todo era insalubre, pero daba gusto verme comer. Qué entrega, qué concentración, qué deleite en la masticación.

En ese instante, no podía pedirle más a la vida.

En mi mecánico paseo hasta el Muralla el bolo alimenticio se aferró a las paredes del estómago. Era como recubrir los tabiques de un sótano con material aislante para que soportara cualquier tipo de inundación, explosión o accidente en su interior. En otras palabras: estaba listo para redoblar la ingesta de alcohol. Entré al bar justo cuando arrancaba el estribillo del *Candy* de Iggy Pop y fue como arrojar una cerilla a un tanque de gasolina. Salté y bailé fuera de mí, feliz en plena exaltación ética de la vida, imaginando que la mismísima Kate Pierson, bella y radiante, danzaba a mi lado. Claro que, cuando llegó el final de la canción y cesé mi absorto bailoteo, la escasa parroquia del bar me miraba como se mira a los locos. En el fondo me dio igual.

Muy al fondo, eso sí.

Al camarero le hizo tanta gracia lo que denominó «entrada triunfal» que me invitó al primer MG con limón, lo cual reavivó mis mejores sensaciones respecto a que la noche iba a resultar inmejorable, aunque en esas horas de juerga sorda, sólo había conseguido varias partidas extra de CANASTA 86, muchos botellines, un bocata grasiento, un temazo y un cubata, pero ni un amigo con el que farfullar.

La verdad, iba un poco fuera de horario. Había empezado muy temprano, con muchas ganas, y me había ido adelantando al biorritmo habitual de la fiesta. Saludaba a los conocidos que encontraba, por tangencial que fuera nuestra relación, y todos huían del ciclón que se adivinaba tras mis ojos vidriosos y la lengua trapera. Claro que cuando sonó el *Hard to Handle* de los Black Crowes ignoré el poco decoro que

me quedaba y volví a bailar como al principio.

Durante una de las canciones que me daban igual, creo que de INXS o Midnight Oil, empecé a charlar con el camarero, por eso no reparé en la entrada de Bosco. Su débil pero firme «¡Hey!» a modo de saludo me hizo dar un brinco de alegría antes de abrazarlo como si regresara de la guerra del Golfo. También le pregunté, con tono lastimero, que dónde se habían metido toda la noche.

—Pues no sé, tío, por ahí. Los García, el Costa Azul, ya sabes... ¡Habías dicho que no saldrías hasta que pasara el examen!

Era verdad. Les había prohibido llamarme a casa para evitar tentaciones. La borrachera dominaba mis emociones. Mi bochorno no duró mucho porque enseguida apareció Urtubi dando saltos. Me abrazó fuerte con ambos brazos, apoyó su maxilar en mi hombro y continuó brincando mientras gritaba: «¡Mentírame, Pinocho, mentírame!». Lo acompañé en aquella extraña danza masái porque sí, disfrutándola como si tuviera algún sentido que no fuera la pura alegría beoda de encontrarnos en mitad de una juerga. Bosco nos miraba con media sonrisa y le pregunté por la naturaleza del colocón de nuestro amigo:

—¿Farlopa?

Negó con la cabeza.

—¿Speed? —indagué con renovada curiosidad.

Bosco asintió con resignación, como un catedrático de toxicología enseñando a su peor alumno.

—¡Yo también quiero! —grité casi asfixiado por el abrazo saltarín de Urtubi.

Bosco compuso un mohín de regaño con un rastro de satisfacción; nada le podía gustar más que drogar a sus discípulos. Asintió con un toque místico, pero no pude seguir interpretando sus gestos porque en ese instante arrancó el *Been Caught Stealing* de Jane's Addiction: Urtubi y yo teníamos que hacer el número de imitar a los perros que suenan al inicio de la canción.

Luego cabalgamos.

La noche avanzó magnífica, brillante, espléndida y plena. Creo. Cada minuto en el Muralla, analizado fríamente, no eran más que sesenta segundos sonriendo, bailando tímida o furiosamente según la canción, mirando a todos lados, hablando a voces, asintiendo y bebiendo intermitentemente. Visto en conjunto, por ejemplo desde el día siguiente, habrían sido unas cuantas horas anodinas, repetitivas y previsibles, pero en el mismo presente, cada imagen, sonido y trago formaba un mosaico único, fascinante e irrepetible. Encontrar a mis amigos, además, me había proporcionado un subidón natural de endorfinas que ninguna droga podría proporcionarme, sobre todo, tras aquellas horas emborrachándome solo. Poco a poco, esa euforia extra se había

calmado, y ahora entraba en la zona valle de la noche. Sabía que era algo transitorio, uno de esos tramos llanos entre picos que hay en las etapas ciclistas.

Entonces apareció ella.

Y fue como si el universo se congelara.

Se trataba de Bella, la chica que a veces andaba en el Muralla con su novio Bestia. Me di cuenta de que hacía tiempo que no la veía, por lo menos desde verano, y me sorprendió que no la acompañara su novio. Iba con una amiga que nunca había visto antes, una chica bajita y regordeta, cuya risa chillona contradecía su uniforme básico de siniestra: negro riguroso hasta en las uñas, piel pálida, abundante sombra de ojos y cruces plateadas en diversos formatos colgando del cuello y el cinturón.

Me quedé un poco alelado. Reconozco que verla sin Bestia al lado se me hizo raro, aunque me permitió fijarme mejor en el conjunto. Mantenía su aire ausente, por encima del mundo, pero transmitía cierta fragilidad en su mirada, que, por cierto, seguía sin reparar en la mía. Me había hecho a la idea de que Bella y Bestia eran inseparables, así que mi cabeza bullía buscando motivos para explicar su escapada nocturna con... Campanaza. Fue el primer apodo que se me ocurrió para su amiga, por oposición al tamaño del hada de Peter Pan.

Nunca he podido dominar esa tendencia a ponerle motes a la gente. Cuanto peor me siento con los apelativos elegidos, con más fuerza me vienen a la cabeza. Aquella amiga de Bella —al fin y al cabo otro apodo— no me había hecho nada malo, y además tenía a favor ser amiga de una mujer que me embelesaba, pero, nada más verla, pensé en llamarla Campanaza. Y ahí estaba yo, luchando contra mi maldad impulsiva, y mi inconsciente venga a gritar CAMPANAZA, CAMPANAZA, CAMPANAZA. No solía comentar esos sobrenombres humillantes, pero ser consciente de ello anulaba la presunta bondad del gesto; no me callaba esas ocurrencias por ser buena persona, sino para sentirme mejor. En fin, un puto lío.

Sonaba el *Never Enough* de los Cure.

Pronto llegamos a esa parte de la noche en la que el tiempo no se mide en minutos u horas, sino en chupitos y temazos. Urtubi proponía que nos fuéramos porque en el Muralla «estaba todo el pescado vendido», que en su universo quería decir: «Lo he intentado con todas las tías de este bar». Y era verdad. Recuerdo cómo se me encogió el alma cuando se acercó a Bella y Campanaza; observé cómo gesticulaba con su cháchara habitual durante un par de minutos, pero las víctimas respondieron con hielo. Reconozco que no me gustó el gesto de ascazo que le dedicó Bella; Urtubi no se merecía tanto desprecio porque sus entradas nunca eran tan groseras como para taladrarlo con esos ojazos.

¿Había pensado «ojazos» para referirme a sus ojos?

No quería irme de allí, no mientras aquel ángel caído del cielo permaneciera en el bar, hablando con su amiga y trajinando ron con cola a buen ritmo. Por supuesto, ella no había reparado en mí, pero pensé que tampoco los peces se fijan en los humanos que los contemplan. Bueno, los tiburones, sí. Empezaba a flotar en el delirio.

Urtubi y Bosco insistían en cambiar de bar. Les propuse encontrarnos en el Galaxy más tarde. No era normal que me descolgara sin motivo aparente, y mi azorada observación de Bella había sido tan pudorosa que ni el halcón de Urtubi la había detectado. En realidad, lo disimulaba porque temía sus burlas y chistes gruesos más que el desprecio de mi amada secreta.

—Pues vale —sentenció Bosco con la exquisita educación del que respeta—. Pero vamos al baño primero...

Por fin solo. Me acerqué a pedir a la barra con la efervescencia del speed en la nariz. En el extremo opuesto, Bella y Campanaza pagaban otra ronda. Eso me daba unos cuantos minutos más para estar en el mismo bar que ella.

Dios, qué poco le pido a la vida.

Ahora que me había quedado otra vez solo —la compañía de Bella no contaba más que en mi imaginación—, la música adquiría todavía más importancia: le prestaba tanta atención a cada cambio de disco que parecía un ornitólogo obsesivo reconociendo cantos de aves exóticas. ¿Cuántos nanosegundos había necesitado para identificar *This Charming Man*? Me pareció que «sonar el primer acorde» y «saber qué canción es» habían sucedido simultáneamente. ¿O incluso lo había adivinado antes? Sopesé con absoluta seriedad la posibilidad de que en ese minúsculo intervalo que transcurre entre que el discjockey arranca el plato y el sonido llega a los bafles, pudiera intuir la canción, como si la aguja del Technics me transmitiera las vibraciones de la guitarra de Johnny Marr antes que a nadie.

Estaba muy cerca de ser el típico borracho loco sin amigos.

El colocón me impedía disimular o atemperar las sensaciones que me causaba cada canción. Cuando sonó el *All Together Now* de los Farm, miré con mala cara al pincha porque odiaba ese tema con todo mi ser y que lo pusiera durante MI cogorza era una afrenta personal, tanto que me tomé como desagravio el *Spanish Bombs* que vino después.

Pero cuando arrancó la inconfundible batería con bongos del *Fools Gold* de los Stone Roses supe que era JUSTO la canción que necesitaba. En la aparición del bajo y la guitarra ya estaba bailando y cerré los ojos cuando Ian Brown susurró: «The gold road's sure a long road». Conocía bien la canción y sabía que en el Muralla la respetarían entera. Tenía más de nueve minutos de paranoia por delante.

Y en aquellas condiciones, un minuto mío equivalía a un año en la vida de un ser

humano.

Me concentré en el ritmo, sin importarme la gente o el espacio, aislado de todo lo que no era música; la batería me mantenía en pie en medio del crescendo, las guitarras eran mis brazos ondulantes y la voz guiaba mis pasos.

Down down down down da down down down.

Down down down down da down down down.

Cada pasaje entre versos era pillar una ola con tubo, romper nieve con el snowboard o deslizarse cuesta abajo sobre un skate, era cualquiera de las metáforas resbalosas que pudiera imaginar, y que en ese momento me parecían muy reales aunque jamás las hubiera experimentado. Los Stone Roses deberían contratarme para que hiciera lo mismo que Bez en los Happy Mondays.

I'm standing alone.

No quería abrir los ojos porque toda la ensoñación perdería gracia. Balanceaba mi cabeza como uno de esos perritos que adornaban la bandeja trasera de los coches macarras, movía los brazos como un pulpo sinuoso y meneaba los hombros como si recibiera pequeñas descargas eléctricas. Desde fuera, seguro que parecía corto y falto de hervores, pero dentro de mi cabeza, había sido puesto en la Tierra para enseñar el ritmo a los humanos.

Yo era la Música, la Verdad y la Vida.

Brown repetía el título de la canción estirando las oes de «*fool*», como una piedra plana rebotando sobre la superficie de un estanque. Y cuando el tema entraba en su largo final instrumental recordé que aún sostenía el cubata porque se me derramó parte de él sobre la mano, y no se me ocurrió otra cosa que cambiar el vaso a la otra para lamerme los dedos sin dejar de bailar. Todo era batería en mi percepción, sin matices, sólo bombo y caja latiendo a la vez.

Y de repente, ese final en seco.

Abrí los ojos casi aturdido mientras arrancaba otra canción que no supe identificar y pronto noté que había sido centro de atención durante mi errática danza. Otro día quizá me habría girado hacia la barra hasta que pasara el chaparrón, pero el colocazo suplía mi vergüenza hasta anularla del todo. Recordé que el motivo de estar solo en el Muralla se debía a la presencia de Bella en el local, así que miré en dirección a la zona del bar donde la había dejado antes del *Fools Gold*.

La encontré rápido porque me estaba mirando.

Fijamente.

Mi primer reflejo fue apartar la mirada pensando que me había pillado in fraganti, pero no tardé en volver los ojos y allí seguían los suyos. Clavados en mí. Nunca me había mirado y mucho menos de esa manera, pero no pude seguir con el juego porque una pava se me plantó delante con mucha decisión.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con cierta pastosidad en la dicción.

—¿Eh? ¿Qué? —mascullé confuso. En otro momento me habría encantado una entrada tan directa, pero no con Bella mirándome a lo lejos.

—Da igual —respondió con sinceridad antes de agarrarme la cara con ambas manos y plantarme un morreo en toda la boca. Me pilló tan de sorpresa que no dejé de mirarla con los ojos muy abiertos mientras su lengua, impetuosa, se abría paso entre mis labios. No sabía realmente si me gustaba o no y a esa distancia no había manera de sacar conclusiones. Podría haber mostrado cierta resistencia, o incluso haberla apartado, pero me dejé besar por pura inercia. Superada la estupefacción, sin cesar en el morreo, busqué a Bella convencido de que habría superado la fugaz confusión que le había llevado a mirarme antes.

Pero sus ojos seguían en los míos.

Y mejor aún: con una leve sonrisa dibujada en sus labios.

La situación era así de rara. Una inesperada visitante me comía la boca mientras yo miraba a otra mujer que parecía deleitarse en la contemplación de la escena. La extraña mantenía los ojos cerrados y hociaba ajena a mi distracción. Estaba confuso, necesitaba tiempo para decidirme, así que procedí a mover mi lengua dentro de su boca en señal de recepción positiva, no fuera a cansarse de aquel impulso, dejara de besarme y ello llevara a la bella observadora a desviar la mirada. Pero claro, tampoco soy marmóreo, ni siquiera de piedra, así que los entrechocares de lenguas provocaron la típica reacción biológica que se espera de un macho sano. Como la cosa coincidió con una dejación de funciones por parte de la espectadora, cerré los ojos para concentrarme mejor en aquella oportunidad de magreo que, según quise creer, me habían concedido los Stones Roses en persona.

En un receso del roce para coger aire y tragar saliva, abrí de nuevo los ojos justo a tiempo de ver que Bella se nos acercaba con su cazadora de cuero colgando del brazo y sin abandonar esa leve sonrisa con la que antes nos había observado. La inesperada besadora notó mi extraña reacción y buscó a sus espaldas qué llamaba tanto mi atención.

Se paró justo delante con su mirada fija en mí. Su piel era tan blanca como prometía la distancia y su flequillo igual de perfecto. Sus ojos mejoraban con la proximidad.

—¿Te vienes?

Me ha parecido entender que si me voy. Con ella. ¿Qué me habrá dicho? Mejor se lo pregunto:

—¿Qué?

—¿Que si te vienes conmigo a otro bar o qué? —repitió con un tonillo de «No lo diré otra vez» que me heló la sangre para bien.

Mi sonrisa de gilipollas era para verla. El careto de la dueña de la lengua vivaracha, también.

—Sí —respondí sin dudar.

—Será hija de puta —añadió mi ya exmorreadora.

Bella reemprendió la marcha sin mirar atrás. Dejé la copa sobre la barra y aproveché ese movimiento para coger la cazadora. Musité un absurdo «bueno» como disculpa incompleta y me largué con el tiempo justo de escuchar el grito alto y claro de la mujer despechada:

—¡Vete a la mierda, maricón!

Ya en la calle, Bella me cogió de la mano mientras caminaba con aplomo. No sabía adónde nos dirigíamos, pero me daba igual, por mí podríamos andar durante días y noches de aquella guisa. No se me ocurría mejor plan para el resto de mi vida.

—Te he fastidiado el rollo, ¿eh? —dijo sin detenerse.

Hice un gesto de «¡Qué va, mujer, no te preocupes!» que incluso a mí me pareció exagerado. Sonrió con una luminosidad que jamás le había visto, o puede que la intensidad de aquel momento, con su mano apretando la mía y caminando hacia quién sabía dónde, magnificara sus gestos.

—¿Adónde...?

—¡Aquí! —me interrumpió justo delante del Ozzy.

Era un bar heavy de manual. No era uno de nuestros habituales porque, según Urtubi, todas las tías «estaban pilladas» y porque el equipo de música no cumplía los mínimos de excelencia que se esperaban de un local apasionado por la música: las canciones sonaban como si Freddy Krueger se frotara las manos con papel de lija, sin matices de graves o agudos. Las reducidas dimensiones, la falta de ventilación, el humo denso y las cervezas tibias le conferían categoría de antro mayúsculo. Llegamos a la barra y el camarero, que tenía un aire a Ronnie James Dio, saludó a mi nueva amiga:

—¡Eva! ¡Cuánto tiempo, chica!

Bella se llamaba Eva.

—Hola, Fermín...

Dio se llamaba Fermín.

—Ya me he enterado —prosiguió el camarero, pero se calló al reparar en mi presencia.

—No te preocupes, no pasa nada. Danos dos cervezas, anda.

¿De qué se había enterado Dio? ¿Por qué no debía preocuparse? ¿Cómo que no pasaba «nada»?

—Ni siquiera sé tu nombre. —Era Bella Eva, dirigiéndose a mí cuando se fue Fermín.

Empezamos a hablar. Todo fluía. Las birras también. Y los chupitos de whisky, cortesía de la casa. Era mucho más risueña de lo que siempre me había parecido en el Muralla. Le conté que hacía tiempo que me había fijado en ella. Me confesó que lo sabía porque disimulaba fatal, y que esa vergüenza le parecía muy tierna. Mencioné a su novio intentando transmitir naturalidad y zanjó el tema con un cortante «Ya no estamos juntos». La frase salió seca de su boca, pero llegó a mis oídos convertida en un vergel tropical de calor agradable, lluvia amazónica y tucanes vigorosos.

—Lo siento, no sabía nada.

—Yo tampoco —bromeó con media sonrisa.

—¿Cómo?

—Por lo visto, dejó de quererme —añadió con una mezcla de rencor y resignación que indicaba que la ruptura no había sido decisión suya. Sin muchos detalles, me contó que se habían ido a vivir juntos a Madrid en septiembre, pero la convivencia deterioró en pocos meses su relación de seis años. Él parecía más interesado en salir todos los días que en hacer vida en común y ella tuvo que volver a casa de sus padres. La relación con su familia era buena, pero le costaba deshacerse de la sensación de fracaso. Escuché toda esa información con gesto contenido, pero no dejaba de imaginar que si tuviera un sombrero en la cabeza y confeti en los bolsillos lanzaría ambos al aire en señal de júbilo. Me puse tan nervioso que hice uno de mis chistes fuera de lugar.

—A mí nunca me ha defraudado una mujer porque no he conocido a ninguna suficiente tiempo.

La mirada gélida de Eva fue el equivalente a un redoble seco de batería y platillo.

Antes de darme cuenta me vi halagando, con toda sinceridad, sus ojos, su estilazo, incluso su flequillo, y todo lo recibía ella con una coquetería que jamás habría imaginado en aquella mujer fría que veía a lo lejos en el Muralla. Nos reíamos mucho, incluso sin motivo, y no nos quitábamos la vista de encima. Flirteábamos y esa sensación era poderosa y gratificante. Me sentía en el cielo, flotando pero seguro, y me acerqué a ella hasta que su cara fue todo mi horizonte, y parecía que podría caerme en su sonrisa. Y eso era lo que quería hacer, quedarme atrapado allí para siempre. Creo que fui yo quien la agarró por la cintura, también es posible que ella me besara primero, o quizá los dos tomamos impulso a la vez, al mismo tiempo, uniendo nuestros labios en un beso perfecto en sincronía, ejecución, intensidad y duración.

Nos separamos para mirarnos de nuevo y comprobar que éramos los mismos que habíamos iniciado el roce. Pensé que si pudiera escoger una imagen para recordar justo antes de morir, sería el rostro de Eva en aquel preciso instante. Mis labios todavía sabían a ella y ya intentaba imaginar el flashback de ese instante en mi lecho

de muerte.

Joder, qué colocón llevaba.

Y qué alegría, aunque, fiel a las trazas de pesimismo que siempre veteaban mi optimismo a prueba de bombas, también había un inconveniente que me nublabla la cabeza cada vez que Eva saludaba a alguno de los parroquianos que se incorporaban al Ozzy. Varios de ellos, igual que había hecho Fermín Dio, le dieron el «pésame» por su separación de Bestia —a base de repetir su nombre llegué a saber que se llamaba Héctor—, sin cortarse a la hora de dedicarme una mirada de extrañeza. ¿Por qué habíamos ido al bar que tanto frecuentaba con su ex? La pregunta era retórica y antes me habría autodegollado con un boli Bic que sacar el tema. Resultaba raro que Eva me hubiera besado con tanta ansia delante de la comunidad heavy que la había visto durante años con Héctor Bestia.

En fin. Larga vida al Metal.

Al salir del Ozzy le di vueltas a la posibilidad de un after, pero volvió a besarme con un ímpetu diferente. Algo en su mirada decía que quería follarme. Bueno, que me palpara la polla por encima de los pantalones también ayudó. Y que me lamiera la oreja antes de susurrarme al oído «¿Podemos ir a tu casa?» también me hizo sospechar que estaba por la labor.

Sonreí como diciendo «por supuesto» sin dejar de pensar en qué le diría a mi casero.

Me explico. Jandro mostraba cierta inflexibilidad con el tema de las visitas, tanto si eran amigotes para tomar algo como mujeres dispuestas al fornicio. Desventajas de convivir con el dueño del piso. En general, no quería extraños en casa, por muy avalados que vinieran; que en mi primer año, Urtubi vomitara en el baño tras una intensa tarde de birras y porros en mi habitación, o que un ligue del inquilino anterior al alemán nos hubiera mangado un sobre con pasta común que habíamos dejado en la cocina habían alimentado los temores de Jandro. Respetar esa rareza era parte del acuerdo tácito que Christoph y yo cumplíamos sin mayores problemas; el alemán porque no tenía amigos y yo porque follaba menos que el abuelo de Heidi.

Pero aquella mágica noche, la mujer de mis sueños quería acostarse conmigo. Jandro tendría que entenderlo.

—¿Sí o no? —inquirió Eva con inquietud ante mi embobamiento.

Esta vez respondí en voz alta y le dije que sí, que claro, que faltaría más y que me moría de ganas. Sólo añadí que no podríamos hacer mucho ruido para no despertar a mis compañeros. Entonces se pegó a mí, me abrazó fuerte para morderme el cuello y me susurró al oído:

—¿Es que no me vas a hacer gritar como una perra?

Que les den por el culo a mis compañeros.

Entramos en casa sin encender luces, intentando ahogar las risitas propias de los que han bebido y se disponen a pecar como Dios manda. Yo caminaba delante y de lado, como los egipcios en los murales de las pirámides. Me guiaba la costumbre del trayecto mientras tiraba de Eva, que avanzaba con la incertidumbre que concede la oscuridad. Cerré la puerta de la habitación con sigilo antes de encarar la tulipa del flexo hacia la pared. Cuando me dijo que tenía que ir al baño, celebré tenerlo al lado de la habitación, como si el destino hubiera dispuesto que el arquitecto del edificio diseñara aquellos cuartos contiguos para que un día, décadas después de su construcción, el inesperado ligue de un panoli no tuviera que recorrer mucha distancia antes de follárselo. Desde mi cuarto agucé el oído y pude escuchar su chorrillo contra la taza, el discurrir de la cisterna y el caracoleo del agua en el lavabo. Cuando volvió a la habitación le dije que yo también, que volvía enseguida. Meé un espeso chorrizo teñido de amarillo birra y me lavé la polla en el lavabo porque nunca se sabe. No tardé mucho en miccionar y enjuagar, pero cuando regresé a la habitación, Eva ya se había despojado de toda la ropa, menos las bragas y, tras apartar las sábanas, se había recostado sobre la almohada doblada, con las tetas perfectas, los ojos radiantes, la melena en su sitio, los muslos separados y la sonrisa resplandeciente, en parte por la euforia del alcohol, en parte porque no podía mirarla con mejores ojos, tan Eva como siempre, más Bella que nunca, desnuda para mí.

Ni Clark Kent en una cabina se habría desnudado más rápido que yo.

En cuanto me tumbé a su lado abalanzó su boca sobre la mía con un impulso casi frenético y se me tumbó encima aplastando mi pecho con los suyos, lamiéndome el cuello con una pulsión más próxima al arrebató que a la sensualidad. Intenté tocar, acariciar o chupar, incluso amagué con meter mi cara entre sus muslos, pero Bella era una bestia desatada e inmune al preámbulo. De pronto, me empujó sobre la cama, dejándome boca arriba. Se quitó las bragas, agarró mi polla dura y me ordenó que me pusiera un condón. No sonó a ruego, sugerencia o posibilidad; fue un mandamiento rotundo.

Ni me la soltó mientras abrí el cajón de la mesita.

Nada más colocarme la goma, gateó hacia mi erección y se la embocó en el coño para sentarse poco a poco antes de metérsela entera. Una vez dentro empezó a follarme muy rápido, con furia y sin contemplaciones. Intenté acoplarme a su cópula de cigüeñal. Si se salía la polla le faltaba tiempo para volver a meterla, lo que me tomé como buena señal. Opté por empujar fuerte hacia arriba y que ella me follara a su gusto, cada vez más rápido, acelerando hasta la urgencia y ansiosa en la fricción. Cuando sus gemidos pasaron a pequeños gritos le tapé la boca, porque verla bufar entre mis dedos me ponía más aún, pero le quedaba fuelle para aumentar la velocidad, y fue como si accionara un sistema turbo de tracción, y pensé que no había

condón que resistiera aquella erosión, que el roce fundiría el látex hasta plastificarme la polla de por vida, y entonces redobló sus gritos, y presioné su boca, pero mi dedo índice resbaló entre sus labios y al instante sentí los dientes.

Mordiendo.

A fondo.

Apretando.

Y el dolor fue intenso, seco, directo. Los dos gritamos al mismo tiempo, ella por el orgasmo que le llegó en ese instante y yo por el sufrimiento que me desempalmó mientras ella chapoteaba en su propio placer. Se relajaba entera, desaparecía la tensión de su sexo, sus nalgas, sus muslos y sus brazos al desplomarse sobre mí, agotada, jadeando, tapándome la cara con su melena mientras algunos mechones se apelmazaban en el sudor de mi frente como una fregona deshilachada sobre el suelo encharcado de la cocina. Apreté el índice mordido entre el pulgar y el corazón, y con la mano libre acaricié su espalda, gesto que mi polla agradeció recuperando su espléndida dureza. Temblaba ligeramente, como si riera en silencio, y eso me hizo sentir bien. Pero el temblor se convirtió en estremecimiento, apareció un sollozo y le siguieron varios gemidos antes de romper a llorar. Como una niña. Ajena a mí. Inconsolable.

Y entonces lo entendí.

Los mohínes de resentimiento cada vez que alguien mencionaba a su exnovio, la cercanía de la ruptura, la antipatía que destilaban sus escasos comentarios sobre Bestia, la amargura por el fracaso de su emancipación, el descaro a la hora de entrarme en el Muralla o la desinhibición mostrada en el Ozzy hicieron que lo viera claro.

Me había follado por pura animadversión hacia el tío que acababa de dejarla.

Sentí lástima. Me dio pena que una mujer tan preciosa, divertida, interesante y sexy llorara por aquel animal. Le aparté el pelo de la cara, le sujeté el rostro con delicadeza y le di un beso con todo el cariño que fui capaz de reunir.

Sonrió con tristeza.

Y como orgulloso miembro de honor de la Santa Cofradía de los Hombres Usados como Kleenex, bendije secretamente el despecho de las mujeres bellas.

Your Teeth in My Neck

MARZO, 1991

Había asumido que jamás llegaría a ser bueno en nada de lo que me propusiera. Mis primeros intentos eran los que contaban. Empezaba cualquier cosa y en ese mismo instante tocaba techo porque carecía de motivación o voluntad para mejorar el resultado inicial, por flojo que éste hubiera sido. Reconocer esa avería, lejos de desalentarme, me quitaba presión a la hora de acometer futuras empresas.

Carecer de vocación era la mejor manera de inmunizarse contra el fracaso.

Menos en las pajas.

Masturbarse requiere un esfuerzo mínimo, pero ofrece una recompensa inmediata y una sensación de placer literalmente insuperable. No hay nada más placentero que una paja. NADA. El cine, cualquier deporte, los libros, el ajedrez, cocinar platos exóticos, un porro, el bricolaje o el aeromodelismo pueden aportar bienestar y felicidad, pero en la relación esfuerzo-placer no existe nada más satisfactorio que un orgasmo autoinfligido. Correr es la cumbre en la pirámide del gustazo, cualquier otra cosa siempre quedará por debajo en la escala del deleite. La paja más triste, patética y solitaria del mundo siempre será más deliciosa que tu mejor y más elaborado logro, porque hay más placer concentrado en esos cuatro segundos de chorromoco que en la plenitud que culmina un éxito. Escalar el Everest, ganar Roland Garros, componer *Walk On The Wild Side* o resolver el cubo de Rubik te alegra la vida, pero no te corres de gusto.

Ojalá la universidad me motivara de la misma manera.

Mi único estímulo para seguir estudiando era económico. No me refiero a la idea de procurarme un sustento el día de mañana, sino al alivio de no tener que volver a pagar la matrícula. Al enterarme de mis dos aprobados justitos en febrero, recordé las treinta mil pesetas que no tendría que pagar en septiembre, lo cual fue motivo de alegría. También especulé con la cantidad de suficientes que llevaba en la carrera: tenía raspas para alimentar a las orcas del acuario de Miami, lo cual avivó mi incipiente resignación. Después caí en la cuenta de que me quedaban dos asignaturas para acabar la carrera, lo cual me provocó una enorme zozobra. Además, las pocas posibilidades que tenía para obtener mejores ingresos en mis curros habituales dependían de los dos idiotas que tenía por jefes, lo cual me causaba una desmedida indiferencia.

Mi vida era una sucesión de dicha, conformismo, inquietud y apatía.

Precisamente esos días, la revista me había encargado un reportaje sobre nuevos licenciados que se enfrentaban al mercado laboral. Como todo lo relacionado con la publicación, era una pantomima más; me habían pasado la lista de jóvenes que debía entrevistar, todos ellos hijos de prominentes hombres de negocios que los habían

colocado en sus empresas familiares.

Mis visitas semanales a la radio me proporcionaban suficiente desánimo como para no soñar con hacer carrera en aquella caverna grisácea donde sólo contaba el parentesco político, en todos los sentidos. Los locutores me ignoraban porque no representaba amenaza o peligro para sus cargos vitalicios. La oferta de conciertos era saludable y mis intervenciones casi se hacían solas; en los últimos meses habían pasado por la ciudad Los DelTonos, 091, Los Enemigos, Sex Museum, Los Flechazos, Killer Barbies o Doctor Explosion, además de muchas bandas efímeras de la provincia y alrededores que nutrían la agenda de una información vital para los pocos que íbamos a esos bolos, pero inocua para la escasa audiencia de aquella emisora.

Un jueves me acerqué a la prueba de sonido de un entusiasta grupo psicodélico cuya maqueta había oído en Radio 3. Tocaban en una sala llamada Armonía que dedicaba la noche a bailes rancios con orquesta verbenera y cedía su primera sesión a cualquier banda de rock que pagara el alquiler. En la puerta me identifiqué como periodista de la emisora y para demostrarlo enseñé la cochambrosa grabadora que me prestaban para esos efectos, en realidad un paupérrimo reproductor de casete con micrófono incorporado al que habían adherido una pegatina que, al ser mayor que el frontal del propio aparato, se arrugaba en los bordes.

Me daba más vergüenza a mí que al malencarado portero al que se lo explicaba.

Un hombre mayor que pasaba por allí se giró al oír mi lastimosa presentación. Su amago de tupé teñido de negro azabache, la escandalosa combinación de traje claro con camisa verde abierta hasta debajo del esternón y sus maneras decididas en aquel territorio hostil a cualquier persona con dos dedos de cordura me hicieron presentir que era el dueño de la sala.

—Soy el dueño de todo esto —le dijo a mi intuición—. ¿Trabajas en esa emisora? —añadió con desdén. Había escuchado claramente que me identificaba como tal, pero ahora me lo preguntaba como si no se lo creyera. No sabía si la duda debía ofenderme o halagarme.

—Bueno, soy colaborador —aclaré curándome en salud.

—¡Pues menuda mierda de radio!

Puse cara de «Tiene usted razón», en parte porque estaba de acuerdo y en parte porque no quería exponerme a que me diera un tortazo con aquellas gigantescas manos curtidas, probablemente, a base de dar hostias.

—¿Tú haces la puta agenda de los conciertos? —volvió a preguntar, mutando el menosprecio en desprecio.

Asentí como el niño al que le va a caer una colleja en un colegio de curas. Aquel señor era una mezcla de coronel Kurtz, Stoichkov y Ash, el científico de *Alien*.

—¿Y cuándo sale la agenda esa de los cojones?

Si los tacos se dicen para intimidar, este hombre lo estaba bordando.

—Los viernes —respondí, carraspeando, a duras penas. Su cara denotaba que no era suficiente información—. Sobre las doce —añadí para salvar mi vida.

—¿Nada más? ¿Sólo sale un puto día? ¿Y por la mañana?

Sí a las tres preguntas.

—¿Para eso pagamos?

¿Pagamos? ¿Me estaba echando en cara las miserables cinco mil pelas de mi sueldo?

—Poco me parece por quince mil duros mensuales.

Esa manía viejuna de contar las pesetas por duros me traía muchos quebraderos de cabeza. Tardé un poco en calcular la cantidad de la que me hablaba. Cuando lo hice, dije el resultado en voz alta:

—¿Setenta y cinco mil pesetas?

—¡Que sí, joder! Eso es lo que paga la FESAFE al mes por esa publicidad —remató con un hastío que dejaba muy clara su disconformidad con el trato.

La FESAFE era una especie de asociación de hosteleros de salas de fiestas y discotecas. Llevaba meses oyendo la cuña que emitían antes y después de mi agenda de conciertos. Nunca se me había pasado por la cabeza que alguien pagara por aquella locución cutre.

Y entonces comprendí que la emisora municipal ganaba setenta mil pesetas a costa de los mil duros de mierda que me pagaban.

Sí, yo también podía pensar en duros si hacía falta.

Mi cara de idiota en ese momento tuvo que ser épica.



El sexo con Eva había sido impresionante, aunque, desde mi perspectiva, aquel polvo tenía pendientes más flecos que la cazadora de David Hasselhoff. Nada más correrse, Bella —aún me costaba llamarla por su nombre real— había llorado por esa mezcla de nostalgia y remordimiento tan propia de quien folla por despecho. Hablo de oídas, porque nunca lo he hecho de esa manera.

Yo soy más de follar con ganas que por rencor.

Apenas se había secado las lágrimas y ya estaba poniéndose las bragas mientras murmuraba un «Perdón, tengo que irme» que sonó más triste que egoísta. Intenté componer un gesto que uniera comprensión y bondad con un toque de fastidio y leve coacción, pero es muy difícil transmitir seriedad si estás enrabado como un perro. La misma erección que un minuto antes parecía la maza de Thor en medio de la tormenta de su pasión se había convertido de repente en el molesto mango de un paraguas en

un autobús urbano lleno de pasajeros. Se vistió en un suspiro, me pidió por favor que no la acompañara y me abrazó fugazmente, lo justo para que sintiéramos mi erguido cipote entre ambos.

—Ya nos vemos, si eso —dijo sin mirarme a los ojos ni al estoque, cerrando la puerta de la habitación con mucho cuidado. Oí que hacía lo mismo con la de la entrada y entonces me tumbé en la cama. Casi podía sentir el viscoso fango blanco latiéndome dentro de la polla. Acerqué mis dedos a la nariz para aspirar su olor a coño y con la otra mano empecé a...

Me corrí inmediatamente.

A pesar de su poco interés en satisfacerme, las atenciones de aquella noche de febrero actuaron como un bálsamo que me permitió centrarme en las dos asignaturas de las que me examinaría seis días más tarde. Había sido el sexo más pleno desde la clase magistral de Janine, cinco meses atrás, y aunque este polvo había resultado incompleto y fugaz, no todos los días te folla tu amor platónico. Además, la secuencia en el Muralla, la manera en la que me entró, los besos en el Ozzy y su entrega en la cama me reconciliaron con la vida, el universo, la Tierra, los pájaros y los tomates. Eso sí, no tenía su teléfono, ni amigos comunes que pudieran ayudarme a encontrarla.

La paja que me hice cuando se fue había sido tan perfecta que llegué a usarla como recuerdo para hacerme otras.

No sé cómo, pero la responsabilidad con los exámenes me arrastró como la zanahoria que tira del asno. Tenía casi una semana por delante para estudiar y, de paso, darle a ella cierto oxígeno para que no se me notaran las ganas. También me serviría para retrasar nuestro reencuentro porque podría morirme allí mismo si Eva se hacía la loca al verme. Tan pronto soñaba que aporreaba la puerta gritando mi nombre, como la recordaba en bragas pidiéndome sexo con la sonrisa y la mirada. Tampoco me costaba mucho esfuerzo pensar lo peor. Me veía bebiendo cada noche en el Ozzy mientras Dio, secando vasos con un trozo de camiseta en la que se adivinaba el Eddie de Iron Maiden, decía:

—Olvídala, muchacho. No tienes nada que hacer. No la hemos vuelto a ver por aquí. Además, sólo te folló por despecho, cuanto antes lo admitas, mejor. ¡Y ni siquiera te corriste! ¡JAJAJAJAJAJA! ¿Habéis oído eso, chicos? —gritaba, volviéndose hacia unos heavies que bebían en el fondo del bar y que resultaban ser la formación de Rainbow que editó el *Rising* en 1976.

Todos reían. Menos Ritchie Blackmore.

Durante seis noches sólo salí de casa para comprar algo de comida y desconectar con el Tetris del Chapa. Me entregué a los apuntes como si el estudio fuera un túnel en cuyo final resplandecía, aún no sabía si para bien, la posibilidad de una Eva. Me

gustaba tanto y, al mismo tiempo, tenía tanto miedo a que no quisiera nada conmigo tras el semipolvo que ni siquiera se lo conté a Urtubi cuando quedamos tras el segundo examen. Bebimos primero en la cafetería de la facultad, donde se nos unieron dos amigas tuyas, y después en El Mundo, donde Bosco se mostraba invencible en la CANASTA 86.

Había especial bullicio aquella tarde y se notaba la optimista alteración tras las convocatorias de febrero. Ernesto nadaba en su salsa, Bosco andaba comunicativo, Urtubi inspirado y sus amigas risueñas, pero yo tenía mi cabeza centrada en lo que pasaría al entrar en el Muralla. La mezcla de nervios, curiosidad y ansiedad me volvía loco. Las cervezas no me colocaban ni acentuaban mi euforia porque sólo podía pensar en verla, aunque mis estados de ánimo oscilaban entre la convicción de que ni siquiera se pasaría por el bar hasta la seguridad de que estaría allí esperándome.

—¿Todo bien? —Era Bosco, pasándome el brazo por el hombro.

—Estoy enamorado —solté de golpe, quitándome un peso de encima.

No se inmutó, no se sorprendió, no preguntó quién era ella. Se limitó a sonreír un poco, subrayando el aura enigmática que siempre le acompañaba.

Iban pasando las horas.

No quise forzar ni adelantar la visita al Muralla para que Urtubi no intentara averiguar la naturaleza de mi interés. Sabía que alguien lo propondría y todos aceptaríamos con naturalidad. Fue Bosco el que lo dejó caer y para allá nos fuimos los tres, acompañados de dos colegas de la facultad. De camino al bar podría haber vomitado por los nervios que me atenazaban el estómago. Cuando puse un pie en el Muralla, me sentía hueco por dentro; mi cuerpo era una caja de resonancia en la que retumbaban latidos cardiacos. Apenas había gente en el local y no me llevó muchas miradas comprobar que Eva no estaba. El aplastante silencio que me habitaba fue dejando paso al bullicio y a la música que flotaba en el ambiente. Sólo entonces me di cuenta de que sonaba el *Senses Working Overtime* de los XTC.

Compensé la profunda decepción con el notable relax de no tener que enfrentarme a la posibilidad de ser rechazado. Nos apalancamos al fondo de la barra. Me apoyé en el lateral del Tetris; parecía un gesto casual, pero desde allí controlaba la puerta. Cayeron birras, algún chupito, el catálogo de tontunas de Urtubi y no pocos temazos. En otras circunstancias, aquella amalgama de alcohol, chorradas y canciones habrían supuesto una de esas juergas en condiciones que me colman de alegría y bienestar, pero esa noche esperaba otra cosa que no acababa de suceder.

Cuando asumí que nunca más estaría con Eva, pensé que me conformaría con verla, aunque fuera de lejos, incluso con otro. No quería morirme sin retenerla en mi retina unos segundos más.

Igual sí que estaba un poco borracho.

Y entonces pasó algo curioso. Entró Eva.

Iba con la misma amiga que el otro día y me hizo dudar si la imagen era un residuo de mi memoria o un suceso real. Cuando reparé en que mi amor había cambiado la camiseta negra por un vestido rojo, supe que aquello estaba ocurriendo.

Al verla, por puro acto reflejo, me encogí tras la espalda de Urtubi sin dejar de mirarla, pero pensé que si me viera actuar de esa manera creería que sufría algún tipo de trastorno mental. Me incorporé del todo y con el corazón en un puño busqué su mirada. Al descubrirme, sonrió, abrió los ojos y se dirigió hacia mí.

¡Me buscaba!

Nos abrazamos, fuerte, con cariño. Balbuceé. Rio. Me puse colorado. Meneó la cabeza sin perder la sonrisa. Nos volvimos a abrazar. Si una raza extraterrestre estuviera pendiente de ese reencuentro para saber si los humanos éramos seres inteligentes que merecían ser exterminados, la Tierra no corría peligro.

Urtubi y Bosco asistían a nuestra danza del hola con una curiosidad que rayaba lo empírico. Parecían dos científicos descubriendo la electricidad, el átomo, la penicilina y el origen del universo, todo a la vez. Desde luego, no disimulaban el interés que les causaba aquella escena y nos observaban con una atención casi molesta. Sólo les faltaban unas batas blancas. Se la presenté, ella hizo lo propio con su pálida amiga —ahí me enteré de que se llamaba Leire—, y todos pedimos un chupito para celebrar aquello, fuera lo que fuera.

Eva y yo tardamos poco en aislarnos de lo que nos rodeaba. Mientras uno hablaba, el otro le devoraba con los ojos, todo nos parecía divertido, interesante y trascendental. Esta vez fui el primero en besar. Ella recibió mis labios con cariño y redobló el roce con el mismo ímpetu que recordaba del Ozzy.

Aquello ya no era despecho.

Saqué el bisturí de la emoción y me abrí en canal para que me viera por dentro. Le confesé que llevaba seis días pensando en ella y que aquellos besos me sabían a gloria, y no sólo porque el último me lo hubiera dado sin haberse tragado del todo el chupito de bourbon al que nos habían invitado. Se disculpó por haberse ido tan precipitadamente de mi casa, y cuando comenzó a explicarme que en aquel momento se había acordado de su novio, la besé de nuevo para que no siguiera por ahí.

Sonó el *Mr. Cab Driver* de Lenny Kravitz y Urtubi agarró a Leire por la muñeca para darle vueltas en plan salsa. Más tarde, Bosco se fue del Muro y se giró para guiñarme un ojo. Tuvo cuidado de que sólo yo viera ese gesto, que me tomé como un elogio hacia la chica de la que me había enamorado, tal y como le había confesado unas horas antes. Podía haber sido simple cortesía de amigo, pero me gustaba tomarlo como aprobación, como si necesitara su bendición para confirmar que me estaba colgando de la mujer adecuada.

Avanzó la noche. No supimos en qué momento desaparecieron Urtubi y la pequeña gótica, si es que se habían ido juntos. Nuestra charla era desbocada e incesante, sin silencios ni recodos, y a ella le pareció bien contarme alguna de sus más recientes anécdotas nocturnas. Una noche, por ejemplo, se había morreado con una tía que le entró en los baños de no sé qué discoteca y en otra juerga conoció a un tío que insistía en proponerle un trío con su mejor amigo. Todo lo que contaba me parecía sexy, cool, divertido y guay. Estábamos en ese momento en el que las aventuras sexuales del otro nos parecen asumibles y puntuales, sin sospechar todavía que esos lances puedan atormentarnos en el futuro. Y como mi historial reciente no podía calificarse con ningún adjetivo positivo, callé como una rata, más por vergüenza que por prudencia. Cuando salimos del bar, Eva propuso que nos fuéramos directamente a casa.

Y tuve que explicarle la movida con Jandro.

El dueño del piso no se había tomado muy bien la inesperada visita que contravenía las normas impuestas de manera tácita. Le dije a Eva que Jandro era un gran compañero de piso, pero que había que aceptar sus reglas y una de ellas era, precisamente, que no se podían llevar mujeres a casa. Me pareció que a Eva le agradaba dicha restricción. Por supuesto, omití que en los últimos meses me había saltado la norma un par de veces, por cierto, con dos experiencias tan catastróficas que casi le daban la razón a Jandro en sus prevenciones. Estaba a gusto en la ficción, o mejor dicho, en la exageración, porque nada estimula más a un pequeño timador que comprobar en tiempo real los beneficios de sus mentirijillas.

En efecto, Jandro me sermoneó seriamente sobre el tema de las visitas, aunque en esta ocasión había percibido algo más complejo y profundo que una simple amonestación. Creo que, como parte de sus rarezas antisociales, le incomodaba la gente en general y las chicas en particular. Recordé las minuciosas molestias que se tomaba antes de aceptar a los inquilinos y la pesada entrevista, período de prueba incluido, que tuve que superar antes de obtener su beneplácito. Sólo le dije que la chica que había llevado a casa era muy especial, pero cuando le conté esto a Eva, empecé a recargar los adjetivos hasta convertir mi simple charla con Jandro en un florido canto a la excepcionalidad, belleza y pasión de mi amada. Cuando añadí que merecía la pena perder la casa por un minuto con ella, creo que comprendió la hiperbólica naturaleza de esos halagos y calló mi boca con sus besos.

Esa noche cerramos el Ozzy y la acompañé a casa de sus padres. El calentón que nos agarramos dentro del portal adquirió proporciones épicas: nos besamos con ansias renovadas, nos magreamos como si nos esculpiéramos y nos metimos mano como si buscáramos comprimir el cuerpo del otro. Sus tetas tenían mis huellas dactilares y sus dedos olían a mí.

Le prometí que negociaría con Jandro un armisticio follatorio, aunque omití que

no lo había hecho antes porque no estaba seguro de que ella fuera a querer algo más conmigo. Por fin, entró en el ascensor y antes de que se cerrara la puerta me dedicó una mirada de deseo que daba para paja. Imaginé su tanga empapado. Me fui con una sonrisa en los labios, una alegría en el alma y una erección bajo la bragueta.

Camino de casa me di cuenta de que no le había pedido el teléfono.

Al día siguiente hablé con Jandro. De lejos, sin que se oyera el prosaico contenido de nuestra conversación, podríamos pasar por los asistentes de Churchill y Roosevelt preparando la conferencia de Yalta. En realidad, negociábamos la posibilidad y condiciones de follar en su casa.

Si es verdad que la caridad bien entendida empieza por uno mismo, está claro que todas las mentiras son piadosas si se cuelan en beneficio propio. Para recalcar la imperiosa necesidad que me asaltaba, exageré los términos de mi relación con Eva — incluso a mí me pareció desproporcionado definir de esa manera mi escarceo y medio con ella— y apelé a su conocimiento del mundo de la pareja gracias a esa novia que trabajaba en Astorga y que él visitaba un fin de semana al mes. Le hablaba al casero, pero también al hombre y, sobre todo, al amigo. Y el bueno de Jandro escuchó mi perorata con más interés y paciencia del que podía exigirle, para llegar a un pacto entre caballeros en el cual habría que guardar abstinencia los días laborables como respeto al silencio y tranquilidad exigida en una casa de estudio.

Por lo visto, Eva y yo habíamos montado un escándalo del copón aquella primera noche.

El siguiente viernes divisé a Campanaza nada más entrar al Muralla. La sonrisa de fucker se me petrificó en modo tarugo cuando me explicó que Bella se había ido ese finde a Madrid. Una hiedra negra y viscosa me serpenteó por las costillas hacia el corazón para estrujarlo con sus delgadas ramas. Intentaba razonar en silencio, pero mi boca se abrió sola dejando caer una débil pregunta-lamento:

—¿A ver a Héctor?

Dios, qué manera de delatarme.

—¡No, hombre, no! ¿Pero estás loco? —exclamó antes de romper a reír. La imité con una carcajada forzada que revelaba lo exagerado de mi reacción. La espontaneidad de Leire me relajaba, pero enseguida deduje que tranquilizarme con esa mínima información era tan absurdo como los celos previos. ¿Acaso era una locura impensable que visitara al que había sido su novio durante seis años?

—Esto... ¿Y cuándo vuelve? —dejé caer con aparente desidia.

—El domingo, en tren.

Quise preguntarle a qué hora, pero ya me imaginaba en la estación con un ramo

de flores, viendo a Eva y su novio bajando abrazados del tren. Y yo, disimulando, les daba el ramo diciéndoles que a ver para cuándo la boda porque me gustaría ser el padrino. Pensé todo eso y dije otra cosa:

—No tendrás su teléfono, ¿verdad?

—¿No te lo ha dado ella? —respondió la astuta gótica, devolviéndome el envite, la muy cabrona.

—¿Un chupito? —zanjé para cambiar de tercio.

—¡Sin hielo, que quita líquido!

Moñarme con su amiga era lo más cerca que iba a estar de Eva en lo que me quedaba de vida.

La resaca de aquel viernes aún me duraba el domingo. Por la noche, después de una tarde de tele, Tetris, siestas y varias meriendas, me senté de nuevo frente a la pequeña pantalla. TVE emitía una película de espías con Matt Dillon y Gene Hackman, Antena 3 se decantaba por una de terror titulada *Juego Infernal* y Telecinco ofrecía el *VIP Noche* de Emilio Aragón. Cuando cambié a TVE2, *Estudio Estadio* se hacía eco de la victoria del Sporting en San Mamés.

Justo entonces sonó el teléfono.

Accioné el MUTE del televisor y descolgué.

—Hola, ¿Pepe?

—¿Eva?

—¡Sí!

La pequeña pantalla mostraba a Luis Enrique celebrando uno de sus dos goles. Corría por el campo con los brazos abiertos y la euforia escrita en su rostro, pero en riguroso silencio.

Me sentía exactamente igual.

Por lo visto, esa misma tarde, nada más llegar de Madrid, su amiga le había contado la borrachera que había pillado conmigo el viernes a base de chupitos. La gótica había añadido que era muy gracioso, sobre todo cuando pinchaban canciones que me gustaban.

—¡No sé si sentirme un poco celosa! —bromeó entre risitas.

Nota mental sobre Leire: NUNCA volver a llamarla Campanaza.

Quiso explicarme a qué había ido a Madrid. La interrumpí para dejar claro que no tenía por qué decírmelo —y también porque temía que se tratara de algo relacionado con su exnovio—, pero insistió en contarme que tenía una cena con las compañeras de la tienda en la que había trabajado durante un par de meses. Cuando Leire le dijo que andaba detrás de su teléfono, le pidió que consiguiera mi número a través de

Urtubi. Bendije la proverbial y masculina indiscreción de mi amigo.

No sé cuánto tiempo hablamos porque perdí la noción, pero aproveché la ocasión para dejarle caer que el sábado siguiente Jandro no estaría en casa.

—Entonces habrá que follar —respondió con fabuloso descaro. La frase provocó un acto reflejo entre mis muslos.

Cuando colgamos, el lugar de *Estudio Estadio* lo ocupaba un programa dedicado a Margot Fonteyn, que, por lo visto, era una bailarina.

Ah, pues muy bien.

Llegó por fin el día, y quisieron alinearse los planetas a mi favor: Christoph también se había ido a pasar el fin de semana fuera. Disponía de todo el piso para el sábado y parte del domingo.

Sólo me faltaba un batín para sentirme Hugh Hefner.

Cenamos en un bar cerca de la zona y nos fuimos al Muralla. Era la tercera vez que nos veíamos y ya íbamos a dormir juntos, era como hacer un viaje. ¿Un viaje a mi habitación? Opté por abandonar la ensoñación, no se me fuera a escapar en voz alta. Apenas tomamos una cerveza más, queríamos otra cosa y no tardamos en irnos. Nos besamos en el portal con la misma urgencia de nuestros dos encuentros anteriores y entramos en el piso desordenadamente, reconociendo con las manos el terreno que ya habíamos colonizado en el otro, todo un lío de lenguas, caricias, brazos y roces, ansiosos por las ganas, pero despreocupados gracias a la confianza que nos otorgaba sabernos a solas.

Nos desnudamos con tensa calma, rodamos sobre la cama y nos entregamos al preámbulo con minuciosidad. Dibujé varias veces con la lengua el triángulo que formaban su boca y sus pezones, mientras ella me agarraba la polla con un delicado gesto sensual, más cercano a la caricia que al meneo. Bajé por su piel hasta aposentar mi cara entre sus muslos y me esmeré en los preceptos amatorios que me había enseñado Janine. Dejé que los jadeos y las apneas de Eva, su manera de sujetarme la cabeza o los leves movimientos de cadera guiaran mi intuición. Lamí en círculos, chupé en vertical y besé con profusión. Cambié el orden de los verbos, porfiando en el empeño y tirando de mi propio deseo para seguir en aquella tarea, y cuando parecía que mi lengua se quejaba del esfuerzo porque su orgasmo tardaba demasiado, empecé a gemir cada vez más fuerte, veloz y entrecortada, y esa aceleración fue el impulso que me faltaba para seguir lamiendo hasta sentir cómo se corría gritando y arqueándose, los brazos en cruz, retorciendo las sábanas con sus manos, las piernas tensas, los dedos de los pies separados, apartándome la cara del sexo, juntando los muslos y temblando cada vez menos hasta quedarse quieta, muy quieta, los ojos cerrados y un débil ronroneo en la garganta.

Caí exhausto. Apoyé la cabeza sobre su vientre. Entonces, me miró burlona y,

agarrándome ambas orejas, exclamó:

—¡Menudo cabronazo estás hecho!

A continuación, me obsequió con la madre de todas las mamadas.

El teléfono rasgó el silencio del piso como la cremallera pectoral de la loba del anuncio de Jacq's. Estaba muy dormido y me costaba subir a la superficie de la consciencia, pero antes de llegar a abrir los ojos, sentí el calor de Eva a mi lado. Mientras el puto timbre taladraba cualquier sensibilidad alrededor, me acerqué y, sin abrir los ojos, la noté de lado, dándome la espalda. La abracé desde atrás en una cucharita perfecta. La presión de mi sexo contra sus nalgas y el que siguiera durmiendo añadió más excitación al hecho de despertar junto a la mujer que deseas.

Pero el ring no cesaba.

Entreabrí los párpados para enfocar la vista en dirección al reloj de la mesita: las nueve menos veinte de la mañana. ¿Quién coño podía llamar un domingo a esas horas? De pronto reparé en que estaba solo en casa; nadie iba a contestar si no lo hacía yo y esa insistencia quizá era el anticipo de una mala noticia. Me levanté agobiado pensando que no llegaría a tiempo.

—¿Pepe?

—¿Urtubi?

—¡Tío! Menos mal que te pillo...

Urtubi, todavía de juerga, desde una cabina, dándolo todo, jodiéndome el día.

—¿Qué coño...? —farfullé, mascullando una creciente indignación.

—¡Escucha! —interrumpió—. Es importante: el jueves que viene tocan los Ramones en Oviedo. ¡Los Ramones! Estoy aquí con Bosco y dos colegas suyos que tienen coche, necesitamos uno más para la intendencia del carburante y todo eso, ¿te apuntas o qué? ¡Tienes que decírmelo ya!

¿Los Ramones en directo? ¿Joey, Johnny, Dee Dee y Marky? Empecé a espabilar con una sonrisa en la cara.

—¡EH! ¡OIGA! ¿Hay alguien ahí? —clamó la impaciencia de Urtubi al otro lado del teléfono.

—Que sí, que sí, joder, ¡claro que me apunto!

—De puta madre, pues nada, venga, te dejo, mañana nos vemos en El Mundo y concretamos, ¿vale?

No pude responder. Me colgó justo después de gritar:

—¡One, two, three, four!

Volví a la cama. Eva seguía en la misma posición. Al meterme de nuevo, se giró poco a poco, ronroneando muy bajito, se pegó a mi costado, su cabeza en mi hombro, su pierna derecha por encima de las mías, su mano en mi pecho, y continuó

durmiendo. Todos esos gestos contribuyeron a mi erección, pero al ver que ella respiraba profundamente, me relajé y pronto caí en un sueño reparador, feliz y despreocupado.

Fuimos despertando por etapas, masticando aire en los duermevelas, mirándonos dormir, robándole al domingo todo el sueño que nos pedía el cuerpo, recuperando cada vatio de energía gastado la noche anterior en correrlos, volviendo al reino de los vivos, cada uno por su cuenta, pero a expensas del otro. En uno de esos trechos de soñera, abrí los ojos de repente, como si volviera de un susto, y me encontré su mirada franca en la mía, todo pupilas brillantes, venga sonrisas.

—Agua —pidió con un hilo de voz sin que la falta de complementos deteriorara su petición.

Me levanté de un salto y volví de la cocina con dos vasos llenos del zumo de tetra brik que había comprado el día antes.

—¿Sabes qué? —dije con el falso jugo de naranja invadiéndome el estómago—. ¡El jueves me voy a Oviedo con Urtubi y Bosco a ver a los Ramones!

Mientras pronunciaba esa frase me pareció percibir que un nubarrón del tamaño de Arizona cubría su rostro.

—¿Qué?

¿Cómo podían tres letras y una entonación transmitir tan mal rollo?

—¿Qué de qué? —pregunté como el montañero que observa un poco de nieve resbalando por la ladera y no quiere pensar que detrás viene un alud.

—¿El jueves te vas de juerga con tus amigotes a un concierto?

Exacto. Ni yo mismo lo habría explicado mejor, pero sólo me salió un titubeo.

—Eva, los Ramones...

—Me parece muy bien.

—Pues no lo parece —bromeé.

A buenas horas. Yo no entendía cuál era el problema de que fuera a ese concierto. Ella no comprendía que «la dejara tirada». Se me ocurrió mencionar que se había ido a Madrid el fin de semana anterior. Me dijo que todos los tíos éramos iguales. Le respondí peor. Me insultó. Todo fue a más de una manera absurda, irracional e imparable. Creo que ella estaba discutiendo en realidad con el recuerdo de su exnovio, yo fui incapaz de razonar y los dos entramos en una espiral de rebote, mal rollo y bronca.

Al mismo tiempo que Eva se iba de mi casa dando un portazo, varios policías de Los Ángeles molían a hostias a un taxista llamado Rodney King.

La llamé al día siguiente consumido por un remordimiento extraño porque no tenía sensación de haber hecho nada malo. Al mismo tiempo me sentía culpable de una discusión que, técnicamente, no había empezado yo, a no ser que mi inmediata

aceptación del plan que me había propuesto Urtubi me colocara en la situación de malo de la película, por no contar antes con la aprobación de Eva, un trámite que no me parecía necesario si de verdad entendía mi...

Y así todo el rato.

La cosa es que los dos nos derretimos nada más oírnos por teléfono. Y ella que la perdonara, y yo que no, que era yo quien pedía perdón, y ella venga a insistir en que me fuera al concierto con mis amigos, claro que sí, y yo que no, que no, que no, que no la dejaba tirada y ella decía que se enfadaría conmigo si no iba y yo que así no podría ir, y entonces prometí que la compensaría. Y eso pareció calmarlo todo, pero a los dos nos dejó un regusto amargo, o quizá sólo a mí, porque me sonó raro, extraño, innecesario.

Compensar. A lo mejor en eso consistía tener novia.



Cuando conocí los detalles del planazo que Urtubi me había adelantado —en efecto, desde una cabina frente a un after—, me entraron muchas dudas razonables que ignoré por las ganas de ver a los Ramones. Para empezar, Bosco había conocido a aquellos elementos unas horas antes en el baño del Galaxy, gracias a una de sus transacciones drogueras. Eran dos hermanos que se llamaban Tomás y Jeremías, pero ellos mismos se presentaban, encantados de la vida, como Tom y Jerry. Bosco había hecho un comentario favorable sobre la camiseta de los Ramones que llevaba uno de ellos y le comentaron con entusiasmo lo del concierto en Asturias. Aseguraron que tenían coche y que necesitaban tres compañeros más de viaje para repartir gastos. Bosco aceptó, Urtubi se apuntó al instante y yo en cuanto me llamaron.

Su idea era salir a media tarde hacia Oviedo, ir directamente a la sala del concierto y regresar nada más acabar, un apurado plan de viaje que venía dado por la limitada disponibilidad del coche en cuestión. El lunes tuvimos que entregarles las dos mil quinientas pesetas que costaba cada entrada para que las enviaran por giro postal a un amigo que las compraría al día siguiente.

—¿Son de fiar? —le pregunté a Urtubi cuando me explicó lo de adelantar la pasta.

—¿Qué otra solución tenemos? —contestó, incrementando mis dudas al respecto.

El mismo jueves del bolo quedamos a las cinco de la tarde en un bar muy cerca del ayuntamiento. Llegué a menos cuarto, nervioso y alterado, con ganas de estar en el concierto, y pedí una cerveza. Urtubi apareció con una chupa de cuero que le quedaba grande, le sobraba por todos lados. Mis aparatosas risas no ayudaron: sabía que su

disfraz cantaba desde lejos. Bosco se presentó a las cinco en punto. Los tres nos abrazamos con la felicidad escrita en la cara: íbamos a ver a los Ramones.

Enseguida llegarían Tom y Jerry.

A las cinco y cuarto seguíamos esperando.

Nos mosqueamos de verdad sobre las cinco y media, al darnos cuenta de que no teníamos ni un dato de nuestros dos compañeros, ni siquiera un teléfono. El tenso silencio de los primeros veinte minutos fue dando paso a una profunda sensación de idiotez.

—¿Nos han timado dos mil quinientas pelás? —dijo Urtubi de repente, no sé si preguntando o hablando solo. Para rematar la frase puso los brazos en jarras y para ello tuvo que remangarse primero.

Joder, lo que me habría reído de ese gesto en circunstancias normales. Hasta me dio rabia que la penosa situación limitara mis coñas.

Seguíamos allí parados, sin saber qué hacer. Urtubi y yo maldecíamos y elucubrábamos venganzas terribles, pero Bosco miraba a la nada como si, a la vez que pensaba «No puede ser», intentara mover los edificios con la mente.

Aparecieron a las seis menos cinco. Tom conducía y tocaba la bocina, mientras Jerry sacaba medio cuerpo por la ventanilla con el puño en alto gritando ¡HEY, HO, LET'S GO! Me parecieron bastante más jóvenes que nosotros, y me extrañó reparar en eso. Mi segunda impresión fue que aquel coche no transmitía confianza; era un Skoda Favorit de color verde oscuro, menos la puerta del conductor, que iba en una especie de gris metalizado, como si la acabaran de cambiar y aún no la hubieran pintado a juego con el resto, esa asimetría estética que avejenta los coches y les resta fiabilidad porque sí. Imaginé los cables del puente asomando bajo el volante.

Tom frenó delante del bar sin darnos tiempo a protestar:

—Chicos, ¡siento el retraso!

—¡Causas ajenas a nuestra voluntad! —gritó Jerry desde el otro lado.

—¡No teníamos forma de avisaros! —añadió el conductor.

Eso era verdad.

—¡Cerveza! —chilló el copiloto, mostrando una bolsa llena de latas.

A la mierda las explicaciones. La alegría de no haber sido timados sirvió de preámbulo para recuperar la pretérita excitación por el grupo neoyorquino, así que nos apretamos en el asiento trasero. Jerry, el más menudo de los cinco, cedió su asiento delantero a Bosco, sólo porque imponía más respeto que Urtubi y yo.

—No habréis traído una cinta de los Ramones, ¿verdad? —preguntó Tom con entonación de súplica. Negamos con la cabeza—. ¡Mierda! Con las prisas, nosotros tampoco...

—¡Pero tenemos una de Mocedades! —chilló Jerry antes de reírse como una radial.

¿Por qué siempre hablaba a voces?

Terminamos las siete birras justo antes de llegar a la gasolinera que nuestro previsor chófer había programado como punto para repostar; allí compramos más latas, echamos gasolina y seguimos viaje. Entre medias, el bueno de Tom nos puso al día de la biografía de los Ramones: Dee Dee ya no estaba en la banda y su lugar había sido ocupado por un bajista llamado C.J. Lamenté la ausencia de Dee Dee, que era mi favorito, y me di cuenta de que no estábamos tan puestos en el tema. Como la opción musical dentro del coche era impracticable debido a la falta de previsión, decidimos cantar canciones de los Ramones, pero apenas sabíamos las letras, así que tarareamos fuerte y gritamos consignas. Hey, Ho. Let's Go. Gabba Gabba Hey. One, Two, Three, Four. Bosco liaba porros sin prisa, sin pausa. Todos movíamos las cabezas, arriba y abajo. Incluso el conductor.

Llegamos a Oviedo poco después de las ocho de la tarde y preguntamos por la discoteca La Real en la calle Cervantes. Nos recomendaron dejar el coche detrás de la estación de tren, porque en esa calle sería imposible aparcar. Había mucho movimiento cerca del bolo. Me pareció milagroso que Tom y Jerry encontraran a su amigo, pero allí estaba, en la cafetería acordada, bastante ciego, pero con las entradas en el bolsillo. Cuando nos las entregó, lo abracé como un náufrago al capitán del barco que lo rescata. Me miró sorprendido y le entró la risa. En aquel mismo bar, repleto de gente con camiseta, chupa de cuero y melenas a lo Joey, empezamos a beber cervezas como si no hubiera mañana.

Quizá demasiadas.

Entramos en La Real hacia las nueve y media de la noche. No cabía un alfiler. En ese momento tocaban unos teloneros —me pareció entender que eran de Tarragona— y el público se agolpaba en la pista frente al escenario, extrañamente colocado cerca de la entrada en vez de al fondo de la sala. Cuando terminó el grupo invitado, la excitación en masa era espesa y contagiosa. Había tensión, buen rollo, ansia y nerviosismo, ganas de pasarlo bien. Allá donde miraras veías gente, en todas las esquinas, pasillos o escaleras y apelmazados en la pista, los puños en alto coreando:

—¡Hey, Ho, Let's Go!

Enseguida perdimos a Tom y Jerry, pero cuando las luces se apagaron y empezó a sonar la banda sonora de *El Bueno, el Feo y el Malo*, Bosco sacó tres papelinas que llevaba en el bolsillo de la chupa, le dio una a Urtubi, otra a mí y nos hizo el gesto universal de «Tómalo, tómalo, tuyo es, mío no».

Al minuto de grabación, los Ramones salieron al escenario y se colocaron como esperábamos. Joey en el centro con su pie de micro inclinado, flanqueado por Johnny y el nuevo, que parecía un Ramone de toda la vida. Marky se dispuso a aporrear la batería.

—One, two, three, four!

Todos sentimos que Joey nos lo decía a cada uno de nosotros.

Y empezó el Apocalipsis.

El pogo se extendió por la sala como un reguero de pólvora. El sonido era compacto, uniforme y pastoso, el volumen aplastante, los detalles inapreciables, la velocidad inalcanzable. Caían las canciones una detrás de otra, apenas reconocibles, pero del todo hipnóticas, como un implacable serrucho de puro punk que te abría la cabeza en dos, pero sin dolor, todo a favor.

Y una de las primeras fue *Psycho Therapy* y al poco sonó *Blitzkrieg Bop*, pero apenas nos dio tiempo a volvernos locos porque le siguió *Do You Remember Rock'n'Roll Radio?*, y la locura era un estado mental, una invitada más al concierto que encadenaba *Rock'n'Roll High School*, *I Wanna Be Sedated*, *Sheena Is A Punk Rocker*, *Rockaway Beach* o *Pet Sematary*, entre docenas, cientos, puede que miles de canciones gigantescas a pesar de su minúscula duración, y casi todas me sonaban de algo, o puede que todas fueran la misma, pero de pronto reconocía el *53rd & 3rd*, aunque no estuviera Dee Dee, o el *Judy Is A Punk* de su primer álbum y aquella tralla parecía tan eterna, indeformable, vital y necesaria como la propia imagen de los Ramones, porque ningún grupo sonaría igual con otras pintas, con otros pelos, con otra actitud que no fuera reinventar el rock destrozándolo.

El concierto duró hora y cuarto. Alguien dijo más tarde que habían tocado treinta y cuatro temas. Eso era poco más de dos minutos por canción.

Me lo creo.

Había que salir de La Real y todavía teníamos que encontrar a Tom y Jerry; esa misma tarde nos habían dejado claro que partiríamos en cuanto acabara el concierto porque el coche tenía que estar de vuelta antes del amanecer.

—¿Esto es un Skoda o la puta carroza de Cenicienta? —exclamó Urtubi entre carcajadas. El frío silencio de los hermanos cortó la broma de raíz. Luego, más sueltos por las cervezas, nos explicarían que su padre, dueño del coche, no sabía nada de aquella excursión.

Mientras nos dirigíamos en masa hacia la calle, apretados como esas cabezas de ganado que vadean ríos en las películas del Oeste, busqué los baños con urgente necesidad. Mi última meada había ocurrido justo antes de entrar en la discoteca, y esa certeza bastó para sentir un grado más de presión en la uretra. Le dije a Bosco que me esperaran a la izquierda de la salida y crucé en diagonal aquel río de cabezas en dirección al servicio. Tardé menos de lo que esperaba, pero en la puerta me encontré una cola de gente saltarina, no por excitación posramoniana, que también, sino por genuinas ganas de mear.

Bajo mi bragueta se mascaba la tragedia.

Un poco más allá de los urinarios había un pequeño pasillo, casi oculto porque el color negro de sus paredes se confundía con el del resto de la sala, moqueta incluida. Me asomé al recoveco y vi que era una salida de emergencia coronada por una débil lámpara. Algo me dijo que al otro lado habría un baño. Empujé la barra horizontal con decisión y la puerta cedió sin problemas. Ahora me encontraba en un trozo de pasillo que rodeaba los baños que acababa de evitar. Me pareció arriesgado mear allí mismo, en ese pasaje, porque no sabía quién podía doblar cualquiera de las dos esquinas. Por mi izquierda llegaba el rumor de la gente que salía de La Real, así que caminé hacia la derecha hasta que los murmullos se convirtieron en lejanos susurros. Al doblar la esquina me encontré otro pequeño pasillo que daba acceso a una enorme estancia: ¡estaba justo detrás del escenario! Asomé la cabeza mirando a la derecha y, en efecto, divisé las rampas que bajaban por la parte de atrás de la tarima. Varios pipas empujaban cajas metálicas con ruedas. Las siluetas de los técnicos se recortaban contra los poderosos focos que iluminaban el frontal, como Richard Dreyfuss caminando hacia la nave de *Encuentros en la Tercera Fase*. Me pareció una bella estampa de las entrañas del rock.

Pero, de pronto, noté que alguien me observaba desde la izquierda. Giré la cabeza lentamente esperando encontrar al típico guarda jurado.

Pero no.

Era Joey.

Joey Ramone.

El cantante de los Ramones.

Apoyado contra la pared. A dos metros de mí.

La Tierra dejó de girar.

Parecía que me miraba, quiero decir, mantenía la cara en mi dirección, pero las gafas negras no me dejaban ver sus ojos. Tenía el flequillo sudado, revuelto contra la frente, y la boca entreabierta. Iba vestido igual que en el escenario, cazadora incluida, y sostenía una botella de agua en la mano. De cerca parecía enclenque y solemne, frágil pero poderoso. El pelo por la cara y la impenetrabilidad de sus gafas impedían adivinar una sola de sus emociones. Sólo parecía cansado. Quise creer que también le intrigaba mi absurda aparición.

Deduje que la puerta que se abría a su izquierda era la del camerino. El calor era agobiante. La sensación de humedad provocada por los cientos de humanos que habían sudado en la discoteca se podía palpar. Supuse que Joey había salido un momento a tomar aire en aquel infecto pasillo.

Seguíamos mirándonos. Quizá él esperaba una reacción, pero yo estaba petrificado, no sabía qué decir. Lamenté que en el colegio no nos hubieran impartido una asignatura llamada Ciencias Sociales con Estrellas del Rock. Una furgoneta

avanzó muy despacio y se detuvo unos metros más allá del camerino. Un mánager con aspecto de gorila —o al revés— se acercó a Joey y al reparar en mi presencia me miró con cara de no haber conocido la amistad; si la desconfianza desintegrara la materia, me habría quedado sin cabeza. El cantante de los Ramones indicó que todo estaba bien, pero antes de irse con el guardaespaldas, me dirigió una última mirada, encogió los hombros y levantó un poco la barbilla, como diciendo «¿Qué?». Mantuve la sonrisa un instante, pero de repente, como si alguien me diera una hostia en la espalda, grité:

—¡¡¡Ramones!!!

Joey hizo un gesto de resignación, hartazgo, empacho o cualquiera de las posibles decepciones motivadas por una reacción simiesca que llevaba viviendo más de quince años y se metió en la furgó a la que ya se habían subido los otros miembros del grupo. El vehículo reinició su lenta marcha. En el último asiento distinguí a Johnny, serio y ausente, con la barbilla apoyada en el puño mientras miraba por la ventanilla hacia la nada. El vehículo tenía que pasar justo por delante de mi posición; cuando los ojos del guitarrista se cruzaron con los míos, sólo se me ocurrió poner cuernos y gritar su nombre:

—¡Johnnyyyyyyy!

Mirándome fijamente, separó la barbilla del puño, estiró el dedo corazón y me dedicó una peinetá que me supo a gloria.

«Ramones» y «Johnny». Ésas eran las dos palabras que había intercambiado con los inventores del punk. Me sentía afortunado.

Y bastante monguer.



Tener novia no estaba siendo el camino de rosas que habría asociado a ese estado afectivo. Quizá Eva estaba acostumbrada a vivir en pareja y yo demasiado asilvestrado para tenerla de golpe. O puede que ella aplicara a nuestra relación las costumbres que había desarrollado con su ex, aunque a mí no me encajaran. Lo malo, como Eva se empeñaba en señalar para cargarse de razón, es que yo tampoco contaba con un modelo previo para comparar, lo cual siempre era motivo de disputa.

Una vez superadas sus primeras reticencias, viendo que la cosa iba en serio y la chica era fiable, Jandro nos había concedido más pases de pernocta. Lo malo es que pronto me vi exagerándole a Eva las normas para evitar que se quedara a dormir. A ver, me explico; me encantaban los polvazos antes y después del sueño, pero el relax nocturno lo llevaba peor. Me refiero a estar en reposo, a ese descanso profundo en el que alcanzas la suspensión de los sentidos y de todo movimiento voluntario, ese

momento durante el que sueñas, respiras pausado y despiertas poco a poco, por tu propia inercia, cuando el cuerpo dice basta. En esas semanas descubrí que un cuerpo agazapado en lo oscuro no es la mejor forma de conciliar el sueño. Se trata de un organismo que desprende calor, ruiditos o espasmos, y que incluso recrimina en voz alta tus movimientos de madrugada o tu exceso de sueño cuando avanza la mañana. En mi afán de no molestar, me descubrí tenso en mi lado de la cama, girando muy despacio cuando cambiaba de postura, lo cual me generaba más nerviosismo aún. También supe que cuando me dormía de verdad, Eva ponía sumo cuidado en no hacer nada brusco que pudiera despertarme.

Entendí que las camas separadas de mis padres no eran una falta de amor, sino una señal de salubridad física y mental.

Y fuera del lecho, discutíamos con relativa frecuencia, casi siempre por temas relacionados con las salidas nocturnas y sus variables: cuándo, cómo, dónde y con quién salir. Claro que el sexo de las reconciliaciones era espectacular y los polvos contaban como borrones para empezar una nueva cuenta. Así íbamos tirando, gracias a esa gran mentira mundial que asegura que lo «normal» es que las parejas discutan de vez en cuando.

La primera noche que fuimos al Ozzy, Eva me había contado que no le gustaban los tíos muy guapos. Que me tomara aquello como un elogio decía bastante sobre mi autoestima. Al cabo de unas semanas, volvió a decírmelo en la cama, pero esa vez me sonó a rayos. ¿Qué mierda de elogio era eso? ¿Podía estar con el tío más guapo del mundo pero se había rebajado a estar conmigo como buena acción misericorde? ¿Trabajaba en una ONG dedicada a reconfortar a los feos?

Me estaba rayando.

Otro día me confesó que la primera noche que nos acostamos no esperaba correrse y que haberlo hecho le había cambiado la perspectiva. Me confirmaba así, sin darse cuenta, lo poco que me deseaba aquella noche y que el despecho hacia su exnovio había sido su única motivación para follarme. Me eligió sólo porque estaba allí, bailando a los Stone Roses, pero podría haber sido cualquier otro.

También insistía en lo bien que follábamos, y ahí era yo quien no confesaba que todo lo bueno que sabía hacer en la cama lo había aprendido con Janine. Claro que la insistente práctica de estos meses había perfeccionado mi técnica, pero no dejaba de pensar que la entrega de Eva no se parecía a la generosidad que Janine me había demostrado en una sola noche. Lo resumí en un axioma incontestable: a mi amiga californiana le ponía correrme y a mi novia le gustaba correrse.

Pasábamos las semanas follando, discutiendo y compensando. Pero en nuestro caso, el roce, en lugar de cariño, fue generando apatía.

Un día ocurrió algo tan molesto como previsible. Mi lengua chapoteaba en su coño y cuando estaba a punto de derramarse en mi boca, Eva susurró el nombre de su

ex. Noté que abría mucho los ojos y me miraba. Hice como que no lo había oído. Fingí máxima concentración en seguir lamiendo y chupando hasta que se corrió entre gemidos que ya me sonaron distintos.

Nunca saqué el tema, pero después de aquello sentí que tenía carta blanca para pensar en Janine mientras follábamos.

Un sábado de mayo, solos en mi piso, vimos el festival de Eurovisión. No había sido nuestro plan inicial, pero la falta de acuerdo entre ir al concierto de Lagartija Nick con Urtubi o al cumpleaños de Dio, el camarero del Ozzy, inició una discusión, incoherente y creciente, que ni siquiera se arregló con la posibilidad de salir por separado y quedar después. Nos pasamos un buen rato debatiendo sin llegar a nada, cada vez más enfadados, sin avanzar. Exhaustos, permanecemos callados frente al televisor, justo cuando empezaba la retransmisión desde los estudios Cinecittà de Roma.

Estábamos sentados en el mismo sofá, pero separados por millones de kilómetros de indiferencia, los dos endemoniados, rumiando ese tormentoso silencio espeso que se instala en el rellano de una discusión que aún no ha terminado, como buscando una tregua para reponer fuerzas. Pasaron cantantes horteras y canciones insulsas, de esas que eres incapaz de tararear en cuanto se terminan, pero no despegamos los labios. Gorjeaban Sophia Vossou por Grecia, Sarah Bray por Luxemburgo, Anders Frandsen por Dinamarca o Atlantis 2000 por Alemania, y seguíamos con la mirada enfurecida, rebozados en aquella taciturna furia tan inservible.

Salió por fin Sergio Dalma por España para interpretar *Bailar Pegados*, una empalagosa letanía que describía todo lo contrario de lo que éramos en aquel instante.

Al acabar la canción, Eva giró la cabeza hacia mí en silencio. Tras unos segundos vacilantes, le devolví la mirada.

—Tenemos que hablar, Pepe.

—¿De qué?

—De dejarlo.

¡Sí, por dios, sí!

See You in September

JUNIO, 1991

Lo que hoy es el Mediterráneo era un desierto. Hace mucho tiempo, claro. Los datos actuales indican que podría volver a secarse en un par de millones de años. Antes era un descampado lleno de piedras y polvo, pero ahora lleva tanto tiempo sumergido que sólo percibimos un húmedo vergel líquido lleno de vida, luz y rodaballos.

Qué suerte.

Aquella mañana envidiaba al Mediterráneo por culpa de la resaca. La noche anterior mi cerebro yacía bajo un mar de alcohol; tras unas horas de mal dormir, el océano se había evaporado dejando a la vista el secarral que lo sostenía.

No me atrevía a abrir los ojos porque notaba demasiada claridad al otro lado de los párpados. La mejor posibilidad era que no hubiera bajado la persiana, pero el clavo en mi cráneo era tan nítido y la memoria tan espesa que también podría estar tirado al raso, en plena calle o cerca de las vías del tren, por añadir un paisaje más destartalado. De lejos parecería un cadáver magullado. Puede que incluso hubiera agentes de policía a mi alrededor estudiando la escena del crimen. Ya estaba despierto, pero aún no había movido un solo músculo porque adivinaba dolor, náuseas y malestar en cada átomo de mi cuerpo. Necesitaba ordenar las secuencias hasta donde fuera posible.

¿Por qué no hay cajas negras de las borracheras?

Todo era niebla en mi pasado inmediato, así que entreabrí los ojos esperando lo peor y reconocí el techo de mi habitación. La referencia actuó como un Tetris de cuatro líneas que me ubicó al instante. Seguía vestido, tumbado en la cama y con los pies en el suelo. Eran las once y veinte de la mañana. Deduje que, al llegar, me había sentado sobre el colchón para descalzarme, pero había acabado recostado sobre mi espalda sin tiempo a más. ¿A qué hora había sucedido? Buscaba ese instante en las carpetas de mi biblioteca mental, pero lo único que encontraba eran clasificadores acartonados y vacíos, como si los malos hubieran llegado antes que la policía al lugar del delito.

Pensaba en clave criminal porque presentía que había hecho algo sucio y reprobable. Era esa especie de sexto sentido que el mal instala en las mentes confusas para atormentar a los impuros que no son dueños de sus actos por causa del desfase. Me estaba agobiando. Y todavía no sabía por qué. Menos mal que tosí. Mi garganta sonó como el escape de una vieja Derbi Variant y el desagradable carraspeo me trajo de vuelta al sordo grito de mi organismo.

Necesitaba agua.

No tenía que mirar alrededor para saber que no había una sola gota potable a mano. Sentí presión en la uretra e imaginé que bebía mi propia orina encestándola

directamente en la boca. Sonreí al imaginar la chorrada, nunca mejor dicho. Si me quedaban resquicios para la broma es que no estaba tan mal.

Me incorporé a duras penas hasta quedar sentado al borde de la cama. La ropa olía a tabaco y, debajo de ella, a noche rancia y ajada. Me quité las zapatillas sin desatarlas, empujando cada una de ellas con el talón contrario, me despojé de los pantalones y los arrojé a la esquina más alejada. Fui al baño y me senté en el váter a mear, no por evitar salpicaduras, sino para beber al mismo tiempo del grifo del lavabo, acercándome tragos de agua en la cavidad de mi palma. Miles de años de evolución homínida habían descendido a mis antecesores de los árboles para erguirlos en el suelo. Ahora, yo desandaba ese camino orinando sentado mientras bebía charquitos de mi mano.

Todo un cuadro.

Me duché para extirparme los restos del naufragio, pillé una botella de agua y volví a la cama arrastrando los pies. No por el cansancio, que también, sino abatido al rebobinar el tráiler del largometraje de mi juerga.

La noche había empezado a plena luz del día. Salí de la facultad y camino de casa me encontré de sopetón con Leire, la amiga de Eva. En los bares era gótica, pero al sol y sin maquillaje parecía prerrománica. Nos reconocimos cuando no había escapatoria, a punto de cruzarnos, en ese momento en que haces contacto visual sin tiempo a disimular.

—Leire —dije con voz neutra para demostrar que recordaba su nombre.

—¡Caramba! —exclamó con un entusiasmo a la mínima potencia. Nos sentíamos incómodos porque la alargada sombra de su amiga marchitaba cualquier naturalidad.

No le dije que hacía cinco semanas y un día —dicho así sonaba a condena— que no sabía nada de Eva. Al día siguiente de que España obtuviera la cuarta plaza en Eurovisión, dejamos de lado nuestra fugaz relación. Aunque la gente pronto olvidaría a aquel cantante de Sabadell con pinta de italiano, siempre lo asociaría a mi ruptura sentimental. Pasarían semanas, meses y años, y ya nadie recordaría el nombre del solista o el título de su canción, pero yo sería incapaz de borrar de mi mente a Sergio Dalma. De una manera retorcida, mi dolor mantendría viva la memoria de su fugaz carrera. Fue ella la que cortó por lo sano, con precisión de neurocirujano, los frágiles vínculos emocionales que nos unían más allá del coito. El domingo 5 de mayo, por la tarde, sentados en el mismo sofá donde habíamos visto el festival la noche anterior, Eva hizo una diáfana e irrefutable ponencia que podía haber titulado «Inviabilidad de mi relación con Pepe: causas y efectos de una inmadurez no asumida». Apenas intervine; su discurso estaba tan bien hilado que no se me ocurrían argumentos sólidos para rebatir.

Y en el fondo, tampoco me apetecía.

Ese día fue muy civilizado, pero luego la tierra se la tragó. Desapareció del todo y entonces me di cuenta de hasta qué punto nuestras vidas anteriores habían transcurrido de forma paralela. La única zona común era el Muralla, por donde ella no había vuelto a aparecer, igual que yo tampoco tuve ganas de dejarme caer por el Ozzy. Y nuestros trayectos habituales por la ciudad, en mi caso del piso a la emisora o a la universidad, tampoco coincidían. Las dos primeras semanas fueron liberadoras —Urtubi celebró mi «regreso» como si hubiera vuelto del espacio exterior—, las dos siguientes extrañas y la última inquietante hasta sentir que la echaba de menos. Pero una mezcla de orgullo, pereza y confianza en que la casualidad nos uniría de nuevo hacía que retrasara la decisión de llamarla. Nuestra única amistad en común era Leire, que ahora mismo, en medio de la acera, me miraba con cierta curiosidad:

—Joder, Pepe, cuánto tiempo, ¿no?

—Ya te digo...

—¿Y qué tal, cómo andas?

—Bueno, vengo de la facultad, tengo exámenes...

—¿Has acabado?

—La semana que viene salen las notas.

—¡Ahí va! ¿Aprobarás todo?

—¿Qué sabes de Eva?

Me salió sin pensar, de golpe, como si tuviera la frase atrapada entre los dientes y se me escapara al toser. Me arrepentí nada más ver su reacción. Apartó los ojos, titubeó, bajó la mirada. Parecía mirarse los pies.

—¿Qué pasa, Leire? —musité con voz penosa mientras dibujaba mi mejor sonrisa de memo para amortiguar el impacto.

—Bueno, verás, Eva... Está en Madrid.

El tono de su voz y el apocamiento gestual completaban la información. No hacía falta que dijera más, pero la capacidad de sufrimiento del ser humano no conoce límites. En las situaciones desesperadas necesitamos que alguien verbalice la tragedia para tomar conciencia de ella. Probablemente muchos pasajeros del *Titanic* no pensaron en su propia muerte hasta que alguien gritó: «¡El barco se hunde!».

—¿Está con Héctor? —Para rematar la humillación, la pregunta me salió con un pequeño gallo que recalcó el patetismo.

Me miró a los ojos y asintió en silencio. Cada uno de sus cabeceos martilleó mi débil corazón.

—Lo siento —añadió ante mi evidente zozobra.

El barco se hunde. Mi sonrisa era la orquesta que seguía tocando.

Me despedí de Leire, por si me entraban ganas de llorar, y me metí en un bar muy cutre que había allí mismo. Siempre pasaba por delante cuando iba a clase, pero nunca había entrado. El local estaba vacío y yo me sentía igual. Me fui directo a la

barra. Era el tipo de situación en la que la Sue Ellen de *Dallas* se metería un whisky sin hielo entre pecho y espalda para serenarse. Al otro lado del mostrador, un camarero que parecía un cruce entre humano y jabalí esperaba mi orden.

—¡Un cortado!

Creo que lo dije gritando.

Se giró hacia la cafetera, preparó la carga y la encajó mientras colocaba debajo la taza con destreza. Todo lo hacía bruscamente, como si quisiera partir la máquina a hostias.

—¡Y un sol y sombra con hielo! —añadí eufórico como si se me acabara de ocurrir una gran idea.

La orden pareció descolocar, pero enseguida retomó la diligencia. Con el café goteando, metió un cubito de hielo en una gruesa copa balón, retiró la taza de la máquina y me la puso delante a la vez que le metía un plato con cucharilla y sobre de azúcar debajo. Casi aprovechando la inercia de los brazos como en un movimiento de Tai Chi, agarró las botellas de coñac y anís, una en cada mano, y las vertió en el vaso hasta obtener un mejunje de marrón rebajado.

Tomé el café de un trago y me quemé la lengua. Apagué el ardor con un generoso sorbo del tibio sol y sombra. El follón de temperaturas dentro de mi boca, garganta, esófago y estómago me distrajo por un momento del tornado emocional, pero retornó el ánimo doliente, esta vez teñido de remordimiento debido a mi absurda reacción.

Eva había vuelto con su exnovio.

Quizá nunca había dejado de serlo.

Animado por la ausencia de clientes intenté llorar un poco. No me salían lágrimas. Sólo sentía rabia y frustración, que no era poca cosa. Eva me había timado. Recordé a Héctor en el Muralla y me imaginé abofeteándole con un guante ante el estupor de los presentes.

—Esto es una deuda de honor. ¡Elige armas, rufián!

—¡Quiero navajas albaceteñas para abrirte el pescuezo!

—¿No prefieres un Tetris, canalla?

Me reí solo y busqué con los ojos al camarero para pedirle otro copazo. Lo encontré rápido porque me estaba observando sin que me diera cuenta. Había preocupación e inquietud en su mirada. No me pareció mal porque estaba seguro de que mi actitud transmitía perturbación de la buena; las manos sobre la barra, la mirada vidriosa, una sonrisa petrificada y la copa vacía.

—¿Todo bien, chico? —preguntó conciliador.

—Pues no.

Nada bien.

Pedí otro combinado de coñac y anís. Lo bebí más despacio. Todo me parecía

inmundo; ese bar, la ciudad, la Tierra, el universo y, sobre todo, mi propia vida. Estuve a un paso de contarle al camarero mi drama para que cambiara aquella mirada de lástima por una de comprensión, pero incluso en mi estado fui consciente de lo patético que habría resultado. Pagué y me despedí con educación, sabiendo que jamás volvería a poner un pie en aquel local.

Nada más pisar la calle, un sonoro ¡PEPE!, hizo que me girara buscando al impetuoso dueño de esa voz. Era Christoph, mi compañero de piso. Empecé a recelar de aquella acera que reunía sobre sí tantas casualidades. Él también parecía sorprendido. Nunca habíamos pasado del apretón de manos, pero me abrazó como si uno de los dos hubiera surgido de un avión en llamas recién estrellado. Me pilló desprevenido. Intenté devolverle el gesto, pero su estrujón me había inmovilizado ambas extremidades y acabé braceando como un pequeño tiranosaurio.

A pesar de la incipiente nebulosa ética que se avecinaba sobre mi entendimiento, enseguida supe que mi compañero de piso estaba borracho.

Eso también era novedad.

—Pepe, necesito tu ayuda —farfulló en su germánico español de andar por casa.

—Pasemos a mi despacho —respondí, señalando la puerta del Bar Cutre.

El camarero no se inmutó cuando volví a entrar con tan extraña compañía y me saludó como si nunca me hubiera visto. Su discreción demostraba que era todo un profesional de la hostelería y al momento sentí un sincero afecto hacia él. Mi amigo pidió un gintonic y yo, en un acto de pura supervivencia, opté por una cerveza.

No eran ni las ocho de la tarde.

La curiosidad por saber qué necesitaba Christoph de mí y por qué estaba borracho a esas horas hizo que me olvidara de los motivos que habían provocado mi propia cogerza. Observamos en silencio al diligente jabato mientras me acercaba una Cruzcampo y preparaba la copa. El alemán se quitó las gafitas redondas para frotarse los ojos y volvió a ponérselas. Me dio la impresión de que hacía acopio mental de vocabulario castellano para explicarme la sinopsis con claridad. Por fin, agarró el cubata, le dio un buen trago y, relamiéndose, se giró hacia mí:

—Mi exmujer Yvonne ha venido de visita y está *empeñada* en conocer a mi novia.

—Empeñada...

—Ach, ja! —asintió en alemán—. Em-pen-nia-da —completó con cierta dificultad.

La corrección me salió de forma automática, él mismo nos pedía que no nos cortáramos a la hora de señalar sus errores en español, y el favor se había vuelto hábito. Lo importante era la información desplegada: Christoph era capaz de beber

alcohol, había estado casado con una mujer tozuda y ahora tenía novia en España.

No sabía ninguna de esas tres cosas.

Me explicó que había quedado esa noche con su novia, pero que esa misma mañana su ex, de vacaciones por España con una amiga, había llamado para decirle que llegarían hoy desde Madrid. El problema, por lo visto, era que aún no le había contado a su chica española que estaba divorciado y eso le preocupaba lo bastante como para llevar tres gintonics encima. La ayuda que demandaba era que los acompañara a la cita con su novia para que pareciera que acudía con un grupete de amigos en lugar de con su antigua esposa.

Eso fue lo que le entendí. Me pareció un plan lleno de lagunas motivado por una excusa absurda y con una posibilidad de resultado catastrófico. Pero me dejé llevar porque mi otro plan para esa tarde era suicidarme por desamor.

—¡Cuenta conmigo! —chillé, sin saber muy bien cuál era mi cometido en aquella función. Me abrazó de nuevo.

—¿Y tú qué tal? ¿Todo bien?

—Eva ha vuelto con su novio.

Hasta el camarero levantó una ceja y nos miró de reojo desde el otro extremo de la barra.

—¡Albricias! —exclamó muy serio Christoph.

Lo dijo como si fuera una expresión muy al uso que transmitiera sorpresa y condolencia en lugar de júbilo. A saber de dónde la había sacado.

—Albricias —corregí mecánicamente.

—Eso, «albrizzias» —repitió antes de acabarse la copa con otro trago largo—. Creo me pasaré a la beer, como tú.

La reacción de mi amigo tuvo un efecto relajante en mi maltrecho ánimo. Albricias. Ésa era la actitud. ¿Que Eva había vuelto con su novio? Pues albricias. Apenas habíamos estado tres meses juntos. No era para tanto. Albricias. A lo mejor era el alcohol, pero la palabra adquirió características mágicas, como un conjuro evocador, indestructible y poderoso.

—¿Nos pones dos albricias? —le grité al camarero, señalando mi botellín.

Christoph había quedado a las nueve de la noche en el bar que había justo enfrente de la iglesia de Santa María. Había citado allí a su exmujer porque era un lugar céntrico, turístico y pintoresco. Además, no estaba muy lejos del hotel donde se hospedaban. Le pregunté por la amiga en cuestión, pensando en mi posibilidad de pillar cacho.

—¿Ilka? No la conozco, sólo sé que es la novia de Yvonne.

—¡Albricias!

Christoph me miró sin comprender la reacción, mientras yo imaginaba dos valkirias rubias, fogosas y ternescas restregándose entre sí.

Todavía tomamos dos cervezas más antes de acercarnos a la plaza de la iglesia. La cafetería en cuestión era sobria, funcional y silenciosa; lo único más alto que las voces eran los precios. Nos acomodamos en la barra. Mi amigo volvió al gintonic y yo, al ver el logo colgado en la pared, opté por una Guinness, que resultó ser de lata. Para amenizar la espera, Christoph abundó en la bonanza de la relación que mantenía con Yvonne, trasladándome la zozobra que le producía que ella hubiera descubierto el lesbianismo tras divorciarse. También expuso que presentarle a Julia, su novia actual, le provocaba una inquietud tan excitante como imprevisible.

Las turistas no tardaron en aparecer. Nada más verlas, supe que Odín jamás las habría aceptado en su corte de valquirias. Yvonne, algo gruesa, llevaba el pelo corto teñido muy negro, parecía bastante mayor que Christoph y daba la impresión de haber sido muy guapa años atrás. Por su parte, Ilka tenía unos kilos de más, una alborotada melena pelirroja y un rostro anodino en el que destacaba su boca carnosa, aunque todo el conjunto quedaba eclipsado por un par de tetas descomunales, bien retenidas en un sostén cuyos tirantes se le hundían en los hombros. El canalillo que formaban ambas ubres asomaba por el generoso escote de una camiseta con la efigie del cantante Heino. Cuando la saludé con dos besos me imaginé, pequeño y diminuto, resbalando feliz entre sus pechos. Decidí que si me dieran a elegir entre metérsela o lamerle las tetas, escogería lo segundo.

Qué de ocio tiene la mente del que no folla.

Dos rondas de cervezas después, parecía que los cuatro nos conocíamos de toda la vida. Las alemanas también venían cargaditas tras una vuelta por bares de la zona y pronto se sumaron a nuestro etílico entusiasmo. Hablaban en inglés como deferencia hacia mí, aunque Ilka no dejaba de intentar una suerte de spanglish que me hacía llorar de risa:

—¡La gusta es mía! —repetía a modo de brindis.

Entre Yvonne y Christoph se percibía un cariño especial, aunque no se adivinaban rescoldos de pasión. Eran más bien hermanos, pero no porque su relación se hubiera vuelto fraternal; daba la impresión de que siempre habían sido de esos hermanos que se llevan tan bien que dan un poco de grima. Me costaba imaginármelos follando. Todo lo contrario de lo que me ocurría con Ilka.

Yvonne no tardó en sacar el tema de la nueva novia de Christoph. Cuando insistió en conocerla, notamos que mi amigo se incomodaba, así que su ex, animada por la cerveza y la excitación, trazó lo que, en su demencia, parecía un plan infalible.

—Pepe, te harás pasar por mi novio, así no habrá problemas de celos.

Dabuten. No lo dije porque la moña me obligaba a economizar palabras. Levanté el pulgar en señal de ok.

—¿Y yo qué? —preguntó Ilka sin apear la sonrisa.

—¡También serás mi novia! —exclamé para delatar mi interés.

—Tú serás mi amiga de Alemania, y Pepe mi novio, ¡sí! —zanjó Yvonne con una exaltación a la que costaba negarse. Miré a Christoph esperando ver en su expresión un gesto de «Está loca, qué le vamos a hacer», pero me lo encontré sonriendo de manera aprobatoria.

Tomamos unas tapas, escasas e insulsas, por hacer tiempo y cumplir con el protocolo turístico, pues las ganas de comer dormían enterradas bajo el alcohol ingerido. Me fui enterando a trompicones de la historia del alemán con Julia. Ella era muy joven, estudiaba primero de derecho y vivía a casi una hora de la ciudad. Salía de vez en cuando, cuando le dejaban sus padres, pero siempre dormía en casa de unos tíos suyos. La chica tenía esa noche una boda familiar y Christoph había quedado con ella a las dos de la madrugada en la Kokomo, una discoteca muy horterera a las afueras.

Antes de medianoche teníamos una borrachera cuyo escándalo aumentaba en cada nuevo bar. Se me ocurrió que éramos los Cuatro Fantásticos. Yvonne era la invisible Sue, lo cual convertía a Christoph en su incendiario hermano Johnny, yo me adjudiqué el papel del elástico Reed y dejé que Ilka fuera La Cosa. Todo encajaba. Entre birras nos turnábamos para charlar con uno de los otros tres, hablando por parejas. A veces coincidía con mi compañero de piso, de repente mantenía una animada conversación con Yvonne y la mayoría de las veces le contaba mi vida a Ilka. Cuando le expliqué que mi chica había vuelto con su antiguo novio, compuse una sincera cara de pena lastimosa y ella respondió con un abrazo de consuelo que me hundió en sus blandísimas tetazas. Justo cuando mi polla iniciaba el tránsito de la flacidez al palotismo, Ilka dio el abrazo por finalizado. Creo que ni se enteró de la alteración.

Ya cerca de la discoteca, a eso de la una, entramos en un pub con música salsa y focos de colores. Parejas maduras con aspecto de swingers bebían cócteles adornados con sombrillitas de papel. Los pocos presentes recibieron con agrado la desenfadada algarabía de las dos guiris cuando empezaron a bailar y besarse en la vacía pista de baile situada al fondo del local. Christoph y yo pedimos dos cervezas desde el otro extremo, cerca de la puerta y lejos de la curiosidad de los parroquianos. Brindé con él. Lo vi serio y pálido. Tenía la frente perlada y sujetaba la birra con la mano derecha pegada al pecho. De repente, le vino una arcada en forma de pequeño espasmo. Pude ver con toda claridad cómo un chorrito de vómito saltaba de su boca a la botella. Seguía mirándome, creo que convencido de que no había pasado nada, pero notó que yo observaba su cerveza y al bajar la mirada vio su propia náusea resbalando por el cristal. Menos mal que estábamos al lado del baño.

Al fondo del bar, las valkirias eran todo baile y diversión.

Christoph reapareció mejorado gracias a la evacuación gástrica y al agua con la

que se había refrescado el rostro, pero los nervios seguían dibujados en su mirada inquieta. Me pareció casi entrañable que un hombretón normalmente hierático estuviera tan turbado por el amor. De alguna manera accedió a mi pensamiento.

—Es la mujer de mi vida, Pepe. Tiene que salir bien.

Un ruido en la pista llamó nuestra atención. Yvonne e Ilka habían caído al suelo. No hicieron ni amago de levantarse: no podían con la risa.

Llegamos por fin al Kokomo. Las chicas no pagaban y Christoph se encargó de mi entrada porque, según explicó, era su deber moral al haberme metido en este lío. Me habría gustado explicarle que, además de estar pasándomelo de puta madre, aquel follón me había salvado la vida porque antes de encontrarnos yo estaba en la mierda, pero se me agolparon las frases y no dije nada: el portero nos miraba con ojo clínico. Sentí que calibraba la calidad de nuestra borrachera por si atisbaba algún tipo de bronca, pero por fin nos abrió la puerta con una mirada amenazante que sólo yo capté.

Cumpliendo el plan beodo que ella misma había diseñado, Yvonne me cogió de la mano y le dio el brazo a Ilka. Los tres caminábamos detrás de Christoph hacia la última barra de la discoteca. Éramos, sin lugar a dudas, el grupo más extraño, chocante y exótico de la sala. Sonaba el *Gypsy Woman* de los Crystal Waters, y eso era lo único que nos impedía parecer un grupo de refugiados atravesando un campo de minas. El local me pareció enorme, quizá porque esperaba un espacio más modesto, y había bastante gente bailando. Todos se apartaban para dejarnos pasar, como si tuviéramos una misión, como si viniéramos a darle una paliza a alguien o a salvar a la humanidad o a tirar un tabique o a suicidarnos en plan Mishima.

Ilka saludaba con la mano a lo reina madre, Yvonne caminaba orgullosa y yo tuve tiempo de pensar que ojalá Christoph supiera adónde íbamos porque a lo mejor llegaba hasta la pared del fondo, tendríamos que pararnos de golpe y sería una pena deshacer aquella formación tan molona. Pero lo entendí todo cuando vi que desde la última barra, una diosa bellísima lo miraba embelesada. Se fundieron en un abrazo antes de comerse la boca como si acabaran de inventar el morreo. Julia era, literalmente, escultural y preciosa, con una perfecta melena oscura que enmarcaba su rostro angelical. Recordé que venía de una boda al reparar en su espectacular maqueo; llevaba un vestido azul corto atado en la nuca con la espalda al descubierto y unos tacones de vértigo a juego. Las piernas parecían de anuncio y bajo la ropa se adivinaban unos pechos de ensueño. Además de poseer un chasis inapelable, transmitía una entrega y decisión en el morreo que delataban pasión y conocimiento.

Nos estaba poniendo a todos.

¿Cómo podía estar semejante pibón con Christoph? Me sentí mal nada más hacerme esa pregunta, y lo achaqué a la envidia más que al recelo, pero no tuve

tiempo de darle muchas vueltas. Yvonne me agarró por los hombros y me giró hacia ella para refrescarme la memoria:

—¡Recuerda que somos novios!

Acto seguido plantó sus labios en los míos. Me pilló por sorpresa porque ignoraba que nuestra simulación de pareja llegaría tan lejos. Quizá se vio obligada a improvisar ante la desatada muestra de pasión de su ex, a quien no quitaba ojo, por cierto, sin despegar su boca de la mía, y de esa guisa tiró de mí para acercarnos a ellos. Fue una extraña danza de pasitos laterales al ritmo del *Ella es un Volcán* de La Unión, como esos concursos en los que una pareja tiene que transportar una manzana sin usar las manos, sujetándola sólo entre sus caras. Cuando casi estábamos rozándonos con Julia y su alemán, decidí centrarme en un morreo a la altura de los contrincantes y metí mi lengua a saco: quería parecer el novio más salido de la discoteca.

Bueno, eso y que a lo mejor no cataba otra boca en toda la noche.

Yvonne recibió el ímpetu con curiosidad y cobró interés ante mi baboseo. Me sujetó la cara con ambas manos, me susurró al oído «Soy lesbiana» para que no me confundiera ante lo que iba a hacer y entonces se esmeró en lamerme la boca por dentro, por fuera y por los bordes, como nunca me lo habían hecho. No parecía que ella sintiera una especial pulsión sexual, era más bien una limpieza en toda regla, un repaso meticuloso a base de lengua, como si su saliva fuera barniz, su lengua una brocha y mis labios una puerta vieja. Mi naturaleza se vino arriba con todo el equipo, la apreté contra mí, le magreé las nalgas y se dejó hacer. No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero al separarnos, Christoph y su novia habían dejado de husmearse y nos observaban con curiosa atención.

—¡Hola! —exclamó Yvonne en español, limpiándose la cara con el dorso de la mano—. ¡Tú debes de ser Julia! —añadió en inglés.

—¡Tú eres la exmujer de Christoph! —respondió en la misma lengua haciéndonos saber que su novio ya la había puesto al tanto de la extraña pandilla que le acompañaba—. Y tú eres Pepe, ¿no? —me dijo en español.

Asentí como un niño tontaco, feliz del todo porque aquella criatura hermosísima, además de saber quién era yo, había dicho mi nombre en voz alta. No tuve tiempo ni de amagar dos besos a modo de saludo porque Yvonne la abrazó, le cuchicheó algo y se fueron entrelazadas hacia la barra, ignorándome del todo.

—Pepe, eres un amigo de verdad, ¡gracias! ¡Gracias!

Era Christoph, abrazándome emocionado. Quise decirle que no tenía importancia, que me había encantado aquel morreazo, que lo repetiría las veces que hiciera falta, pero mi amigo estaba exultante, había soltado la absurda adrenalina acumulada y ahora la borrachera le estallaba en plena euforia. Tanto recalcó los méritos de mi actuación que llegué a pensar que consideraba a Yvonne un verdadero callo indigno

de tales embistes, lo cual me dejaba en una situación ligeramente incómoda. Me pasó un brazo por el hombro y contemplamos a esas dos mujeres que charlaban en la barra. Me fijé particularmente en aquella escultural hembra embutida en azul y me sinceré con Christoph:

—Tío, es la mujer más bella que he visto en mi vida.

Me miró pletórico y preguntó sin asomo de coña:

—Y Julia, ¿qué te parece?

Sonaba el *Chiquilla* de Seguridad Social.

Lo siguiente fueron unos chupitos de vodka con lima. Y risotadas. Y más cerveza. Y asentir con la cabeza, a pesar de que, entre el volumen y los idiomas extraños, apenas oía o entendía. A veces me aislaba de la conversación que tocara para pensar en Eva, y el alcohol no era capaz de mitigar el dolor, pero sí me ayudaba a razonar que tampoco lo suyo había sido una traición, que yo habría hecho lo mismo, es más, ahora mismo me follaría a Ilka por despecho. Y por ganas también. Si se dejara, claro. Y lo siguiente era bailar frenéticamente una música que me la pelaba, canciones de Roxette, Cómplices o Enigma, que hacían que el patatero *Grease Megamix*, que pinchaban de vez en cuando, me supiera a gloria bendita. Brincaba por la pista detrás de Ilka, desatada como una cabritilla para celebrar, con igual algarabía, a Kaoma, los Dire Straits, Katrina & The Waves o Simply Red. Sus pechos botaban bajo el rostro imperturbable del Heino impreso en su camiseta; de tanto fijarme acabé imaginando que el propio cantante me hablaba en medio de la pista:

—Tócame la cara. Debajo, hay tetas.

En un momento dado, el discjockey anunció por el micrófono el cumpleaños de alguien antes de pinchar el *(Everything I Do) I Do It For You* de Bryan Adams. Puede que no hubiera una canción que odiara más en la Tierra, pero me lancé a bailarla bien agarrado a Ilka, que me recibió sonriente entre sus brazos y sobre sus tetas. Noté su respiración pesada, debido al alcohol y el esfuerzo danzarín, y ella debió de sentir lo mismo en mí, pues la cantidad de bebida y la intensidad de mi brío no habían sido menores. Mi primer intento de morreo acabó en una cobra perfecta. El segundo también. Que no dejara de reír ni un solo momento, incluso a carcajada limpia, me animó a porfiar, pero fallé de nuevo. Si seguíamos de esa guisa acabaríamos inventando un nuevo baile, así que opté por cesar los amagos, a lo que ella respondió plantándome un sonoro besazo en los labios. Quise devolver el gesto y me esquivó de nuevo. Estaba jugando conmigo.

A buena parte. Yo tenía toda la vida por delante.

Tanteé otra vez y de nuevo acabaron mis belfos en el aire cuando ella cabeceó hábilmente en dirección opuesta. Parecíamos dos púgiles extenuados en el último asalto, juntos pero esquivándonos las testas, como si yo buscara agarrarme para no

caer y ella se deslizara por el ring, ágil como Cassius Clay. Cualquier juez le concedería la victoria a los puntos. Y antes de que eso ocurriera, decidí tirar la toalla al mismo tiempo que empezaba a sonar el *Freedom* de George Michael. Ilka me vio tan abatido en la derrota, que me pasó el brazo por encima del hombro mientras nos dirigíamos a la barra a tomar algo.

Pero nos quedamos petrificados ante lo que vimos.

Yvonne y Julia se besaban. Bueno, decir «besar» supondría mucha benevolencia; se comían la boca con ansia, se morreaban con ganas, atacándose, igual que esos hipopótamos que luchan en el río queriendo atrapar la boca del rival con sus fauces abiertas. Christoph, muy cerca, observaba la escena con ojos encendidos, bailando de forma casi imperceptible pero bastante torpe. Se giró hacia nosotros y nos dedicó una sonrisa de sátiro que habría helado al mismísimo Marqués de Sade. Ilka estaba embelesada. De pronto, me soltó el hombro, se dirigió hacia la pareja, abrazó a Yvonne por la espalda y apoyó la barbilla sobre el hombro de su novia. Julia, lejos de molestar, cambió la boca de la morena por la de la pelirroja y siguió besando con el mismo frenesí lascivo.

Pensé que si abrazaba a Ilka por detrás, igual me caía un morreo de Julia, pero preferí no arriesgarme a una triple cobra y me situé al lado de Christoph, que seguía sonriente, eufórico, imparable.

El trenecito aquel no duró mucho. El roce de Yvonne y Julia era una especie de pacto de buen rollo, una forma que la ex tenía de bendecir a su sustituta en el corazón de mi amigo. Ilka pasaba por allí y se apuntó a la bienvenida por la cara. Algo así me explicó luego Yvonne, cuando Christoph y Julia retomaron sus besuqueos enamoradizos.

No sé cuándo se fueron todos. Lo último que recordaba de la noche era saltar por la pista, ya vacía y con las luces encendidas, mientras sonaba el *Shiny Happy People* de REM y Kate Pierson. Que esa canción cerrara el Kokomo me reconcilió con el mundo. Con esa canasta providencial sobre el bocinazo final, el discjockey había ganado el partido. Creo que me acerqué a la cabina e intenté abrazarlo.

No me acordaba de nada más.

Ni siquiera de cómo había llegado a casa.



—Suspenseo —dijo la profesora Arroyo.

—Ya, pero... ¿por qué? —respondí en un alarde de sutil intimidación.

Aquella mujer no tenía muchos años más que yo, pero la anciana que había anidado en su interior podría ser mi bisabuela. Transmitía hastío y desinterés hacia su

trabajo; a lo mejor se arrepentía de haber dedicado los mejores años de su juventud a la obtención de un expediente académico brillante, y ahora que era profesora, intuía que la vida que le esperaba hasta su jubilación no iba a ser arrebatadora. Bueno, así explicaba Urtubi aquel eterno gesto de amargura.

—Tu examen es, no sé, pura dispersión...

—No lo entiendo —dije con total sinceridad.

Me miró con más impaciencia que comprensión, como si dijera en silencio «Déjame en paz, estoy cansada, no me interesa nada, odio mi existencia», pero ella ignoraba que mi determinación era inmune a cualquier indirecta. No podía creer que me hubiera suspendido Literatura Norteamericana del Siglo xx, la asignatura de quinto curso que, por puro gusto, había decidido dejar para mi final de carrera. El día anterior había aprobado la última de las gramáticas y hoy esperaba confirmar, gracias a este aprobado, que era un licenciado más. El INSUFICIENTE al lado de mi nombre en el tablón de notas me dejó petrificado.

No entraba en mis planes dejar un cabo suelto durante el verano. Examinarme en septiembre para acabar esa carrera que no me llevaría a ninguna parte era una prórroga absurda. Necesitaba aprobarlo todo para dedicar julio y agosto a reflexionar sobre mi próximo paso en la vida. Aquel suspenso lo suspendía todo.

—¿Qué quieres que te diga, Pepe? —preguntó de manera retórica.

—Es la última asignatura que me queda —expuse como incontestable argumento.

—Pues tendrás que prepararla en serio para septiembre.

Un hombre taciturno irrumpió en el despacho. Lanzó una cuerda por encima de la viga que atravesaba la estancia, hizo una soga en el extremo y ahorcó a la profesora delante de mis ojos. La ensoñación era de Mastroianni en $8 \frac{1}{2}$, pero también me valía.

Volvió el silencio al despacho. Puede que ella también se imaginara que alguien me colgaba del cuello.

Desde la invención de la escuela, los alumnos aprobamos y los profesores nos suspenden; esa manera inconsciente de enfrentar los méritos propios a la maldad del examinador está en los genes del ser humano. Nada de lo que yo dijera mejoraría mi nota. En aquel suspenso latían injusticia e incordio, pero también traición a una hermosa historia.

Me explico.

Siete años atrás, en un soleado día de primavera, paseaba por la bulliciosa Pacific Avenue de Santa Cruz, California, con mi amigo Kurt. Justo en la esquina con Cooper Street pasamos por la pintoresca Cooper House, una coqueta construcción que había albergado los juzgados de la ciudad y que con el tiempo se había reconvertido en un pequeño centro comercial impregnado del espíritu bohemio de la ciudad. En la terraza del bar que ocupaba el lateral del edificio actuaba un grupo que, en aquel momento, interpretaba una versión del *Feel Like Makin' Love* de Roberta

Flack. Me hipnotizó la voz grave del cantante y el carisma del pianista, un señor con gafas, gorra de tela, barba blanca y melena canosa que podría ilustrar la entrada «hippy» del diccionario de la RAE. Kurt, impermeable a los hechizos del soul, insistía en acercarse a una famosa tienda de surf en esa misma calle; enseguida convinimos que me quedaría viendo a los músicos y nos reuniríamos más tarde.

Una pequeña verja separaba la terraza de la acera, pero aquella banda bien merecía un refresco de pago. No había mucho público, así que ocupé una de las mesas disponibles en primera fila y me relajé del todo. Estaba sentado en una soleada terraza de California escuchando música en directo. Me sentía encantador, interesante y culto, demasiado hip incluso para mí, aunque echara de menos, más que nunca, una cerveza bien fría. La pizarra a la entrada del local anunciaba el nombre de la banda: Warmth.

Era fan desde ya mismo.

Al acabar la canción mis palmas sonaron más alto y rápidas que el resto de los aplausos, denotando mi cateta condición entre tanta gente guay. No parecía un espectador de jazz, sino un pasajero inexperto que celebraba el correcto aterrizaje del avión.

El pianista me miró divertido. Justo entonces, el bajista lo llamó por su nombre, Don, para pasarle una partitura. También observé, sobre un atril situado a la derecha, que el grupo vendía un elepé titulado *Up Jumped Kolbe*; el cartel, además de señalar un precio de ocho dólares, indicaba que dicho álbum era autoeditado. Tocaron otro tema, un estándar de jazz que no supe identificar, y sobre los aplausos finales, con los míos ya acompasados a los del resto de público, Don anunció que harían un pequeño descanso antes del siguiente pase. Me faltó tiempo para levantarme, saludarlo con la confianza propia de un consagrado trompetista de bebop y tenderle un billete de diez dólares.

Yo era el Perseguidor. Había cruzado el Atlántico para comprarme aquel disco.

—Muchas gracias, amigo —replicó con una elegancia que, de manera involuntaria, me hacía sentir muy gañán.

—Gracias a ti, Don.

Cogí el elepé y le indiqué que se quedará el par de dólares sobrantes. Incliné la cabeza en señal de agradecimiento. Salí de aquella terraza con una genuina sensación de plenitud, como si la larva adolescente que había sido hasta entonces hubiera eclosionado en un adulto, todavía sin hacer, pero con las ideas claras. El sol brillaba incandescente sobre Santa Cruz, el cielo lucía un azul avaricioso en toda California y yo caminaba altanero por Pacific Avenue con mi vinilo bajo el brazo. Aquel bello edificio en el que tocaba Warmth era el centro del universo, una roca poderosa, una señal indeleble en la historia de la humanidad. Otro pétreo e invencible Rosebud en mi lecho de muerte.

Cooper House sería derribada en 1989 tras el terremoto de Loma Prieta.

Y ahora mismo, el suspenso en Literatura Norteamericana hacía que me sintiera tan demolido como esa casa.

Desde mi regreso de Estados Unidos había oído muchas veces aquel disco de jazz que incluía versiones de la sintonía de *MASH*, el clásico *Lazy Afternoon* o el *C Jam Blues* de Duke Ellington. Y una de las lecturas en el temario de Literatura Norteamericana del Siglo xx era *En el Camino* de Jack Kerouac, novela que empecé a leer por obligación académica y que se convirtió en devoción vital, porque todos los filólogos jueguistas queríamos ser Dean Moriarty. Cuando llegué al pasaje del concierto en el que Slim Gaillard toca el *C Jam Blues*, descubrí, como en una revelación mística, que Kerouac usaba el ritmo de la canción para describir dicha escena, y el hallazgo me pareció asombroso. Cuando expuse un trabajo en clase sobre el libro, aparecí con el radiocasete y una versión del tema sobre la que leí el fragmento en cuestión para demostrar que las comas del texto coincidían con las pausas de la partitura. Todas las teorías de inspiración jazzística, improvisación literaria y prosa espontánea que los críticos atribuían al autor se resumían y mostraban en aquel ejemplo irrefutable. Al acabar mi ponencia, busqué la mirada de la profesora Arroyo para corroborar su emoción, pero sólo encontré el habitual gesto estreñido. No hizo ninguna mención o comentario; miró sus papeles y se limitó a decir el nombre de la siguiente alumna que debía exponer su trabajo.

Esa vez imaginé que un operario entraba en clase y le estampaba una tarta de merengue en la cara.

El destino había querido que yo adquiriera un elepé en California y que lo escuchara durante años hasta reconocer el chasis de una canción descrita por Kerouac varias décadas antes. Esa misma fuerza desconocida me había colocado en el camino a una joven profesora henchida de desidia. Aquella mujer amargada no me doblaría el espíritu, yo era libre e indestructible como Sal Paradise porque mi karma era luz cegadora, el beat habitaba mi cuerpo y sabía dónde encontrar la verdad.

Pero todavía tenía que llamar a mi madre para decirle que no había acabado la carrera.



Como en todos los finales de curso, empecé muchas despedidas y no acabé ninguna del todo. Bosco llevaba unas semanas de especial intensidad con la Wendy y andaba más Guadiana que nunca. Había quedado con Urtubi para pegarnos una buena juerga, pero la liamos justo la noche anterior sin tener sensación de que sería la última; al día siguiente anulamos la cita por culpa de la tremenda resaca. A Christoph apenas lo

había visto desde nuestra mastodóntica juerga con su exmujer. El alemán, que dejaría el piso después del verano, le había pedido permiso a Jandro para quedarse hasta finales de septiembre, cosa que al dueño del piso incluso le relajó para poder buscar sustituto con la calma que precisaba. Mis colaboraciones en la radio y en la revista se interrumpían en julio y agosto por vacaciones forzadas, es decir, sin sueldo. Me fui al pueblo con la sensación de que me quedaban cosas por hacer.

El mismo día que llegué a casa de mis padres, se murió Michael Landon.

El Little Joe de *Bonanza*, el Charles Ingalls de *La Casa de la Pradera* y el Jonathan Smith de *Autopista hacia el Cielo* fallecieron de golpe el mismo día que yo iniciaba las que podían ser mis últimas vacaciones como estudiante. Aquello tenía que ser una fecha iniciática en mi vida que marcara el paso definitivo a la edad adulta. Es curioso comprobar que las muertes de los famosos nos impactan más que las de la gente anónima de nuestro entorno. Durante días me empeñé en situar el deceso de Michael Landon como un hecho significativo.

Vale, quizá no fueron días, a lo mejor fueron cinco minutos.

El verano se presentaba como una sucesión de días previsibles llenos de calor, aburrimiento genérico y juergas esporádicas. Estaba pelado de pasta, peor que nunca, y todavía quedaban dos semanas para mi cumpleaños.

Pero uno de esos días apareció mi primo Fonso.

La mayor parte del año navegaba en algún carguero que lo mantenía varios meses lejos de la tierra y del vicio. De vez en cuando se pasaba unas semanas en firme y entonces se le desataban los demonios. Creo que se tomaba los embarques como curas de desintoxicación. Quique me avisó de la inesperada llegada de su hermano esa misma tarde y me animó a tomar algo con ellos. No me costó vislumbrar en un fogonazo, como en una sucesión de diapositivas, la secuencia del probable caos; intuí mesas llenas de botellines, canciones cantadas a voces, vasos rotos de cubatas, algún amago de bronca, gente riéndose, antros para pillar, afters sudorosos, el parking de un puticlub, vómitos, el sol mañanero de frente.

—Claro que sí, ¡me apunto!

El abrazo de Fonso me habría fracturado varios huesos de haber sido yo algo más enclenque. Como era habitual, lucía una camisa caqui con dos grandes bolsillos en el pecho, pantalones de loneta y botas de monte, aunque estuviéramos en pleno julio. La tarde y la noche siguieron el guión previsto, aunque con alguna variación en el orden de los factores y no pocas novedades improvisadas gracias a la ilimitada capacidad del marinero para exprimir juergas como si cada una de ellas fuera la última fiesta, no sólo suya, sino de la humanidad entera. En un bar de las afueras, mientras Quique y

yo manteníamos un borrachuzo debate alrededor de Oliver Stone y su película sobre los Doors, Fonso hizo migas con un tipo de aspecto nada recomendable, quizá debido a los huecos que se adivinaban en su dentadura, incluida la ausencia de un incisivo central, la ineludible vistosidad de colores en su viejo chándal y la llamativa cicatriz que le atravesaba el pómulo. Nos lo presentó como viejo amigo, pero el colega nos miró con una desconfianza que rozaba la amenaza. Sentí un canguelo genuino, sincero y muy real, un estremecimiento cercano al pánico cuya adrenalina funcionó como si empezara la moña de cero.

Un cuarto de hora después ya estábamos los cuatro en el Seat 124 blanco que Fonso usaba esos días en el pueblo. Por lo visto, otro amigo le prestaba el coche como parte del pago de una deuda; lo llamó «buen amigo» de una forma tan perversa que no quise saber más. Ése era el nivel. Nos dirigíamos «a casa de unos troncos», según la imprecisa información proporcionada por el pavo del chándal, que en ese trayecto ejercía de copiloto. Tampoco quise saber más. El cabrón de Quique, a mi lado en el asiento de atrás, no tardó en dormirse, a pesar del volumen con el que sonaba el *Vuela, Vuela* de Magneto en la radio del buga.

Por fin llegamos a unos destartalados adosados que habían quedado a medio construir años atrás. El abandono formaba parte de ellos. Todas las paredes, a excepción de la entrada principal de cada chalé, tenían pegados, a su vez, pequeños tabiques de chapa, uralita y madera a modo de extensiones de las propias casas que, al mismo tiempo, servían de cobijo a más personas. Dentro de algunas de esas chabolas, como frágiles setas al pie de un árbol sólido, se veía la trémula luz de una vela o un farol de gas. Había chatarra acumulada en los espacios que habían sido concebidos como césped o jardín. Sin verlos nosotros, sabíamos que muchos ojos nos miraban. Ladraban perros.

Decidí que era el último lugar de la Tierra donde querría estar a esas horas.

—¡Aquí es! —dijo por fin el del chándal.

Fonso frenó delante de una de las casas más siniestras y oscuras de la zona. Sólo le faltaba una nube gris lloviendo sobre ella. Antes de bajarse del coche, se giró hacia el asiento de atrás:

—¡No me jodas que está dormido! —exclamó, señalando a Quique. Le parecía divertido. Su tranquilo optimismo en una situación tan hostil y peligrosa era el clavo ardiendo al que me agarraba para no echarme a llorar. Tenía el don de desenvolverse con naturalidad entre los peores. Quise decirle que nos fuéramos de allí, que la cosa no tenía gracia y que no nos dejara solos, pero no encontré fuerza para sacar voz.

—No os bajéis. Vuelvo enseguida, ¿vale? —zanjó muy serio mientras señalaba la llave de contacto que dejaba puesta. Cerró la puerta y en un par de zancadas se unió al señor Pocos Dientes. Rodearon la casa y desaparecieron de mi vista. La brasa de una calada se encendió en la oscuridad iluminando las malas pulgas en el rostro de un

fumador que nos vigilaba de lejos. No bajé los pestillos de las puertas porque temía que se lo tomara como una señal de poco respeto. No podía compartir mi terror con Quique, que roncaba en su desmayo. Descubrí que entre los dos asientos delanteros, tumbado en el suelo, reposaba un bastón con un refuerzo de metal en la punta. Me imaginé blandiendo el garrote contra cualquier amenaza y me di mucha pena.

Fonso no tardó en reaparecer, pero yo tenía la sensación de haber envejecido varios años en la espera. Se subió al coche y arrancó con cierta premura, lo cual me hizo imaginar que pronto nos veríamos perseguidos por un ejército de desdentados en chándal portando antorchas y rastrillos. Para dar marcha atrás, mi primo apoyó la mano derecha en el reposacabezas del asiento del copiloto y miró por el parabrisas trasero fiándose más de su memoria que de las pocas luces indirectas que ofrecía aquel conjunto de semicasas. Mientras manejaba el auto en tan improbable salida, aún tuvo tiempo y ganas de guiñarme un ojo.

Y me sentí mejor.

Cuando llegamos a la carretera, Fonso me pasó un pequeño objeto cilíndrico y transparente. Pensé que era un mechero, pero además de una pequeña llave en un lateral, contenía polvo blanco.

—Es un dosificador de farlopa —añadió ante mi gesto de ausencia transitoria—. ¡Dale caña!

Le di caña. Por no hacerle un feo a mi primo.

—¿Cazar patos? —pregunté atónito ante su propuesta.

—¡Eso es! ¡Patos! ¡Jajajajaja! —las carcajadas de Fonso sonaron huecas y forzadas, como si sólo quisiera reforzar el atractivo de la idea que se le acababa de ocurrir. Desayunábamos cervezas en una cafetería que abría muy temprano, cerca de la casa de mis tíos, donde habíamos dejado lo que quedaba de Quique. A Fonso le gustaba la caza desde niño y se había labrado fama de buena puntería en concursos locales de tiro al plato, pero desarrollaba esa afición de manera discontinua, impulsiva y caótica, como todo en su vida. Ahora mismo proponía que nos metiéramos con una zódiac en el embalse de Buenbayo, unos cincuenta kilómetros al norte del pueblo, para «bajarnos» unos patos con la escopeta de su padre, a la sazón, mi tío.

Lo malo es que lo decía en serio.

El plan tenía lagunas del tamaño del embalse del que me hablaba, y empecé a planteárselas con la seguridad, nada reconfortante, de que tendría respuestas para todas. El arma sería la Beretta de mi tío, la zódiac la pillaríamos de camino al embalse en casa de un colega que había hecho la mili con él y otro amigote que curraba en un taller nos dejaría el motor. Para comer compraríamos un pollo asado. Mientras explicaba los detalles le metió un par de viajes al dosificador.

—Pero si nos pillan... —balbuceé a modo de evidencia incuestionable. No pude continuar la frase debido a sus risotadas.

—Sí, hombre, va a estar la Guardia Civil pendiente de los embalses, ¡en pleno verano!

Es decir, se trataba de una ilegalidad tan flagrante y descarada que nadie pensaría que habría perturbados capaces de cometerla.

—No tengo ropa para eso —repliqué, dándome cuenta de la pequeñez de mi excusa ante alguien que siempre iba vestido como si tuviera que salir de caza en cualquier momento.

—¿Qué necesitas? ¿Botas, un jersey, pantalones? ¡No problem! Algo habrá en casa de mis viejos, ¿vale? —La excitación y el colocón hacían que le brillaran los ojos y eso significaba que no había elección—. Venga, no me dejes tirado —añadió para darle un toque de chantaje emocional.

La caza me la pelaba, pero él necesitaba un porteador y Quique no contaba. Dudé unos instantes y ésa fue mi ruina. Ni siquiera esperó a que asintiera; mi titubeo le valió como confirmación.

—No te muevas, ahora bajo con todo el tema.

Se levantó impetuoso y me dejó en la barra. De lejos yo parecía alguien en una cafetería, pero mi soledad era mayúscula, enorme, planetaria. Estaba solo en mitad de la Tierra. El camarero había oído toda la conversación. Lo miré implorando auxilio y se hizo el loco de forma evidente, como esos guardias que en las películas malas simulan no escuchar al soldado bueno que se acerca por detrás.

Un cuarto de hora más tarde, Fonso me gritó desde fuera del bar. Venía cargando con los enseres propios de una demencia. La escopeta en su funda marrón de piel, una caja de cartuchos, un jersey de lana colgado del brazo y lo que parecían dos botas de esquí.

—¿Qué es esto?

—No había otras botas, tío. Lo que no encontré fueron pantalones. Los de mi padre no te valen y Quique no sé dónde coño los esconde.

Agarré el calzado para comprobar que no flipaba. En efecto, eran unas rígidas botas rojas de esquí, con enganches y todo. Tenía que ser broma.

—Estás de broma, ¿no?

Me miró sin atisbo de coña.

—¡Pero si apenas hay que andar! Y para estar en la lancha te sirven de sobra —respondió, pasándome taimadamente el dosificador antes de meter la escopeta y los cartuchos en el maletero.

Todavía no sé por qué no me planté en ese momento.

Casi una hora después, cerca del embalse, llegamos a una gasolinera mugrienta

pegada a un taller acorde con la inmundicia anexa y un restaurante al que dicha calificación le quedaba grande. En el garaje, un tipo fornido saludó con desgana a mi primo y le indicó dónde estaba el motor, que cargamos después de llenar dos depósitos con gasolina y comprar dos pollos pequeños que tenían el aspecto de haber sido asados a principios del Pleistoceno. Esa broma de ir a cazar patos sin dormir ya era la más fatigosa tarea que jamás había acometido en toda mi existencia, y eso que todavía teníamos que recoger la zódiac en un caserón desvencijado al lado de la carretera, en medio de la nada. Nos bajamos y delante de la puerta, mirando hacia el piso de arriba, mi primo gritó «¡Jimi!».

—Se llama Jaime, pero todos le llaman Jimi —advirtió muy serio, como si me revelara el tercer secreto de Fátima. Volvió a gritar el nombre de su amigo. Esta vez no esperó respuesta y me indicó que le siguiera. Rodeamos la casa. Detrás había una especie de corral vallado lleno de trastos. Fonso quitó el candado abierto que colgaba de la puerta; en su pericia y familiaridad se notaba que había hecho esa operación muchas veces.

Entre cajas de distintos tamaños, palés desiguales, herramientas herrumbrosas, una moto hecha polvo y bultos de todo tipo, se adivinaba la forma de una lancha bajo una lona plástica que mi cómplice retiró ansioso. Sonrió al descubrir la zódiac, aunque tenía un aspecto lamentable. Me refiero a la lancha, no a mi primo. Bueno, mi primo también. Hasta un ojo tan poco avizor como el mío podía asegurar que aquella embarcación llevaba más tiempo en seco que el sarcófago de Ramsés. Siguiendo sus órdenes, me situé al otro lado para levantarla entre los dos y acercarla al coche. Fue entonces cuando, arrastrando los pies, bufando por el peso, maldiciendo la vida, recordé que el 124 no tenía vaca. Me preguntaba cómo la sujetaríamos.

Poco después, íbamos con la lancha sobre el Seat y con las ventanillas bajadas para agarrar a pelo aquel pesado bote de caucho. Yo iba de lado en el asiento con ambos brazos por fuera sujetando mi parte de zódiac. Fonso se aferraba al bote con la mano izquierda y conducía con la derecha. Para cambiar de marcha, soltaba el volante.

Parecíamos el Vaquilla y el Torete huyendo del más paupérrimo golpe en la historia quinqu.

Yo no le quitaba ojo al parabrisas. Si la proa gris sobre nuestras cabezas se balanceaba más de la cuenta, mi primo aminoraba la marcha. Ya no hablábamos ni bromeábamos como al inicio del viaje. Lo miré de reojo. Estaba más allá del colocazo. Puede que en su origen, esta aventura hubiera parecido una divertida ocurrencia en plena juerga, pero ahora mismo, Fonso era Fitzcarraldo, ofuscado en el absurdo transporte de un barco inútil, creciéndose en la adversidad, las ideas revueltas y la meta obtusa.

Intenté contagiarme con su misma obsesión para hacer más llevadero el trance.

No hubo manera.

Llegamos, por fin. Me dolían los brazos. El acceso al embalse era un camino de piedras y tierra que descendía desde la cuneta hasta una orilla de uniformes guijarros. Unos trescientos metros de inclemencias que asemejaban el corredor de la muerte para alguien en mi estado. El calor apretaba, pero en esa zona a la sombra corría una brisa de las que acaban refrescando demasiado. Puede que la mezcla de sueño, resaca y rastros de farlopa me nublara el entendimiento, pero decidí ponerme las botas de esquí y el jersey cedido por mi compañero de cacería. El suéter me quedaba tan pequeño que no podía pegar los brazos al cuerpo. Entre el aparatoso calzado rígido y la minúscula prenda caminaba como Herman Monster, pero sin pizca de gracia. Los aldeanos de Frankenstein me habrían linchado sin pestañear.

Ni un solo momento le pareció a mi compañero que dichos complementos no fueran los adecuados para la práctica cinegética.

Bajamos primero la zódiac. Nos costó más esfuerzo del calculado a priori debido a la inestabilidad del terreno, el ansia de Fonso, nuestro fuerte desánimo y lo inapropiado de mi atuendo. Después, cargó él con el motor y yo con ambos depósitos. Me derrumbé exhausto cerca de la orilla mientras lo veía completar un último trayecto para acarrear la escopeta, los cartuchos y la bolsa con las viandas. Decidimos que no era mal momento para reponer fuerzas antes del envite final, así que sacamos uno de los pollos y dos latas de cerveza. El ave estaba reseca, esto es, dos veces seca. Estoy seguro de que un cuervo a la brasa no tendría peor sabor que aquella zanca fibrosa. Sentados al borde del agua estancada, rumiando en silencio la parca chicha del pajarraco como tabaco de mascar, componíamos una triste estampa campestre, nada quijotesca, más bien como dos Sanchos abatidos. La birra caliente fue la guinda que convirtió aquel boceto de tentempié en un matagigantes.

No hubo reposo tras la fugaz deglución. Observé a Fonso mientras colocaba el motor y cargaba los bártulos. Tenía la frente sudada y respiraba con la boca cerrada, abriendo mucho las aletas de la nariz, totalmente concentrado en las tareas preparatorias del típico depredador en pleno bajón farlopero. Por fin me pidió ayuda para colocar la lancha sobre el agua —no nos costó deslizarla sobre los cantos rodados—, me indicó que subiera a bordo e hizo él lo propio aprovechando su último pie en tierra para impulsarnos lo justo.

Y la nave fue.

Flotábamos, que no parecía poca cosa en tan cochambroso bote. Me acomodé, si es que dicho verbo no resulta excesivo para las estrechas holguras de una zódiac, de espaldas a la proa, mientras mi primo se erguía para arrancar el motor. Confieso que en ese instante me atravesó una punzada de orgullo; habíamos llevado a cabo una tarea precisamente titánica, a pesar de lo pequeña que era nuestra chalupa, y ahora estábamos a punto de surcar el embalse, rumbo a lo incierto. Sopesé la extraña

imagen que tendría de nosotros la Guardia Civil si en ese momento nos sobrevolaran en helicóptero. Dos tipos alterados, uno de ellos con botas de esquiar en pleno julio, navegando por la presa en una vetusta chalana con una Beretta repetidora, dos depósitos de gasolina y un pequeño pollo asado.

Apocalypse Now.

Tras echarme una mirada furtiva para confirmar que todo estaba en orden, Fonso se giró de nuevo, tensó los dedos alrededor de la cuerda de arranque y tiró de ella, pero lo hizo con tanta fuerza, que la cinta se desprendió del motor sin que éste hiciera ni un ruidito que indicara vida mecánica en su interior.

Mi primo se quedó de piedra, estático, mirando el cordel que ahora se balanceaba en su mano. La inercia del primer impulso nos había llevado muy despacio hasta el recoveco del embalse, donde se acumulaba una espesa y quieta capa de palos torcidos, botes de plástico, hojarasca húmeda y bolsas vacías.

Zumbaban las abejas y el pegajoso olor a basura llenaba el aire.

Gimme Shelter **AGOSTO, 1991**

Mis mejores amigos en aquellos días de verano se llamaban Mike Levey, Anthony Robbins y Tony Little. Eran los presentadores de las teletiemas que veía de madrugada en la parabólica de mis padres. Levey promocionaba los más absurdos electrodomésticos en *Amazing Discoveries*, Robbins era el gran embaucador de la autoayuda gracias al método *Personal Power* y Little se vendía como el gurú de los aparatos de gimnasia. Repetían con tanto entusiasmo el imperativo «Call now!» que la expresión se convirtió en mi personal, intransferible e incomprensible coletilla de aquellas semanas. Justificaba mi extraña adicción con la idea de que esos programas genuinamente americanos mantenían vivo mi cordón umbilical con California y los veía por nostalgia, un razonamiento que sonaba a excusa barata de solitario trastornado sin ocupación. Pasaba las noches tan fascinado por la meticulosa multidifusión de esos falsos magazines que llegué a aprenderme sus diálogos.

Al menos ejercitaba la memoria, aunque fuera con algo tan inútil.

Era el verano más desasosegante de mi vida. No sólo por la falta de actividades o la previsible rutina. Había algo más. En septiembre acabaría la carrera; si la profesora Arroyo se atrevía a suspenderme otra vez, no descartaba prender fuego a la facultad y cumplir la condena que me fuera impuesta. La salida laboral natural para Filología era buscar plaza como profesor, pero no localizaba la motivación que requería preparar el CAP durante un año, matricularme en primavera para las oposiciones, aprobar después el examen escrito y la prueba oral, y rezar para que el instituto que me adjudicaran al año siguiente no estuviera en el otro extremo de España.

Tras mi último aprobado sólo vislumbraba abismo.

La colaboración en la revista de la Cámara de Comercio parecía segura, aunque con ese único salario no podría seguir en el piso de Jandro. En la emisora de radio las cosas no iban viento en popa; planeaban recortar gastos superfluos, y nadie había más sobrante que yo mismo. Sabía, gracias al dueño de la sala Armonía, que mi agenda de conciertos le reportaba setenta mil pesetas a la emisora, así que había esperado a que llegara el verano para solicitar una reunión con el director y pedirle un comprensible aumento de sueldo. Tardó varios días en concederme audiencia y cuando por fin me recibió, usé verbo florido, tono lastimero e intención hiperbólica según tocara. Era todo un privilegio formar parte de la gran familia de la radio —ni me puse colorado al soltar tamaña patraña—, ensalcé mi aportación al mundo cultural de la ciudad, me inventé una positiva repercusión entre los promotores locales y señalé que, aunque corto en apariencia, mi trabajo suponía una dedicación que iba mucho más allá de los minutos emitidos. Me escuchó con gesto neutro y una impaciencia que sugería total ausencia de interés. Al finalizar mi exposición, me preguntó sin ironía:

—¿Y...?

O no había pillado la diáfana intención de mi discurso o era un redomado cabronazo. O ambas cosas a la vez.

—Bueno, quería pedir un aumento de sueldo —rematé con un inevitable tonillo de obviedad. Tuve que morderme la lengua para no decirle que sabía cuánto ganaba la emisora con mi curro.

Levantó las cejas en señal de sincero asombro: ni se le había pasado por la cabeza revisar mis parcos honorarios. La certeza de su indolencia disparó una súplica revestida de dignidad:

—Creo que es justo valorar el trabajo de la gente.

Entrelazó las manos sobre la mesa y sonrió:

—Pero, Pepe, ¿qué mayor valoración se le puede hacer a una persona que permitirle realizarse haciendo el trabajo que le gusta?

No podía creer el profundo menosprecio que encerraba su galimatías. Era demasiado tarugo para elaborar un sarcasmo, así que deduje que hablaba en serio, lo cual era más ofensivo aún. Me quedé de piedra. Me sentía tan rígido que un par de operarios podrían haberme transportado como a un mueble y dejarme fuera, al lado de los cubos de basura. Nadie me recogería porque no servía ni para chatarra. Me tirarían meses en la acera, reblandecido por la lluvia, criando hierbajos y pudriéndome sin perder el gesto de incredulidad ante el razonamiento de aquel imbécil.

Las sombrías perspectivas me animaron a buscar alternativas: por medio de un periodista que solía acudir a los conciertos, hablé con el redactor jefe de la sección de espectáculos en el diario local para plantearle la posibilidad de una colaboración. No me dijo que no, lo cual me pareció todo un logro, y me convocó para primeros de octubre, después de sus vacaciones, para hablar con más calma. Todo era demasiado vago e indeterminado, pero emocionante. Hice la misma jugada con la emisora local de una radio generalista, ofreciéndome a su director para conducir un programa cultural «enfocado a un target universitario», según lo definí en el ampuloso dossier que adjunté. Como experiencia alegué mi colaboración en la radio municipal; a pesar de tan minúsculo currículum creo que no le disgustó la idea, pero también me citó para después del verano.

Qué pena no haberle visto antes las orejas al lobo.

Durante ese curso había leído, por expresa recomendación de Urtubi, *El Buda de los Suburbios* de Hanif Kureishi, una novela sobre un joven londinense atrapado entre las culturas inglesa e hindú. Empecé a fantasear con la posibilidad de escribir yo mismo la historia de mi año en California. Podría funcionar. A veces pensaba narraciones y descripciones, incluso en voz alta. Tendría que cambiar personajes, inventar situaciones y exagerar anécdotas para convertir a mi personaje en un

tremendo follador y deportista de éxito, muy popular en su high school. También sería espectador habitual de grandes conciertos tipo Madness o, ya puestos, los Police.

Eso sí, nunca hablaría de Janine, claro. Ni de Linda, aquella mujer horrible que me la había chupado en un coche.

En mi delirio imaginaba entrevistas en las que me preguntaban por mis influencias, cómo había surgido la idea del libro o cuánto tenía de autobiográfico. Me invitarían a fiestas, presentaciones, conferencias. Llevaría una vida de estrella. Empezarían las traducciones a otros idiomas. River Phoenix se interesaría por el papel protagonista en la adaptación al cine. Claro que sí, sólo tenía que empezar, me saldría sola.

No llegué a escribir ni la primera frase.

Hasta mi madre, fiel y cariñosa, había detectado la pesadumbre que arrastraba esos días. Una mañana, en la cocina, yo mojaba Campurrianas de manera mecánica en el café mientras ella preparaba los enseres de la comida. De repente, cesó la actividad y me observó sin que me diera cuenta:

—¿Qué pasa, Pepe?

La miré a los ojos. Esperé sin prisa a que me decidiera a hablar.

—¿Qué voy a hacer con mi vida en septiembre?

Respiró aliviada. La revelación de esa inquietud confirmaba que su hijo no era un ocioso despreocupado.

—Mira, de verdad pensábamos que nunca ibas a sacar el tema, ¿eh?

—¿Pensabais? ¿Te refieres a papá?

—No, me refiero a Leopoldo Calvo Sotelo.

Me miró burlona ante mi gesto de estupefacción. Estaba tan metido en mi dolor existencial que no había pillado su respuesta absurda a mi pregunta obvia. Sonreí. Con la boca y con el corazón. Aquella mujer, además de conocerme mejor que nadie, era la única persona que jamás me juzgaría negativamente: siempre apoyaría mis decisiones. Mi sentimiento de agradecimiento era tan puro que lamenté el gamberrismo acumulado a sus espaldas.

La emoción era más amago que un verdadero arrepentimiento, pero, aun así, corroboraba mi inquebrantable amor filial.

—Y sabes que está la opción de Braulio...

Bueno, ya tardaba en salir el deprimente plan B que mis padres guardaban en la recámara y que yo intentaba ocultar bajo varias capas de olvido. Braulio era primo carnal de mi madre y dueño de la mayor empresa de mensajería en la zona. A finales del año pasado se había fusionado con otras dos compañías para iniciar una expansión con la que esperaban convertirse en una de las más importantes de España. El señor en cuestión apreciaba de corazón a mi madre —habían crecido juntos— y un

buen día, en versión de mi progenitora, había llamado a casa para ofrecerme trabajo en cuanto acabara la carrera. Supuse desde el primer momento que mi madre se lo había pedido y deduje que me había omitido ese detalle para que no pareciera que dudaba de mi capacidad para ganarme la vida.

Lo malo es que no lo parecía. Lo peor es que hacía bien en dudar.

Además, como deferencia hacia mis padres, el señor Braulio les aseguró que no tendría que repartir mucho tiempo, sólo el necesario para familiarizarme con el negocio antes de pasar a las oficinas, donde mi nivel de inglés sería muy útil para los planes de expansión del nuevo consorcio. En el fondo, aquel hombre era buena gente, pero tenía fama de inflexible, disciplinado y estricto en cuestiones laborales, tres cualidades de las que yo no andaba sobrado. A la hora de exponer las bondades de mi posible empleo, mi madre añadía que, viviendo en casa, me ahorraría los gastos de alquiler y comida. Lo decía para motivarme, ajena al hundimiento anímico que me supondría dejar la ciudad, regresar al pueblo y volver a casa para currar en una oficina que me la pelaba.

Sólo de pensarlo se me hacía un nudo muy cabrón en el estómago. Me ponía literalmente malo.



A mediados de agosto estaba a punto de estallarme la cabeza por el tedio y la indecisión sobre mi futuro. Una tarde sonó el teléfono. Al otro lado me encontré al presentador de *Tarde, Bien y Siempre*, el programa de radio en el que colaboraba los lunes por la tarde. Me extrañó que se tomara la molestia de despedirme él mismo.

Así de maltrecho andaba mi estado de ánimo.

—¡Ese Pepe! ¡Hijo del rock and roll!

Tampoco parecían formas de dirigirse a alguien a quien vas a echar del curro, por miserable que éste sea.

—Me oyes bien, ¿no?

Hablaba a voces para imponerse a un bullicio de bar, pero también tenía el tono teñido de esa leve euforia etílica que sólo detecta alguien que ha pasado por ella en no pocas ocasiones.

—Oye, que estoy aquí con mi amigo Cueco, el dueño de la Moon, donde el embalse de Buenbayo, la conoces, ¿verdad?

La Moon era una discoteca al aire libre, muy cerca de donde había hecho el ridículo con Fonso en la zódiac, pero justo al otro lado del embalse, en la siguiente provincia. Abría de lunes a domingo, sólo durante julio y agosto, cambiaba de dueños casi cada año y solía llenarse gracias a los turistas de un enorme camping cercano.

Había ido un par de veces. Ponían pop y rock comercial, sin grandes alardes.

Me puse nervioso, para bien.

—Vale, pues resulta que el pincha tiene que irse la semana que viene, le han adelantado una guardia porque es bombero, no sé si te lo había dicho...

Bombero DJ. Ése era el nivel de la Moon.

—La cosa es que pensando pensando, pues le he dicho a Cueco, coño, que se venga Pepe, que sabe un huevo de música, ¿no? ¡Hijo del rock and roll! ¡Jajajajajaja! Y además vives cerca, ¿no? ¿Vives cerca o qué? Espera, que te paso a éste... ¡Cueco! ¡CUECO! Habla con él, hostia.

Su euforia etílica no tenía nada de leve. Aquel engolado me había caído mal hasta ese instante. Ahora lo adoraba y sabía que le estaría eternamente agradecido. Qué volátil es el odio cuando nos acarician.

Se puso por fin el dueño de la Moon, bastante más sereno que el otro, y me explicó las condiciones: pincharía las seis últimas noches de agosto de doce a siete de la mañana. Dormiría en un piso suyo donde vivían los empleados de la discoteca y del Remate, un pub que también tenía en el pueblo, la comida iba de mi cuenta y me pagaría en total treinta mil pesetas.

Era demasiado perfecto.

—Pero claro, los discos...

—No te preocupes por eso —me interrumpió—; aquí hay discos de sobra.

Ése era el nivel.

En casa no recibieron la noticia de mi empleo temporal con la misma alegría que yo. Mi madre quería que meditara sobre mi futuro tranquilamente y mi padre deseaba seguir taladrándome en silencio para presionarme. Hablé muy serio con ellos el día antes de mi partida, al acabar de comer, aprovechando que mi hermano se había ido ese domingo a la piscina con unos amigos. Les expliqué que me enfrentaba a una encrucijada vital, que este verano era el inicio de algo distinto e importante y que era consciente de la trascendencia de las decisiones que tomara a finales de septiembre. También les comenté, con todo detalle, las gestiones que había realizado en el periódico y en la radio, lanzándome a un aluvión de metáforas sobre los sueños, los anhelos y la felicidad. Terminé mi discurso asegurándoles que si para finales de octubre no se había clarificado de una manera diáfana y digna mi futuro laboral, aceptaría la oferta de Braulio.

Los ojos encharcados de mi madre me hicieron ver que la trola se me había ido de las manos. Sólo quería algo de tiempo para pensar con calma, pero en realidad mendigaba una prórroga en la agonía de mi juventud. Mamá me abrazó con todo el amor del mundo, como esperaba, pero ver a mi padre, mudo y boquiabierto al borde

de la emoción, fue la prueba definitiva de que me había pasado. La alegría de la semana que tenía por delante le había dado alas a mi discurso. Miré dentro de mí y no encontré ni un átomo de ganas o determinación de aceptar el trabajo en la mensajería, ni en octubre ni en lo que me quedaba de vida.

Me sentía mal por estar tan alegre.



El lunes llegué a Buenbayo a eso de las dos de la tarde. Además de la ropa imprescindible —incluyendo mis seis mejores camisetas— y un neceser básico, llevaba una mochila cargada de ilusión, esto es, una caja de condones. Me bajé del autobús con el *1999* de Prince bajo el brazo. Había decidido que viajar con un elepé —doble en este caso— me confería un aura de discjockey que nunca sobraba, y encima había elegido, tras ardua meditación, que cerraría cada noche con el *Lady Cab Driver*. Las otras dos finalistas habían sido *The End* de los Doors y *Where Is My Mind* de los Pixies. La concentración e intensidad de este debate conmigo mismo no tenía nada que envidiar a las más profundas reflexiones metafísicas de los antiguos filósofos.

Siguiendo las indicaciones de varios peatones, llegué a la dirección que me había dado Cueco. El piso ocupaba la primera planta de un edificio anodino y aislado, casi en la salida del pueblo. Me encontré el portal abierto de par en par, subí las escaleras y llamé al timbre.

Volví a llamar.

Pegué la oreja a la puerta.

Llamé de nuevo.

Cuando repasaba mentalmente el trayecto desde la parada del bus por si había visto alguna cabina de teléfono, oí unos pies arrastrándose dentro del piso. Una voz medio afónica susurró al otro lado de la puerta:

—¿Quién es?

—¡Vengo de parte de Cueco!

—¿Pero quién eres?

Esto me pasa por no contestar a lo que se me pregunta.

—Soy Pepe, el nuevo discjockey de la Moon.

La frase sonaba tan bien que me entraron ganas de repetirla a gritos.

Se abrió la puerta y me encontré una preciosa morena con toda su melena alborotada. Calzaba zapatillas de peluche, vestía camiseta corta y lucía diminutas bragas blancas. Resultaba evidente que mis timbrazos la acababan de despertar e intentaba enfocarme con unos ojazos molestos por la luz. Musitó «Hola», pero se giró

sin esperar respuesta, se encerró en la primera habitación a mano izquierda y me dejó en la entrada del piso, solo y enamorado.

Entré casi a tientas. El pasillo tenía dos puertas a cada lado; tres de ellas, contando por la que había desaparecido la ninfa, estaban cerradas y la cuarta daba acceso a un gran salón comedor donde dejé la mochila y el disco de Prince. Al final del trayecto, la cocina hacía esquina con un recodo del pasillo en el que había dos cuartos de baño y la salida a una terraza nada desdeñable en la que cabían una mesa, cuatro sillas y dos tumbonas. Desde allí se divisaba el famoso camping de Buenbayo. En la penumbra de la casa había anidado el brumoso silencio que forman varias personas durmiendo al unísono. Me pareció prudente tumbarme fuera hasta que la cotidianidad se desperezara.

Me daba el sol.

Pensé en la morena, en sus bragas y en el contenido de las mismas. Me empalmé a gusto, con esa especie de minidolor placentero que provocan las erecciones puras, y me dejé caer en el sopor.

Un gramo más de felicidad en el cuerpo y hubiera estallado en pedazos.

No sé si llegué a dormirme del todo, pero al cabo de un rato espabilé con los ruidos que provenían de la cocina. Allí me encontré con una fornida chica en pantalón corto que rebuscaba en los armarios.

—Hola...

—¡JODER! —gritó sobresaltada—. ¡Menudo susto...! ¿Quién eres tú?

—Soy Pepe, el nuevo discjockey de la Moon.

Esta vez lo dije con un tono casi repelente.

Se llamaba Sonia, me preguntó si querría café del que iba a hacer y, con mucha amabilidad y paciencia, comenzó a explicarme dónde me había metido. Me cayó tan bien que me dio rabia que no me gustara nada, y eso que mientras hablaba, le apliqué el escáner de mínima follabilidad para buscar un punto de apoyo, una excusa, cualquier atisbo que justificara un magreo con ella. No encontré tetas, culo o facciones que movieran a la lujuria, así que me relajé para escucharla.

Contándome, éramos diez personas en el piso. Seis chicas en dos habitaciones y cuatro varones en un solo aposento. De esas diez personas, siete trabajábamos en la discoteca y las otras tres, incluyéndola a ella, en el Remate, aunque a veces reforzaban las barras de la Moon después de cerrar el bar. Había un bote común para los desayunos, que se pagaba cada lunes, y solían cenar en el bar de enfrente.

—Es barato, pero rico —añadió para convencerme.

Pensé que sonaba mejor al revés. Lo dejé estar.

Fue apareciendo gente por la cocina. Primero dos de las camareras, luego uno de

los tíos, otras dos más tarde, un compañero después. Me iban diciendo sus nombres y los enredé todos, demasiada información de golpe. En general, ellas estaban buenas, ellos eran cordiales y todos andaban de resaca.

—Sólo tenemos Campurrianas —dijo Sonia, acercándose el café—, no sé si te gustan...

En otras palabras: el puto paraíso.

Me instalé en la habitación que me tocaba; había imaginado un barracón con dos literas y resultó ser un enorme cuarto con cuatro camas individuales. El espacio se intuía pero había que adivinarlo bajo el follón de toallas, ropa, zapatillas y ese desorden que proporciona la insistencia en el caos. Envidié que llevaran siete semanas respirando aquella anarquía de barullo y tías buenas.

Pasamos la tarde sin prisa entre anécdotas del verano, recuperaciones paulatinas de la noche anterior y trasiego en los baños. Sonia, una de las chicas y uno de mis compañeros de cuarto se fueron a las siete para el Remate. El resto cenamos en el bar de enfrente porque Cueco nos recogía a las once y media para llevarnos a la Moon en furgoneta. Pedí gazpacho delante, huevos con patatas y jamón detrás, un flan con nata para rematar y dos cervezas para acompañar.

Había empezado mi semanita en el infierno.

Aunque entraba en la categoría de discoteca, la Moon era más bien un enorme bar al aire libre. Consistía en una extensión de gravilla rodeada de prado con dos barras enfrentadas, una pista de baile con tejadillo entre ellas y una caseta apartada para los baños. Un parking casi igual de grande separaba la carretera de la propia discoteca. Todo tenía el aspecto de poder ser desmontado, levantado y transportado en una tarde.

Las barras eran dos toscos barracones metálicos, y en una de ellas, detrás de las camareras, estaba situada la cabina del pincha, que venía a ser una tarima mal apañada con dos platos, mesa de mezclas, etapas del equipo, pletina y un tablón sobre dos caballetes donde reposaban cuatro largas cubetas llenas de vinilos, como en los expositores de una tienda de música. Cueco me explicó someramente el sencillo funcionamiento de los mecanismos porque ese día tenía mucha faena en el pub y no podría venir más tarde. También me mostró los discos. Me extrañó que no hubiera ni un solo single; dos de las cubetas eran elepés, otra sólo contenía maxis y la cuarta, la más alejada de los platos, eran vinilos que, en palabras del dueño, «apenas se ponían». Me animó a recolocarlos a mi manera. Eché un vistazo a la primera carpeta de cada bandeja: el *Te Huelen los Pies* de Emilio Aragón y el *Out Of Time* de los REM en elepés, el *Ritmo de la Noche* de Mystic en maxis y el *Eisbär* de Grauzone en

la zona de olvidados.

Dos subidones y dos bajonazos. Nadie había dicho que aquel trabajo fuera fácil.

Observé las cubetas con los brazos en jarra, como un general estudiando los mapas de la batalla que se avecinaba. En realidad, Cuelco sólo necesitaba un operario que fuera pinchando aquellos discos con cierto orden, tampoco era una tarea como para flipar.

Pero me sentía el rey del mundo.

—He traído el *1999* de Prince —le dije como guiño melómano mientras sacaba el álbum de la muy molona bolsa de Needle Records, la tienda californiana donde lo había comprado años atrás.

Me miró con tal indiferencia que me puse colorado. Me habría gustado doblar el elepé varias veces hasta convertirlo en un cuadradito tamaño Sugus, metérmelo en la boca y tragarlo sin masticar.

El lunes era el día menos petado de la semana, aun así tendríamos bastante movimiento, según me informó una de las camareras. Apenas había gente en las dos primeras horas, y para ese intervalo Cuelco tenía un par de cintas mezcladas. Me invitó a grabar una si me apetecía, aunque lo dijo con un tonillo que sonaba a «Sólo será esta semana, tampoco te mates». Según los pubs del pueblo iban cerrando, la gente se acercaba a la Moon en un goteo constante que alcanzaba su máximo esplendor entre las cuatro y las cinco de la mañana. A partir de ahí, la masa descendía en cantidad, pero no en intensidad lúdica debido a la ingesta de alcohol y sustancias. Dependiendo del mogollón, la música se apagaba entre seis y siete de la mañana.

La primera canción que pinché fue, con toda intención, el *Message in a Bottle* de Police; me parecía que tenía una carga metafórica muy apropiada. La siguiente fue el *Unbelievable* de EMF, más que por un significado retórico, porque la anterior me había pasado volando y este maxi fue el primero medio decente que encontré. Después llegaron *Love Shack* de B-52s, *Escuela de Calor* de Radio Futura, *Enjoy The Silence* de Depeche Mode, *Adiós Papá* de Los Ronaldos y el *Back To Life* de Soul II Soul. Estaba claro que no había muchas opciones que no fueran abiertamente comerciales, pero sí suficiente flexibilidad en el criterio para pinchar sin deprimirme del todo. No podía poner muchos de los discos porque ni siquiera los conocía. Había maxisingles de saldo que parecían comprados al peso y que llevaban varios veranos acumulando desgana en aquellas cubetas. La ausencia de público me permitió realizar la toma de contacto con toda la calma del mundo, sin prisa ni agobios. Pero con mucha cerveza.

Una cada cuatro canciones, más o menos.

Me fui creciendo mientras reordenaba los vinilos, apartando los que nunca querría poner, adelantando los que serían más probables, haciendo preescuchas de otros que no recordaba y debatiendo conmigo mismo si sería más práctico colocarlos

alfabéticamente o por géneros.

De repente, eran las tres menos veinte de la madrugada. Varias personas bailaban con poco ímpetu en la pista y mi mesa era un follón de carpetas vacías, vinilos sin funda y tercios vacíos. Tenía que poner un poco de orden y tomé una decisión que le comuniqué a la primera camarera que pasó por delante:

—Amelia, ¿me pones un MG con limón, por favor?

—Claro que te lo pongo, cariño, pero me llamo Noelia.

Me guiñó un ojo con un gesto sensual, coqueto y bellísimo. Al darse la vuelta le hice un repaso de arriba abajo, desde la melena rizada a los tacones, pasando por su espalda al descubierto y el culazo que se adivinaba bajo unos vaqueros ajustados. Estaba como un tren. Y yo era una de esas estaciones sin parada.

A las cuatro había mucha gente en la pista, aunque en la gravilla, los pocos clientes presentes permanecían sentados en unas toscas sillas de plástico que me parecieron fuera de lugar. Se me agotaban las canciones a medida que aumentaba la borrachera y el agobio por tener que beber, pensar, buscar y preparar la siguiente canción. Apenas miraba a la pista, no buscaba ni esperaba reacciones, sólo quería mantener la máquina en marcha, pendiente de que no hubiera espacios en blanco entre los temas, que las mezclas fueran graduales, que todo fluyera con una naturalidad que sólo yo percibía en mi cabeza anegada de alcohol. Era como un Groucho dramático musitando «¡Más madera!» sin ninguna euforia.

No estaba disfrutando.

Y entonces sucedió lo último que hubiera deseado.

Me pareció buena idea pinchar el *Kinky Afro* de los Happy Mondays. Pensé que encajaba con lo que había ido poniendo, me gustaba la sección rítmica del tema y creía que ese toque de psicodelia mainstream transmitía buen rollo y ganas de bailar.

Pero algo falló estrepitosamente.

La gente dejó de bailar nada más empezar la canción.

Sin más. Fue un movimiento tan sincronizado que incluso levanté la cabeza de los platos pensando que alguien se había caído o desmayado. Pero no, todos se pararon y se giraron hacia la cabina formando un único, sigiloso y agresivo gesto de intimidación. No supe reaccionar. La borrachera se me disipó como el polvillo que levanta el Correcaminos cuando echa a correr. En su lugar apareció sudoración y taquicardia. Quizá me estaba muriendo de un ataque masivo, pero más que un paro cardiaco era un infarto en mi corazoncito, ese músculo que todo melómano tiene en el centro de su orgullo. Imaginé el titular al día siguiente en la página de sucesos:

SONIDO MANCHESTER MATA A PINCHADISCOS
NOVATO EN DISCOTECA DE PUEBLO

Entré en una especie de trance chungo. Miraba los discos desordenados y era como si las fotografías de las carpetas se derritieran delante de mis ojos mientras los títulos se mezclaban entre sí. Seguían sonando los Happy Mondays, pero su alegre melodía me parecía cada vez más fúnebre y mustia. Creo que sonó algún silbido desde la pista. La canción avanzaba y el otro plato giraba vacío, sin un vinilo que llevarse a la aguja. En ese momento, Noelia se plantó frente a la tarima:

—Pepe, ¡pon a REM!

Para peticiones estaba yo ahora.

—Escúchame —insistió—: ¡El *Losing My Religion* de REM!

Comprendí que no era un capricho. Noelia venía a rescatarme. De no haber estado al borde del infarto, la determinación en sus ojos también me habría parecido preciosa y muy sexy. Me dejé llevar. Saqué el elepé de la cubeta, extraje el vinilo de la funda y pinché la segunda canción de la cara A justo a tiempo. El vigoroso arranque del nuevo tema obró un efecto mágico sobre el ánimo de los presentes. Incluso se escuchó una especie de rugido de aprobación, una sorda ovación de consentimiento ante la irrupción de la melodía. Busqué a Noelia con la mirada y volvió a guiñarme un ojo para enamorarme del todo. Levanté el pulgar en señal de «ok», como el astronauta que asoma la cabeza por la escotilla del módulo recién aterrizado. Pensé que su hermosa y cálida sonrisa debería ser expuesta en una vitrina que los desesperados pudieran visitar en plan peregrinación.

Aproveché el pulgar estirado para llevármelo a la boca y pedirle otra copa.

Jamás habría pensado que REM pudiera ser un llenapistas en la Moon. Un minuto antes creía que no levantaría la noche ni aunque Elvis Presley descendiera del cielo en helicóptero.

A partir de ahí, aseguré la jugada con el *Insurrección* de El Último de la Fila, apuntalé con el *Vogue* de Madonna, me aventuré con el *King Kong Five* de Mano Negra y puse el piloto automático con el viejo *Never Can Say Goodbye* de los Communards. La noche progresaba. El público respondía acorde a su borrachera. Yo disfrutaba en consonancia con la mía.

La euforia general no duró mucho. A las seis menos veinte, el encargado me indicó que pusiera la última canción. Estaba tan cansado mental y físicamente por el esfuerzo y la concentración de la noche que se me olvidó que había llevado un disco concreto para ese momento. Cerré con la versión que Sinnead O'Connor hacía del *Nothing Compares 2 U* de Prince. Varias personas acompañaron el estribillo encendiendo sus mecheros en alto.

Los recuerdos del resto de los días se me agolpan y solapan como una especie de maratón del desfase, un experimento letal que incluía resistencia al sueño, persistencia en el colocón y falta de salubridad en cualquier decisión cotidiana. La única cita ineludible era con Cuelco a las once y media de la noche. Era como si el sol

saliera y se pusiera a esa hora marcando el punto de inflexión sobre el que giraba nuestra cotidianidad. No entendía cómo mis compañeros habían sobrevivido a dos meses seguidos de lúdica autodestrucción. Bea, la morena que me había abierto la puerta el primer día, resultó ser la más modosita y menos cordial; su actitud ante la juerga y la simpatía marcaba el mínimo del grupo, pero a partir de ella todo iba en aumento. También observé que la fiesta continuada había disminuido el nivel de lujuria entre ellos, que por lo visto no había sido bajo en las primeras semanas. Chester, uno de los camareros de la Moon, me contó que había follado con tres de nuestras compañeras de piso, incluyendo a la fornida Sonia. Tras siete semanas de convivencia, estaban curados de espanto y lascivia. El roce hacía el cariño pero les había deshecho el polvo.

Me sentía como el jugador de reserva que salta al campo en plena prórroga; fresco, rápido y listo para el ataque.

La noche del martes se lio bien gorda. Salimos de la discoteca cerca de las siete de la mañana y nos fuimos en varios coches al Tranze, un after cutre a quince kilómetros de la Moon del que sólo recuerdo poca luz y una música electrónica cuyo volumen impedía cualquier conversación. Me pareció que el pomo de la puerta del baño vibraba al compás de los beats y estuve un rato agarrado a él, como aquella esfera del placer que manejaba Woody Allen disfrazado de robot en *El Dormilón*. El discjockey, dueño del antro, tenía cierta edad, pelo canoso y unas gafas de sol que no apeaba en ningún momento. No había cabina que protegiera su minúscula mesa de mezclas, colocada sin más en un extremo de la barra, y si algún despistado se acercaba demasiado, le chillaba de muy mala hostia. Justo encima, colgaba una pequeña lámpara con una bombilla azul. De vez en cuando, agarraba la tulipa y la orientaba hacia la pista. Otras veces le pegaba un manotazo para que girara en círculos. Ésos eran los grandes efectos luminotécnicos del Tranze.

Llegamos de vuelta al pueblo a eso de las once de la mañana. De repente, éramos un grupo numeroso ocupando varias mesas en la terraza de una cafetería. Nadie conocía a nadie, pero actuábamos como amigos de largo recorrido. Habíamos pasado de las copas a las cervezas, de ahí al vermut, luego al vino para comer, orujos y cervezas de nuevo. Recuerdo rayas. Y un ataque de risa cuando todos comimos cacahuetes y acabamos con un pastoso bolo alimenticio en la boca. Alguien vomitó atragantado por las carcajadas. Una chica lloraba cada poco porque echaba de menos a su hámster. Otro pavo, empeñado en llevarnos a una pista de baloncesto, lanzaba imaginarios tiros libres doblando la muñeca con mucho estilo. Una tía empezó a hablarme de religión y moda, o algo así. No le entendía nada. Creo que nos besamos, pero a los pocos minutos se durmió apoyada en mi hombro. Todos charlábamos sin parar, casi siempre sin sentido, aunque la sensación de fraternidad inquebrantable era poderosa y gratificante. A media tarde llegué al piso con Chester, y todavía nos

sentamos en la cocina a beber zumo de tetra brik con chorritos de ginebra, mientras las chicas se preparaban para irse al pub.

Eran casi las ocho de la tarde cuando me acosté. Menos mal que Noelia nos despertó a las once.

Al llegar a la Moon puse una de las cintas de Cuelco y me tumbé en el suelo de la cabina. A pesar de la música, dormí durante una hora que me supo a gloria. Comí un bocadillo que me había agenciado en el bar de enfrente de casa y me dispuse a otra noche rara, eterna e imprevisible que sólo recordaría a brochazos.

—Menuda jugra os pegasteis ayer, ¿no? —Era Noelia, mi sonriente ángel de la guarda, a pie de cabina.

Asentí masticando a dos carrillos el último coletazo del bocata, pero sólo pensaba en lo guapísima que era. Sus ojos eran diáfanos, la nariz simétrica, sus labios perfectos, la sonrisa hipnótica.

—No te he dado las gracias por salvarme la vida anteayer con lo de REM —respondí con la mirada de un gato recién descendido del árbol por un bombero.

—¡Sí que lo hiciste! ¡Un montón de veces! ¡Jajajajajaja! —Su risa también me desarmaba—. ¿De verdad no te acuerdas?

Repasé mi archivo mental. Un borroso recuerdo se abrió paso en la nublada memoria del día anterior. De pronto, me vino la secuencia completa. Yo, en la cabina con el micro en la mano, fuera de mí, a eso de las cuatro de la mañana, gritando frases sueltas para toda la discoteca:

—¡Un fuerte aplauso para Noelia, la diosa de la Moon!

—¡Noelia, cástate con todos nosotros!

—¡Los REM deberían cantar *Losing My Noelia!*

En todas esas chorradas recordaba sus carcajadas sinceras y su coquetería diciéndome «Déjalo ya» mientras los clientes jaleaban que el pincha centrara la atención de la barra en aquella mujer absoluta. Puse cara de «Ya me acuerdo», un poco abrumado porque ese olvido revelaba mi euforia desatada, pero Noelia tenía el don de reconfortar al decaído.

—¡Fue precioso! Y muy divertido, ¡por favor, qué risa!

Me levanté impulsado por el resorte del flirteo y pinché el *Let's Dance* de Bowie porque a los dos nos encantaba. Se volvió desde el otro extremo de la barra para lanzarme un beso en agradecimiento por la canción. Los tíos que atendía en ese momento me miraron con odio contenido. Hice como que ignoraba su envidia, pero aquel masculino y atávico rencor era gasolina para el motor de mi ego.

Acabé de nuevo con Chester y otros bandarras en el Tranze. Había empezado tan tarde a beber que ni siquiera estaba achispado. Y además echaba de menos a Noelia. No quiso venirse porque, en sus propias palabras, llevaba «demasiado verano encima». Añadió entonces que, si no me liaba mucho, podríamos ir por la tarde a la

piscina. Y como el ilusionado ve indicios hasta en la más densa oscuridad, me tomé la propuesta como una cita. Me despedí contento como un chiquillo y me uní a mis compañeros para tomarme una birra de tranqui.

Llegué a casa a las tres de la tarde con el pelo sucio, la mirada desquiciada, la camiseta de los Clash teñida de verde prado y un roto en el vaquero, a la altura de la rodilla. En el portal me encontré con Noelia, que salía camino de la piscina.

—Pepe, menuda pinta —dijo sin acritud, sin reproche, con una sonrisa—. Anda, acuéstate, a ver si duermes, me voy a la piscina...

—¡Meapuntorgh! —grité con un entusiasmo que mudé en vergüenza al escuchar mi propia lengua de trapo.

Noelia sostuvo la puerta del portal indicándome que entrara. Por un momento creí que se volvía conmigo para arriba.

Pero no.

Mis nueve compañeros de piso habían quedado en salir de marcha el jueves, después de cerrar la Moon. El sábado sería la última noche de la discoteca hasta el siguiente verano, pero sabían que ese día habría demasiada gente y lío para celebrar nada. Todos se desperdigarían de vuelta a sus ciudades, algunos se reencontrarían en julio y otros nunca más, aunque nadie barajaba esa posibilidad ni de lejos. Aquel jueves era su despedida de un intenso verano irrepitible. Me incluyeron en el plan por educación y porque no me llevaba mal con nadie. Me sentía unido de por vida a esa pandilla de fiesteros.

Empezamos la juerga a eso de las siete de la mañana en otro after llamado Trauma. Entrar acompañado por el cuerpo de empleadas de la Moon y el Remate era lo más cerca que había estado en mi vida de sentirme una estrella de rock. Todos los desfasados las saludaban como fans enamorados, en parte por lo buenas que estaban, pero también por la confianza generada tras haberlas visto durante el verano detrás de las barras. Aquellas camareras eran para los juerguistas lo que los presentadores del Telediario para mi abuela: de casa de toda la vida. No pagábamos nada, todo el mundo quería invitarlas, y ellas, gregarias y corporativistas, nos incluían a los cuatro maromos en las rondas, aunque también observé que mis compañeros contaban con su pequeño reducto de solícitas fanáticas.

Todos tenían groupies menos yo. Me sentía el aguador de los 49ers.

No quería colocarme mucho para retener cada uno de aquellos minutos y disfrutarlos en la memoria durante el crudo invierno. Todos bailábamos, saltábamos y reíamos como almas inseparables, siempre a tope, venga chupitos. En el Trauma alternaban dance y rock; me las arreglé para abrirme paso hasta el discjockey y me presenté como pincha de la Moon, en plan «Soy compañero, estamos juntos en esto», como si fuéramos agentes del FBI y le solicitara cobertura en una misión secreta. Atendió mi charla con curiosidad, le pedí el *Losing My Religion* y la puso al instante.

Busqué a Noelia. Nos abrazamos, ella a lo bestia y yo con ternura. O al revés, no me acuerdo. Sus pechos reposaban contra el mío, pero, por una vez, eso no era lo más importante. Estaba enamorado, feliz y pleno como nunca. Hasta Michael Stipe se habría echado a llorar al ver lo que había provocado su canción. Me separé un poco de ella para besarla, pero Chester, Sonia, Bea y los demás, en un alarde de coordinada coreografía beoda, nos abrazaron saltando como si hubiéramos marcado el gol de la victoria en la prórroga. Pura exaltación de la amistad. Me uní al jolgorio. Estaba tan convencido del vínculo especial que había surgido en aquel abrazo con Noelia que no me importaba esperar otra oportunidad para declararme.

Lo prioritario esa noche era la pandilla, el grupo, la manada, los lazos.

Llegamos a casa todos juntos, después de pasar por el Tranze y desayunar en una cafetería próxima al piso. Eran casi las once de la mañana. Estábamos colocados, radiantes, contentos y muy cansados, por eso nadie hizo amago de seguir la tertulia en la cocina, como otras veces. Aún quedaban un viernes y sábado de mucho curro. Nos dábamos las buenas noches con intensidad, abrazándonos como si la mitad de nosotros se fuera a la guerra en vez de a la cama, sin ser conscientes de que en realidad despedíamos el mejor verano posible. Cuando me tocó abrazar a Noelia lo hice delicadamente, no quería meter la pata ni precipitarme, me dio varios besos de abuela en el moflete y un piquito antes de separarse.

—Tú y yo tenemos mucho de qué hablar, Pepito.

Aquella enigmática frase me pareció una declaración de futuro en toda regla. Me fui a la cama con una fantástica sonrisa de pazguato.

Pero media hora después seguía sin pegar ojo. Mis compañeros de habitación eran los tres tenores del ronquido acompasado. Me entretuve en admirar la sincronía de sus broncos jadeos. Llegué a la conclusión de que no despertaban porque ajustaban sus gruñidos y apneas como bailarinas de Esther Williams. A mí todo me daba vueltas, a pesar del viejísimo truco de plantar el pie en el suelo a modo de ancla. Achacaba tanto mal a una raya muy sospechosa que me había pasado Chester en los baños del Tranze. Verlo ahora tan dormido azuzaba mi perturbada vigilia. Decidí levantarme y el impulso para hacerlo me confirmó que seguía muy colocado, pero necesitaba huir un rato de la sinfonía de estrépitos que me rodeaba. Me fui a la cocina en calzoncillos porque no esperaba encontrar a nadie, pero la puerta de la nevera estaba abierta. El enorme culo de Sonia, cubierto por una bata corta, sobresalía de ella.

Me asomé y comprobé que había doblado el espinazo para comer ensaladilla rusa de una bandeja situada en la parte inferior del frigorífico. Sin inmutarse, me miró de soslayo y, atrapada en la gula de su borrachera, siguió zampando en tan improbable postura.

Y entonces no sé qué coño me pasó por la cabeza.

Arrimé la cebolleta a su trasero sin llegar a presionar, imitando la postura de follarla desde atrás. Era una broma tonta, sólo esperaba que se riera y negara con la cabeza para que fuera una gracieta más, pero no me apartó de un manotazo, sino que empujó con todo hacia mi bragueta. Mi paquete quedó alojado entre sus posaderas y entonces empezó a restregarse, arriba y abajo, con un imperceptible pero eficaz movimiento. Sin cesar el bamboleo, giró la cabeza para mirarme a la cara y sonrió con la boca llena de ensaladilla. Un hilillo de mayonesa y baba le resbaló por la comisura de los labios. Aquello era grotesco, absurdo e irreal.

Pero todo se puede empeorar.

Le subí el faldón de la bata. No llevaba bragas y sus nalgas quedaron al descubierto como dos balones de playa deshinchados. No se inmutó, es más, respondió a mi farol metiéndose otra cucharada de ensalada en la boca. Su postura, piernas rectas y separadas con el culo en pompa, favorecía la apertura de orificios. Me pareció percibir un efluvio áspero y acre que se elevaba desde abajo como el eructo de un alce, pero siguió meciéndose, y mi masculinidad pasó a modo morcillón. Perdí dominio sobre mis actos. Una fuerza anómala tomó las riendas de mi voluntad. Sólo era testigo, horrorizado e impotente, de las arbitrarias decisiones que tomaba aquella polla de Orlac que ya no era mía. Me bajé un poco los calzoncillos y cayeron mansamente hasta los tobillos como una de esas cortinas que descubren placas conmemorativas, posé mis manos sobre sus desabridas cachas y acomodé mi amago de erección entre ellas. Yo no quería meterla en esa covacha greñuda y ella, riendo y masticando al mismo tiempo, tampoco porfiaba en una penetración que habría sido del todo imposible debido a mi ausencia de rigidez y su falta de lubricación. Sus nalgas eran dos orcas asesinas jugando a pasarse el cuerpo sin vida de una cría de foca.

Y entonces sentí un leve susurro a mi izquierda.

Noelia, boquiabierta y cariacontecida, observaba la escena desde la puerta de la cocina.



Durante las dos primeras semanas de septiembre repasé las novelas del temario de Literatura Norteamericana, la asignatura que me faltaba para licenciarme. Sólo me movía la rabia hacia la profesora Arroyo, que me había obligado a pasar por la inútil prórroga de una nueva convocatoria. Quería darle en la jeta con el mejor examen que hubiera corregido en su vida para que llorara de vergüenza por haberme suspendido en junio. Un día pensé que quizá todo era una treta de pedagoga para reactivar mi motivación y esa posibilidad me enfureció más todavía. Steinbeck, Miller, Fitzgerald,

Salinger o Hemingway se convirtieron en mi única y obsesiva compañía de esos días. En mi cabeza bullía la gran novela americana del siglo xx que podría hacer con todos ellos: *Las Uvas del Viajante Gatsby entre el Centeno del Viejo y el Mar*.

Había vuelto a la ciudad, al piso, a la emisora, a la revista y a la facultad, pero no a la rutina de antaño. Estaba intranquilo e indeciso. Todo parecía frágil, efímero y transitorio, como si aquel decorado en el que habían transcurrido mis últimos años fuera a esfumarse por el desagüe del futuro inmediato. Resbalaba por un embudo gigante que acababa en la empresa de don Braulio; no quería, pero me escurría, no encontraba salientes donde asirme.

Durante el examen me dediqué a odiar silenciosamente a la profesora Arroyo, aunque creo que no fue consciente de mi rencor. Que fuéramos tan pocos alumnos redobló mi animadversión. Volcaba contra ella la furia contenida por unos acontecimientos que se precipitaban sobre mí como un granizo exterminador. La cólera me hizo escribir de forma vigorosa, apasionada y hasta eufórica. Llené folios con premura porque la cabeza iba más rápido que la mano, creando como un intelectual loco, poseído por verdades absolutas. Cuando la profesora avisó de que faltaban cinco minutos, repasé lo escrito y todo me pareció bueno, fluido, convincente e innegable. Entregué el examen con un toque chulesco y despectivo, pero también me sentía exhausto y pletórico. Me apetecía decirle que se lo metiera donde le cupiera. Me limité a dejar las hojas sobre su mesa con gesto airado, sin mirarla a la cara.

Seguro que pensaba que iba puesto hasta arriba de anfetas.

Salí de la facultad con el subidón a flor de piel y me dirigí a El Mundo, por primera vez en aquel curso, quién sabía si por última vez en mi vida. Ernesto agitó los brazos desde el fondo de la barra a modo de saludo y quise pensar que hasta la CANASTA 86 se alegraba de mi llegada con el repique de partidas extra que en ese momento obtenía un habilidoso jugador.

—¿Cómo se presenta la cosa? —preguntó Ernesto, tan solícito y parco como siempre.

Buscaba en el fondo de mi cráneo una respuesta adecuada, pero se me hizo un nudo en la garganta del tamaño del balón que manejaba ese tal Jordan que lucía un diez en el frontal del pinball. Me encogí de hombros. Pedí una cerveza.

Ni siquiera la acabé antes de irme a casa.



No recuerdo qué día llamó Urtubi, pero nunca olvidaré cuánto me alegré de oír su voz.

—¿Dónde coño te metes? —preguntó sin rodeos.

—En casa —respondí sin ironía.

—¿En casa en plan E.T.?

—No, en plan perturbado...

—*Wendy, I'm home!* —añadió, imitando al Jack Nicholson de *El Resplandor*.

Reí en voz alta. Tenía el don de sacar petróleo de risa en las situaciones más desfavorables, pero enseguida me dejó helado.

—Estoy jodido, tío. ¿A qué hora quedamos?

En la primera cerveza nos pusimos al día de nuestras miserias. Los padres de Urtubi se habían cansado de la vida disipada de su único hijo. Conscientes de que aquella carrera no le llevaría a ninguna parte, ni siquiera a la licenciatura, le habían puesto sobre la mesa la obligación de entrar en el negocio familiar en Murcia, una opción que suponía cumplir un horario y cargar con unas responsabilidades a cambio de un sueldo digno. Era eso o la cuneta, sin medias tintas. Urtubi había obtenido, tras arduas negociaciones, una prórroga de su dulce vida hasta Navidad. En enero se incorporaba a la empresa. A no ser que yo tuviera un plan secreto, claro.

Le conté mi tesitura, tan parecida a la suya, con el trabajo que mi madre me había buscado en el pueblo. Aún no sabía qué iba a hacer y las posibilidades de escaqueo disminuían a pasos agigantados.

Nunca habíamos estado tan callados durante una segunda cerveza.

Seguimos por los bares habituales, pero de una manera extraña, rara, cambiante, como si aquella borrachera sorda anticipara el final de algo. De vez en cuando, nos asaltaban beodos optimismos que no sabíamos ni podíamos estirar porque jamás nos habíamos enfrentado a la tozudez de esa vida adulta que ahora quería mordernos. Necesitábamos encontrar a Bosco para que, de alguna manera, nos calmara con el aplomo de su tranquilidad, tan reconfortante como infundada.

Decidimos tomar algo en Los García, sólo por la posibilidad de que nuestro amigo apareciera para jugar al fútbolín. Antes de irse al baño, Urtubi pidió dos garrotazos, la tumbadora especialidad de la casa. En la MTV del televisor empezaba el vídeo de una canción que no conocía, aunque la nítida distorsión de sus acordes me enganchó inmediatamente. El grupo era un trío formado por un guitarrista rubio y menudo, un bajista muy alto y un batería melenudo que tocaba como el Animal de *Los Teleñecos*. Todo sucedía en el destartalado polideportivo de una siniestra high school, había mucho humo, animadoras vestidas de negro con una A roja en el pecho y alumnos haciendo pogo bestial en la cancha. Esperé a que el nombre del grupo apareciera en el rótulo sobre los planos finales. Se llamaban Nirvana. La canción era *Smells Like Teen Spirit*.

Y ya tenía ganas de escucharla otra vez.

Bosco no apareció allí, ni en el Muralla y tampoco en el Galaxy, donde uno de los camareros nos comentó que en un callejón cercano acababan de abrir un bar rockero que cerraba algo más tarde que los demás. Cuando entramos sonaba el *Polly On The Shore* de Fairport Convention; supe inmediatamente que sería asiduo de aquel garito. El local, más largo que ancho, tenía la barra a la izquierda, una especie de pista al fondo y estaba de bote en bote. Yo iba delante, abriéndome paso a duras penas, feliz de descubrir un nuevo antro que llevarnos a la boca. La alegría se multiplicó al divisar a Bosco. También caminaba separando gente, pero en dirección contraria a la nuestra. Levanté el brazo como un moribundo en mitad del oleaje para llamar la atención del buque salvador. Compuso un gesto de sorpresa al vernos.

Y no le dio tiempo a más.

Aquel bestia surgió de la nada. Se abalanzó contra Bosco igual que una locomotora embistiendo un autobús parado en mitad de las vías. Su ataque era una mezcla de empujón y puñetazo, pero la combinación de ira y borrachera hizo que no concretara ni uno ni otro. Además, tampoco contaba con la fibrosa agilidad de Bosco, que en dos movimientos rápidos lo esquivó y lo agarró por detrás. Cuando el agresor intentó zafarse violentamente, otro tío los empujó a ambos por la espalda. El atacante cayó de bruces contra la barra justo cuando el riff de los Fairport Convention convertía su balada folk en un trallazo eléctrico. Aun así, pude escuchar claramente el catacrock que hizo la nariz del pavo contra el mostrador. Juraría haber visto gotitas de sangre que salían disparadas a cámara lenta.

Bosco, que también había caído al suelo, se incorporó de un salto. Al ver que dos amigos del herido, borrachos y airados, también iban a por él, nos dedicó una mirada brevísima e inició la huida aprovechando el hueco de gente abierto en el bar al comenzar la gresca. Nos había evitado para que nadie, ni sus propios agresores, pudiera involucrarnos en aquella pelea.

Cesó la música y los camareros, nerviosos, comenzaron a desalojar a los clientes antes de que llegara la policía o algo peor. El agresor, consciente y sentado en el suelo, sujetaba la hemorragia con un pañuelo. A juzgar por la mirada de odio concentrado, no sufría daños mayores tras el golpe. El consuelo de sus amigotes consistía en avivar el fuego de su rencor.

—Ya pillaremos a ese hijo de puta, no te preocupes, tío. Se le van a quitar las ganas de seguir enredando con la Wendy, ¡como hay dios!

Urtubi y yo nos miramos en silencio. Ya sabíamos quién era aquel tipo. Nunca habíamos hablado de la posibilidad de que el novio de la Wendy se enterara del secreto a voces que su chica compartía con Bosco, pero las malas noticias, aunque sean esperadas, no resultan menos dolorosas. Tomamos otra birra en un garito de mala muerte. Apenas hablamos. El panorama era incierto. Aquel septiembre iba para

negro.

Me fui a casa paseando con aparente tranquilidad, aunque la procesión de dudas, miedo e inseguridades iba por dentro como un paso de Semana Santa que recorría cada una de mis células impregnándolas de pánico. Antes de abrir el portal, alguien me chistó desde la oscuridad.

Un sobresalto era justo lo que necesitaba a esas horas.

Intenté entrar rápido en el vestíbulo del edificio para escapar de aquel anónimo, pero el manojito de nervios me impedía atinar con el de las llaves.

—Pepe, ¡soy yo! —susurró la sombra usando la voz de Bosco.

Es que era él. En la triste y trémula figura que le acompañaba cogida a su mano reconocí a Wendy. Que cada uno de ellos llevara una pequeña mochila colgada del hombro me dio más información que cualquiera de las frases que pudieran decirme.

—Rápido, subamos a casa —dije con una determinación con la que pretendía sepultar mi cobardía. Volvieron a temblar las llaves en mi mano al recordar, muy a mi pesar, la embestida que mi amigo había esquivado unas horas antes.

Estábamos solos en el piso. Les ofrecí algo de comer. La chica aceptó un sándwich y mi amigo pidió cerveza. Yo también abrí una. Nos acomodamos en el sofá, callados mientras ella comía. Bosco miraba a la nada, como siempre. Fumaba algo más deprisa de lo habitual, aunque nada en su actitud delataba qué le pasaba por la cabeza. El silencio era su estado natural en cualquier situación, pero no el mío. Lo malo es que no sabía qué decir.

Poco después, ella se durmió acurrucada y él me pidió una manta. Le acerqué una de mi habitación y la arropó con mucho cuidado. Estoy seguro de que era el gesto más tierno que jamás habían contemplado aquellas paredes. La verdad, Wendy era guapísima.

—Está agotada —remató mi amigo en voz baja como disculpándola.

Nos sentamos en la cocina y me desgranó los hechos de la noche en plan atestado. Hacía ya unas semanas que ella buscaba un buen momento para hablar con su novio y romper la relación. Pero aquella tarde, Wendy le soltó toda la información de la peor manera: en mitad de una discusión. El tío salió disparado a la calle a buscar a Bosco para romperle la cara. Mi amigo llevaba toda la noche esquivándolo, pero necesitaba pasta y tenía que deshacerse del material que llevaba encima. Nada más salir de la pelea se fue corriendo a por Wendy. El incidente había precipitado la fuga, pero el plan estaba perfilado hacía semanas. Se iban a Alicante porque tenía unos primos que le podían dejar una habitación mientras llegara algo más estable. Buscaría un curro, claro. En una hora pillarían el bus a Madrid, pero hasta que saliera no querían andar

por la estación, por si el otro los buscaba allí cuando viera que su novia no estaba en casa. Para hacer tiempo sólo se le había ocurrido venir a mi casa. Se alegraba de haber llegado antes que yo al portal.

Lo dijo todo seguido, sin pausas, como si lo hubiera ensayado cientos de veces. Parecía que hablaba solo, no conmigo. Nunca le había escuchado un párrafo tan largo. Y jamás se había expresado con tanta franqueza sobre sus trapisheos, su amor por Wendy o su determinación vital. Me emocioné.

—¿Vas a llorar, mariquita? —interrumpió con su habitual sonrisa de ganador.

Negué con la cabeza, aunque de buena gana lo habría hecho. Podía ser la última vez que lo veía en mi vida y fue como si adivinara mi reflexión.

—A ver si más adelante nos haces una visita. Te mandaré la dirección, claro.

Sonó a despedida irreversible.

—¿Sabes una cosa, Pepe? —Se calló un momento, como si se arrepintiera de haber hecho esa pregunta retórica—. Me habría gustado ser como tú.

Creo que no dije nada. Mi atónita mirada era pura interrogación.

—No sé, cómo hablas de tus padres, de tu casa, incluso de tu hermano. Cómo te involucras con las cosas, ese entusiasmo, tu manera de sentirlo todo... Eres un puto *venao* de la vida, lo sé, pero me habría gustado ser así en lugar de...

No terminó la frase. Sólo bajó la mirada y la fijó en la nada. No podía creerlo. Bosco, la persona más carismática que jamás había conocido, quería ser como yo, pero yo, que no era nadie, habría dado ambas piernas por ser la mitad que él. Se lo dije y noté que no le sorprendía, sólo añadió:

—Ser yo no compensa.

Intenté comprender por qué mi vida era mejor que la suya. No veía ninguna ventaja. Permanecí en silencio. Quizá esa admiración mutua era el vínculo definitivo. Reparé en que apenas conocía datos sobre su familia; el padre había muerto, la relación con su madre era nefasta, tenía una hermana en alguna parte.

A pesar de esas lagunas, nuestra amistad era mucho más profunda de lo que jamás había imaginado.

Señaló el reloj Saiko en la pared de mi cocina. Era hora de despertar a Wendy. Quería acompañarlos a la estación, pero insistió en que no lo hiciera. Despertó a su chica con suma delicadeza. Ella se incorporó un poco autómatas, casi dormida, y sonrió al verlo tan cerca y pendiente. Sin él parecía frágil, juntos eran indestructibles. Se ajustaron las cazadoras. Los acompañé a la puerta. Le di dos besos a Wendy. Abracé a Bosco y respondió con la misma intensidad. Lo hice desesperadamente. No todos los días tu mejor amigo desaparece para siempre. Los ojos se me encharcaban de nuevo. Nos separamos y apoyó una mano en mi hombro.

—Cuídate mucho, Pepe. Y dale un abrazo a Urtubi, ya sabes, explícale que no he podido despedirme y eso...

—Claro —farfullé con un hilo de voz ahogado por la emoción. Cogió a su chica de la mano y caminaron hacia el rellano. De pronto, como si acabara de recordar algo muy importante, se giró hacia mí:

—¿Recuerdas el bus directo a Londres? Lo han cancelado, tío. ¡Al final no era rentable! ¿Qué te parece?

Rio con ganas. Se esfumaron por el hueco de la escalera. Cerré la puerta, apoyé la espalda contra ella y me dejé resbalar hasta quedar sentado en el suelo.

Por fin podía llorar como el bebé abandonado que me sentía.



Faltaban apenas tres días para que octubre fuera una realidad. La melancolía acechaba más que nunca, pero esta vez tenía razón de ser. Me enfrentaba a la semana decisiva que marcaría mi futuro más inmediato, quizá el devenir del resto de mi existencia. La profesora Arroyo había sufrido una inesperada baja por enfermedad — que achaqué a su mal karma— y se había retrasado en las notas de septiembre; el lunes, sin falta, las colgaría en su temido tablón. El martes me reuniría con los directores de una emisora y un periódico, el miércoles tenía otra entrevista de trabajo para una posible incorporación como profesor en una academia de inglés y el jueves, a petición expresa de mi madre, vería a su primo Braulio para tratar la posibilidad de incorporarme a su empresa.

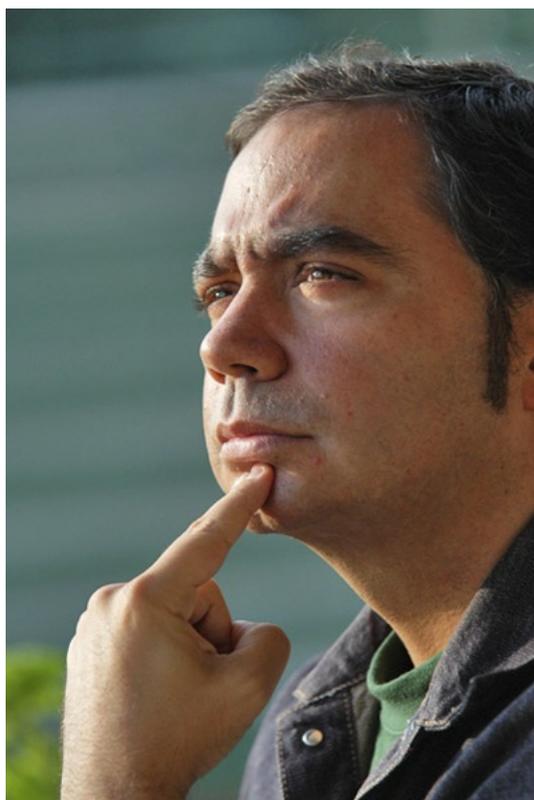
Me sentía como el típico tahúr de poca monta que, agobiado por las deudas, arroja todas sus fichas en la mesa de la ruleta esperando un golpe de suerte.

Poco más podía hacer ese sábado. Estaba harto de darle vueltas a las distintas combinaciones posibles. Aunque había quedado con Urtubi esa noche, me acerqué a la tienda de discos donde había encargado el *Nevermind* de Nirvana. Les había llegado esa misma tarde. Me dio tal subidón que pillé unas cervezas en el súper y me fui directo a casa para escucharlo.

Me costó mucho dejar de poner *Smells Like Teen Spirit*, la primera canción del CD. Era demasiado perfecta. Algo tiraba de mí en la voz rota del cantante, en sus acordes cristalinos, en la batería galopante y en el bajo omnipresente. Necesitaba oírlo una y otra vez. *In Bloom*, el segundo trallazo, estaba hecho de la misma estructura, estribillo arrollador y verso templado, pero TENÍA que volver al *Smells*. De pronto, me había bebido tres birras. Pensaba en Eva y en cuánto habríamos disfrutado juntos con este elepé. *Come As You Are* empezaba tranquila, casi pop, y se iba enmierdando en un maravilloso crescendo de distorsión. *Breed* era pura rabia vertiginosa. También se me ocurrió que un día podía llamar a Cueco, el dueño de la Moon, para que me pasara el teléfono de Noelia, quedaría con ella para tomar algo,

seguro que ya habría olvidado el ascazo aquel. Qué guapa es, por dios, qué guapa. Con *Territorial Pissings* me entraron ganas de abrirle la cabeza a don Braulio con un bate. Imaginé a Janine bailando *Lithium* con aquella camiseta de béisbol con la que me despidió en el Ritz. *Polly* era tranquila y hablaba de galletitas. *Drain You* tenía otra melodía lapa aunque a mitad de tema se les iba la olla. La mezcla de cerveza fría y música sugerente anegó mi percepción de la realidad. Puede que mis opciones de futuro no fueran tan malas, quizá había sido un poco duro con esas perspectivas en las últimas semanas. No había una canción chungu en aquel disco, todas me entraban bien, igual que las birras, cada vez más adentro, en mis venas y en mi cerebro, como si los acordes recorrieran mi sistema nervioso surfeando olas de cerveza mientras pensaba que era muy probable que me concedieran esa colaboración en el periódico y que, con el curro de la revista y el de la academia, podría vivir dignamente, seguir de momento en el piso de Jandro, labrarme un futuro poco a poco para que mis padres estuvieran orgullosos de que su hijo fluyera como Nirvana, a tope, imparabile, siempre bien, con la misma inspiración de esos tres greñudos lejanos que me hablaban mientras tocaba una guitarra imaginaria que sonaba optimista, vital e imparabile.

Mis opciones no eran malas, no señor. Comenzaba una nueva etapa que no era peor o mejor, sólo distinta. Y al igual que Kurt Cobain, tenía toda la vida por delante.



PEPE COLUBI (Madrid, 1966), periodista, escritor y guionista asturiano oriundo de Cangas del Narcea (Asturias).

Aunque a Pepe Colubi «lo nacieron en Madrid», él se siente asturiano hasta la médula. Este periodista está ligado al mundo de la radio, con programas como *El séptimo*, *Planeta*, *40 principales* en Radio Asturias. Es además responsable de temas de prensa en acontecimientos como el Festival Internacional de Cine de Gijón, Salón del Libro Iberoamericano de Gijón, Encuentro Internacional de Fotoperiodismo en la Semana Negra. Colabora habitualmente en temas de cultura y espectáculos con el diario *La Nueva España*. Recientemente se ha destapado como crítico de televisión en la edición española de la revista *Rolling Stone*.

Actualmente participa, junto a Javier Coronas y Javier Cansado, en *Ilustres ignorantes* programa que emite Canal+ desde noviembre de 2008. También publica desde 2006 la columna semanal TeleTipo en *El Jueves* y la sección mensual Cinercia en *Cinemanía*.

Ha publicado varios libros, como: *El ritmo de las tribus*, con dibujos de Mauro Entrialgo (1997); *La tele que me parió* (1999); *Planeta rosa* (2005) y *¡Pechos Fuera!* (Espasa, 2009).